Eva Blanch

URKINAONA

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Nota preliminar

1. Lunes o caos en el aeropuerto

Gris

2. Martes o el desapego

Thais

3. Miércoles o una determinada forma de autismo

Marcel·lina

4. Jueves o del amor al odio

Virginia

5. Viernes día o la familia

Amàlia

6. Viernes noche o la batalla de Urquinaona

Jordi

7. Sábado o Nicolau Berenguer

Agradecimientos

Notas

Créditos

URKINAONA

EVA BLANCH

TUSQUETS EDITORES

A la Pilar Valls,
Maria Mercè Blanch,
Maria Teresa Vallhonrat,
Cristina Blanch i
Valèria Tusquets,
àvia, tieta, mare, germana i filla.

Per estendre la teranyina encantadora,
immadura, divertida, sovint insuportable i
dolorosa que és la meva família.

Esta novela es un relato de ficción inspirado en los hechos que ocurrieron del 14 al 19 de octubre de 2019 en las calles de Barcelona. Algunos de los sucesos que en ella se relatan se han alterado con fines dramáticos. Todos los personajes son ficticios.

El vídeo apareció la noche del sábado y ya acumula más de dos millones de reproducciones. En las imágenes se ve a un agente de la policía autonómica catalana abalanzarse sobre una adolescente con el pelo teñido de azul. La chica enarbola una cadena de eslabones de bicicleta y acaba de escupir en la cara a Nicolau Berenguer, el reputado empresario catalán y actual miembro de la junta directiva del Fútbol Club Barcelona, quien nada hace para defenderse. Cuando el *mosso d'esquadra* alcanza a la adolescente, suelta el escudo y, fuera de plano, se le oye gritar:

—¡Que soy el papa, joder!

1

Lunes o caos en el aeropuerto

La adolescente del pelo azul se llama Thais García. Vive en L'Hospitalet de Llobregat y acaba de abandonar segundo de bachillerato. Tiene un cuerpo menudo y fibroso salpicado de moratones de tanto caerse de la bici. Duerme mal desde que era un bebé, y si está enfadada o ilusionada aún duerme peor.

Hoy es 14 de octubre del año 2019 y Thais se despierta muy ilusionada. RAC1 da los buenos días a toda Catalunya y la adolescente ya lleva un buen rato metida en la cuenta de Instagram de una campeona rusa del BMX, el Bicycle Motocross, un deporte extremo que se practica con bicicletas pequeñas y muy resistentes.

El locutor y líder de la audiencia matinal en Catalunya habla con un tono declamatorio y enfático. El temido lunes ya ha llegado. El cielo está encapotado y a Barcelona le pesa un bochorno propio del verano. Suenan unos acordes y el locutor termina su apertura: *«Són les sis i tres minuts i, amb tardor o sense, el 14 d'octubre ja és aquí».*[1]

Arranca con fuerza la melodía del programa matinal y Thais se entretiene con un vídeo donde Elizaveta Posadskikh, la campeona eslava, hace un Nothing*,* un espectacular truco aéreo. La adolescente murmura eres la puta ama y no escucha al influyente locutor de *El món a RAC1* hablar con angustia del fin de una larga espera: *«Si no hi ha res de nou, d'aquí a tres hores, els magistrats*

de la sala segona del Tribunal Suprem signaran la sentència del judici als líders del Procés».[2]

La radio sigue hablando y Thais deja la cuenta de Instagram de Elizaveta para entrar en la suya. Revisa los *stories* que colgó la noche anterior con eloitoELCdrrr, para distraerse, para reírse, para reprimir las ganas de saltar de la cama. No le molesta el ronroneo del viejo aparato, como tampoco le molestan los chirridos de los trenes que pasan a ciento ochenta metros de su habitación. Para la adolescente del pelo azul, despertar con la radio es despertar en casa.

*

Jordi se incorpora con esfuerzo. Tiene cuarenta y dos años y es agente de la policía autonómica catalana. En el barrio le llaman Puchi, por puchineli, porque nunca para quieto. Masca chicles mentolados y se rasura la barba con meticulosidad. Jordi es un tipo perfeccionista y hacendoso, que trajina por el piso con una radio portátil a cuestas y unas pantuflas de toalla. El tono afectado y derrotista del locutor acostumbra a fastidiarle, pero esta mañana lo disculpa:

—Y es que es normal —masculla entre dientes—, que el juez Marchena se va a quedar a gusto, como que está a punto de empapelar al gobierno catalán entero.

Jordi mueve el hombro derecho con cuidado, hace un par de meses que arrastra una tendinitis que no se va, pero no se queja, Jordi no es de quejarse. Se inclina hacia el otro lado de la cama y el cuerpo púber de Thais acapara toda su atención. Los níveos senos relucen entre las sábanas oscuras, salpicados con pequeñas perlas

de sudor, impúdicos, el pezón dilatado. La adolescente lo mira y le saca la lengua. Jordi no sabe qué le pasa y se hace el enfadado.

—Joder, Thais. Qué haces aquí.

Ella intenta acurrucarse en su regazo y el agente titubea. La quiere a morir. Tan despierta, tan temprano. Tan insomne como él. En *El món a RAC1* el locutor habla de filtraciones interesadas de un Estado poco serio, de un Gobierno anquilosado en el centralismo que ha jugado con las frágiles esperanzas de los encarcelados y sus familias. Jordi baja el volumen del aparato y prende la lámpara de la mesita de noche. La tenue luz del amanecer no entra en su habitación, pero ya ilumina la fachada del bloque de L'Hospitalet con vistas a los raíles de Rodalies, la Red Nacional de Ferrocarriles Españoles en Catalunya.

—Bicho, va, que hoy hay que abrir el bar. —Jordi se saca a Thais de encima y amaga con levantarse—. Que los yayos no pueden.

Pero la adolescente se le sube a la espalda con la misma agilidad felina que Jordi reconoce en su ex. El fornido cuarentón anda hacia la cocina con los cincuenta y dos kilos de Thais como si cargara con un liviano koala de peluche. Los pechos de la adolescente se aplastan en su espalda y a Jordi eso le gusta y le perturba a partes iguales.

—Joder, Thais, que no puedes dormir más conmigo.

—Que no, papa, tío.

—Que te has hecho mayor, niña.

Al agente 12.345 del Área Regional de Recursos Operativos de los Mossos d'Esquadra, el agente García, nada le puede hacer más feliz que notar en su cuerpo las pequeñas convulsiones de su hija al reír.

*

A nueve kilómetros de allí, en el céntrico barrio del Eixample, Nita Boix Rajadell discute con la televisión. A pesar de su delgadez y avanzada edad, la octogenaria aún deja entrever, en su figura y porte, la mujer esbelta y atractiva que fue. La media melena blanca y lacia acentúa su prominente nariz aguileña y le otorga un aire altivo. Echada en una cama articulada de hospital en medio del amplio salón, Nita mira la televisión y cuestiona a la reportera de TV3 la necesidad de retransmitir la noticia desde Madrid: *Que potser et penses que algun d'aquests jutges franquistes sortirà a donar la cara?*[3]

La enviada especial de la televisión pública catalana, una joven de ojos azules muy redondos, plantada frente al Tribunal Constitucional, informa de que la sentencia contra los líderes del Procés acaba de hacerse pública y que los doce miembros del Ejecutivo catalán ya han recibido sus penas. Nita alienta con impaciencia a la reportera para que diga de una vez por todas qué penas, qué cargos. Pero una voz melodiosa la interrumpe:

—Señora Nita...

Nita voltea la cabeza visiblemente molesta.

—Yo mismita le doy la medicina, señora Nita, no es ninguna molestia.

La cuidadora de noche, una mujer ecuatoriana de mediana edad, se arregla el despeluchado moño con cierta parsimonia. Lleva doce horas en vela y se siente magullada. Veinte años de turnos nocturnos acompañando a enfermos terminales le empiezan a pasar factura.

—Como su hijo no sale de la habitación —añade—, pues por eso se lo digo...

—*Ja sortirà.*[4]

La cuidadora sonríe con dulzura forzada y empieza a desabrocharse la bata. La reportera lee directamente del móvil los años de las penas, *tretze, onze i mig, nou, nou, deu i mig, dotze...,*[5] los rangos de los acusados, *exvicepresident de la Generalitat, expresidenta del Parlament, exconseller d'Exteriors, exconseller de Justícia, exconseller d'Interior...,* los cargos que se les imputan, *malversació, desobediència, sedició*. El semblante de Nita se crispa.

—*Cabrons.*

—Ay, señora Nita, qué carácter me tiene.

—*Per què no marxes? Que no és la teva hora?*

La cuidadora valora si acercarse y acariciar la mano de Nita, pero una mezcla de instinto y oficio se lo desaconseja. Los pacientes difíciles la motivan. Cuando la octogenaria se recuesta hacia el lado derecho con evidente dificultad, entonces sí interviene la cuidadora, enderezando con suavidad los almohadones que yerguen la frágil espalda de la señora Boix.

Las amarilleadas hojas de los plátanos de la calle Ausiàs Marc a duras penas filtran los rayos mañaneros del cálido otoño barcelonés. La luz ya la deslumbra y Nita piensa con amargura varias cosas a la vez, por qué se fue Nicolau dejándola así, por qué la amarga historia *del seu país* se repite una y otra vez y los suyos deben soportar una nueva derrota, por qué encargó cortinas nuevas, a estas alturas, qué más da.

—*Bon dia, mare, com et trobes?*[6] —aparece Sebastià, el menor de los hijos de Nita, descalzo y con la voz apagada. El pelo y la cara le gotean tras una ducha apresurada que apenas ha logrado espabilarlo. Se sienta y enmudece, atento al televisor y a morderse las uñas. La reportera de los ojos redondos revela como un autómata lo que le están soplando por el pinganillo en un demoledor

directo: el total de las condenas alcanza los noventa y nueve años y medio.

La cuidadora blande la libreta azul delante de Sebastià, y con su regordete dedo le señala dónde tiene que apuntar la nueva dosis que hay que dar a su madre, ahora mismo, al lado de la hora que ella acaba de escribir con su caligrafía párvula y prieta: las nueve y catorce. Antes de encaminarse hacia la puerta, en un gesto rápido, afloja el holgado cuello del camisón de la enferma y el hombro de la octogenaria queda al descubierto. Nita aprieta los ojos y su rostro se tiñe de arrugas.

—Ahora su mamá ya está tranquilita —dice la cuidadora con su dulce tono ecuatoriano—. Que si su hijo está aquí a su ladito, pues ella ya se queda tranquilita.

Sebastià mira la palomilla que cuelga de la fina piel de su madre. Mira las jeringuillas y los viales marrones que hay en la mesita auxiliar, mira a la cuidadora y mira a Nita de nuevo. Los tres saben que el hijo que tranquiliza a su madre no es él.

*

Nicolau Berenguer Boix se encuentra a más de cuarenta mil pies del suelo en un punto impreciso de Arabia Saudí. La cara cubierta por un antifaz de seda con el que siempre viaja, una pieza que compró en Múnich y que no le deja marcas. El móvil del cuarto hijo de Nita no registra el centenar de mensajes y notificaciones que le envían desde Barcelona. Todas las comunicaciones dirigidas a Nicolau se quedan retenidas en la nube a la espera de que aterrice en el Aeropuerto Barcelona-El Prat y desactive el modo avión. Nicolau Berenguer Boix, el ingeniero en telecomunicaciones, director general de la empresa Digital Solutions, socio minoritario del hotel Barcelona

Luna House y miembro de la junta directiva del Barça, dormita en el asiento 3C de un Airbus A380 de la compañía Emirates.

*

El agente García refunfuña en la cocina del bar de sus padres. Huele a café y a jamón tostado. Jordi está pidiendo a su hija que no se pase con el aceite, que los bikinis le quedan grasos. Pero la adolescente cocina con desgana frente a la plancha de acero inoxidable, en una mano empuña una espátula y en la otra juguetea con el móvil.

Suena la campanilla de la puerta y aparece la peluquera del barrio, Conchita, una vecina que vive en su mismo edificio, dos plantas por encima de ellos. La peluquera se sienta en la barra con gesto resuelto. Pide un zumo de naranja, colado, frío, sin hielo. Observa a Thais tras el mostrador y le dice que a ver cuándo te vienes, guapetona, que el azul sigue bonito, pero que ya te estás pasando con la raíz.

Thais la ignora y la vecina a punto está de reprenderla por maleducada, por no soltar el móvil, que no estás en el sofá de tu casa, chica, que estás de cara al público. Pero no le dice nada de eso porque el repentino tintineo de su móvil la sobresalta. Lee varios mensajes y enseguida busca con la mirada la pequeña televisión, encaramada en una esquina del local. Cuando la ve, se enfada:

—¡¡Jordi!! ¡Pero cómo puede ser que no tengas la tele encendida una mañana como la de hoy!

Jordi conecta el aparato sin rechistar. Aparece La Sexta y el agente García se pone a exprimir naranjas, esperando otra reprimenda, convencido de que la vecina peluquera protestará por la cadena televisiva escogida. Pero la vecina se queda tan absorta con el

Especial Cataluña de La Sexta que no pide nada más. Los tertulianos del programa debaten con intensidad sensacionalista el comunicado que acaba de lanzar una misteriosa organización autodenominada Tsunami Democràtic, un grupo de independentistas catalanes que, desde la clandestinidad y bajo el lema *«Desobediència civil»,* pide a los catalanes que dejen de inmediato todo lo que están haciendo, tomen las calles y bloqueen Catalunya entera.

Jordi echa el zumo en un colador y mira de reojo a la vecina. La vecina se está acalorando. Parece hablar sola. Murmura que sus clientas tendrán que entenderla, que hoy cancela todas sus citas, ella tiene que calzarse las bambas y marcharse a la plaza Catalunya. Deja tres euros en el mostrador, se dirige a la puerta, pero se detiene de improviso. Con el mismo gesto decidido con el que ha entrado en el bar, vuelve sobre sus pasos y entrega un paquete abultado y blando a Jordi.

—Es *bull negre*[7] de Cal Xec de Camprodón, Jordi, para que hagas tortillas de las tuyas.

El agente García observa con recelo el paquete y la vecina lo mira con una ternura transparente. Conchita dice que confía plenamente en él y en todos sus compañeros porque está convencida de que, en este día tan difícil, los Mossos d'Esquadra estarán de su lado igual que lo estuvieron el Uno de Octubre, el día del referéndum que ganaron y que el Estado español boicoteó.

A Jordi le sobrevienen un par de tics, rápidos y seguidos, en el cuello. Ella le sostiene la mirada con abrumadora emoción y él solo desea cambiar de tema, *faré patates emmascarades,* Conchita, le cuenta, que con el *bull* me salen de miedo.

*

Thais les lanza una mirada burlona y se ríe, aunque es difícil imaginar de qué, ocupada en no quemar el bikini y enviar emoticonos de nutrias durmiendo y smileys roncando a eloitoELCdrrr.

«brooo»

«loi loi»

«t has levantao ya o sigues ko»

«t veo esta noche?»

«?»

«q salto pra vans»

*

EloitoELCdrrr se toca la entrepierna. Con un *piercing* en la nariz y tres delfines tatuados en el cuello, Eloi es el CDR, un recién licenciado en Veterinaria que duerme en un colchón tirado en el suelo de un piso okupa del barrio de Sants. A Eloi, chatear con Thais le pone caliente. La noche anterior lo pasaron en grande en el skatepark de la Zona Franca y estuvo muy cerca de enrollarse con ella, pero al final no pudo ser. El veinteañero aún no sabe muy bien por qué no pudo ser. Eloi contaba a la adolescente qué significa ser un CDR, un miembro del Comité de Defensa de la República, pero Thais no atendía, se distrajo con las cabriolas de la bici de otros *bikers* y dejó de hacerle caso. Eloi se vino arriba, cogió el *skate* para hacer un *flip* frente a la chica, pero le salió mal y se pegó un buen batacazo. Se rascó media cara con la lija de la tabla y se hizo una herida superficial pero aparatosa que al menos sirvió para que ella volviera a su lado. Aunque la adolescente seguía riéndose. Hizo fotos de su cara ensangrentada y luego las colgó en su cuenta de Instagram.

Eloi se ajusta los calzoncillos y resopla. Tiene que dejar de wasapear con Thais y atender el móvil. *Que la Mire m'està acribillant per Telegram i se'm gira feina, hòstia!*[8]

*

Mireia tiene veinte años y es universitaria, está en tercero de Humanidades y todo el mundo la llama Mire. Sentada en un banco de la plaza Universitat, lleva un rato detallando a Eloi todos los pasos que debe seguir para darse de alta en la nueva app de Tsunami Democràtic. Le ha pasado un código. Le mete prisa. Le ha dicho que, tras la inscripción, recibirá otras tres claves, otros códigos que deberá mandar a tres colegas para que la app siga creciendo de forma clandestina y segura. Como está haciendo ella ahora. Unas chicas se acercan a Mire y ella insiste con la urgencia, Eloi, hazlo rápido, *tio,* y entonces recuerda que no le ha dicho que solo se puede hacer desde un Android, *suposo que no tens iPhone*.

*

El CDR se descarga la aplicación en pocos segundos y ríe, menuda idea, murmura, yo con un iPhone. Eloi piensa que la universitaria es un hacha, que aprende muy rápido y que la tiene que incorporar cuanto antes a las asambleas de los CDR, será de lo más útil. Esta chavala va a piñón fijo y no se distrae con tonterías. Al veterinario le da por imaginar el cuerpo curvilíneo de la universitaria y le vuelve a incomodar la entrepierna. Decide que es momento de levantarse. En el piso no hay agua caliente y Eloi ahora lo celebra, le conviene una ducha bien fría para que se le pase el calentón de golpe. Que ya son las doce y le espera un día grandioso.

*

La universitaria enarbola una cartulina rotulada a mano donde se lee *BUIDEM LES AULES, OMPLIM ELS CARRERS.*[9] Ella y sus amigas están rodeadas de una multitud de estudiantes que cortan el tráfico de la Gran Via de les Corts Catalanes, frente a la Universitat Central. Las amigas llevan las mejillas pintadas con las cuatro barras rojas y las cinco amarillas de la bandera catalana.

Mire está nerviosa. Ya son las dos de la tarde y no consigue localizar a Eloi. La universitaria viste unos jeans altos de cintura y de pernera ancha, tiene el pelo rizado y vaporoso, la piel muy blanca y se sonroja con facilidad.

De repente, se desata una euforia electrizante entre todos los estudiantes y una de las amigas lo explica: Tsunami Democràtic acaba de anunciar la primera acción a través de su nueva aplicación. Las chicas saltan, Mire no, Mire sigue pendiente de Eloi, le contraría no poder vivir ese momento junto a él. Eloi es el líder estudiantil que ha guiado sus pasos los últimos meses y ahora, más que nunca, quiere estar a su lado.

Empiezan a aparecer centenares de pequeñas pancartas donde se lee un *TOTHOM A L'AEROPORT* que los jóvenes reparten a toda prisa. Una de sus amigas arrastra a Mire hacia un punto donde los estudiantes se apiñan y, al fin, la universitaria puede oír la voz de Eloi, amplificada por un megáfono. El CDR está subido a una farola leyendo enfáticamente el primer, y tan esperado, comunicado de Tsunami:

—*Tots a l'aeroport! En metro fins a plaça Espanya o a peu des d'aquí! No compteu amb els busos! Hem d'aturar tota activitat de l'aeroport! Hem de ser pacífics però contundents! Ens ho intentaran*

impedir però no podran amb nosaltres! Comença la protesta! LLIBERTAT PRESOS POLÍTICS![10]

El estremecimiento que recorre el cuerpo de la universitaria le impide ondear, como hacen tantos otros, la estelada, la bandera catalana independentista que sigue bien doblada y guardada en su bolso cruzado. Mire se queda quieta, la piel de gallina, embelesada ante las dotes de liderazgo que despliega Eloi, esa mezcla de encanto, dureza y capacidad de convicción que entusiasma a la estudiante de Humanidades. Cuando el CDR baja de la farola, ella tiene que correr tras él para que no se le escape.

—*Ei, Mire, què passa, com vas?*

La universitaria responde *bé, aquí,* y no disimula su sorpresa cuando ve la herida del CDR, una laceración de la piel todavía tierna, que le recorre parte de la frente hasta la sien derecha.

—*Eeeeh. Res, dona* —Eloi habla atropelladamente—, *ahir, fent el ruc amb uns colegues i l'*skate*. Massa birres i tonteries*.[11]

Un súbito rubor enciende las mejillas de Mire. No puede comprender que la noche antes de una jornada tan importante como la de hoy su admirado CDR saliera a beber cervezas y a dar saltos con el *skate*. Le parece poco inteligente y esa certeza la violenta. Eloi la mira con una expresión traviesa y le sonríe con una ternura que no viene a cuento. ¿Te vienes conmigo? La veinteañera, nacida en el barrio de Gràcia, asiente con gravedad, incómoda por el odioso rubor que le quema la cara. Saca la estelada de su bandolera, se la anuda en la cintura y hace un convincente gesto de adiós a sus amigas. Ya está donde quería estar.

*

—¡Yaya!

La adolescente del pelo azul salta a los brazos de su abuela y la llena de besos. Su padre, el agente García, las observa desde el otro lado de la barra. La yaya contesta a las preguntas de su nieta con ánimo tranquilizador, en el CAP ha ido bien, sus males son los de siempre, el colesterol, la tensión y mis venas que están más viejas que yo.

—Lo que tu abuela tiene que hacer es trabajar menos —irrumpe el yayo con cara de malas pulgas y *El Periódico* sobado y doblado bajo el brazo.

—Paco, cállate —le recrimina su mujer—. ¿O no sirve de nada lo que hemos hablado?

—Hemos hablado de lo que hemos hablado.

—Pues eso. Thais, tesoro, cuéntame, ¿cómo ha ido?

La adolescente responde que tienen tres almuerzos en marcha y que ha sido una mañana tranquila, todo el mundo está embobado con la tele y las noticias. No le cuenta que solamente ha cocinado su padre, dos tortillas de patatas y una de berenjenas, una ración de bravas y dos de lomo a la plancha, la yaya ya lo sabe, todos saben lo poco que le gusta a Thais trabajar en el bar. La adolescente mira de soslayo a su abuelo. El yayo se ha quedado parado delante de la voluminosa mochila fluorescente que está en el suelo, al lado de la despensa, una bolsa isotérmica de estructura cuadrada y rígida que interrumpe el paso al anciano. Pero el yayo no protesta porque se distrae con las imágenes del Especial de La Sexta: una multitud que obstruye el tráfico rodado de una autopista, gente que avanza con banderas, mochilas y pancartas por la calzada y los arcenes de la B-22, en dirección a la C-31 Castelldefels/Platges/Aeroport.

*

Nicolau Berenguer cruza la Terminal 1 con el extraño sabor a tierra del CBD en la boca. El ingeniero en telecomunicaciones ha leído por encima el tropel de mensajes y notificaciones que se le han descargado en el iPhone, al quitar el modo avión, por Wire, Signal, WhatsApp, *The Guardian, El País,* el diario *Ara* y *Le Monde*. El derivado líquido del cannabis que le recomendó un médico indio le está dando mejores resultados que la homeopatía. Lo mantiene relajado y lúcido al mismo tiempo. Cuando se abren las puertas correderas del área de *Sortides*/Salidas/*Exit,* la treintena de pasajeros que lo rodean se estremece, algunos reculan, otros se detienen. Nicolau ya sabe lo que le espera y sigue adelante. Una multitud de brazos alzados con banderas y carteles vocifera *Fora les forces d'ocupació!*[12] al otro lado del tembloroso y serpenteante cordón policial que se abre hasta la calle. Nicolau lo enfila sin prisas ni pausas. Una vez fuera del edificio, bajo el sol radiante de la comarca mediterránea en la que se encuentra, Nicolau se detiene. Dobla la americana y la guarda en su trolley metálico. Se coloca las gafas de sol y los auriculares inalámbricos. Sabe que pasará calor. Que tendrá que saltar vallas y cruzar una riera. Sortear un hervidero de turistas sin rumbo, manifestantes alterados y centenares de coches detenidos.

*

La universitaria levanta los brazos y repite las consignas que Eloi, el CDR, da a voz en grito: *Fora les forces d'ocupació!* Ya no siente la angustia que le oprimía el pecho cuando empezó a andar por la Gran Via, hace más de tres horas. Acaban de entrar en la Terminal 1 del aeropuerto y todo se ha vuelto más sórdido y peligroso, pero Mire ha llegado cargada de fuerza, de ilusión, de energía. El camino hasta

aquí ha sido largo pero revelador. Ha conversado con personas de índole muy diversa y ha sentido una intensa comunión. Mire se emociona al darse cuenta de que todos ellos son muy conscientes de que están a punto de cruzar una línea que nunca antes habían cruzado. Un paso peligroso, arriesgado, que el Estado español les ha empujado a dar: visibilizar la repulsa del pueblo catalán al trato humillante que recibe Catalunya. El mundo lo tiene que saber. El mundo lo tiene que ver.

Eloi la ha ido presentando a otros CDR, chicos y chicas preparados, amigables, que le han dado instrucciones precisas por si las cosas se ponen feas. Mirar a los policías directamente a los ojos para sacar su parte humana, moverse con suavidad, no insultar, llevar la cara descubierta, nada de encasquetarse un *passamuntanyes* o irán a por ti. Se ha guardado en el móvil el número *antirepressió* que le han dado, a través de Wire o Signal podrá contactar con abogados solidarios contra la violencia policial. Mire aprende.

La universitaria ata su estelada al cuello de Eloi, orgullosa, feliz, sintiéndose parte del grupo. La acaban de invitar a unirse a la siguiente asamblea en Arenys de Munt, el pueblo natal de Eloi, y casi no se lo cree. Pero esto será después de las protestas contra la sentencia. Después de poner al país patas arriba.

*

—¡La poli va a cargar! *Que la pasma carrega!!*

Los gritos de un manifestante provocan una pequeña estampida. El tumulto de gente se desplaza hacia la derecha y algunos de ellos se caen. Mire aguanta, Eloi no. El CDR pierde pie y el rostro se le restriega con la ropa, cremalleras y cachivaches de otros activistas.

La herida de la frente se le abre y le escuece a rabiar. La universitaria acude en su ayuda y Eloi lo lamenta. La gente se dispersa y ella se arrodilla a su lado. Mire le clava esa mirada suya, directa y analítica, que siempre está a punto de incomodarlo. *Bé, bé, res greu,*[13] dice Eloi para quitar hierro al asunto. Se reprocha *haver badat.*[14] Hace rato que tendría que haberse escabullido de Mire, para no tener que dar explicaciones ahora. Pero la estudiante de Humanidades no se ha separado de él en ningún momento y eso lo ha distraído, al CDR le pierde esa admiración que la universitaria parece sentir por él. La coge de la mano y se alejan de la zona, Eloi busca a uno de sus colegas para dejar a Mire más o menos a buen recaudo.

—*Marxo*—dice al fin.

La universitaria posa en él una de sus miradas reconcentradas. Con esos ojos que no parpadean Mire le está reprochando que abandone la movilización y la deje sola. Eloi se apresura a aclarar que no la deja sola, que sus colegas son más de fiar que él. Ríe. Mire no ríe. Eloi decide mentir. Le cuenta que su perro está ingresado desde hace horas y que tiene que recogerlo en la clínica, tú que tienes perros eso lo entiendes, ¿eh? Quiere darle un beso en la mejilla, pero rectifica y se lo da en los labios. Mire pestañea al fin y el CDR sale corriendo con la estelada ondeando en su espalda como si fuera una capa.

*

Nicolau Berenguer salta la valla quitamiedos que bordea el arcén y abandona la autovía abarrotada de gente y coches detenidos. El terreno desciende bruscamente y, a unos pocos metros, unas cañas delimitan lo que el ingeniero aún no puede ver, una riera que

atraviesa los campos de alcachofas del Prat de Llobregat en dirección al mar. Uno de sus hermanos le espera a setecientos metros, en una rotonda que queda al otro lado de la B20. A su salida de la terminal, Nicolau se ha encaminado hacia la izquierda, ha bordeado el edificio del parking de seis plantas y dejado atrás la depuradora. Muchos hombres y mujeres, llevando sus maletas a rastras, han hecho lo mismo, seguir la autovía con los paneles de señalización al revés y sortear una marea de coches inmovilizados que llegaban desde Barcelona. Al saltar la valla se desmarca del resto. Lo hace con agilidad y alzando la maleta con un solo brazo. Cuando llega a las cañas, a su espalda, oye unos gritos de mujer. Es una señora de rasgos asiáticos que también ha saltado la valla y va hacia él, cargando con dificultad un bebé y una maleta voluminosa de color rosa metálico. La señora le está pidiendo ayuda. El bebé llora. Detrás de la madre, Nicolau ve a varias personas con intención de hacer lo mismo, y el ingeniero acelera. Entonces recibe una llamada.

—*No volies caldo, germanet? Doncs dues tasses!*

—*Tu ho has dit.*

—*Vinga, ànims, que ja et veig.*

—*Doncs jo encara no.*

—*Segueix la riera i veuràs un pont.*[15]

En pocos segundos el ingeniero ve el puente y a su hermano Manel. Manel es el tercer hijo de Nita, es once meses mayor que Nicolau, más alto y corpulento, y ahora parece desproporcionadamente grande encima del pequeño viaducto. Nicolau se detiene y vuelve sobre sus pasos.

—*Què fas, tio?*[16] —se sorprende su hermano.

No puedo hacer otra cosa, se excusa Nicolau por los auriculares inalámbricos, no *soc un merda*. Alcanza a la señora asiática y coge al

bebé entre sus brazos.

*

Eloi, el CDR, recorre la orilla chapoteando con sus Dr. Martens. Sube al pequeño puente de la riera con facilidad, hace pocos minutos ha visto cómo una mujer hacía lo mismo auxiliada por un hombre con aspecto de ejecutivo que parecía saber muy bien adónde iba. En el último tramo acelera y llega justo cuando los hermanos Berenguer se están metiendo en un cuatro por cuatro. Eloi no quiere darles tiempo a reaccionar y, sin pedir permiso, abre la puerta trasera y se cuela en el interior, al lado de la madre y su bebé. Les suelta un *gràcies, col·legues,* y los urge a no perder un segundo, viene peña muy desesperada pisándonos los talones, yo arrancaría el coche cagando leches.

Con la ayuda del GPS y las certeras indicaciones de Eloi, recorren las zigzagueantes carreteras colaterales que rodean las pistas de aterrizaje. Pronto se las encuentran colapsadas y no les queda más remedio que conducir campo a través, entre zarzamoras y colas de zorro. Eloi intenta animar al bebé que ha roto a llorar con una sacudida del vehículo. La madre lo consuela en japonés y el hermano de Nicolau se lamenta, todo esto que estamos pisando es una reserva natural, *collons*. El CDR dice que sí, que *i tant,* que en el Delta del Llobregat hay más de trescientas sesenta aves migratorias contabilizadas, el mayor número de la península ibérica, *però afortunadament ara no és època de nidificació*. Eloi añade que, ya se sabe, no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos. Nicolau escudriña al CDR por el retrovisor y se fija en las aletas tatuadas que asoman por la camiseta negra del chaval.

—*This is baaad*—la señora japonesa empieza a hablar—. *Barcelona is so good, why this?* Malo, malo.

—Noo, malo, no —replica Eloi—. *We do this for freedom, our freedom. Do you understand? The catalan people want their own freedom*.

—*Aahh. Freedom*.

—*Yes! Molt bé, noia*.

—¿Quiénes buenos aquí?

—Nosotros buenos. Poli mala.

—Ooh. ¡Poli!

Eloi señala la herida que tiene en la cara y que ahora supura un poco.

—*You see? They have done this to me. M'he fotut de morros*[17] *per culpa de la Spanish police*.

—Ooooh, ¿sí?

Eloi pide a los hermanos que, por favor, le carguen el móvil, lo tiene a un dos por ciento de batería y tiene que escribir a una chica. Les explica que por esa pava lo dejaría todo, incluso la revolución. Manel ríe con el CDR, Nicolau no, Nicolau no da abasto leyendo mensajes.

*

El móvil de la adolescente del pelo azul se va iluminando intermitentemente con los audios de eloitoELCdrrr y las notificaciones de Glovo. El primero le dice que está camino de la Mar Bella, y la empresa de reparto a domicilio la anima a empezar a trabajar, ya tiene todos los papeles en regla y le preguntan, en su tono amistoso característico, que a qué espera. Thais hace una foto de la barra y se la manda a Eloi para que entienda que ella sigue en

el bar, que aún no ha salido; luego deja caer el móvil en el mostrador y se enfurruña. Quiere largarse y está muy harta del yayo, su abuelo no calla y no entiende cómo al papa no le explota la cabeza.

*

—El chino me ha dicho que me paga el traspaso —ruge el yayo—. Eh, eso me ha dicho el chino Yan Uan o como coño se llame, Jordi, joder, el que ha comprado la mercería a la Loles. Y si yo traspaso el bar, entonces me vuelvo al pueblo, ¿me entiendes? Que es a tu madre a quien le gusta este barrio, que yo estoy hasta los cojones. Si quieren que todo Hospi se vuelva chino, pues que Hospi sea chino y así los charnegos nos largamos de aquí. Que eso es lo que quieren estos del aeropuerto, míralos. Ya los estás viendo. Cuanto peor, mejor, dicen. A joderlo todo y a empezar de cero, dicen. Pues a mí que me lo expliquen. Toda la vida esforzándome por ser uno más en esta Cataluña y ya ves pa qué. Me vendo a los chinos y vuelvo a León.

—Paco, joder —Jordi tiene un par de tics imperceptibles y se acerca a su padre, intranquilo porque el discurso podría molestar a algún cliente. Qué poco le cuesta al agente García imaginarse a Conchita, la vecina peluquera y asidua clienta, andando por la autovía del Prat. Su padre siempre ha sabido modular la voz en este local que conoce al dedillo, pero ahora no lo hace, ahora es un saco de rabia y parece que todo le da igual.

—Papa, tío, que me voy —Thais, impaciente, irrumpe por detrás de la barra.

El yayo escudriña la cara de su nieta, los ojos enfundados en esas largas pestañas postizas, las mejillas brillantes y anaranjadas, el pelo

azul atado en dos cortas coletas. Por un momento, el dueño de El Rincón de Paco abandona su enfado y se sume en el desconcierto, como si no entendiera nada, por qué su nieta se viste y maquilla de ese modo con lo preciosa que es, por qué se le escapa el negocio que tanto le costó levantar.

—Que tengo un campeonato, yayo.

—Thais —su abuelo ahora habla tristón—, ¿tú no te das cuenta de que todo esto de la bici y los globos es un disparate? ¿No entiendes que no vas a encontrar otro sitio mejor que el bar de tu familia para ganarte la vida?

—Paco, joder, no volvamos a lo mismo —le interrumpe Jordi—. Que la Thais tiene diecisiete años y no puede enterrarse en un bar.

El yayo se enfurece de nuevo:

—La palabreja es enterrarse. Porque la Thais ¿qué va a hacer? ¿Volar? ¿En bicicleta repartiendo pizzas? ¿Y hacia dónde? ¿Saltando en esa maldita bici enana hasta que se parta la nuca?

—Que ya hemos hablado de esto mil veces, padre.

—¡Lo hablaremos las veces que haga falta! ¡Que yo empecé a trabajar con catorce años...!

A Jordi le suena el móvil.

—Paco...

—... y a mí nadie me dio tiempo para pensar qué puñetas quería en la vida y ponerme a hacer el memo, ¡porque si hacía el memo pasaba hambre!

—¡Paco, que me llaman!

—¿De dónde, hijo?

—¡De dónde va a ser! ¡Del curro!

—Pero si hoy libras, Jordi.

—Es por la jarana del Prat...

—Ay, la hostia, ¿te mandan al aeropuerto?

—No creo, padre.

—Pues mejor, hijo —tercia la yaya.

—Al Aeropuerto han ido los de la UIP —Jordi se levanta del taburete—, que para eso los tienen durmiendo en hoteles.

—Yo también me voy —vuelve a interrumpir Thais—, pero, papa, porfa, porfa, llévame la mochila del Glovo a casa.

El agente García se mete un chicle sin azúcar en la boca y dice que sí con la cabeza. Ese favor lo obliga a pasar por casa y desviarse de su camino hacia la jefatura, pero accede, por el beso y el abrazo que le va a dar su hija. También porque más les vale sacar ese trasto de la vista del yayo.

*

Nicolau Berenguer acaricia la cabeza del bebé, la criatura dormita acurrucada en el pecho de su madre, y le dice *bye, bye*. Su hermano ha dejado el cuatro por cuatro, mal aparcado y con el doble intermitente encendido, frente a un Starbucks de la Via Laietana, y ahora busca un taxi para la señora japonesa. La madre, con el bebé sujeto con un fular portabebés y Google Maps en mano, gira sobre sí misma para orientarse. Cuando ve los árboles un poco más abajo, exclama:

—*Ooh! Is it an important square?*

Manel hace una mueca de indiferencia:

—¿Urquinaona? *No, not really.*

—¿Bonita?

—¡No! *Not at all*.

—¿Es centro?

—*Yes*. *Això sí!*

La madre japonesa va diciendo oh, ohh, con el mismo desconcierto, que tampoco es mucho. Manel ve un taxi a lo lejos y levanta el brazo, pero la señora le dice no taxi, no taxi, preferir Starbucks. Se inclina levemente, sacude la cabeza, dice *arigato, arigato,* y se encamina hacia la cadena de cafeterías norteamericana con el bebé y su voluminosa maleta a cuestas.

Manel se rasca la cabeza y se gira hacia su hermano.

—Per què és tan lletja Urquinaona?[18]

Nicolau está dejando su maleta en el asiento trasero. El ingeniero se ha cambiado de camisa dentro del coche y ahora se anuda la corbata.

—Perquè passen massa coses i perquè no és exactament una plaça.[19]

—Ah, no? I què és?

—Un mal projecte urbanístic. A veure, Manel, escolta'm. Necessito una hora. Digues-li a l'Amàlia que arribaré gairebé a les deu.[20]

Manel protesta:

—Tan tard, tio? Que la mare t'espera!

Nicolau presiona el pecho de su hermano con el dedo índice y responde en tono grave, disgustado:

—He trigat disset hores a tornar. Ella i tots vosaltres en podeu esperar una més.[21]

*

El agente Jordi García coloca tres conos reflectantes en la calzada y Fede, su compañero de patrulla, gesticula, unos metros más allá, como un guardia urbano. A la pareja de policías la han destinado a descongestionar el tráfico alrededor de la plaza Espanya y Jordi no sale de su asombro. Desde que trabaja en el cuerpo no ha vivido

nada igual. El corte de la Gran Via, con los miles de manifestantes andando hacia el Prat de Llobregat, ha generado un colapso circulatorio sin precedentes. El servicio de Rodalies en dirección al aeropuerto ha sido suspendido, el metro no llega a Sants, hay carreteras y vías de tren cortadas en Girona y grupos de manifestantes están bloqueando la frontera.

A Jordi le gusta su trabajo. Cuando en el barrio le preguntan qué demonios significa ARRO, él responde con paciencia, vocalizando tan bien como puede: Unidad de Áreas Regionales de Recursos Operativos. Pero eso tampoco lo entiende nadie y tiene que seguir dando explicaciones. Un agente ARRO es el poli que suple a los demás polis, les cuenta, un chico para todo, le gusta añadir. Salvamos gatos atrapados en las ramas de los árboles, perseguimos a los cacos que roban, ayudamos a la poli científica o nos vestimos como las Tortugas Ninja para reforzar a los antidisturbios. Lo de disfrazarse de ninja hace reír a los niños menos preguntones.

Jordi siempre ha huido de empleos rutinarios y sedentarios, hay algo en su cuerpo, en su sistema nervioso, que lo empuja a ejercer tareas variadas, físicas. La improvisación lo exalta, le produce un cosquilleo que no controla. Por eso no quiso trabajar en el bar de sus padres, por eso entiende tan bien a Thais.

Desde la radio del coche escuchan a un compañero contabilizar más de treinta pequeñas manifestaciones diseminadas en toda la ciudad: en la Meridiana, en la salida 21 al Port Vell de la Ronda del Litoral, en la plaza Urquinaona y en varias calles del Eixample.

—Como esto siga así, nos llaman a filas —dice el compañero de servicio volviendo a su lado—. Estos tíos del movimiento ese, cómo es, huracán, maremoto, lo que sea, van a armarla de verdad.

El agente García escupe el chicle en un kleenex y se lo guarda en el bolsillo. Desearía ser tan creyente como su madre y pedirle a la

Virgen del Camino que no les llamen a reforzar a los antidisturbios. Hoy, Jordi no siente cosquilleo alguno. Desde el referéndum del 2017 preferiría no implicarse en movidas de estas, políticas. Opina que con todo esto del Procés catalán uno ya no sabe dónde está. Que no hay dos bandos. Que es mucho más complicado que eso.

*

Un grupo de jazz toca *What's Going On* de Marvin Gaye, y Nicolau Berenguer atraviesa la bonita azotea ajardinada con lavanda y olivos. Está en el *roofbar* del hotel Barcelona Luna House. Nicolau, además de ser socio minoritario de la sucursal hotelera, es responsable del departamento tecnológico. La luz anaranjada del atardecer se desliza entre los miles de terrados, tan característicos de la Ciudad Condal, y envuelve la catedral, la fachada de Santa Maria del Mar y la torre de la Mare de Déu de la Sagrada Familia, que sigue subiendo envuelta en un andamio. Los asistentes a la recepción le saludan con copas en las manos y contenidas sonrisas, «Hola, *senyor* Berenguer», y a Nicolau le cuesta reconocerlos. El evento es una fiesta interna entre el *staff* y los directivos, y los uniformes azul marino con la pequeña medalla rotulada con el nombre han sido sustituidos por vestidos floreados y trajes más o menos formales. Nicolau, cortés, simula saber con quién está hablando hasta que pregunta por Virginia justo cuando Virginia se le está acercando.

La directora del hotel Luna House lo recibe con un escueto hola de labios color carmín. Luce una falda asimétrica fruncida en el lateral. Se dan dos rápidos besos al aire y ella le pide, con un gesto discreto, distanciarse de los demás asistentes.

—No me puedo creer que hayas venido, Nicolau —susurra mientras se alejan—. Ya sabes lo mucho que me disgustó que no estuvieras en la inauguración. Y eso que entonces no sabía lo que se nos venía encima.

—Bueno, aquí estoy.

—Qué locura todo esto que está pasando.

—Sí, lo es.

—No sé por qué has vuelto antes de lo previsto, pero que sepas que es un alivio tenerte aquí.

Se miran a los ojos y Nicolau siente una presión en el pecho. Ella añade:

—Tengo a Bryan encima todo el rato.

—¿Qué pasa con los Sanders?

—Les han cancelado el vuelo desde Niza y no van a esperar al siguiente. Mañana vuelven a Los Ángeles. ¡Los jefes ya no van a venir, imagínate! Lo que hablemos ahora con Bryan es crucial para que el grupo mantenga la calma.

—Estarán tranquilos si nos ven tranquilos.

—Nicolau, los clientes nos están llamando desesperados, ¡algunos vienen andando desde el aeropuerto! —La directora mira de reojo al resto de los participantes del evento y hace un esfuerzo por contenerse—. Hay más de cien vuelos cancelados y se prevé que el tráfico aéreo quede afectado durante varios días. ¿No lo has leído? ¿Cómo vamos a estar tranquilos? ¿Cómo vamos a organizar la fiesta del jueves?

—El jueves habremos vuelto a la normalidad.

—¿Cómo lo sabes? Son unos insensatos, ¿no te has enterado de que amenazan con cortar todas las carreteras, todas las comunicaciones? ¡Seguro que lo siguiente es boicotear el AVE...! Y, encima, hoy mismo nos ha llegado...

—El jueves habrá normalidad, el viernes no, pero el jueves sí.

—... una multa de nuestro querido gobierno autonómico. ¿Qué pasa el viernes?

—Huelga general. ¿Cómo que una multa?

Virginia suspira.

—Bueno, un requerimiento, qué cosa, Dios mío, alguien del *staff* no le habló en catalán a una clienta y nos han denunciado.

Virginia se muerde el labio inferior y se queda absorta. Nicolau pasea la mirada a su alrededor y murmura que eso seguro que se puede negociar, será un aviso, nada relevante. Virginia despierta de su breve ensimismamiento:

—¿Negociar con la Generalitat? —suelta, con un deje irónico.

—El objetivo de estas notificaciones no es recaudar.

—¡Claro que no! ¡Es adoctrinar!

—No empecemos, Virginia, por favor.

—¿Sabes qué se está comentando?

Nicolau responde que no con la cabeza y le mira la boca, la pequeña cicatriz que se hunde en el labio humedecido.

—Que Madrid está planteando traer más refuerzos policiales a Barcelona. ¡Más de los que ya ha mandado!

—No pienses en eso.

—Otro Piolín atracado en el puerto a rebosar de policías y toda la prensa catalanista cachonda perdida y fingiendo que están asustados.

—¿Quién comenta eso?

—José del Prado.

—¿Tu amigo de *El Confidencial?*

—Sí.

Nicolau enarca las cejas con un claro gesto de incredulidad y Virginia se crispa:

—¡Otro Uno de Octubre, Nicolau, en nuestra semana de inauguración oficial! ¿Cómo no hicimos caso a las advertencias? Llevaban semanas con amenazas. ¡Tendríamos que haber pospuesto los festejos! ¿Recuerdas que lo hablamos y dijimos que ya era tarde? ¡Pues será mucho peor anularlo ahora!

—Virginia, tranquilízate.

—Me va a costar el puesto, joder.

—Escúchame. Madrid no va a volver a cometer el mismo error del día del referéndum. Y a Bryan y a los americanos hay que recordarles algo que ellos saben muy bien, que todas las grandes metrópolis de este siglo tienen problemas parecidos, el populismo, los chalecos amarillos, la amenaza terrorista. Barcelona es una ciudad importante y no se salva de sufrir momentos convulsos. Pero el jueves todo esto estará controlado.

El semblante de Virginia transita de la inquietud y el enfado a una calma forzada.

—¿Me lo aseguras?

—Sí, te lo aseguro.

—Y con la huelga general, al día siguiente de la fiesta, ¿cómo van a volver los invitados a sus casas?

—Los que vienen de fuera de Barcelona no son tantos...

—Jon Kortajarena, Amenábar, Estrella Morente, Palomo Spain. ¿Te parecen pocos?

—Son celebridades, sí, pero no son tantas. Creo recordar que muchos aprovechaban el fin de semana para quedarse. Hay que estudiar caso a caso y proponer soluciones. Recuerda nuestro eslogan: «En Luna House tus problemas son nuestras soluciones», ahora es el momento de demostrarlo.

Nicolau, por primera vez desde que ha pisado su ciudad natal, sonríe. Lo hace con premeditada franqueza. Virginia se esfuerza en

imitarle, sobre todo cuando advierte que Bryan, el responsable de supervisar la puesta en marcha del nuevo Barcelona Luna House, se está acercando. La directora esboza una bonita sonrisa y Bryan le estrecha vigorosamente la mano a Nicolau. Con su marcado acento británico, Bryan se interesa por la llegada del ingeniero al aeropuerto.

Resulta fácil despreocupar al inglés de las repercusiones que puede padecer el hotel a causa de los disturbios del aeropuerto. Enseguida le parecen más que acertadas las explicaciones de Nicolau, y que Virginia secunda con vehemencia. El *controller* y empleado del Luna House International Group no está preocupado ni por las amenazas de movilizaciones ni por el problema identitario catalán; si compara Barcelona con Irlanda del Norte o el País Vasco en sus peores momentos, esta ciudad es una balsa.

*

En el skatepark de la Mar Bella, Thais, la adolescente del pelo azul, espera su turno con impaciencia. La organizadora de la competición Vans BMX Extreme, una chica con un pinganillo y una tablet, le ha llamado la atención varias veces. La adolescente es la siguiente en saltar y no hay manera de que se esté quieta, balancea la bici de un lado a otro y no deja de hacer equilibrios con ella. La organizadora le ha advertido que no es momento de calentar, que debe quedarse quieta en el lugar concreto que marca el suelo.

Thais busca a Eloi en las gradas. El recinto está atiborrado de gente y la música resuena a un volumen ensordecedor. Cuando localiza al CDR, lo ve muy atento a la pelirroja que está saltando en el *bowl,* el elemento de la pista de hormigón que parece una piscina. La pelirroja es buena. Esta es la primera exhibición en la que

participa la adolescente, una competición convocada por la marca de ropa deportiva y a la que asisten ojeadoras profesionales. Si Thais quedara finalista, podrían hacerla embajadora de Vans y ganaría dinero a través de su Instagram, una posibilidad que motiva a la adolescente. Thais está nerviosa, pero no asustada. Ha intentado memorizar una rutina, aunque ella no sea ni de rutinas ni de memorizar, pero esta vez va a intentar concentrarse y pensar. Pensar antes de actuar, como le dice su padre tantas veces.

Aparece una chica con mallas rojas y se le pone delante. La pelirroja ha terminado y la de las mallas rojas pretende colarse. Thais la agarra por el hombro y le muestra el número que la organizadora le ha rotulado en la mano, grita: ¡el treinta y dos, tía, que ahora voy yo! Pero la de las mallas, displicente, la afea, yo no veo nada, le contesta, los números se te han borrado de tanto practicar cuando no tocaba. Thais se enfada. Ignora a la responsable de Vans que intenta mediar entre las dos y, sin permiso, se desliza por la primera pendiente y salta a la pista.

La rabia multiplica su energía. Hace un Tobogán, le sale muy bien y decide ir a por el Nothing. El Nothing es más difícil que el Tobogán, hay que saltar muy alto y soltar completamente la bicicleta en el aire en el momento exacto para recuperarla después. Lo ha visto hacer mil veces a su admirada campeona rusa y lo ha practicado bastante. Pero Thais la suelta unos segundos antes de tiempo, la bici toma su propio camino y las dos caen al suelo. Thais termina la exhibición sobrellevando como puede la frustración que siente, solo concentrada en contener las lágrimas. Cuando abandona la pista, no mira atrás y se aleja del parque sin decir nada a nadie.

*

Ya es casi de noche cuando Virginia apura su copa de Möet & Chandon. La directora del hotel Luna House, apoyada en la baranda de la azotea, siente la brisa del mar refrescarle el cuerpo. El verano languidece lentamente, pero los días ya se acortan y pronto habrá el cambio de horario. Inhala de su vaporizador metálico y observa cómo Nicolau se despide de los responsables de la cocina. Virginia se siente aliviada al poder solventar esta crisis con él. Sabe que Nicolau no ha vuelto por eso, para ayudarla, no se lo ha dicho claramente, pero Nicolau nunca dice ni expresa las cosas con claridad. Cuando el ingeniero estrecha la última mano, Virginia se le acerca, intuye que Nicolau querrá irse inmediatamente y ella desea impedirlo. Sin darle tiempo a abrir la boca, la directora le pide ayuda con un problema en el sistema informático.

—¿Y el de mantenimiento? —protesta Nicolau—. ¿No puede solucionarlo él?

Ella se dirige al ascensor y le va hablando por encima del hombro, los de mantenimiento ya se han ido, será un momento, insiste, es la wifi de la segunda planta, que no funciona, seguro que tú lo arreglas en nada. Virginia sonríe y espera que Nicolau le devuelva la sonrisa. Él lo hace, pero con una sonrisa que a ella no le gusta, la sonrisa comodín de Nicolau que Virginia conoce de sobra, falsa, que el ingeniero tantas veces utiliza para salir del paso y quedar bien. Entran en el ascensor y Nicolau clava la mirada en los números luminosos que indican la planta y que van descendiendo. Empieza a sudar. El ingeniero se afloja la corbata y a Virginia le llega ese aroma dulzón y a la vez amargo, a almizcle, a hormona, a hombre vagamente sucio, ese olor a Nicolau que ella conoce tan bien como sus sonrisas.

*

El ingeniero abre un armario situado bajo la escalera de incendios de la segunda planta. Enciende la linterna de su móvil y revisa la velocidad de descarga de la wifi, todas las rayitas de la red inalámbrica aparecen y murmura que no entiende el problema. Se da la vuelta y se encuentra a Virginia a un palmo de él, de espaldas, subiéndose la falda. Con lentitud, casi con dificultad, la falda es muy ajustada y le aprieta. Solo entonces Nicolau comprende que a la *wireless* no le pasa nada.

Se siente vencido. Todo parece desconectarse de su mente excepto el deseo. La empuja hasta la pared y deja caer su cuerpo sobre ella. Frota su cara por la larga, abundante melena castaño oscuro. La mano de Virginia le roza la erección y entonces él se detiene. Le sujeta la mano. Con una voz ronca, desconocida, casi le implora:

—Tienes que ayudarme. No puedo seguir así.

*

Virginia se sienta en la escalera de hierro pintada de negro. Desearía fumar, pero se ha dejado el vaporizador en la azotea. Desearía llorar, con facilidad, pero no le sale. Mira los peldaños de la escalera, sucios, con restos de polvo blanco de las recientes obras, y piensa que tiene motivos para echarle la bronca a alguien. Pero lo que necesita es una copa. O dos.

Entra en WhatsApp, busca el contacto de su amigo interiorista y escribe:

«Te vienes al Dry?»

Luego manda el mismo mensaje a su amigo empresario.

*

Nicolau deja atrás el Palau de la Música Catalana y enfila la corta calle de les Jonqueres que muere en la plaza Urquinaona. No es el camino de vuelta a casa que le gusta hacer, siempre prefiere evitar pasar por la plaza, pero es el más rápido. Anda y revisa los mensajes y notificaciones que se le han ido acumulando y se detiene en un comunicado de Europa Press. La agencia de noticias española acaba de hacer público que un joven de veintidós años ha recibido un impacto en la cabeza y ha perdido el sentido. Nicolau desacelera la marcha. El joven está en estado grave y todavía no se ha confirmado si el impacto ha sido causado por una pelota de goma.

Nicolau siente que está perdiendo claridad de mente. Duda si tomar cinco gotas más de CBD, pero decide que no, mejor reservarlas para la noche, el *jet lag* no se lo pondrá fácil. Cruza la calle Trafalgar con el semáforo en rojo y enseguida hace lo mismo en Ronda Sant Pere, la avenida que corta en dos Urquinaona. Llega a la calle Ausiàs Marc y se acerca a un edificio rematado en lo alto por una moldura tallada en piedra, con hojas y flores esculpidas, ennegrecidas y con los bordes erosionados. Levanta la mirada y observa las luces encendidas del principal, una planta noble con un balcón corrido que une tres ventanales centrales, enmarcados por dos tribunas. Es el salón de casa de su madre, donde Nita pasa las horas desde que ha vuelto del hospital.

Abre la puerta de la tercera planta y le llega un agradable olor a boloñesa y queso fundido. Saluda a la chica de servicio y después a sus dos hijos, la mayor refunfuña que no es justo que le pongan tantos deberes y el pequeño salta a sus brazos con el pijama de Spiderman manchado de salsa de tomate hecha en casa. Nicolau agradece su mocoso parloteo, tan feliz e incoherente, ese

chisporroteo infantil que desenfoca el inminente encuentro con su esposa.

*

Amàlia le besa en la mejilla y le da las gracias por estar aquí, por volver. Él desvía la mirada. Amàlia se da cuenta de que su agradecimiento es excesivo, que no le corresponde a ella mostrar tanta gratitud por su vuelta y se apresura a preguntar si tiene hambre, si ha podido dormir.

La esposa de Nicolau acaba de cumplir cuarenta años, tiene los hombros anchos y la clavícula marcada. Es empática y callada y, desde que se licenció como farmacéutica, regenta la farmacia Bach que sus padres abrieron en la plaza Urquinaona hace treinta y ocho años. A Amàlia le gustan los jerséis a rayas y los collares de tela.

Su marido responde con un desganado *si queden quatre macarrons...,* y ella se afana en prepararle un plato con las sobras de los niños. Cuando vuelve a buscarlo, Nicolau ya se está desvistiendo en el dormitorio, con ganas de lavarse, pero sin tiempo para una ducha. Amàlia deja la pasta con boloñesa en el tablero del secreter y le acaricia la espalda con delicadeza, pensativa, quiere hablar de Nita, su suegra, pero no sabe cómo enfocarlo.

*

Nicolau la atrae hacia sí y la besa con brusquedad, le mete la lengua en la boca, desesperado por borrar de su cuerpo el rastro del cuerpo de otra mujer, por sacarse de la cabeza la falda asimétrica y ajustada, el temblor de los glúteos de Virginia cuando la penetró por

detrás la última vez, en su despacho, era pleno verano, hace siete semanas y dos días.

—*Necessito follar-te.*

Amàlia parpadea y Nicolau le lee el pensamiento, los niños, la madre enferma que lo reclama. Insiste con ansiedad contenida, será rápido, la asistenta aún estará un rato. Quince minutos, precisa ella tras consultar su reloj de pulsera. Nicolau corre el pestillo de la habitación y Amàlia se saca los pantalones de algodón y las bragas blancas. La esposa de Nicolau se deja hacer, solícita, hasta que él recoge del suelo la camisa que llevaba puesta y le anuda las dos manos con una manga. Cuando Amàlia ríe y le pregunta qué ha estado bebiendo en el hotel, Nicolau la suelta. El ejecutivo cierra los ojos unos segundos y hace el ademán de salir de la cama, pero Amàlia se lo impide. Lo empuja y lo tumba, él se deja, ella se sienta encima, a horcajadas, y lo monta. Tras unos minutos de sacudidas pequeñas y regulares, Amàlia incrementa el ritmo hasta que Nicolau se corre.

*

En la playa de la Mar Bella, Eloi reta a Thais a meterse en el mar y ella dice que oc. El CDR ha intentado consolarla, pero la adolescente no quiere ser consolada. La adolescente del pelo azul le ha soltado que ella no lame el culo a nadie y menos a una marca comercial, porque seguro que eso es lo que hacen las campeonas que posturean en Instagram con patatas fritas o bambas superpro: lamer el culo. Pues a ella se la suda. Eloi no tiene ningún interés en seguir hablando del tema, le ha ofrecido cerveza y se le ha ocurrido desafiarla a meterse en el agua para que le cambie el ánimo, para hacerla reír.

Thais se quita las deportivas y la sudadera y va corriendo hasta la orilla. Eloi va tras ella, ilusionado por el rápido cambio de actitud y por esa especie de candorosa avidez que la adolescente le pone a todo. El agua no está fría, pero hay oleaje y Thais se sumerge enseguida, bracea un crol torpe, salvaje, infantil. Eloi deja de verla unos segundos y se le escapa un *on cony t'has fotut!?*[22] Pero la adolescente reaparece enseguida, tambaleándose y carcajeándose por la furia de las olas. La transparencia de su ropa mojada provoca en el CDR una punzada de deseo casi hiriente. Cuando la alcanza, le da de beber cerveza a morro de su botella, el líquido se derrama por la boca de Thais, por los pechos de Thais, por las piernas de Thais.

Follan encima de las rocas, más o menos ocultos por las cañas. Ella echada, él encima. Eloi restriega las rodillas con la piedra hasta que le sangran, le duelen, pero no le importa y sigue. Sí le importa la desazón que siente inmediatamente después, cuando acaban, cuando se incorporan y se sientan, cuando le embarga un repentino apego hacia la adolescente. Thais lía un porro y él le dice que se vaya con él a las manis y a todo lo que salga. Que mañana seguro que los del Tsunami van a ir a por el AVE, porque es lo que hay que hacer después del aeropuerto. Que hoy hemos jodido a los turistas, pero mañana toca putear a los fachas que llegan de los madriles en el puto tren de alta velocidad.

Thais ríe y Eloi se anima.

—Que esto es solo el principio, que la peña está muy harta de los abusos y desprecios del Reino de España y esto va a ser un fiestorrón, que colapsamos Catalunya entera y tú lo tienes que ver.

Thais grita ¡qué total, Loi Loi!, y a Eloi le enternece la ilusión sin filtros de la adolescente, su sonrisa de dientes separados, su cara tan bonita. Le acaricia la pierna, pegajosa de cerveza y sal marina, y añade:

—Y así te olvidas de las chorradas estas de Vans y compañía.

La adolescente se da la vuelta de improviso, saca la lengua y se hace un selfi con los pies del CDR rebozados de arena.

—Ehh —protesta Eloi—, y de paso te olvidas también del puto Insta.

Thais sube un *story* en un periquete y dice que obvio que vengo, *no m'ho puto perdo*.

*

Nicolau Berenguer traga saliva. Nita, su madre, le recrimina haber tardado tanto en bajar a verla y él batalla por no ceder al cansancio que amenaza desarmarlo. El tono de reproche de la octogenaria nada tiene que ver con las amonestaciones de la madre enérgica y apasionada que los crio. Apenas hace una semana que no la ve y una nueva tonalidad grisácea tiñe su rostro. Se sienta con delicadeza en la cama articulada y le besa la mano. *Ja soc aquí, mare, ja soc aquí.* Ella aprieta los labios para disimular el temblor que le sobreviene. Los tres hermanos varones de Nicolau presencian la escena desde el diván color mostaza arrinconado, unos metros más allá, para dejar espacio a la cama hospitalaria. Ramon, el mayor de los hijos de Nita, un hombre con una barba de otros tiempos y gafas de fina montura, desvía la mirada.

Nita señala el televisor. Betevé, la cadena municipal del área metropolitana, retransmite en directo las hogueras y los altercados que continúan en el Aeropuerto Barcelona-El Prat. Con la voz algo trémula y un brillo en los ojos comenta que quizá sí haya una esperanza *amb els nois delTsunami.*[23] Manel, contento de hablar de ese tema y no de otros, ofrece una copa de cava al hermano recién llegado, levanta la suya y exclama: *Per la república catalana, família!*

Ramon se dirige a Nicolau en otro tono, muy distinto, sereno, nada exaltado:

—Felicita'ls de part nostra. No podien haver estat més contundents.[24]

Nicolau bebe unos sorbos del espumoso y Ramon le pregunta si sabe algo más, si tiene detalles, nuevas informaciones. Nicolau evita dar una respuesta, mira la mesilla con los medicamentos, mira a la madre y le pregunta si no debería dormir, si no es mejor seguir hablando mañana.

—T'ha de ser fàcil saber coses[25] —insiste su hermano mayor.

—Ramon, no sé res de tot això[26] —responde Nicolau al fin.

—Ja m'entens. Els teus amics de les altes esferes hi han d'estar ficats.[27]

Nita lo ataja:

—En cas que fos així, Ramon, ben segur que ha d'estar callat.[28]

Y Nicolau calla. No dice que forma parte del comité organizador de Tsunami Democràtic desde hace seis meses, no dice que lidera el desarrollo informático desde Bangalore, la capital del estado indio de Karnataka, no dice que nunca vio claras determinadas acciones como la de colapsar el aeropuerto de Barcelona. Tampoco que su intención era quedarse donde estaba, en su pequeño estudio del Silicon Valley indio, para seguirlo desde allá, bien lejos, fuera de las calles de su ciudad. Tampoco dice, su carácter conciliador se lo impide, que se siente decepcionado con todos ellos porque no han podido sobrevivir tres días sin él, solo iba a estar una semana fuera y se ha visto obligado a volver.

Aparece la cuidadora con su bata blanca y va directa a saludarlo.

—Señor Nicolau, ¿cómo se encuentra usted? ¿Ya le pusieron a su mamá la primera medicina de la noche?

Sebastià, el hermano pequeño, responde por Nicolau que todavía no, Magalí, *que la mare encara no té dolor*. El ingeniero se acerca a la mesa baja donde están los medicamentos y revisa la libreta azul. El sueño lo asalta a ráfagas, pero sabe que si aguanta despierto unas horas más capeará mejor el *jet lag*. Deja el iPhone al lado de la libreta azul y los medicamentos y propone a sus hermanos que vayan a descansar, desea estar al lado de Nita, ocuparse de ella durante un rato. Manel y Sebastià dicen que muy bien. Ramon que no, que él también se queda.

*

Una hora y media más tarde, la madre observa a un Nicolau fatigado y casi adormecido, su pelo castaño color miel revuelto, los ojos enrojecidos. Él le sonríe desde la cercana butaca. Ella murmura algo. Un susurro que Ramon, también despierto y tumbado en el diván aterciopelado, llega a escuchar:

—*No vull que la nena torni.*[29]

*

Amàlia busca a su marido por el principal, que ha quedado a oscuras. El silencio de la noche queda roto por el vaivén de las baldosas bajo sus pies, un ruidito hueco al que todos se han acostumbrado, un entrechocar de teselas de cerámica con cenefas florales en tonos tostados, desajustadas, que bailan. También se oye el ronroneo del canal 24 horas de la televisión pública catalana que solo sigue la cuidadora, con mirada hipnótica, desde la mecedora de la que se ha adueñado. Un periodista hace balance de los disturbios del Aeropuerto Barcelona-El Prat. Ciento treinta y tres heridos, seis

de ellos de la Policía Nacional y tres *mossos d'esquadra,* cuatro detenidos y ciento ocho vuelos cancelados, la mayoría de Vueling. El periodista parece que no respira al soltar la retahíla de malas noticias. Un hombre ha perdido un testículo y un ciudadano francés ha muerto de un infarto tras andar tres kilómetros de camino a Barcelona. Amàlia coge el mando de la televisión decidida a apagarla, pero en el último momento se detiene. El joven que ha recibido el impacto en la cara por la pelota de goma, tras varias horas ingresado en el Hospital de Bellvitge, ha perdido el ojo izquierdo.

Amàlia apaga el televisor y la cuidadora parece despertar de su hipnosis, de un salto se pone en pie y se acerca a la mesa baja, coge el iPhone plateado de Nicolau y, con el tono de voz extemporáneamente alto, dice:

—Señora Amàlia, el celular del señor Nicolau. Que se lo ha dejado aquí, su señor marido, y ahorita está tomando el aire fuera, señora, en uno de los balcones.

Amàlia le da las gracias. Cierra con cuidado la puerta vidriada que separa el salón del comedor, una puerta corredera del modernismo catalán y que siempre traquetea al abrirse y cerrarse. La esposa sale al balcón corrido y se encuentra a Nicolau con la cabeza apoyada entre las manos, los codos en el cristal de la mesita de hierro, la mirada clavada en otro móvil que tiene frente a él. Ella deja el iPhone en la mesa, al lado del otro dispositivo, y Nicolau lo mira como si no viera nada. Amàlia se arrodilla y busca la cara de su marido, le pregunta *què passa, Nico*. Le susurra que está muy orgullosa de él, todos lo estamos, y que volver a casa antes de tiempo era lo mejor que podía hacer, *demà hem de decidir si la tornem a ingressar i no podíem fer-ho sense tu.*[30] Pero Nicolau no parece escucharla.

El otro móvil, un Samsung Galaxy de la serie S10 Plus, de color negro, se ilumina y tintinea, una vez y otra, con el tono de alerta Dew Drops. Los dos lo miran. Nicolau lo silencia, desbloquea la pantalla y lo empuja hacia su mujer. Amàlia desliza el dedo y entra en un chat de Telegram. Siguen llegando mensajes bajo unos *nicknames* chistosos, alegres, desconcertantes.

*

POPEYE: *«Felicitats a tots per la feina feta»*[31]

ANAÏS: *«Visca la República Catalana!»*

POPEYE: *«Està clar que hem construït una eina molt poderosa»*[32]

ANAÏS: *«Som un gran equip!»*

SIFFRA: *«Demà més, companys»*[33]

BORINOT: *«El poble ha dit prou»*[34]

KAFKA: *«Europa és testimoni de l'estat repressor en què ens obliguen a viure»*[35]

KAFKA: *«La revolució ha començat!»*[36]

KAFKA: *«Bloqueig de l'AVE, ja!»*[37]

*

Amàlia se endereza.

Nicolau Berenguer recuesta la espalda en el frío respaldo de hierro y, a media voz, dice:

—*Se'ns està escapant de les mans*.[38]

Gris

La tarde que le propusieron participar en Tsunami Democràtic, Nicolau Berenguer había asistido al Camp Nou como cada domingo de liga. El Barça ganaba dos a cero y el estadio disfrutaba de un partido redondo. Al llegar a la media parte, se le acercó BORINOT, el político que destacaba por su metro sesenta y voz aflautada. En las gradas del estadio, la afición blaugrana se revolvía exultante, asombrada, rendida ante los espléndidos regates de un Leo Messi sembrado, tres *driblings* seguidos que culminaron en el segundo gol justo antes del minuto cuarenta y cinco. La sensación adrenalínica y electrizante de presentir la victoria cerca insuflaba madurez y poderío al aspecto algo aniñado del político.

—Berenguer, *ens has d'ajudar!*[1]

Abandonaron la tribuna principal y se dirigieron a la Sala Roma. Sentados a una mesa apartada del ir y venir de socios y camareros de *catering,* el político le planteó su propuesta. Habló bajo, rápido, seguro, ilusionado. Tenían poco tiempo. Había que prepararse para lo que se les venía encima. Defenderse, protestar, manifestarse de otra forma.

—Les xarxes reals, de confiança, ja existeixen, ja s'han creat a tots els pobles, barris i vil·les d'aquest país, fa anys que ens autoorganitzem de forma exemplar. Ara ens cal una eina que ens permeti fer un pas decisiu en la revolta catalana.[2] —Los ojos del político brillaban cuando habló de utilizar las nuevas tecnologías a

favor del clamor del pueblo—. *I tu ets la persona idònia per fer-ho realitat.*[3]

Nicolau no dijo nada. Escuchar era una de sus mayores cualidades, escuchar a los clientes, a los amigos, a toda la familia, tanto la cercana como la lejana. Era un hombre diplomático que medía muy bien cada paso que daba. No quería pronunciarse en ese momento, a cinco minutos de que Messi, Piqué y compañía pisaran de nuevo el campo. BORINOT pareció adivinar sus pensamientos y le pidió que entendiera las prisas, el tiempo les jugaba en contra.

—Pensa en els represaliats, en els presoners, en els exiliats. En les famílies. Cada dia compta.[4]

A su alrededor, decenas de aficionados empezaban a volver a las gradas. Nicolau conocía a la mayoría de ellos, directivos, empresarios, periodistas, algún que otro culé nonagenario. A pesar de que ya no quedaba nada de aquellas salas anexas a la tribuna de cuando Nicolau era un niño, con su moqueta y el inconfundible olor a puros y cigarrillos, él se seguía sintiendo como en casa. Había crecido yendo a ese estadio. Su padre acudía a cada encuentro con un hijo distinto, cada dos semanas, disciplinadamente. A lo largo de los años, Nicolau había consolidado amistades, hecho negocios relevantes, celebrado victorias míticas del mejor equipo del mundo, como se consideraba al Fútbol Club Barcelona en ese momento. En 2010, el ingeniero en telecomunicaciones pasó a formar parte de la Junta Directiva como responsable del Área Digital, puesto que desarrolló con brillantez y que le otorgó un prestigio profesional que supo aprovechar muy bien.

BORINOT se levantó y le confesó que debía dejarlo inmediatamente porque POPEYE se acercaba y no era prudente que se los viera juntos. BORINOT y POPEYE se cruzaron sin mediar palabra. La chica espigada con la que compartió apuntes en la Universitat Politècnica de

Catalunya dio dos besos a Nicolau y quiso dar por sentado que había accedido a la propuesta.

—*Ho faràs de conya.*

Nicolau se mantuvo inexpresivo. POPEYE se había convertido en una de las comunicadoras y comentaristas políticas más relevantes de los medios catalanes. Aunque su aspecto ya no era tan espigado como en los años de la carrera, su actitud impaciente y las ganas manifiestas de querer ir al grano eran las mismas. POPEYE le reveló que había sido ella quien lo había propuesto para ese cometido, y le adelantó algunos detalles de la organización: ellos serían los líderes provisionales necesarios para arrancar, pero que, una vez en marcha, el proyecto debía seguir sin una jerarquía piramidal, sino asamblearia. De momento, contaban con la ayuda de ANAÏS, una joven y emergente *copywriter* de la publicidad barcelonesa que acababa de aterrizar de San Francisco y que colaboraría con los textos y el diseño gráfico, y KAFKA, el intelectual y expolítico de la izquierda radical reconvertido en tertuliano. En este punto, Nicolau enarcó las cejas:

—*KAFKA! El dels radicals ingobernables. El que vol plantar cara a l'IBEX 35!*

POPEYE le sostuvo la mirada, no hacía falta que dijera nada. Los dos sabían que la independencia de Catalunya estaba por encima de partidos e ideologías. Así era desde hacía un tiempo, los catalanistas moderados debían pactar con los izquierdistas más extremos para conseguir ese bien común.

—*Ara només ens falta fer de CDR*[5] —ironizó Nicolau.

POPEYE sonrió:

—*Hem d'aprendre dels CDR, però nosaltres som una altra cosa.*[6]

—*Què som?*

POPEYE lo taladró con su mirada de ceño impaciente:

—Nosaltres no som ningú, no ens diem de cap manera perquè no tenim nom, no tenim cara. Nosaltres som l'eina. No hi haurà líders visibles, cap polític, cap personatge públic. Nosaltres donem l'eina a la ciutadania perquè la ciutadania digui el que ha de dir.[7]

La Sala Roma se había vaciado de socios e invitados. Nicolau entendió que a POPEYE no le importaba perderse el segundo tiempo del partido porque estaba allí solo para verse con él y precipitar su decisión. Recordó los años en la universidad, lo pertinaz y voluntariosa que era, capaz de compaginar dos carreras a la vez y licenciarse en ambas sin perder un solo curso: Telecomunicaciones por las mañanas, en la misma promoción de Nicolau, y Periodismo por las tardes. Ella pareció adivinar que el ingeniero estaba pensando en otras cosas y le insistió:

—M'has de dir sí o no. Ara.[8]

—Tu sempre tan directa.

—No m'agrada perdre el temps.[9]

—T'estic fent perdre el temps?[10]

—En guanyaríem si em plantegessis els teus dubtes, segur que t'ajudo a resoldre'ls.[11]

Nicolau necesitó levantarse. Dar la espalda a POPEYE y evitar su mirada inquisitiva. Ya era de noche, ya se oía el clamor de los aficionados jaleando cada pase de su idolatrado equipo, y a él le hubiera gustado estar allí, en las gradas, como un aficionado más, sin esa batalla interna a la que se veía abocado. Al ingeniero le resultaba muy difícil expresar las reticencias que sentía porque apenas podía confesárselas a sí mismo. No tenía dudas de que él era el profesional adecuado, tampoco sobre los objetivos planteados por BORINOT, era incuestionable que estaban en el mismo barco. Su desazón era de otro tipo. Un malestar y un cansancio inconfesables que olían a hartazgo, a cobardía, a traición.

Cerró los ojos y pensó en Nita, su madre. En aquel martes negro y ventoso del 2017, un septiembre cargado de ilusiones colectivas y adrenalina que esperaba con ansia la llegada del próximo uno de octubre, el día escogido en que se iba a organizar el soñado referéndum por la independencia de Catalunya. Ese martes almorzó con su madre en la larga mesa de caoba del principal de Ausiàs Marc y se encontró con un viejo dibujo encima de su servilleta. Nita comía yogur con compota de manzana y alabó su carácter prudente, antagónico al suyo propio, *i com he trigat a valorar-lo*.[12] Nicolau no estaba acostumbrado a recibir elogios de su madre y se sintió extraño, apesadumbrado, dolorido, consciente de que esa mañana la vida había dado un giro y nada iba a ser como hasta entonces. Quiso rebajar la intensidad de la conversación y le pidió a su madre que le hablara de ese dibujo que hoy le enseñaba, para desviar el tema, para que recordase las famosas sobremesas que durante tantos años había habido en esa misma estancia y que, a ratos, la hacían reír. Nita aceptó el trato tácito, pero ese mediodía el relato pivotó alrededor del hijo, a su pesar, del Nico de los ocho, diez años, un niño callado que escuchaba y observaba a los mayores alargar el almuerzo familiar hasta que el sol declinaba. Tíos, abuelos, primos, que reían, bebían, sentían añoranza, que recordaban el exilio en México, que recordaban al *pare,* la guerra civil, *aquella altra Catalunya* que fue republicana un tiempo humillantemente breve, *aquells somnis de llibertat*.[13] Nicolau dibujaba batallas con un lápiz y un boli mientras sus hermanos varones se aburrían o se distraían de otras maneras, torpedeando con bolitas de pan al taciturno *avi*[14] o importunando a *King,* el paciente pastor alemán que dormitaba bajo la mesa, mientras los adultos se exaltaban y soñaban con un nuevo Estatut, con un nuevo DNI. Las batallas que Nico dibujaba eran entre España y Catalunya, coloreaba a los soldados españoles

con el vívido azul de un bolígrafo Bic, a los soldados catalanes con un lápiz de mina 7B, que dejaba sobre el papel manchas rugosas de un gris oscuro.

Aquel almuerzo sucedió justo después de la visita con la oncóloga, una milenial embarazada a la espera de una larga baja anticipada, con alianza de diamantes y poca empatía. Nita había dicho que sí al tratamiento, a pesar de la mirada hueca de la milenial y su discurso desafectado. Solo había un treinta por ciento de posibilidades de éxito, debían entrar en un ensayo que implicaba mandar muestras de Nueva York a Ginebra y mucha burocracia, citas previas y salas de espera, el tratamiento era novedoso y todavía les faltaban datos, tiempo, más investigación.

Nicolau nunca había visto a su madre como la vio durante unos minutos en la recepción del hospital, con el ánimo roto, débil, a su merced. Esperaban a que les devolvieran la tarjeta de la mutua y, agarrada de su brazo, rezongó *al final, seràs tu el que em salvi la vida*.[15] Ya en casa recuperó el ánimo, apuraba el yogur con compota de manzana y esbozó una pálida sonrisa, quizá aún tendría tiempo de ver *la independència, fill, la setmana que ve és 1 d'octubre i com em dic Anna Boix Rajadell que votarem*.[16]

Nicolau abrió los ojos y volvió al presente, a la Sala Roma, bajo las modernas lámparas que flotaban por la sala como platillos volantes, a escuchar el agradable murmullo de los aficionados. Atisbó los gestos de esforzada paciencia de POPEYE y se dirigió hacia ella.

Con imperceptibles síes de cabeza le dio a entender que estaba dentro. No iba a ser él quien frenase lo que ya estaba desatado. Por respeto a su pasado y a todos los suyos no le quedaba otra opción que aceptar. No podía defraudar a su madre. POPEYE, con un alivio manifiesto, abrazó cada pensamiento, cada idea, cada petición que Nicolau fue expresando ese día y los siguientes, al ponerse los

abrigos y marcharse de aquel funcional salón sin magia ni olor a puro, al salir del estadio, al lado del coche de la comunicadora política, conectados por Telegram.

Debían dejar atrás las movilizaciones masivas anunciadas con meses de antelación. La estrategia debería ser descentralizada, a base de convocatorias rápidas e imprevistas al estilo de las *flash-mobs*. Un *front-end* multiplataforma. Un *back-end* escalable. Un sistema de autenticación seguro mediante *tokens* efímeros. El soporte técnico estaría a cargo del equipo en Bangalore. Su *nickname* sería GRIS. Necesitaba el liderazgo de un cerebro superdotado capaz de combatir los ataques cibernéticos que seguro que llegarían del Estado español cuando se diera a conocer la existencia de la nueva aplicación. A pesar de los riesgos que esa decisión implicaba, quería a SIFFRA dentro.

2

Martes o el desapego

Al oscuro recibidor del barrio de L'Hospitalet llegan tres wasaps. El viejo Huawei del agente Jordi García está enchufado entre el radiador y la BMX, tiene la pantalla resquebrajada y vibra tres veces. Padre e hija duermen. Los mensajes son de Soletat, la ex de Jordi. El agente García los leerá en media hora y le arruinarán el día.

*

La radio lo despierta y hoy la adolescente del pelo azul no ha dormido a su lado. La noche anterior, Thais llegó bastante tarde, tarde y rara, piensa el agente García todavía aturdido por el sueño. Su hija no quiso cenar, se mostró escurridiza y todo eran monosílabos, le costó arrancarle que el campeonato de bicis había ido mal. Jordi se calza las zapatillas y escucha a un exaltado tertuliano radiofónico denunciar que ayer, en el aeropuerto, los policías dispararon pelotas de goma contra los manifestantes. *Tots sabem que el Parlament les va prohibir a Catalunya,*[1] sigue el tertuliano, *i també sabem que, ahir, com a conseqüència, un ciutadà va perdre un ull.*[2]

Jordi increpa al aparato por encima del hombro:

—*Els Mossos, les tenim prohibides, no la Policia Nacional!* ¿Que no lo sabe el listo este, Basté? ¡Que ayer había Policía Nacional y estos

hacen lo que Madrid ordena sin que les tiemble el pulso!

Cuando llega al recibidor, ya no escucha a otro tertuliano exigir una investigación urgente de las cargas policiales de los agentes autonómicos. Lee los mensajes que ha recibido en el Huawei y protesta, amargo:

—Déjanos en paz, Sole, coño.

*

La habitación de Thais no huele bien. Hay ropa húmeda en el suelo y arena en la cama. Jordi abre la ventana, recoge las botas de su hija y las deja en el alféizar. Se sienta y murmura:

—Hoy no te voy a reñir por este desorden, bicho, estás de suerte. —Le acaricia el brazo y la adolescente se revuelve en la cama y se despierta. El padre le pregunta si quiere ir a correr, que el Dani nos abre el puerto, le explica, pero igual con el tute que te pegaste ayer estás cansada.

Thais busca su móvil entre las sábanas y responde:

—No, no, si no tengo mejor plan que ir a correr.

Jordi baja la cabeza y bisbisea:

—La mama está en Barcelona.

Thais entra en Instagram.

—Quiere verte —sigue Jordi—. Pero dice que la has bloqueado. Otra vez.

La adolescente entra en la cuenta de Elizaveta Posadskikh y da al «dejar de seguir».

—Ya sabes que esta es la madre que te ha tocado y lo sano es que la veas. Poco rato, hija, no tienes que estar mucho.

La adolescente hace un *scroll* frenético con el dedo y sigue sin pronunciar palabra.

—Eh, bicho —Jordi pierde su tono conciliador y le propina unos golpecitos en la pierna. Thais suelta el móvil y mira a los ojos de su padre por primera vez desde que se ha despertado:

—Papa, que nos largamos o qué, tío.

*

A Thais y a su padre les gusta mucho correr hasta la Barceloneta a través del parque logístico de la Zona Franca, un recorrido que en poco menos de una hora los llevará a la playa. Es una zona cerrada al público y ellos acceden gracias a Dani, un amigo de Jordi que trabaja por turnos y algunas mañanas les abre el acceso. La ruta es larga y divertida. Cruzan el barrio de Santa Eulàlia, las vías del tren, entran en los polígonos de la Zona Franca y recorren la calle número Dos, la calle A, hasta la puerta verde de la Policía Marítima. Ahí está el colega, en uniforme y, a veces, fumando a escondidas. El tramo que más le gusta a Thais es el de los inmensos cruceros que salen rumbo a Italia o a destinos más lejanos, en ese punto, la adolescente acostumbra a dar saltos, a tirarle del brazo, a implorar en actitud teatral: pero papa, papa, ¿cuándo, cuándo nos montaremos en un megatransatlántico de estos?

Pero hoy la adolescente no da saltitos ni se distrae con gatitos perdidos o haciendo fotos a nuevos grafitis. Tampoco ha hecho falta recordarle que se encuentran en una zona restringida y que no debe hacerse selfis con las grúas, como tantas otras veces ha intentado. Hoy, Thais ha hecho algo tan inusual como olvidarse el móvil y salir de casa sin maquillaje. Jordi lo atribuye al disgusto de la noche anterior por el campeonato de bicis, pero tampoco lo tiene claro. Quizá haya aparecido un chico especial, barrunta el agente, pero

cómo saberlo, Thais cambia una y otra vez de amigos y no se los presenta.

La mira de reojo. La adolescente corre un poco adelantada, da zancadas más cortas e imperceptiblemente más rápidas que las suyas. Vestida con *leggins* de deporte y sin pestañas postizas, Thais parece otra chica, una joven bonita, normal. Si no se tiñera el pelo con ese color, piensa su padre, qué guapa estaría.

Thais reduce la velocidad. Entre decenas de grúas gigantescas y contenedores multicolor aparece el mar, plano como una plancha de aluminio. A ninguno de los dos le gusta mucho nadar, pero qué raro se les haría vivir en una ciudad sin mar. Los abuelos, en cambio, no lo echarían de menos, llevan más de cuarenta años viviendo en L'Hospitalet y lo que añoran es a la Virgen del Camino saliendo de la catedral de León y las berzas del pueblo. A la playa van a mojarse los pies y poco más.

Thais frena de golpe.

—Que quiero ser ARRO como tú, papa.

Jordi se detiene y apoya las manos en las rodillas para recuperar el aliento. Se concentra en respirar, en contar hasta diez antes de hablar, en recordar lo mucho que aprendió con Sole a contener los enfados, esos ataques de ira que tantos problemas le han dado en la vida.

—Que soy muy fuerte, papa, tío —Thais se ríe, agitada, acelerada —, y yo qué sé, a ti te va bien y yo me parezco a ti, ¿no? Que el Fede lo dice siete veinticuatro. Pues que tú me enseñas como me enseñaste el krav magá ese...

—¿El qué?

—La lucha marcial que no es lucha marcial. La autodefensa. ¡Lo peté! ¿Te acuerdas, papa?

—Lo dejaste.

—Pero es que para qué seguir.

—¿Qué?

—¡Pero que ahora ya lo sé, papa! ¡Para ser poli!

—¿¡Tú estás tonta o qué!?

*

La adolescente del pelo azul arranca a correr. No le ha gustado nada lo que le ha dicho su padre después del «tonta o qué». Cuando al papa le sale la mala leche es otro papa. Se le ha marcado la vena en el cuello y ha gritado que trabajar como policía en esta Catalunya de hoy es el peor trabajo que se puede tener.

—¡¡Que en la academia vas a durar dos días!! ¡Joder, Thais! ¿Qué coño tienes en la cabeza? ¿Serrín?

La adolescente corre y acelera tanto que en pocos segundos deja a su padre atrás. Los dos saben que el maduro policía no la va a poder pillar.

*

A Jordi le queman los cuádriceps y le arde la cara cuando llega a la Barceloneta. Los últimos quinientos metros los ha hecho andando. Se está haciendo mayor y no le queda otra que aceptarlo. La tendinitis del hombro, las malas digestiones, las pulsaciones disparadas con estos maratones que antes se pulía con gusto. Bebe agua en una fuente de la plaza del Mar y se va acercando a la playa. Se siente mal. No le gusta perder los estribos y mucho menos con su hija. En la zona de las barras hay una docena de hombres y chavales que practican calistenia y el agente García enseguida distingue la cabellera azul de Thais. Pisa la arena y se asombra con la resistencia

física que tiene su hija, encaramada a una barra paralela y haciendo flexiones con una facilidad pasmosa tras cuarenta minutos de carrera. Se recrimina haber perdido los estribos, pero también no parar de asombrarse todo el rato con Thais. Pero es que ya se lo dice a Conchita, la vecina y peluquera del barrio, desde hace un tiempo la adolescente no da tregua, es un no parar, un día una cosa, otro día otra.

Ve a un par de chavales hablar con la adolescente y tensa los hombros. Busca un chicle en el bolsillo y acelera el paso. No soporta herir a su hija, pero aún menos que se convierta en una nini ligoteando de buena mañana. Los chicos son todo sonrisas, con sus bronceados torsos desnudos al sol y chuleando de bíceps y abdominales. El agente va directo al grupo, se interpone entre ellos y se saca del bolsillo tres billetes de diez.

—Hija, vete ya mismo a comprar una bici en la tienda del Moja. Quiero que empieces con lo de Glovo cuanto antes.

A Thais se le ilumina la cara con una gran sonrisa y su padre no puede evitar transportarse dieciocho años atrás, a esa otra gran sonrisa con diastema de su exmujer cuando se ilusionaba por cualquier cosa. El agente querría que Thais acabara bachillerato o hiciera un curso de informática y en estas se ve, regalándole a la adolescente treinta euros para un trabajo precario que no quiere que haga. Thais llevaba un par de semanas insistiendo en utilizar la BMX para los repartos, pero todo el mundo sabe que la BMX es una bici para dar saltos y cabriolas, nadie cruza la ciudad con una BMX llevando pizzas o enchiladas.

*

Sin embargo, las bicis que tiene Mohamed a treinta euros no le gustan a Thais y protesta:

—Qué caro te has puesto, Moja, tío, que en Wallapop las saco por cuatro pavos, qué te crees.

Mohamed sacude los hombros con indiferencia.

—Qué quieres guapa, más barato Moja no puede.

Thais echa una aburrida ojeada al establecimiento donde su padre acude cuando tiene problemas con el coche. Mohamed es un treintañero acicalado y listo que regenta un taller de reparación de automóviles y vende bicicletas de segunda mano.

—Me largo, bro —murmura con desánimo la adolescente. Se da la vuelta y tropieza con una pila de *20Minutos* que hay en el suelo. Los diarios se desparraman por la tienda y Mohamed suelta un bufido:

—¡Chica, qué haces!

Thais le ayuda a recogerlos, de mala gana, y no lee los titulares de la portada del periódico gratuito más leído en Catalunya: «¿Quién está detrás de Tsunami Democràtic? El país entero espera nuevas convocatorias al desorden para el día de hoy mientras el Ministerio del Interior declara que ya está detrás de la organización ilegal».

Thais sale a la calle y se sienta encima de un montón de neumáticos viejos. No sabe qué hacer y escribe a eloitoELCdrrr:

«Wenas, loi loi»

«dnd estas»

«?»

*

Eloi responde en el acto. Le escribe que están a la espera de instrucciones, que al td algo le pasa. Thais replica, enfurruñada, que no sabe lo que es el td, y cuándo empieza tu revolución, tío.

El CDR chasquea la lengua. Sentado en un sillón orejero abandonado en un descampado de Badal, deja el móvil en la húmeda tapicería y se levanta, ansioso. Dice que no soporta estar más tiempo parado, que tienen que abrirse e ir a la suya.

Media docena de chicos levantan la cabeza. Mire, la universitaria, también. Están sentados a su alrededor, bebiendo, hablando. Hay muros pintados con grafitis y perros royendo viejas pelotas de fútbol.

—Escric al grup i decidim a on quedem! Proposo Sants! A tocar de l'AVE![3]

Dos chavales aplauden la idea. Mire se le acerca y le comenta con discreción, al oído, que no le parece buena idea desviarse de Tsunami a veinticuatro horas de la primera movilización, es ahora cuando deben estar más unidos que nunca.

—Qui s'està desviant?[4] —Eloi la ataja en mal tono. Le replica rápido, seguro, enfadado, que son los de Tsunami los que están faltando a su palabra, que ya ha pasado toda la mañana y no están cumpliendo sus promesas. El CDR se aparta de la universitaria y levanta la voz, para que los chavales que lo rodean oigan bien sus palabras. Irónico, con media sonrisa desdeñosa, dice que quizá todo sea un bluf de unos pijos de despacho, unos burgueses que no están preparados para la realidad de la calle. Eloi se sube al sillón de un salto y les recuerda que ayer regalaron a Tsunami la acción del aeropuerto: era nuestra idea y fue de puta madre cederla porque solo ellos podían hacer lo que hicieron. *Internacionalitzar-ho!* Un par de chicos levantan los brazos y lo jalean, y Eloi acaba, animado, contento, olvidándose por completo de Mire:

—Però si volen fer un pas enrere, aquí estem els CDR perquè quedi clar que això només acaba de començar!No tenim més temps per perdre![5]

*

La universitaria sigue al grupo que sale del descampado en dirección al metro. Cruje los nudillos de una mano. Está intranquila. Los chicos saltan y ríen y chutan latas vacías y ella duda, no sabe si hace bien en seguirlos. La estación de Sants es un espacio muy concurrido y, en estos momentos, tras lo del aeropuerto, un lugar demasiado sensible para reunirse y manifestarse, con viajeros llegando de todas partes, de Madrid, Valencia, Francia, y donde siempre hay policía. Mira a los chicos y no le agrada detectar tanta excitación, tanta testosterona, tanta energía contenida a punto de estallar. Entra otra vez en la aplicación de Tsunami y comprueba que nada sucede, que sigue el silencio y se desespera. ¿Qué les pasa? ¿A qué están esperando?

*

Nicolau Berenguer se hace la misma pregunta. El ingeniero en telecomunicaciones está sentado en la pecera de su oficina del Passeig de Gràcia con vistas a la casa Milà, el portátil abierto, sus dos móviles en la mesa y el Telegram activo. Asiste a una tensa discusión virtual entre los miembros de Tsunami Democràtic. KAFKA quiere dar la orden de cortar el AVE, el Tren de Alta Velocidad Barcelona-Madrid, y bloquear la estación de Sants, pero el resto del grupo se resiste. Les parece arriesgado. Predecible. Cuando ANAÏS les remarca que la desavenencia se está alargando demasiado, que la gente espera nuevas acciones, que han creado muchas expectativas, POPEYE y BORINOT se imponen y Nicolau suspira de alivio.

*

—*Ja tenim acció!!!*

Eloi y los chicos se detienen en las escaleras que bajan al metro de Badal. La universitaria grita y corre hacia ellos. Cuando los alcanza, lee en voz alta el post de Tsunami que tanto se ha hecho esperar:

—*Tots a la plaça de toros de la Monumental! A omplir-la de paper de váter perquè hi ha molta merda per netejar! Un dia més demostrem que #laforçadelagent és imparable!*[6]

Eloi dice *està bé, està molt bé,* y se pone a escribir en el móvil. A su alrededor, los colegas hacen lo mismo y Mire imagina que todos se ponen en la labor de hacer correr la voz a más gente, a otros universitarios, a profesores, a familiares, a otros CDR.

*

La adolescente del pelo azul no lee los mensajes que le llegan de Eloi. Thais está a punto de hacer su primera entrega como mensajera a domicilio y vuelve a estar contenta, a pesar de que la BMX se lo pone difícil y tiene pipí. Ha tenido que ir a una farmacia a comprar una pomada y el servicio de pago ha funcionado perfectamente, eso la ha puesto de buen humor. Acaba de llegar a Sarrià y, a pesar de que todas las calles hacen subida y le empieza a doler una rodilla, el barrio le está encantando. Las pequeñas placitas, las casitas con árboles. Thais piensa que es una fantasía de sitio, incluso el aire parece más limpio. Su padre siempre le ha dicho que Barcelonas hay muchas, y la adolescente cree que esta tiene que ser la Barcelona de los ricos, aquí no hay ratas atropelladas en los pasos de cebra, como en Hospi, que tardan días en sacarlas.

Pulsa un timbre en el *carrer* de la Blanca Marquesa y balancea nerviosa la cadera. Le hablan por el interfono y ella dice soy Thais de Glovo. Un pitido abre la verja. Entra en un jardincito con césped donde unas letras muy grandes forman la palabra LOVE. Hay una fuente redonda y Thais exclama *what the fuck* cuando ve a varias tortugas asomar el caparazón por el agua, pero el borboteo del chorro le incrementa las ganas de orinar y deja caer la bici en el césped. Corre hacia la puerta de la vivienda y aparece una mujer natural de Filipinas, uniformada de color rosa y delantal.

—Tú Glovo, *right?*

—*Yes!* Oye, ¿me dejas ir al baño?

—Tú dar paquete.

La adolescente se pone la mano en el sexo y pone cara de súplica.

—Déjame entrar, porfa, porfa, que literal que me meo encima.

La mujer vestida de rosa no sabe qué hacer, pero una voz que llega del interior de la casa reprende a la mujer filipina.

—¿Por qué tardas tanto, Melania? ¡Despídela ya y cierra la puerta!

—Sí, señora. —Melania alarga la mano en un ademán que pretende ser imperativo.

Thais abre la cremallera lateral de la mochila, saca el envoltorio de la farmacia y lo tira con impulso, hacia arriba, para que sobrevuele la cabeza de la asistenta y llegue a la señora de atrás. La señora, sorprendida y sin reflejos, no es capaz de cogerlo con las manos y le impacta en la cara.

—¡Para sus hongos, *lady!*—grita Thais.

La adolescente sale a la calle. Enfadada, tristona. Busca un lugar entre dos coches. Se sube la minifalda, se baja las medias hasta las rodillas y hace un pis largo y lento. El intenso y placentero alivio en la vejiga le despierta un recuerdo vago pero feliz, la imagen borrosa de su madre en cuclillas, eructos con sabor a cerveza, escapar

corriendo. Murmura joder, qué vibra me está dando. Cuando vuelve a por la bici, saca el móvil de su riñonera metalizada. Busca el contacto de Aaamama y lo desbloquea.

*

A punto de cruzar la Gran Via, con el semáforo de peatones aún en rojo, ve a un chico acarreando en la espalda una mochila térmica, fluorescente, de un modelo casi igual al suyo. El chico es espigado y guapo, lleva un turbante rojo y espera disciplinadamente el cambio de color del disco. Thais se le acerca y le dice holi, qué tal, ¿adónde vas? El chico le contesta con una plácida sonrisa que va a comer algo *with some friends* y le señala una placita, al otro lado de la avenida, donde hay un corrillo de *riders* rodeados con las mismas voluminosas mochilas de reparto. A la adolescente le gusta la piel oscura del chico, sus ojos negros, el inglés con acento hindi. Exclama ¡mola! y juntos arrancan a pedalear. Thais se queja, medio en inglés, medio en español, qué poco se cobra en este curro. El chico del turbante la mira inexpresivo y ella se apresura a añadir:

—Obvio que ya lo sabía, pero tres euros por una carrera es un puto asco.

El chico hindú le pregunta que de dónde es y Thais responde, risueña:

—*Jo soc catalana, bro.*

El chico del turbante ha mantenido todo el rato una sonrisa cordial, distante, pero ahora la intensifica y le pregunta *why are you doing this?* Y casi ríe cuando señala la BMX y le dice que le parece *just insane* pedalear con una bici sin marchas.

Thais se detiene en seco. Algunas veces, no muchas, a la adolescente le asalta un runrún en la barriga, incómodo, pero que,

con su talante irreflexivo, apenas atina a descifrar. Esto le sucede cuando las cosas van mal, cuando no son divertidas, cuando algo la humilla. Busca el móvil en su riñonera y cuatro mensajes la hacen sonreír:

«nena»

«estical Almirall»

«prenenalgo»

«tens que venir»

La familiaridad, las faltas de ortografía de su madre, y el malestar se esfuma. El chico del turbante ha llegado a la otra acera y se gira a esperarla. Thais coge velocidad y, cuando pasa por su lado, le grita:

—*¡Adeu,* guapo! ¡Me piro!

*

Se encuentra el local casi vacío. El bar Almirall y las lamparitas con pequeños agujeros quemados por los cigarrillos le traen recuerdos. Ahí se había pasado muchas horas de pequeña, la mama con sus amigos y ella aburrida, tirada por el suelo o bebiendo a pequeños sorbos la cerveza que le daban los mayores. Su madre está sola en una mesa y a Thais le extraña, no recuerda la última vez que se citó con su madre a solas. La adolescente deja caer la mochila y la bici en un rincón y el ruido sobresalta al camarero. También a la madre, que se gira y la ve.

—¡AAAYYY! —grita Soletat con los ojos muy abiertos, casi llorosos, el pelo recogido con un grueso coletero deshilachado. Se levanta y abre los brazos—. *Fes-me un petó, vinga,*[7] *que guapa estàs.*

Soletat, Sol, Sole, la madre de la adolescente del pelo azul y expareja del agente García, es una mujer de treinta y seis años,

huesuda, con el pelo oxigenado, que viste chupas de cuero de segunda mano. Sol hace el gesto de besar a su hija en los labios, como siempre le hacía cuando era una niña, pero Thais le gira la cara y la madre suelta una risa algo histriónica. A Thais no le incomoda el tono exagerado que su madre le pone a todo, a la voz, a la mirada, pero ya no sabe cómo encajar sus imprevisibles muestras de cariño.

Soletat empieza a hablar y la adolescente recuerda las palabras de su padre, aquello de que con poco rato ya cumples. Thais no sabe cuánto tiempo es poco rato para dedicarle a una madre a la que hace un año que no ve. Soletat le cuenta que vuelve a diseñar ropa, que Valencia es el paraíso, que tiene un nuevo amigo con mucho dinero que tiene tiendas en Berlín, y ya verás, reina, ahora sí que me saldrán bien las cosas. A la hija le parece que su madre ha adelgazado mucho, que está fea, cabezona, como si todo el cuerpo se le hubiera reducido excepto la cabeza. Cuando han pasado unos quince minutos, Thais saca cinco billetes de diez euros, tres que le ha dado su padre esta mañana y dos que tenía guardados. Se los acerca a Soletat, las dos llevan las uñas pintadas de oscuro, con el esmalte ya saltado, su madre aún más despintadas que ella.

Sol mira los billetes y hace un atisbo de ofenderse, pero lo corrige a tiempo. Coge los cincuenta euros y vuelve a exhibir un abanico de expresiones excesivas, que no controla.

—Te los devolveré —le dice—, así voy al Ribes y Casals a comprar telas buenas —le explica—, como antes, cuando estudiaba en la Massana, de verdad que te lo devolveré, chata.

—Ya —responde su hija—, *segur que sí*.

La madre de Thais no está para percibir ironías y le pregunta si quiere comer algo, *que has dinat?*[8] Te invito. La propuesta de invitarla desencadena una risa floja en la adolescente y le responde

que no, que no, que tengo curro, mama. Sol también ríe con los dientes agrisados, que ya no son los que enamoraron al agente García.

—Qué bien que tengas curro, nena.

La hija señala la voluminosa mochila fluorescente que ha dejado al entrar y la madre reacciona con sorpresa.

—*Què dius,*[9] Thais.

Thais sacude los hombros. La madre insiste:

—¿Curras de mensaca?

—Sí. No sé. Por un tiempo.

—Es una matada.

—Qué importa.

—Jordi debe estar que trina.

—Bah, no sé, tampoco tanto.

—Con lo mucho que quería que estudiaras, pero es que tú eres como yo, *amore*, *ho saps,*[10] ¿no? Libre, a tu bola.

Thais se revuelve en la silla:

—*No li diguis al papa que t'he donat pasta,*[11] *eh*. Que se raya.

Su madre vuelve a abrir mucho los ojos:

—*Escolta,*[12] ¿y si te vienes conmigo?

—¿Qué?

—Te buscaré curro en el mercadillo del pueblo, te lo pasarás teta, ya verás, y todo es más barato que aquí. Tú tienes demasiada personalidad, ¡con este look que gastas y estas pestañas! Aquí no te pueden entender, si aquí te persiguen por todo. Tú eres un alma libre. Harás cosas increíbles, ya lo verás.

La adolescente no sabe qué decir y ríe. A Sol le tiembla la mirada:

—¡Qué buena idea, Thais! ¿No estás harta de los abuelos? —Su hija dice que no con la cabeza, pero la madre parece no verlo, cada vez más entusiasmada con el plan—. Yo estos días te escribo, vale,

nena, y tú me cuentas. Tú se lo dices al papa, en plan de tranquis, tú dile que solo serán unos días y luego ya vemos.

La adolescente responde con uno de sus habituales oc y se levanta animosa. Da un rápido beso a su madre y esta la agarra del brazo:

—Y no me bloquees más en el móvil, *carinyo,* que he cambiado. *Tu t'has fet gran, però jo també*.[13] Ahora todo nos irá de puta madre, que ya nos toca.

Thais enfila la calle Joaquín Costa, andando, con la bici a un lado. Le duele la rodilla izquierda. No sabe qué pensar, qué sentir. Tampoco dónde está la Monumental.

*

A Eloi le invade una oleada de euforia cuando ve llegar a la adolescente del pelo azul. Thais se les abalanza con la BMX como si llevara la bici pegada a los pies, la suelta de improviso y la bici se desliza con estrépito unos metros más allá. Mire retrocede asustada. A Thais se le marcan los hoyuelos con esa sonrisa traviesa que tanto le gusta al veinteañero, y el CDR tiene ganas de estrujarla, de besarla, de follarla. Pero la euforia deriva en inseguridad y le sale un torpe por qué has tardado tanto, tía, que la manifestación lleva una hora en marcha.

Thais no le escucha, distraída con todo lo que pasa a su alrededor. Hay señoras que bailan, niñas que saltan a la comba, hombres que gritan *«Molta merda per netejar!»,*[14] y tiras de papel blanco por el suelo. El CDR recoge un rollo de papel higiénico sin desplegar y se lo da a la adolescente. Ella lo lanza con toda la fuerza de la que es capaz, el papel se desenrolla como una serpentina y casi llega a la

fachada de la plaza de toros. Eloi se maravilla y la felicita, contento de reencontrarla de tan buen humor.

La universitaria se acerca y suelta un educado hola, *soc la Mireia.* Thais se deja besar en las mejillas, sonriente, pero no responde al saludo. La otra le pregunta en qué universidad estudias y es Eloi quien contesta: Thais tiene diecisiete y es una atleta. La adolescente se echa a reír y Mire quiere preguntar algo más, pero el CDR grita de golpe y se lo impide:

—¡¡Ueeeee!!

Una enorme pelota hinchable, amarilla, empujada y levantada por decenas de brazos, se les viene encima. Eloi anima a las chicas a darle un toque para que no caiga al suelo. Cuando el esférico los alcanza, Thais hace una chilena espectacular pero fuera de lugar, un remate acrobático con el que no alcanza el enorme balón de playa. La adolescente cae al suelo, de espaldas, y se da un buen coscorrón en la cabeza.

—Esto es un chikipark al aire libre, peña —dice al levantarse, burlona, algo antipática—. ¿Así vais a colapsar el país?

Eloi y Mire se precipitan a dar explicaciones. Él le dice que en nada van a llegar manifestaciones más serias, con más riesgos, ya lo verás; la universitaria, que así es nuestra manera de hacer las cosas, *saps?,* ¿no has oído hablar de la *revolució dels somriures?*[15]

*

Mire no sabe qué pensar de la chica del pelo azul. Al principio le ha dado un poco de pena, con ese horrible trasto de mensajera a cuestas, las piernas llenas de moratones y las medias de rejilla rotas. Ya sabe que las medias están rotas adrede, la *rider* gasta un look superestudiado, solo hay que ver las pestañas postizas y las mechas

azules. Pero los morados la inquietan. La ha invitado a ir a su casa, a dejar la mochila isotérmica y la bici. Tsunami Democràtic los ha sorprendido con otra movilización, para las siete de la tarde, y el CDR ha tardado un rato en darse cuenta de que la adolescente iba demasiado cargada, Thais, joder, así no se va a una mani, ¿dónde vas a dejar la nevera esta? La universitaria estaba obligada a volver a casa por una urgencia familiar y, como vive relativamente cerca de la Delegación del Gobierno, la nueva ubicación escogida para concentrarse, le parecía de lo más natural hacerle ese favor.

La universitaria pulsa el tercer piso y el ascensor arranca con una sacudida. La urgencia familiar de Mire es abrir la puerta a sus hermanos pequeños, dos mellizos de diez años que vuelven del colegio sin llaves de casa. La adolescente comenta qué antiguo es tu ascensor. Están tan cerca la una de la otra que la nariz de la de L'Hospitalet casi toca la boca de la universitaria. Mire intenta apartarse, pero apenas puede moverse.

A la universitaria le gustaría saber cómo y cuándo conoció Thais a Eloi, si se gustan y si ha pasado algo entre ellos, pero Mire no hace ese tipo de preguntas. El ascensor sube lento, con sus habituales crujidos, y a ella no le cabe en la cabeza que su amigo se dirija a Thais en castellano, la universitaria habla con ella en catalán y claro que la adolescente le responde sin problemas, lo habla correcto, forzado, de escuela. También le parece muy triste que Thais no sepa las verdaderas razones de lo que está pasando, que el problema no es de hace dos días ni de hace dos años, que es histórico, profundo, los inadmisibles recortes del Estatut del 2006, la humillación fiscal, la catalanofobia.

Entran en el piso y Thais deja las cosas en el recibidor. La adolescente esquiva con indiferencia los expresivos lametones de los dos *gossos d'atura* que la saludan, y atiende, obediente, las

instrucciones que le da la universitaria desde la cocina: ¡Coge todas las velas que encuentres! ¡Hay muchas en el armario blanco del pasillo! Los mellizos llegan enseguida y se lanzan a saltar encima del sofá, Mire les riñe, les pide que hagan los deberes, *si us plau! Que haig de tornar a la mani!,*[16] y les promete pan con Nocilla. Cuando las dos chicas se van, bajan los escalones de la finca de dos en dos y se ríen de los ladridos y las rascadas tras la puerta. Thais engulle pan con crema de cacao y avellanas y le espeta a Mire: estás hecha una madraza, tía.

En pocos minutos llegan al Passeig de Gràcia, los bolsillos llenos de velas, pequeñas, medianas, gastadas. Corren hacia la calle Mallorca, hacia la Delegación del Gobierno, entre gente que se va agolpando. Se oyen gritos: *«U d'Octubre, ni oblit ni perdó!»,*[17] y Mire se exalta a su manera, con moderación, la piel de gallina, las mejillas sonrosadas. Observa la infantil excitación en la mirada de Thais y se siente satisfecha. Piensa que ha merecido la pena pasar tantas horas con la chica de L'Hospitalet, para que ahora esté aquí, junto a ella, para que aprenda, para que vea cómo los independentistas hacen las cosas. Thais es una manifestante más que hay que sumar en la lucha por los derechos de los catalanes y las catalanas, y Mire no tiene que distraerse con tonterías de adolescentes. Con eso de que Thais y Eloi se gusten. Ahora no es el momento. Su prioridad es otra.

*

Eloi aplaude dos veces, levanta las manos y grita: *Els carrers seran sempre nostres!*[18] El CDR está sentado entre Mire y Thais, en medio de la calzada de la calle Mallorca, rodeado de amigos de la universitaria, lejos de sus colegas. Mire se ha ido encontrando con

gente todo el rato, compañeros de la universidad, del colegio, del barrio, de su casal de música, amigos que han acabado rodeándolos. Eloi responde, amable, a los saludos y a los amigos, pero la situación le parece cansina y convencional. Thais se entretiene haciendo fotos a los puntos luminosos de las pantallas de los móviles y de las velitas, edita las imágenes y las sube a Instagram. Mire le dice qué rápida eres y qué bonito te queda y las dos ríen, contentas. Los amigos insisten en que deben permanecer sentados y quietos, y el CDR se impacienta. Tiene que volver con los suyos. Él no está ahí para escuchar consejos de ningún niño de papá.

*

Nicolau Berenguer mira las imágenes que se publican en las redes sociales, fotos de chicas muy jóvenes que sostienen frágiles velas delante de un impactante despliegue policial: un doble cordón de agentes antidisturbios y vallas protegen el edificio gubernamental de la Administración pública española. Nicolau lee que ya se contabilizan cuarenta mil asistentes. El ingeniero espera a su esposa fuera de la farmacia Bach, el negocio de Amàlia, mientras dirige una preocupada mirada al otro lado de la plaza Urquinaona, unas calles más arriba está ubicada la Delegación del Gobierno. Cuando Amàlia aparece con su bata blanca, él manda un escueto mensaje al chat de Tsunami: *«No oblidem fer una desconvocatòria clara i a temps».*[19]

Amàlia le besa en la mejilla y le sonríe con dulzura. Nicolau se esfuerza en dejar el móvil de lado y centrarse en su mujer. Le pregunta cómo está, cómo ha ido el día. La farmacéutica le responde que bien, pero que Nita sigue en actitud rebelde y no se deja suministrar la nueva medicación. También le recuerda la

reunión de urgencia que tienen esta noche con el equipo de paliativos.

—*No arribis tard, Nico, ara la Nita només et fa cas a tu.*[20]

Nicolau se concentra en las instrucciones y las dos cajas de medicamentos que le está enseñando Amàlia. El nuevo antihistamínico, los parches de fentanilo, la nueva dosis de cincuenta miligramos. Nicolau pregunta si Nita sigue con tanto picor, pero la vibración y el tintineo cristalino de Dew Drops del Samsung lo distraen. En el chat de Tsunami han escrito que empiezan los enfrentamientos en la Delegación del Gobierno, y su esposa le responde que sí, sobre todo en la espalda. Nicolau vuelve a dirigir la vista hacia el otro lado de Urquinaona, al final de la calle Roger de Llúria. Su mujer lo imita. Hay gente que corre. La plaza se está vaciando. Algunos señalan al cielo. Un ruido ensordecedor se acerca.

*

Bajo el traqueteo de un helicóptero de la Policía Nacional, la universitaria corre y grita *Aquesta gent no ens representa!,*[21] y Thais la sigue, divertida. Hace pocos minutos han visto cómo varios chicos, con las cabezas cubiertas por gorros y cascos de moto, han intentado romper el cordón policial. Los chavales parecían muy organizados, iban y venían en grupos de tres, arrastrando vallas metálicas y contenedores y pisoteando las velitas del suelo. A la adolescente le hubiera gustado quedarse a mirar, pero la universitaria la ha agarrado por la camiseta para que la siguiera y se han puesto a correr. Eloi ha desaparecido. La universitaria explica a gritos que el Estado español los acusará a ellos, a los independentistas, de ser unos vándalos, que saldrá en la prensa

internacional y eso les hace perder toda la fuerza de la acción pacífica, *No ens ho podem permetre!*[22]

—*On és el Cirera?*[23] —pregunta Mire a dos chicos con los que se cruzan. Ellos le responden que lo han visto hace un momento acercándose a la Delegación. La universitaria cabecea, apesadumbrada, y sigue serpenteando entre la gente en dirección contraria al edificio institucional.

—¿Quién es el *Cirera?*—le pregunta Thais.

—*L'Eloi! Qui ha de ser?*[24]

—Nooo.

—*Tothom el coneix així.*[25]

—¿Al Loi Loi? ¿En serio?

Thais ríe. Mira a la universitaria y se le antoja rarísimo verla tan disgustada. Tan responsable. Se pregunta si se lo pasa bien en algún momento, si se masturba, si todavía es virgen. La universitaria le ha estado hablando del pacifismo catalán, de la *revolució dels somriures,* y a Thais le ha gustado su manera de hablar, las cosas que sabe, lo culta que es. Gandhi consiguió mogollón de cosas sin levantarle una mano a nadie, se lo explicaron en el insti y lo ha visto en una peli, aunque la peli era muy larga y se durmió.

*

Nicolau se aleja de Urquinaona a paso acelerado, baja por la calle de les Jonqueres y, mientras anda, presuroso, concentrado, graba un audio, modulando el tono con cautela. Recuerda a los del chat del Tsunami que uno de los propósitos de la organización era aprender de los CDR, y que, como ellos, la desconvocatoria con margen de tiempo es una orden clave para dosificar energías, para controlar las

consecuencias. ¿Acaso no hemos aprendido de los errores de ayer? *Accions curtes i ràpides, arribar i marxar. Ho estem fent?*[26]

*

Virginia no tiene ningunas ganas de ver a Nicolau, pero el trabajo y las circunstancias son prioritarios. Sabe perfectamente cómo debe actuar hoy, veinticuatro horas después de que su examante la dejara sola en una sucia escalera con las faldas arremangadas. El ingeniero le ha escrito un wasap aconsejando posponer la fiesta de inauguración y ella le ha contestado que esa no es manera de trabajar, los asuntos importantes no se despachan por WhatsApp. Nicolau le ha dado la razón. Cuando el ingeniero cruza la puerta del Luna House, la directora lo recibe en el *lobby*. Él sonríe con esa media sonrisa de chico bueno que le sirve para todo y ella le señala el bar. Virginia piensa que si Nicolau es un maestro en la diplomacia y en tragarse las emociones, ella más.

*

A Nicolau Berenguer no le parece oportuno sentarse con Virginia en la barra de un bar, aunque sea la del hotel, pero obedece sin chistar. Ella no le devuelve la sonrisa y, sin más preámbulos, le suelta:

—A ver, cuéntame la urgencia.

Nicolau traga saliva. Entrelaza los dedos de ambas manos y explica, despacio, que ya no es buena idea mantener la fiesta el jueves sencillamente porque la tensión política y social no va a la baja.

—Eso es de una obviedad aplastante —replica ella—. ¿Qué quieres tomar?

Nicolau no quiere tomar nada, pero responde que una cerveza. Virginia levanta la mano y enseguida se acerca un joven con uniforme negro y los ojos ocultos tras un desorbitado tupé. La directora, con el ceño fruncido, le pide las bebidas en catalán y vocalizando cada palabra con especial cuidado:

—Toño, *si us plau, ens poses una canya i un gintònic?*[27]

Toño, el barman del hotel Luna House, se ríe estentóreamente y Nicolau no entiende de qué. La directora se vuelve hacia el ejecutivo y sube el tono:

—¿Tú sabes lo que supone posponer la fiesta a dos días de celebrarse? ¿Lo sabes?

—Lo sé.

—¡Pues no lo parece! ¿Qué información relevante tienes hoy que no tuvieras ayer? ¿Me vas a contar en qué han cambiado las cosas en veinticuatro horas?

Nicolau no le puede revelar su temor a que los invitados de Madrid no lleguen a la fiesta porque existe una alta probabilidad de que KAFKA consiga lo que quiere y el jueves se siga adelante con el corte del AVE. No puede contarle que sabe eso. Nicolau no pestañea cuando responde que ayer pecó de optimista y que, sencillamente, es más seguro para el hotel y para su imagen internacional que el festejo se pase al sábado.

—¿Y el sábado se habrá acabado la pataleta? ¿Los indepes os iréis de fin de semana a la segunda residencia? ¿O cómo va esto?

Nicolau reprime a duras penas las ganas de reír. El descaro de Virginia desconcierta y atrae a Nicolau a partes iguales. Su incorrección, esa irreverencia salvaje que le gusta y al mismo tiempo lo pone en guardia. Las ideas políticas de la directora son radicalmente opuestas a las suyas y a veces eso también le atrae. Este pensamiento le aturde y lo devuelve a la realidad. Virginia sorbe

el gin tónic con avidez, y él sabe que sus argumentos a favor de la precaución son convincentes, sobre todo para la mentalidad unionista —o constitucionalista, como Virginia se define—, tan temerosa frente a las amenazas de desorden.

—Tienes que desconvocar la fiesta de inmediato —insiste el ingeniero.

—Hace un buen rato que me ocupo de ello, Nicolás, desde tu wasap, o te crees que me chupo el dedo.

Nicolau no va a retener la imagen de Virginia chupándose el dedo. Se levanta, le da las gracias y enseguida añade que es un alivio contar con ella, siempre está a la altura de las circunstancias. Virginia le replica con un descarado mohín fácil de interpretar: no me vengas a mí con frases manidas.

A Nicolau le embarga un súbito sentimiento de culpa que sabe muy bien de dónde le viene. No lucha contra él y se siente obligado a justificarse:

—En casa me espera un equipo de médicos, mi madre está enferma.

*

Virginia lo odia cuando se va de esa forma, dejando la cerveza a medias, la conversación a medias, los afectos a medias, dejándola más sola de lo que estaba antes de llegar, siempre alegando excusas de peso. Lo odia porque hace veinte minutos no quería verle y ahora no quiere que se vaya.

El barman se le acerca y le pregunta si desea algo más. Ella querría largarse con el chico del tupé desorbitado al Tablao de una amiga, a dar unas palmas y emborracharse, pero el Tablao cierra

demasiado pronto. Salir con un empleado tampoco es algo que le convenga.

Virginia se lamenta de la época de mierda que les ha tocado vivir, tan mojigata y aburrida.

—Toño, nada queda ya de la ciudad culta del siglo diecinueve ni de la Barcelona canalla de los años ochenta.

—Ah, ¿no?

Ella apura el resto del gin tónic y admira la sonrisa de dientes montados del chico, el estudiado flequillo que deja entrever unos bonitos ojos negros, ese aire antiguo, anacrónico, de una elegancia casi rancia.

*

A la adolescente del pelo azul le parece raro que haya una bolsa de papel enmarcada y colgada como un cuadro, aunque sea en una cocina. Thais ha vuelto a casa de Mire para recoger sus cosas e irse, pero se ha encontrado a los padres de la universitaria, dos señores elegantes y amables, que la han invitado a picar algo, *olives, sardines i croquetes* que han sacado de la nevera. En la bolsa enmarcada como un cuadro pone Vinçon y ella no tiene idea de qué significa Vinçon, pero tampoco se lo pregunta. Los colores le gustan, el verde combinado con el rojo le recuerda a los dibujos que Soletat dejó olvidados en casa y Jordi mantuvo escondidos durante muchos años. Thais come y apenas atiende a la apesadumbrada conversación que sostiene la familia. Mire, sus padres y los mellizos miran la pequeña televisión que hay al lado del horno y comentan las imágenes, un grupo de chicos que sube por el Passeig de Gràcia con antorchas encendidas en las manos.

—*Qui és aquesta gent, pare?*[28] —pregunta Mire, afligida.

La madre se adelanta, entre autoritaria y asustada, y no da tiempo al padre a responder. Thais no puede irse, les dice, que esto está pasando aquí mismo, estos insensatos están a punto de pasar por debajo de casa y es demasiado peligroso salir.

La adolescente coge otra croqueta y dice que oc, que se queda a dormir.

*

Thais se asombra con la cantidad de libros amontonados encima del cabezal de la cama de Mire y no entiende cómo no se desmoronan. Nunca había visto una casa con tantos libros, revistas y periódicos, los hay por todas partes, en el pasillo, por el suelo.

—Sois muy desordenados en esta familia, ¿no? —le dice a Mire—. Mi padre no lo soportaría.

—*Sé perfectament on és cada un dels meus llibres*[29] —replica la universitaria.

—¿En serio?

—*Sí.*

—*Doncs, a veure,*[30] dime dónde está... —La adolescente se pone juguetona—: *Tanca els ulls!*[31]

Mire sonríe y obedece.

—*On està...*[32] —y Thais busca uno que parezca difícil de identificar, fino, que se vea poco y esté más escondido— La ben plantada!

Mire se levanta de la cama, da dos pasos y sin ningún titubeo señala el lomo de la novela de Eugeni d'Ors. Thais aplaude y grita ¡¡TOMA!! y las dos se echan a reír.

—*Doncs és que jo no aguanto amb un llibre a la mà..., ni una pàgina!*[33] —ríe la adolescente—. Es que literal.

Mire la observa con interés y replica:

—*És un hàbit que s'adquireix.*[34]

—Yo no sirvo para estudiar, soy un poco mema.

—*No diguis això!*[35]

—*A mi només em va bé fer burrades.*[36]

—*Vinga! Que tots tenim talent per alguna cosa.*

—En la ESO programé filtros para Instagram y lo peté. Gané miles de seguidores en pocos días, fue muy loco, pero lo dejé. Siempre hay peña que lo hace mejor.

—*El que has de fer és deixar Glovo.*[37]

Thais no quiere hablar de Glovo y disimula fisgoneando por la habitación. Mire sigue hablando. Le dice que casi no la conoce, pero que está segura de que puede encontrar alternativas laborales. Los directivos de esta empresa son unos explotadores, le cuenta, abusan de la precariedad de los trabajadores, los mantienen sin protección. ¿No lo has visto?, sale en las noticias, hay reportajes muy buenos.

—*És bo aquest Lluís Llach?*[38] —interrumpe Thais con un vinilo del cantautor catalán en la mano.

—*Molt bo.*[39]

—Obvio *que sé que és indepe i que us mola per la cosa de protestar, però és bo com a músic?*

Mire le responde que claro que es buen músico. Que por qué no lo escucha. Baja la mirada y admite que hay algo que va más allá de lo musical, algo emocional con lo que se identifica, algo muy fuerte que es como si le hablara a ella, como si hablara por sus padres, por su familia. Thais deja el vinilo en la estantería y Mire sigue, le cuenta que Llach habla de su gente, del dolor de un pueblo, de la injusticia, de la opresión.

—Como el flamenco.

—El flamenc parla del dolor dels gitanos andalusos i Lluís Llach parla del sentiment dels catalans.[40]

Thais vuelve a fisgonear por el cuarto y Mire se atreve a preguntar:

—Per què has vingut a les manis?[41]

—Porque me lo dijo Eloi.

Mire calla. Thais se queda meditabunda mientras toquetea una pequeña sirenita sentada en una piedra. Y añade:

—No sé. *Per protestar del sistema, no?* ¿Por qué pone Copenhague? Y pasarlo bien, también, tío.

—Ja. Perquè és de Copenhaguen.

Thais se vuelve de improviso y le suelta:

—¿A ti te gusta el Loi Loi?

—Què?

—Jo crec que t'agrada.[42]

Mire le responde con otra pregunta:

—I a tu?

—A mí me gusta cómo folla.

*

La universitaria se pone roja. No está escandalizada por el comentario sexual. Tampoco cree que la adolescente quiera molestarla, precisamente por eso ella se avergüenza de ruborizarse. Mire cree que Thais está confusa y que va por la vida dando palos de ciego, que se ha sentido mal por sus penosos argumentos para unirse a las movilizaciones, tan lamentables a ojos de la universitaria. Provocarla con su descaro era una manera de salir del paso. A Mire le parece una reacción evidente e infantil, pero saber

eso no impide que su sangre corra a teñir sus mejillas cuando le dicen cualquier cosa que no espera.

Busca qué replicar a esa procacidad que considera vulgar e innecesaria cuando uno de sus hermanos mellizos abre la puerta y grita:

—*Mire, Mire, vine, hi ha foc al carrer, corre!*[43]

*

Thais silba cuando ve la densa y negra humareda que envuelve el balcón del salón. Mire corre a ayudar a su madre a entrar las plantas y cerrar todas las ventanas que dan a la calle Gran de Gràcia.

Los mellizos, tan excitados como los perros, no dejan de correr pasillo arriba, pasillo abajo, y gritan: *«Morirem intoxicats!».* El padre pide a su mujer que llame a los bomberos, a Mire que contacte con los Mossos, él ya se está ocupando de la Guardia Urbana. Thais no sabe en qué momento ha perdido las ganas de quedarse a dormir. Se siente excluida del revuelo familiar. Quiere volver a Hospi, al barrio, a casa. Se encasqueta la mochila, agarra la BMX y sale tras el padre de Mire, que se precipita al exterior del domicilio. La adolescente escribe a la universitaria mientras baja por las escaleras sin demasiada prisa:

«Ei, Mire, marxo»[44]

«tnks per tot»

Dos contenedores arden delante de la portería y un tercero en medio de la calzada. El fuego prende en el tronco de la magnolia, uno de los árboles que flanquean la calle, y las hojas más bajas arden. Un débil chorro de agua cae desde el sexto piso, un vecino intenta alcanzar las llamas con una vieja manguera.

La adolescente se sienta en el sillín de la bici y se desliza hacia el Passeig de Gràcia, le duele al pedalear, la rodilla se queja con un chasquido sostenido y punzante. Se fija en los chicos que suben en dirección contraria a la suya. Se fija en los antidisturbios que los siguen más abajo, a una distancia prudencial, cautos, lentos. Llega a la esquina con la calle Provenza y ve una fogata frente a la parada *dels Ferrocarrils*. Entonces se acuerda de Eloi. El CDR le ha escrito hace un rato: «dnde estás? Te lo estás perdiendo, tía!». El desagradable runrún en la barriga ha vuelto, ese malestar incómodo que hoy ya la ha asaltado dos veces. Con cierta parsimonia se acerca al fuego, se descuelga la mochila fosforito de la espalda y la tira a la hoguera. Vuelve sobre sus pasos y, cuando recoge la bici del suelo, ya no quiere subirse a ella. La levanta sin ninguna parsimonia, corre hacia la fogata y la echa a las llamas con todas sus fuerzas.

*

Jordi mira desganado los restos de *patates emmascarades* que ha cocinado este mediodía, al agente García se le ha pasado el hambre. Está tumbado en el sofá, frente al televisor, con la cabeza de Thais en su regazo. La adolescente está llorosa, los ojos emborronados de maquillaje, las pestañas postizas pegajosas sobre el cristal de la mesa. Le acaba de contar que una señora mayor quería una crema para la candidiasis y la ha tratado mal, que el Mohamed no tenía bicis por treinta euros, que le duele la rodilla, que ha abandonado la BMX porque la odia y no quiere seguir entrenando. El agente García prefiere callar. No enfrentarse a su hija otra vez, como ha hecho esta mañana, de qué le sirve encabritarse, pasarse tres pueblos para luego arrepentirse.

Jordi ha puesto hielo en una pequeña bolsa de plástico y luego la ha anudado a la pierna de la adolescente con una toalla. Está cansado. Ahora solo quiere permanecer un buen rato con su hija, así, abrazada a él, mimosa, contándole la verdad. Jordi siempre le ha dicho que eso es lo más importante, todo irá bien si no hay mentiras entre nosotros. Le dice hoy has tenido mala suerte y ya está, ahora miramos la tele y te distraes. Jordi deja las patatas en la mesa y va cambiando de canal para buscar una película. Cuando llega a TRECE TV, el canal de televisión de la Conferencia Episcopal Española, se detiene. Están dando el noticiario de la noche y, sobreimpreso en la pantalla, se lee: «¿Cómo están actuando los Mossos d'Esquadra de Cataluña?».

—Es que literal que soy una pringada, papa —balbucea su hija—. Nada me sale bien, todo el mundo aporta menos yo.

Jordi deja de mirar la tele para observar a Thais y no consigue cambiar su expresión de incredulidad, no le sobreviene ningún tic, solo murmura un desesperanzado:

—Aún estás a tiempo de cambiar las cosas, hija, tienes toda la vida por delante.

En la tele, una atractiva y curvilínea periodista afirma que el descalabro del Uno de Octubre evidenció el enfrentamiento que hay en Catalunya entre las fuerzas de seguridad del Estado. «Por un lado, los de la UIP de la Policía Nacional, por el otro, la policía autonómica, los llamados Mozos. ¿Qué está ocurriendo esta vez? ¿Se enfrentarán los policías españoles a la policía catalana? ¿O están los Mozos acatando al fin las órdenes que les llegan de Madrid?»

—Mossos, bombón, se pronuncia *mossus*—rezonga Jordi.

*

—La mama ya no se droga, papa.

Thais observa cómo su padre se gira para mirarla, con una lentitud inquietante, con esa pesadez en los hombros que parece restarle altura y poderío, que lo convierte en un hombre cansado e inseguro. La guapa periodista insiste desde el pequeño plató de televisión ubicado a pocos metros de la madrileña Puerta de Alcalá: «Con la sentencia de ayer, el jefe de los Mozos ha sido destituido e imputado por no haber actuado como la Fuerza y Cuerpo de Seguridad del Estado que es. Quizá haya llegado al fin la hora de recapacitar. Señores Mozos de Cataluña, toda España los contempla».

Jordi sacude el mando de la televisión, con brusquedad, varias veces, no consigue apagar el aparato y lo deja correr. Se dirige a su hija con la voz engolada:

—¿Que has visto a la mama?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo dices?

—Te lo digo ahora, papa.

—Pues has tardado.

—La mama dice que ha cambiado.

—Eso dice la mama.

—Quiere que vaya con ella a Valencia. Este domingo.

Thais habla con la mirada clavada en la televisión. Le cuesta sostener la expresión apenada, oscura, pesada, de su padre, pero cuando al fin lo hace y lo mira a los ojos, le da por reír.

—Papa, tío, que no hay para tanto. También puedo ir a ver a la mama y volver, ¿no? Valencia está a nada, que llegas enseguida. —La adolescente se desata la toalla con el hielo y la tira al suelo—. Esto ya no me duele.

Thais

Una tarde preguntó ¿por qué odiáis tanto a mi madre?, y la familia García, siempre ruidosa, sentada a la mesa redonda de pino teñido, quedó sumida en un silencio solo roto por el camión de la basura y los maullidos de los gatos callejeros. Era el decimotercer cumpleaños de Thais y la pregunta le salió sola, sin rencor, Thais era demasiado desmemoriada para ser rencorosa.

Aquel domingo de mediados de agosto, al agente García le asaltaron unas acuciantes ganas de fumar. La pregunta le dolió. La yaya disfrazó como pudo los remordimientos por haber consentido que se hablara mal de Soletat, una vez y otra, durante tantos años, y balbuceó, precipitada, poco convincente:

—Pero si no la odiamos tesoro, ¿cómo la vamos a odiar si es tu mama?

Jordi, falto de reflejos, no supo cómo detener a su padre, el yayo tenía demasiadas ganas de dejar bien claro a su nieta qué pensaba del fracaso de nuera que le había tocado sufrir:

—Tu madre nos robó una vez y dos y tres, demasiadas veces, cielo. Dinero y otras cosas, a tu padre y a mí, en el bar, entiendes, y también al Miguel, el camarero que tuvimos treinta y dos años. Le robó la paga extra de Navidad del bolsillo de su abrigo, así era la mujer. La bendición es que se haya ido, aunque, para mi gusto, demasiado cerca. La droga es muy mala, Thais, cambia a la gente, aunque tu madre ya venía mal de fábrica.

La celebración de cumpleaños acabó abruptamente, sin tocar el pastel de galletas María de la yaya ni soplar las velas. Jordi soltó un abrupto vámonos, Thais, y eso hicieron. En la calle intentó explicar como pudo el carácter adictivo de Soletat, cabizbajo, dolorido, buscando la manera más suave de contarlo. Era un hombre torpe con las palabras. Thais no quería que siguiera, le restó importancia, no sé por qué he preguntado eso. Y el padre la miraba y veía en la recién adolescente a la niña impulsiva de siempre, valiente, irreflexiva, feliz. Que no parecía sufrir.

Sole se fue de casa cuando Thais tenía cuatro años. La niña no lloró, ni esa primera noche, ni al día siguiente, ni un tiempo después, cuando las visitas sorpresa de Soletat se espaciaron arbitrariamente, sin seguir ninguna lógica, cumpleaños o Navidad. El abandono había sido gradual. Sol había ido desatendiendo aquellas tareas que asumió de manera caprichosa, la papilla de la tarde, los pañales, la cascada de besos al acostarla. La yaya, el yayo, Jordi, la vecina habían ido, paulatinamente, supliendo su rol. Y con su marcha, en lo cotidiano, nada pareció cambiar mucho para una niña pequeña, espabilada y juguetona.

Thais había sido un bebé inquieto, llorón, lleno de cólicos, una niña de ojos achinados y pelo agitanado que enseguida robó el corazón a su padre. A sus veinticinco años, Jordi acababa de ingresar en el cuerpo de la policía autonómica catalana, se estrenaba como *mosso d'esquadra* y no buscaba una hija, la hija llegó demasiado pronto, los desvaríos de la madre también.

Thais crecía y Sol iba yendo y viniendo como una prima lejana. El padre le entregaba la hija a regañadientes, disimulando a duras penas su pesar, convencido de que no le quedaba otra, peor sería prohibir esas pocas visitas. Esta es la madre que te ha tocado y no va a cambiar, hija, le decía siempre.

Soletat la llevaba a bares, a discotecas, a la playa, con amigos que nunca eran los mismos. Se colaban en conciertos, robaban melocotones de huertos privados, se bañaban en el mar por la noche. Una vez, la madre orinó frente a un bar, para protestar por algo que la niña no entendió y nunca averiguó. Salieron corriendo calle abajo porque alguien les increpó, y Thais, lejos de asustarse, se lo pasó en grande. Le impactaron la adrenalina y la excitación que sintió al escaparse, poco le importó el motivo por el que escapaban, cogida de la mano de un amigo de la madre que tiraba de ella con fuerza. La desmemoriada Thais sí recordaba el subidón que sintió cuando quedaron a salvo y la felicitaron por la entereza y velocidad que había demostrado en la huida.

Durante los últimos años, en plena pubertad, Thais se había distanciado voluntariamente de la madre. La bloqueaba y la desbloqueaba del móvil. Le escribía de nuevo, la madre pocas veces contestaba. Tampoco pareció sufrir entonces.

A Jordi le costaba admitir lo mucho que madre e hija se parecían. Thais tenía el pelo azabache y los nervios de los García, pero poco más la acercaba a los suyos. La actitud asalvajada, esa arbitrariedad que la conducía a conclusiones absurdas, esas huidas hacia delante tan propias de la expareja del agente. Los cambios de humor, la falta de criterio, ese ilusionarse de repente y al minuto siguiente olvidarlo. La falta de compromiso. Los repentinos arrebatos de la adolescente con el *skate,* con los filtros de Instagram, con la BMX, con el reparto a domicilio. Imaginarse policía solo porque el campeonato de la bici le había salido mal. A Thais nada le duraba, todo lo quemaba en semanas, en días.

La tarde del decimotercer cumpleaños de su hija, antes de llegar a casa, Jordi seguía esforzándose en dar explicaciones.

—Que la mama no es mala, que solo tiene un tornillo mal ajustado. Ella dice que es un alma libre. —Jordi suspiró—. Y qué le vamos a hacer. A su manera nos quiere. El problema es que no nos necesita y a eso se le llama desapego.

Acabó la frase con el entusiasmo desinflado. Thais le interrumpió por segunda vez, la adolescente rabiaba por dejar de dar vueltas al asunto. No te rayes, papa, le dijo, y le pidió permiso para ir a jugar con el *skate*. Desde donde estaban, ya veía a un par de chavales en la plaza elevada que cubría los trenes y el metro de Santa Eulàlia, subiendo y bajando con estrépito de una barandilla. Jordi dijo que sí, dame un beso, anda, y Thais salió corriendo rampa arriba. Le dijo adiós con la mano, con su sonrisa de dientes separados, el pelo azabache aplastado bajo una gorra con visera. Jordi la vio abalanzarse hacia el *skate* de uno de los chicos, tan brava, tan física, aparentemente tan feliz.

El agente García se quedó solo, nervioso, con una cascada de tics entre el cuello y el hombro. Hacía trece años y algunos meses que había dejado de fumar, el día que Soletat anunció que estaba embarazada y él se hinchó de felicidad. Enfiló su pequeña calle, la Ronda de la Vía; a un lado, los bloques de viviendas, al otro el muro de grafitis y las vías del tren. Pensó que si fumaba otra vez quizá se le irían los tics, cuando fumaba un paquete diario no los tenía. Pero entonces recordó que era festivo y chasqueó la lengua. Me cago en la mar, masculló entre dientes. Plena canícula de agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen María y el estanco cerrado.

3

Miércoles o una determinada forma de autismo

Las hojas de los plátanos dan golpes sordos a las ventanas del edificio del Eixample. Todavía está oscuro. Nicolau Berenguer se revuelve en la cama, desvelado desde las cuatro de la madrugada, incapaz de coger el sueño de nuevo. Su cabeza ha entrado en un bucle de pensamientos que no se detiene. Cómo hacer entrar en razón a Tsunami sin espolear a KAFKA, el miembro más radical de la plataforma independentista catalana, empeñado en seguir adelante y hacerlo saltar todo por los aires. Nicolau no quiere enfrentarse directamente, él no es hombre de enfrentamientos directos.

Se recuesta boca arriba y observa las pálidas sombras que ya aparecen en las molduras del techo. Piensa en su madre y en su hermana y una avalancha de emociones lo desvela, si cabe, aún más. Se gira hacia la izquierda y busca un atisbo de paz en el rubio pelo de Amàlia, en su delicada espalda cubierta por un camisón color crema.

Su esposa duerme acurrucada al borde de la cama, tan quieta y silenciosa que parece no respirar. Nicolau recuerda lo que le dijo anoche, antes de acostarse, con su habitual templanza: No dejemos que nos lleven a su terreno, *Nico, nosaltres no som així*.[1] Amàlia le acababa de leer el último tuit del vicepresidente de la Generalitat,

con esa actitud grave y serena tan propia de su mujer: *«Els catalans i catalanes som gent de pau. La nostra causa és la de la raó sense violència. Fem que sigui així sempre».*[2]

Nicolau se incorpora, decidido a ir al baño. La habitación del matrimonio da a la calle Ausiàs Marc igual que el salón de Nita, tres plantas más abajo. Los plátanos de sombra son tan altos que cubren las ventanas de su madre y parte de las suyas. Cuando pasa junto a la mesilla de noche de su esposa, el iPhone 10 de Amàlia, con la carcasa amarilla y una pegatina de las cuatro barras, vibra y se ilumina.

*

Es la cuidadora de Nita.

«Su sñra suegra está desorientada»

«Durmió seguido de 24 a 2 pero ya no más»

«Ha ido tres veces al baño»

«Nada de sangrado. Quiere que el sr Nicolás baje a verla, lleva preguntando por él desde las 3»

*

Amàlia corre tras Nicolau escaleras abajo, en camisón, sin tiempo para calzarse. Entran en el salón y ella no se precipita al lado de su suegra como sí hace su marido, Amàlia prefiere mantenerse en segundo plano, apoyada en el marco de la doble puerta de vidrio emplomado. Sebastià, el menor de los hermanos, está desplomado en el diván y parece enfadado, los cojines color mostaza tirados por el suelo. La cuidadora se excusa:

—He esperado todo lo que he podido, señor Nicolau, pero la señora Nita dice que quiere marcharse y acabar con esto.

Cuando la anciana mira a su hijo Nicolau, se desvanece la crispación de su rostro y se le dulcifica la expresión. Le ofrece la mano, pero Nicolau reacciona con impaciencia:

—Mare, què és això que vols marxar? Ahir no estàvem tots d'acord que et quedaves a casa?[3]

Nita esconde la mano bajo la sábana y mira hacia otro lado. Nicolau le recuerda a su madre la reunión de urgencia que tuvieron el día anterior con el equipo de paliativos, cuando ella expresó claramente su voluntad de no volver al hospital, de seguir en casa con las visitas diarias de los médicos, ser obediente y poner las cosas fáciles.

La cuidadora se acerca para explicar lo que cree que no ha quedado claro:

—De este mundo, señor, la señora Nita quiere marcharse de este mundo, acabar con todo, eso es lo que la señora Nita me dice a mí.

—*Ves-te'n*[4] —replica la octogenaria con la voz agria.

Nicolau reprocha a su madre que le diga a la cuidadora que se quiere morir y que cuando están las doctoras disimule y diga otra cosa. ¡Ayer incluso parecía que te encontrabas bien!, voy a empezar a pensar que haces teatro.

Amàlia se acerca y apoya las manos en la espalda de su marido. Le presiona con dulzura pero con firmeza, para que Nicolau se contenga, como sabe hacer, como siempre hace.

Nita se defiende. Argumenta que no es su culpa, las pastillas nuevas le provocan pesadillas, alucinaciones, y no sabe lo que dice. Nicolau interroga a su mujer con la mirada y Amàlia da explicaciones. Le dice que Nita se equivoca, que las pesadillas son causadas por la morfina, que el Alprazolam ya no le hace efecto y

que por eso debería tomarse Midazolam, una benzodiacepina más fuerte, inyectable. Amàlia se vuelve hacia su suegra:

—*Però tu no vols.*

—*No vull anar tan drogada* —replica Nita.

—*Però has de dormir.*

—*I aquesta noia què us explica? Si no em sent quan la crido.*[5]

Sebastià, con un gesto de impotencia y cansancio, protesta desde el diván:

—*No és veritat, mare, clar que et sent!*[6]

—*Mare, si no ens fas cas* —se impone Nicolau—, *ens obligaràs a internar-te a l'hospital un altre cop.*[7]

Amàlia da un paso adelante con la intención de dulcificar las palabras de su marido. Le pide a su suegra que entienda que debe dejarlos descansar por la noche o no podrán cuidarla durante el día como ella merece.

*

Nita sostiene la mirada a su nuera. Molesta, irritada. La docilidad y la bondad son virtudes que Nita desdeña. La octogenaria desconfía de las actitudes altruistas y las buenas intenciones. No se las cree. Como no se cree a las dos doctoras que vienen a verla, dos chicas demasiado jóvenes, demasiado educadas, con demasiada paciencia, que la sermonean vestidas con su bata blanca y sus bambas sucias y simulan que la entienden. No soporta que la traten con condescendencia, ni esas recién licenciadas que parece que jueguen a médicos ni la poca cosa de su nuera. Se dirige a su hijo decidida a cambiar de tema y a que la tomen en serio:

—*El que vull és que vingui el notari.*[8]

Nicolau frunce imperceptiblemente los ojos. La madre clava la mirada en la sábana rosa que la cubre, de hilo, con sus iniciales bordadas en blanco. Dobla la punta con parsimonia, la desdobla, la vuelve a doblar.

—*La casa s'ha de vendre* —añade— *i la nena haurà de marxar de Roda.*[9]

*

Marcel·lina Berenguer Boix se despierta con un estremecimiento. Mira la pantalla del móvil, son las seis y cuarto de la mañana y es demasiado temprano para todo, para textear a Tsunami, para salir de casa. Pone los pies en el frío suelo de rasilla y observa con desasosiego las chirucas y el macuto de cuarenta litros que tiene preparados frente a la cama. Le espera una larga caminata. Dos noches y dos días en los que tendrá que hablar, comer y dormir al lado de desconocidos. O de conocidos, y otro escalofrío, si cabe más intenso, le recorre el cuerpo.

Marcel·lina Berenguer es hermana de Nicolau y la única hija de Nita. Tiene cuarenta y ocho años y el pelo salpicado de canas. Es doctora en Matemáticas por la University College de Londres y padece el síndrome de Asperger en grado leve. Vive en una masía de muros de piedra cerca del río, en Roda de Ter, que huele a tierra mojada, a leña recién cortada y a purines.

La matemática balancea el cuerpo adelante y atrás, suavemente, varias veces, y recuerda los consejos de su terapeuta. Aquello de concentrarse en las cosas buenas que le gustan, que la rodean, para luego escribirlas o nombrarlas. *Soc la* SIFFRA *i la* SIFFRA *no té por*[10] se obliga a decir en voz alta.

Bebe el zumo de las ciruelas que dejó en remojo la noche anterior y se sienta a una mesa llena de aparatos electrónicos, tres pantallas grandes manchadas de huellas digitales, una maraña de cables y un volumen de *The Art of Computer Programming,* grueso y sobado. Trabajar la calma. Abre el portátil y aparece en la pantalla el mapa de una estación de tren. Hace zoom y busca los puntos que tiene marcados: cámaras de vigilancia, *sprinklers* de agua, accesos. Aún es pronto para que lleguen a Barcelona los primeros pasajeros de Madrid. Ya se sabe, murmura, los españoles madrugan menos que aquí.

*

Nicolau introduce una cápsula en la cafetera Nespresso y lee en el iPad un artículo de un periódico nacional. Eleva la voz para que su mujer lo oiga entre el ruido de la máquina de café y el parloteo de los niños esperando el desayuno: «Hoy empiezan las denominadas Marchas por la Libertad. Otra pantomima más de los separatistas, una llamada a la Cataluña rural a invadir las autopistas y carreteras de camino a Barcelona para seguir torpedeando la vida de los ciudadanos de bien».

—Ciudadanos de bien —repite, con perplejidad, el ingeniero.

Amàlia le reprocha estar leyendo un periódico *feixista, què esperes de l'ABC?* Los niños sorben sendos tazones de Cola Cao y apremian a la madre con las tostadas. Ella les sirve pan de masa madre con tomate y pregunta, en voz baja, a su marido:

—*Què és això que la Nita vol un notari?*[11]

Nicolau clava la mirada en el humeante *ristretto* y cabecea. *L'hi haig de treure del cap,*[12] murmura con un hilo de voz. Su mujer le replica con suavidad, le dice que cree que ha llegado el momento de

revelar a la madre todo lo que está haciendo Marcel·lina. Que empieza a ser contraproducente mantenerlo en secreto, una ingenuidad que ya no viene a cuento.

Nicolau aprovecha que los niños reclaman más leche para no contestar a su mujer. También para pedir que durante un cuarto de hora no se grite, que nadie le moleste, tiene que hacer una llamada importante.

—*I tu per què sempre tens trucades importants?*[13] —protesta la hija, impertinente—. *Que ens porti la mare o farem tard*.[14]

Nicolau replica que lo siente mucho, *senyoreta,* pero que hoy los lleva él, tiene reunión con la junta del Barça y el colegio le queda de camino. La niña impertinente reacciona con aspavientos y su padre parece sorprendido:

—*Déu meu, d'on has sortit tan melodramàtica?*[15]

Amàlia abre un tetrabrik de leche y pregunta, entre asombrada y divertida, ¿de verdad no lo sabes?

—*De l'àvia!*[16] —La niña estalla a reír estrepitosamente.

La madre suelta un suave shhh con el dedo en los labios y Nicolau se levanta, rápido, serio, para ir hasta su habitación y escribir un mensaje:

«et truco en cinc minuts per Signal»[17]

Así su hermana encaja mejor una llamada que no espera.

*

Marcel·lina no espera una llamada de su hermano, pero sí que se comunique con ella, lleva dos días esperándolo. Se sienta a la mesa de la cocina y aguarda, obediente, a que pasen los cinco minutos. Balancea el cuerpo otra vez, de un lado a otro. El desasosiego ha vuelto. Acaba de leer en el periódico digital *Vilaweb* que se espera

que la Marcha que empieza en Vic, la *Marxa* a la que ella se une, sea la caminata más concurrida de las cinco que hay previstas. Balancea el cuerpo y murmura *la SIFFRA no té por, la SIFFRA no té por.* La brisa de octubre mece la higuera que hay frente a la ventana y algunas de las grandes hojas se cuelan dentro de la cocina. Inspira profundamente, exhala. Le tranquiliza ese olor tan característico, ácido, cítrico, como a pipí. Un aroma que le recuerda a Nita, su madre, y aquellos veranos de su infancia transcurridos en esta casa, cuando llegaba el bochorno de agosto y Nita les preparaba *figues* con jamón. Cuando se regaban unos a otros con la manguera del patio, sobre las losas de piedra de Banyoles llenas de musgo, Nita adoptaba perros perdidos y parecía feliz. Su padre leía libros mañana, tarde y noche y también parecía feliz. Ahora la matemática no recoge los higos y el patio se llena de abejas.

Marcel·lina carraspea una, dos, tres veces seguidas. Consulta el reloj. Han pasado tres minutos y veinte segundos. Intuye que algo grave está pasando con la *mare* y que ese es el motivo de la vuelta anticipada de Nicolau. Pero su hermano no se lo dice. Su hermano Nicolau siempre la ha protegido.

*

El ingeniero la saluda con un desenfadado *ei, Lina!,* y enseguida la felicita por el trabajo que ha hecho. *Ets una crack, germaneta.*[18] Ayer, en pocas horas, la app llegó a los trescientos mil usuarios. *I gran part del mèrit és teu,* añade, cariñoso.

Marcel·lina no dice nada. Nicolau escucha la tos forzada, psicógena, tan característica de su hermana y le resulta fácil imaginar la inquietud que siente. Demasiadas cosas al mismo tiempo, su vuelta precipitada de la India, los desacuerdos entre los

miembros de Tsunami, la caminata pacifista hacia Barcelona que la matemática se ha empeñado en secundar.

—*No podem parlar per telèfon*[19] —suelta Marcel·lina a modo de saludo.

Nicolau siente una punzada de ternura. La está llamando desde una de las aplicaciones de chat más seguras que existen, pero su hermana, una experta en sistemas tecnológicos complejos, eso ya lo sabe. El problema es otro.

—*Ho tenim prohibit*—insiste ella.

Él quiere tranquilizarla, le dice que ya lo sabe que lo tienen prohibido, pero hay una cosa demasiado importante que le tiene que decir.

Marcel·lina repite:

—*Una cosa massa important que t'haig de dir.*

—*Sí.*

—*La mare està empitjorant*[20] —se adelanta ella.

Nicolau cierra los ojos. Marcel·lina y su lucidez. Coge aire y responde con una mentira. Le dice que no, que su madre está estable.

—*I t'ha parlat de mi?*[21] —le pregunta ella.

—*Sí, és clar.*[22]

La urgencia en cambiar de tema ayuda a Nicolau a enfocar el delicado y verdadero motivo de su llamada. Sin mencionar el AVE, sin mencionar a KAFKA, para no alargarse ni pronunciar palabras clave a pesar del cifrado de extremo a extremo de Signal, le pide que en la estación de Sants todo se quede como está, tranquilo, *sense fer cap intervenció,* digan lo que digan los demás. Te ruego que te mantengas a mi lado en todo momento.

La matemática repite con la voz muy baja *al meu costat en tot moment* y empieza con un canturreo indescifrable. Las

contraórdenes, las dobleces, las indirectas no van con ella, Nicolau es muy consciente de ello, pero en estos momentos no le queda otra que ponerla en esta tesitura y apelar a su fidelidad. Le pregunta en qué está trabajando.

—*Amb l'estació i els grups d'elit...*[23] —contesta ella.

Nicolau le pide que lo deje inmediatamente.

—*És el que us vaig prometre que faria.*[24] —protesta ella.

Su hermano replica, tajante, que es a él a quien debe obedecer. Que no puede perder de vista su compromiso mutuo. Que si no actúa de este modo, tendrán problemas.

A Nicolau le disgusta usar este tono imperativo, no es su estilo, aún menos la amenaza velada. Pero el director general de Digital Solutions está determinado a impedir el bloqueo del AVE como sea. Ella le debe mucho. Ahora es el momento de demostrarlo.

*

El 460 arranca puntual a las ocho horas y trece minutos y cruza el Pont Nou que se levanta sobre el río Ter. Marcel·lina contempla a través de las ventanillas del autobús, opacas de polvo seco, el paisaje que tan bien conoce. Las vistas al Pont Vell, la *cascadeta,* los restos conservados de una antigua fábrica textil. La niebla matutina está dando paso a un cielo azul y soleado con temperaturas tempraneras muy poco otoñales. La matemática se siente tranquila, satisfecha por haber planeado un *timing* a su medida. Llegará tarde al inicio de la Marcha para unirse a los manifestantes más adelante, cuando ya estén andando, para evitar así una espera en el punto de encuentro, la *plaça de l'U d'Octubre,* que no desea, al albur de conversaciones con gente contenta y bien intencionada.

Consulta el chat privado de Tsunami y le alegra constatar que hay acuerdo entre los compañeros. Esta tarde hay partido del Barça y la organización ha decidido convocar a los manifestantes en los alrededores del Camp Nou. Marcel·lina escribe que queda a la espera de noticias y órdenes concretas, les advierte que en media hora se une a la *Marxa* de Vic, pero que estará al cien por cien pendiente de su trabajo. Respira hondo, la luz es bonita, el caudal del río baja calmado. Guarda el móvil en el cinturón que sujeta el macuto y murmura *tot anirà bé,* todo irá bien, tres veces seguidas.

*

—*Lina! Et porto fins a la Marxa?*[25]

La matemática apenas ha andado trescientos metros desde la estación de autobuses cuando se encuentra con un conocido. Es Tomàs, el hijo de un reconocido ganadero de Gurb, un hombre que no llega a la cuarentena y que, desde hace un tiempo, le arregla los desperfectos de la casa y el jardín. Tomàs lleva puesta la misma camiseta que Marcel·lina, de color amarillo y con el lema *Fem la república* impreso en el pecho. Ha detenido el tractor y la llama desde una rotonda con su apodo de niña. Marcel·lina mira al suelo y repite *et porto fins a la Marxa*. No le gusta que Tomàs grite desde tan lejos y la llame como hacían sus hermanos cuando era pequeña, como todavía la llama Nicolau. El hijo del ganadero llegó hace once meses al pueblo, le falta una muela y siempre quiere entablar conversación con ella. Pero Marcel·lina siempre lo evita, incluso cuando Tomàs cruza su habitación y entra en el baño para arreglar la cisterna. Esta vez no va a ser una excepción. La matemática simula que no le ve, que no le oye, y gira bruscamente a la izquierda, se desvía de la Marcha y se escabulle entre los chopos de

un parking público. Marcel·lina está incapacitada para determinado tipo de conversaciones, las triviales, saludar, decir «hola, qué tal», especialmente con hombres como Tomàs.

Siente la vibración del móvil en la barriga. Desliza la cremallera del cinturón lumbar y se zambulle en el nuevo chat, ansiosa por trabajar, por entrar en este universo paralelo, el virtual, que no la daña.

*

GRIS informa que es muy probable que el partido de fútbol de esta noche se cancele. El Real Madrid y la Federación Española aún no se han pronunciado, pero la junta del Fútbol Club Barcelona está preocupada. Jugar un partido de estas características, en la situación excepcional que vive Barcelona, es una locura. KAFKA responde de inmediato:

«ans al contrari @GRIS»
«de quin bàndol esteu els del barça?»
«és la situació ideal per jugar el clàssic»[26]

*

La *Marxa* de Vic ya ha iniciado su camino. Una columna de gente, salpicada de amarillo, vibrante de ilusión, anda por la C-17, a la que antiguamente llamaban la Autovía del Vallès, la carretera que los conducirá hasta Barcelona en dos días y setenta kilómetros. A su salida de Vic, los balcones de las viviendas, decorados con esteladas y grandes lazos amarillos, se han llenado de niños, mujeres y hombres que los han ido despidiendo, con gritos y aplausos. Marcel·lina lo ha vivido con ambivalencia, a unos metros por detrás

de la retaguardia, orgullosa pero abrumada, como si no fuera con ella.

Pasan las horas y no se encuentra con ningún otro conocido. Avanza tranquila, pertrechada con su macuto de senderismo a la espalda, una mochila con múltiples *gadgets* y bolsillos externos que le permiten tenerlo todo a mano y que pesa dieciséis kilos. Marcel·lina es fuerte. Una correa en el esternón y un cinturón lumbar le ciñen el pesado bulto al cuerpo y eso le da seguridad.

Anda y va poniendo en práctica sus pequeños trucos antisociales. No se aproxima a nadie, no anda demasiado rato cerca de la misma gente. Cuando ve que se agrupan y se ponen a cantar o a hacer actividades, como saltar a la comba o bailar sardanas, aumenta el ritmo de la marcha y se aleja, para que no le digan nada, para que no la inviten a participar o algo parecido. A pesar de que la idea de las *Marxes* fue suya, y ahora se sonríe al recordarlo, nadie que la conozca o que la observe en este momento, retraída, cabizbaja, sola, podría imaginarlo.

Se acerca la hora de comer y la matemática no quiere sentarse en el suelo ni desviarse hacia la Capella de Sant Antoni, la parada programada para almorzar; allí, por cinco euros, la organización servirá comida de una a dos. Marcel·lina imagina que todos los participantes se sentarán en el verde descampado que hay entre la bonita ermita y los cipreses, que lo pasarán muy bien, que luego lo dejarán todo recogido y limpio. Ella no se unirá al almuerzo. Comerá su *trinxat* directamente del táper, en pie, sin detenerse, y así, veinte minutos más tarde, llegará al área de servicio que tiene marcada en Google Maps. Allí podrá lavarse los dientes, ir al baño y estar sola.

*

—Eeei, Marcel·lina!!!

La matemática había contemplado la posibilidad de encontrarse a alguien en la caminata, o en Centelles, o en *algun punt d'avituallament,* pero no aquí, en este feo baño de baldosas verdes de esta desangelada gasolinera, a casi un kilómetro de la parada donde están todos comiendo.

—Que participes a les Marxes?

Es Glòria, la coordinadora de la facultad de Vic donde Marcel·lina trabaja. La matemática conoce exactamente qué cargo ostenta: *coordinadora de Gestió Acadèmica i Màsters Universitaris*. También su horario y sus animados buenos días. Glòria es la primera funcionaria que entra en la sala de profesores, exactamente a las 07.45 horas, para encerrarse en el pequeño cubículo que es la Secretaría del centro y atender a todo el mundo que le pregunta cosas. A Marcel·lina le gusta mucho su alegre talante, y también sus pecas, unas pecas marrones y grandes que no cambian con el sol, que son las mismas en verano y en invierno.

La coordinadora se lava las manos con jabón y va hablando sin esperar a que Marcel·lina conteste. Le cuenta que participa en las *Marxes* con dos compañeros de la *universitat,* seguro que los conoces, le dice, animosa. Glòria empieza a lavarse las axilas con el jabón de manos y le propone que se una a ellos, podemos andar hasta La Garriga y cenar juntos en el polideportivo. ¿Qué te parece? Pero Marcel·lina no puede dejar de mirar la espuma, el sobaco, la camiseta que se va empapando, le intranquiliza imaginar que la coordinadora salga de allí sin que se le haya secado la camiseta. La respiración se le acelera.

Irrumpe otra mujer que abre la puerta con fuerza y Marcel·lina aprovecha para escabullirse en el retrete. Hay gotas de pipí en la taza del váter. La matemática repasa los consejos de la terapeuta

cuando siente ansiedad, aquello de respirar hondo, de concentrarse en algo agradable. Respira hondo. Revisa el móvil. ANAÏS ha escrito. La joven *copywriter* es agradable. Le gustan sus textos, siempre optimistas, cargados de esperanza. Una inmensa pancarta sobrevolará el estadio del Camp Nou con un SIT AND TALK de dimensiones descomunales. Marcel·lina no conoce a ANAÏS, no sabe qué cara tiene, pero imagina que la *copy* es una chica feliz y bondadosa. La angustia afloja, ya tiene trabajo.

*

Eloi suelta un sonoro bostezo y acaricia el suave pecho de su perra loba. *No està mal!,* grita, hoy nos toca el Camp Nou, tú, *ia boicotejar el puto partit* contra los blancos! La perra levanta la pata trasera para que le acaricie la barriga y emite unos gruñidos de placer que hacen reír, de puro cariño, al CDR.

*

Marcel·lina mira de reojo a Glòria. La coordinadora suelta un recriminatorio *On éreu, tios? Que no us trobava!*[27] que ha sorprendido a Marcel·lina. Marcel·lina no ha visto en ningún momento que Glòria buscara a sus compañeros de la universidad.

Tras su encuentro en el área de servicio, la matemática y la coordinadora han andado un buen rato solas, sin interrupciones, y se lo han pasado bien, la matemática especialmente bien. Glòria ha sido amable y no le ha hecho preguntas, ha hablado sin parar, y, cuando se han quedado calladas, no ha pasado nada, los silencios de Marcel·lina no incomodan a Glòria. La coordinadora le ha contado sus planes de viajar a Holanda, pedirse una excedencia para

quedarse un tiempo, y a Marcel·lina le ha gustado verla tan pizpireta e ilusionada.

Pero ahora acaban de aparecer estos dos hombres. Uno es rubio y alto y da clases de Biología, el otro lleva una camisa a cuadros y es profesor de Antropología. El rubio sonríe y se le dirige, afable, con un *hem sentit a parlar molt de tu,*[28] pero Marcel·lina evita mirarle a los ojos.

El que da clases de Antropología se pone a alabar sus trabajos de investigación en la Universidad, le dice que su tesis doctoral sobre Fibonacci le impresionó mucho. Glòria escucha sonriente, parece orgullosa de Marcel·lina, y la matemática se pregunta si será novia de alguno de los dos, aunque solo han intercambiado risas y ningún beso. Se le ocurre pensar que quizá sean amantes, que quizá se escondan. Entonces imagina a Glòria desnuda en una cama y empieza a toser en series de tres carraspeos seguidos. Glòria le ofrece un caramelo y ella balbucea algo ininteligible, ralentiza el paso y se desvía hacia la derecha. Hace demasiado rato que no sabe nada de Tsunami.

*

Tiene ciento sesenta y dos mensajes sin leer y varias preguntas de KAFKA que la interpelan a ella. *«No era així @SIFFRA?»*[29] Marcel·lina busca el inicio del hilo que no ha leído. Los primeros textos versan sobre la acción en el Camp Nou. El Fútbol Club Barcelona, el Real Madrid y la Federación Española de Fútbol han acordado posponer el partido para evitar más altercados en las calles de Barcelona. Los del chat han respondido entre la indignación y el *«era d'esperar».*ANAÏS propone mantener la acción frente al estadio. KAFKA ha insistido con su idea de atentar contra el AVE, y entonces se ha dirigido a ella, a

SIFFRA, para recordarle su idea sobre los grupos de élite, sobre desarrollar una acción más limpia, más quirúrgica, con menos participantes implicados y que podría llegar mucho más lejos. *«No era així @SIFFRA?»*

*

—*Que no vens, Marcel·lina?*[30]

Glòria la alcanza y Marcel·lina aparta la mirada de su móvil para mirarla a ella, con esa expresión infantil, de desconcierto, algo huraña, que enternece a la coordinadora. Se encuentran en un tramo de la autovía que hace curva, dejando atrás el municipio de Aiguafreda. Glòria estaba perdiendo de vista a la matemática. La coordinadora es una mujer impulsiva y extrovertida, pero también empática y solidaria, y le conmueve el esfuerzo evidente que está haciendo Marcel·lina al participar en una movilización tan masiva como esta. En la universidad todos conocen la condición autista de la catedrática y sus consecuentes problemas relacionales.

—*Va tot bé?*[31] —La coordinadora le coge de la mano y tira dulcemente de ella—. *Que vull que sopem juntes aquesta nit.*[32]

*

Marcel·lina guarda el móvil. Coge la mano a Glòria y ve que, tras ella, los dos hombres también se han detenido. También la esperan, y mientras la esperan, hablan, exaltados, vehementes. De paz, de guerra. Del clásico cancelado.

*

—*Que els catalans som gent de pau?*—ironiza el profesor de Biología con su pregunta retórica. En un tono de rabia contenida confiesa estar harto de escuchar *la mateixa mandanga de sempre*. Avanza hacia el otro profesor y añade con aspereza que insistir en que Catalunya es un pueblo pacífico le parece un insulto a la inteligencia y a la historia de los catalanes, una historia que precisamente trata de una rebelión tras otra.

El profesor de Antropología, con las mangas de la camisa a cuadros arremangadas y la guitarra colgada en la espalda, lo corrobora, con menos rabia, en una actitud casi despreocupada:

—*Si ens hem fotut d'hòsties a la més mínima!*[33]

El primero especula que Tsunami, tras lo del aeropuerto, se ha asustado y han vuelto a los juegos de niños, al *Virolai* y a la flauta. Desdeña el papel de váter, las velitas, las pelotas amarillas, el no haber sido capaces de mantener el encuentro contra el Real Madrid para que el mundo entero presenciara *com rebentàvem el partit*.

—*A Madrid s'han pixat a les calces i nosaltres al darrera.*[34]

—*Els del Tsunami són uns camacus*[35] *que només saben parlar amb la aaa! Què espereu? Són uns liles, uns nens bé de Barcelona!*[36]

—*Però què esteu dient?!*[37] —La coordinadora ha soltado la mano de Marcel·lina y se encara a los dos profesores. Está enfadada. Les suelta una retahíla de reproches. Los acusa de desmemoriados, de estar perdiendo el juicio. Les dice que ningún otro pueblo se había manifestado con tanta disciplina y tan buen rollo, sin violencia, de una forma tan multitudinaria e inclusiva, familias enteras, niños y mayores, hombres y mujeres de distintos países y procedencias. Hemos sabido explicar al mundo cómo somos *i ens hem de sentir ben orgullosos d'això*.[38]

El profesor de Biología asiente. Le da la razón. Le dice a Glòria que todo lo que ha dicho es muy bonito, pero que la vía del pacifismo ha llegado a un punto sin retorno. Se le acerca, súbitamente amable. *Ja ho hem provat i no ha funcionat.* Ha llegado el momento de guiarse por ejemplos como los de América Latina, con las guerras de guerrillas, *que aquí ja van ser prou efectives contra Napoleó i l'Olivares.*[39] El profesor de Biología continúa, serio, la voz grave, los ojos clavados en los ojos de su compañera. El Reino de España no entiende de sutilezas, hace más de trescientos años que nos arrebataron el estado propio y es así como quieren mantenernos, sometidos, de rodillas*. Un cop més, només ens queda la rebel·lió.*[40]

Glòria baja la cabeza en un repentino gesto de abatimiento. El profesor de Antropología advierte que Marcel·lina los escucha, atenta, con la mirada escurridiza, las pupilas inquietas, bailando de un lado a otro, y le pregunta:

—I tu què en penses, Marcel·lina?[41]

*

Marcel·lina repite, entre dientes, *i tu què en penses, Marcel·lina,* y la cabeza se le llena de multitud de cosas que no va a ser capaz de verbalizar. Cosas superfluas que le enturbian la mente, cosas bonitas que apenas retiene, que se mezclan con otras, dolorosas, que no sabe cómo encajar. Piensa que Nicolau se ha saltado las reglas del juego y la ha dejado en tierra de nadie, su hermano sabe que ella necesita andar sobre terreno seguro o va a la deriva. Piensa que empieza a refrescar y que va a tener que detenerse para sacar el polar que lleva dentro del macuto, debajo de todos los aparatos, no sabe si la coordinadora la va a volver a esperar. Piensa que el

profesor de Biología ha hablado como se hablaba en su casa hace muchos años, ella era pequeña y su abuela le trenzaba el pelo y todos gritaban y parecía que se peleaban, pero no se peleaban, cuanto más se exaltaban sobre Catalunya, más unidos estaban. Piensa en su madre. La falta de empatía crónica de Marcel·lina no le impide imaginar que Nita optaría por desoír a Nicolau, el hermano prudente, el conciliador. Casi la oye hablar con esa voz masculina, ronca, de madre a quien el hogar se le queda pequeño y quiere mandar mucho más allá: *el Nico sempre ha volgut quadrar el cercle, però ara no és el moment de la diplomàcia. Ara s'ha de tirar pel dret.*[42]

*

Nita mira por el ventanal del salón de su casa. Las hojas de los plátanos, la fachada de enfrente, menos regia que la suya, recibe ahora el sol de poniente. El tiempo no corre y ella suspira de hastío. Estas horas intermedias son las peores, media mañana, media tarde, cuando la ciudad se muestra plácida y buena, cuando el tiempo no avanza, cuando nada sucede, cuando todos siguen con sus vidas y ella solo molesta, cuando se le hace palpable el camino sin retorno al que está abocada. Solo desea que llegue el atardecer para que vuelvan los disturbios y ella tenga algo por lo que luchar, aferrarse a la noche, a sus contradicciones y a los desórdenes, para que se haga visible y sin disimulos la esquizofrenia soterrada de esta ciudad.

*

Marcel·lina se pone a andar en dirección contraria a la gente que la rodea. Algunos manifestantes la miran extrañados, pero la

matemática no los ve. Ahora la fijación de Marcel·lina es otra, debe alejarse lo más rápido posible de los profesores, de Glòria, para concentrarse en lo suyo y evitar distracciones, tiene poco tiempo. Textea, como si pensara en voz alta, una batería de mensajes:

SIFFRA: *«Sí* @KAFKA*»*

SIFFRA: *«amb molta menys gent»*

SIFFRA: *«usuaris seleccionats»*

SIFFRA: *«els més efectius»*

SIFFRA: *«la programació de l'app permet classificar les persones en clústers comportamentals»*

SIFFRA: *«grups per proximitat i per comportament»*

SIFFRA: *«necessito dues hores»*

*

Nicolau Berenguer los lee una, dos, tres veces. Entrecierra los ojos. No le cabe en la cabeza que su hermana esté escribiendo lo que está escribiendo tras la conversación que han mantenido esta mañana. A duras penas consigue mantenerse quieto en su asiento. El ingeniero está reunido en la cuarta planta del hotel Luna House, frente a la directora y al lado de Bryan, el *controller*. Nicolau mira la expresión enfurruñada de Virginia, pero apenas la ve, apenas la escucha.

La directora habla sobre una orden que han dado los altos directivos del grupo hotelero y que ella se niega a obedecer. Bloquear las ventanas del hotel con el objetivo de impedir que los clientes las abran libremente. Nicolau quiere que acate la orden para reducir los conflictos con los jefes estadounidenses, y así se lo ha pedido al inicio de la reunión, pero ella no da el brazo a torcer, obstinada en argumentar que esa es una norma foránea, yanqui,

puritana, que no tiene ningún sentido aplicarla en una ciudad mediterránea como Barcelona.

—Y es que resulta —sigue insistiendo Virginia— que nuestros huéspedes no se tiran por la ventana, nadie viene a Barcelona a suicidarse, se lo pasan demasiado bien aquí —la directora coge carrerilla—. Pero si queréis, les podemos pasar una encuesta, como hacen en algunos países donde les preguntan si son terroristas. Si nos responden que sí, que se quieren suicidar, les podemos dar alternativas. No sé, pastillas, hojas de afeitar para que se metan en la bañera. ¿Qué os parece?

Nicolau no atiende. Bryan se ajusta los puños de la camisa decidido a tomar la palabra y frenar la verborrea de la directora, que parece no tener fin:

—Aunque la verdad es que yo creo que prefieren lugares más lúgubres como el metro, Londres o Dublín, o más personales, como sus propias casas.

*

El *controller* empieza su discurso y Virginia se recuesta en su silla cromada de respaldo alto sin la más mínima intención de escuchar. Imagina el predecible *speech* cargado de lugares comunes y normativas banales. Está enfadada porque sabe que no va a ganar esta batalla, una batalla que no es menor para ella. ¿Quién dijo que en los detalles está todo? No se acuerda. Tiene a los dos hombres sentados frente a ella. Pasea la mirada del regazo de uno al regazo del otro: el del inglés, con ese anillo que le estrangula el dedo meñique y esas manos de hombre de pueblo que toma cerveza caliente en la *happy hour;* el del catalán, con las uñas impolutas y su iWatch de acabado azul noche. Se pregunta por qué Nicolau no la

ayuda más en este asunto, él, un hombre presumido a quien, bien lo sabe ella, los detalles le importan. Entonces se percata de que el ingeniero no ha dejado de consultar uno de sus dos móviles desde que se ha sentado. Virginia pierde la paciencia e interrumpe sin remilgos a Bryan:

—¡Nicolás! —El *controller* pega un brinco—. ¿Estás aquí o dónde estás? ¿Y por qué tienes dos móviles ahora? ¿Un apple, un android? ¿A qué juegas?

*

Nicolau tensa la mandíbula, mira a la directora y esboza una de sus falsas sonrisas.

—Estoy monitorizando los cambios de diseño de la web —le explica—. Ya sabes, para comprobar cómo se visualizan los contenidos y demás.

Virginia cruza los brazos, pone cara de fastidio y no responde. Nicolau respira un poco más tranquilo. Ya ha escrito a SIFFRA. Breve, casi agresivo.

*

Marcel·lina, alias SIFFRA, ignora el mensaje de Nicolau, alias GRIS. Está subida a un tractor y programando *scripts*.

*

Con una mano en el volante, Tomàs, el hijo del ganadero, acerca a la matemática una cantimplora de agua. Marcel·lina está sentada en el pequeño asiento auxiliar, más alto y desplazado hacia atrás

respecto al del conductor, con un portátil en las rodillas. Marcel·lina rechaza su ofrecimiento de agua sin levantar la vista de la pantalla, *jo no bec a morro d'una cantimplora que no és meva,*[43] le dice. Tomàs no se ofende, contesta *ah, molt bé,* y él sí da un par de tragos a la botella metálica. Está demasiado sorprendido para ofenderse.

El hijo del ganadero es un hombre sensible que se lleva mal con el oficio familiar, la ganadería. Tiene treinta y nueve años y le gustaría montar un negocio basado en la agricultura de proximidad. Este es uno de los motivos por los que se mudó de su Gurb natal a Roda de Ter. No ha tenido suerte con las mujeres y siente una especial atracción hacia la matemática, ella es mayor que él, pero eso no supone ningún problema para Tomàs.

Aún no se cree que la tenga a su lado. Marcel·lina lo ha llamado por el móvil hace un rato y le ha preguntado si podía subirse al tractor para trabajar sentada, enseguida le ha explicado que está obligada a atender una urgencia laboral pero no quiere detenerse, esta noche tiene una cita en un polideportivo y quiere ser puntual.

Se han encontrado en el kilómetro 36 de la carretera C-17. El hijo del ganadero la ha esperado tomándose una cerveza en el arcén. Le ha gustado encontrársela con un bonito brillo en los ojos. Tomàs piensa que Marcel·lina es esquiva y maniática y que no le gusta relacionarse con la gente, pero a él le sucede lo mismo. Los dos son raros y de hablar poco, aunque Tomàs sabe que a ella le pasan muchas más cosas por la cabeza. Marcel·lina tiene un cerebro privilegiado y él no. Los ratos que ha pasado en la casa de la matemática, el hijo del ganadero se ha dado cuenta de que está muy sola. Siempre tiene la nevera medio vacía, hay polvo por todas partes y el jardín, tan grande y lleno de posibilidades, está casi abandonado. Tomàs la podría ayudar. Le montaría un huerto. Él cree

que es una pena que vivan tan cerca y que por la noche estén solos. Una mujer y un hombre se hacen compañía.

Marcel·lina le ha pedido que no la distraiga. Tomàs está encantado de no tener que distraerla. Se ha quedado admirado con la cantidad de cachivaches que la matemática ha sacado del macuto. Del peso que ha acarreado durante tantas horas. Su tractor es pequeño y casi todo lo ha dejado en el suelo, excepto un aparato blanco que es una antena y que han colocado en el salpicadero.

El sol va cayendo y él conduce a velocidad lenta y sostenida, como hacen los tractores en estas manifestaciones. La gente lo sigue saludando y a Tomàs le sienta bien este reconocimiento, las tractoradas se han hecho muy populares en los últimos tiempos, le gusta seguir las directrices de la Unió de Pagesos, formar parte activa de algo social.

De vez en cuando echa una mirada a la pantalla negra llena de letras, puntos y colorines y le parece increíble que su taciturna paisana pueda teclear en esas condiciones, con el ruido y el tembleque del tractor, está claro que es una mujer excepcional. Tomàs cree que la matemática está creando un videojuego o algo virtual que a él, hombre de tierra y del trabajo manual, le resulta imposible imaginar.

*

Ya es oscuro cuando llegan al polideportivo municipal Can Noguera, en La Garriga. Buscan sitio donde aparcar el tractor y Marcel·lina canturrea. Cuando está contenta reproduce los mismos patrones repetitivos que cuando está angustiada. Toser, balancearse, repetir la última frase que ha escuchado. Canturrear. Ahora está contenta y canturrea porque ya ha terminado. Ha mandado todas las

convocatorias y ha recibido varias confirmaciones, aunque le faltan dos. Le duele la espalda y necesita moverse. Cierra el portátil y entonces se da cuenta de la presencia de Tomàs, tan masculina y real de repente. El hijo del ganadero ha apagado el motor y se está inclinando hacia ella, con esa boca de dientes descuidados y esa nariz desviada, y la programadora se pregunta qué le estará pasando por la cabeza a este hombre.

*

—*Ets una hacker?*

Marcel·lina ríe y Tomàs aprovecha para reírse con ella.

*

Thais pregunta *què et passa, Cirera,* y también se ríe. El CDR le está sacando una hojita seca que se ha quedado entre sus mechas azules y se siente débil, embobado, feliz. Se muere de ganas de proponerle a la adolescente que se vaya a vivir con él, para que duerma y se despierte cada día con él, para hacerlo todo juntos. Pero no se atreve. Le da miedo quedar como un cursi. Le asaltan unos deseos infantiles de salir corriendo, patear contenedores y que se le pase la tontería. Pero tampoco lo hace. Deambulan por los alrededores del Camp Nou, con su brazo tatuado por encima de los hombros de la adolescente, pisando un suelo plagado de DIN A4 azules donde se lee SPAIN: SIT AND TALK. Sortean focos, hombres cargando cámaras, mujeres con micrófonos y pocas noticias que dar. Eloi querría volver al lado de sus colegas, pero Thais quiere ir a tomar algo, Hospi está aquí al lado, le dice, está lleno de paquis y chinos abiertos y tengo mucha sed.

Eloi responde que bueno. No desea llevarle la contraria. Hace media hora Thais se lo comía a besos y él se ha puesto enfermo de deseo. La manifestación alrededor del Camp Nou discurría sin sobresaltos, pero en un ambiente agridulce, la gente gritaba *freedom!* en las puertas de un estadio vacío, obedientes pero desencantados. Eloi se ha llevado a Thais a una esquina oscura, bajo una cancha de básquet, donde la adolescente se lo ha seguido comiendo. La boca, los dedos, la polla, con furia, en un polvo frenético donde ella ha llevado la iniciativa. Eloi se ha dejado hacer, rendido, asombrado, pensando que nunca había conocido a una chica igual, con esa energía, tan desinhibida, tan entusiasta.

Al CDR la acción del Barça le ha sabido a poco. Al no haber jugadores dentro del campo le ha parecido una protesta insuficiente y cándida, un más de lo mismo, y se consuela pensando que la noche acaba de empezar. Cruzan la calle de Arístides Maillol y escribe a sus colegas que los verá más tarde, que me avisáis cuando haya lío.

*

—¿Qué pasa? —pregunta Thais.

—Me dicen que están mandando mensajes por el privado.

—¿Qué? ¿Quién?

—*Els de Tsunami*.

—¿Y qué?

—Que es raro.

Se sientan en el bordillo de la acera y los leen juntos. El contenido del mensaje es muy claro. Convocan a unos pocos usuarios de la aplicación a participar en una acción múltiple, de elevado riesgo, que debe llevarse a cabo a una hora y en un lugar determinados. Eloi es

uno de los escogidos. Debe confirmar inmediatamente, decir si acudirá o no.

—¡Buah! —exclama Thais—, si esto está literal a dos pasos de mi casa.

Eloi parece desconcertado, textea al colega que ha dado con él y ella se va entusiasmando:

—Esto es lo más, Loi, tío, que eres un elegido. ¿Que no lo entiendes? ¡Confirma, ya!

—¿Qué?

—Y deja de escribir. —Thais le arrebata el móvil de las manos—. Mira, ¿ves? Oye, digo que seremos dos.

—Joder, espera.

—¿A qué? La pava que ha programado esto es una genia. Ya te digo. ¡Nos dice hasta el árbol de la cuneta por donde hay que bajar! Una *alzina surera,*[44] dice. ¡Tú te flipas!

—¿Y tú cómo sabes que es una pava?

—Y ¿por qué tiene que ser un pavo, eh? ¿Por qué?

*

A Eloi le choca este rebote feminista por parte de Thais, imagina que ayer le dio mucho tiempo de hablar con la universitaria. La adolescente lo mira con esa euforia y ganas de comerse el mundo con la que se ha levantado esta mañana, y el CDR cree que es mejor no llevarle la contraria, hoy Thais va muy fuerte.

—Bueno, vámonos —dice Eloi y se levanta de un salto—. *Que se'ns ha girat feina*[45] y algo habrá que comer.

*

Marcel·lina quiere sentarse y cenar al lado de Glòria, pero no sabe cómo hacerlo. La coordinadora está arrodillada junto a dos chicas y las tres hablan sin parar. Tomàs se ha ido. Marcel·lina ha explicado al hijo del ganadero que una amiga con pecas la espera, y el hijo del ganadero le ha respondido que muy bien, pero, mira, yo estaré allí, ¿lo ves?, y le ha señalado una esquina del enorme espacio, al lado de las porterías de fútbol sala, *per si canvies de plans.*

Marcel·lina tose involuntariamente, varias veces seguidas, y al fin Glòria se gira y la ve. La coordinadora le hace un gesto para que se una al grupo, aquí, *vine,* le dice, a mi lado, y entre todas le hacen sitio. Marcel·lina obedece, rígida, sin descolgarse el macuto de la espalda. La matemática quiere contar a Glòria lo que acaba de hacer. El complejo trabajo que ha programado en ciento treinta y siete minutos. Organizar pequeños grupos cargados de troncos, travesaños y neumáticos siguiendo una táctica de guerrilla. Le gustaría explicarle que en las guerras de guerrilla, a las que se ha referido esta tarde el profesor de Biología, los guerrilleros van armados hasta los dientes y no son un modelo que se pueda seguir en la actualidad. Que los catalanes del siglo XXI ya no quieren utilizar armas de verdad. Pero no puede contárselo. Glòria sigue hablando con esas chicas y casi le da la espalda.

La matemática observa a las demás personas sentadas en el suelo en forma de corro. Están los dos profesores de Biología y Antropología, las dos amigas de Glòria y cuatro personas más que no conoce. Son diez en total. Muchos, demasiada gente para mí, piensa. Pero nadie la mira. Destensa los músculos. Desabrocha la correa del esternón, el cinturón lumbar y deja su pesado petate frente a ella. Saca un táper y empieza a comer la tortilla de patatas que cocinó el día anterior, está fría y seca, pero le es igual. Apenas tiene hambre.

Una de las personas desconocidas se pone a contar chistes y todo el grupo calla y atiende. Marcel·lina deja de comer. Se da cuenta de que tampoco podrá explicar a Glòria otra cosa que había planeado decirle y que le importa mucho. Que, tras años de distanciamiento, el viernes verá a su madre enferma y que no sabe si lo hará bien, si sabrá cómo empezar a hablar, cómo decirle que la quiere, que todo lo importante que ha hecho en la vida lo ha hecho pensando en ella. Después de un chiste llega otro y todos ríen y parece que se quieren mucho. La matemática mira a Glòria, pero Glòria no la ve. Suelta el tenedor. La respiración se le acelera. Dos desconocidos la miran, el rubio de Antropología también. Ríen y parece que le quieren decir algo. Marcel·lina arrastra el macuto hacia ella. Se olvida del táper y la tortilla. Se levanta. No dice adiós, no dice nada. De la misma manera que Marcel·lina no sabe decir «Hola, ¿qué tal?», tampoco sabe decir «Adiós, me voy».

*

Tomàs ve a Marcel·lina andar de una manera extraña. El polideportivo es enorme, hay mucha gente tumbada por el suelo y rayas de colores que marcan las diferentes áreas de jugar a balonmano o fútbol sala. La matemática levanta mucho los pies calzados con sus enfangadas chirucas porque no quiere pisar las rayas pintadas, tampoco los pies ni los bultos que se va encontrando a cada paso. Tomàs la recuerda sorteando los trazos de tiza de la charranca que los niños pintan en las plazas de Roda de Ter. El hijo del ganadero le hace señas, no sabe si acercarse, nunca sabe qué puede asustar a Marcel·lina. Cuando ella al fin lo ve, la matemática se detiene y abraza el macuto. Marcel·lina nunca mira a los ojos

directamente y ahora lo está haciendo. Tomàs lo interpreta como una clara señal de socorro.

*

La adolescente señala el comercio de Mohamed con los neumáticos amontonados en la acera. Thais y Eloi están al otro lado de la calle y ella le da algunas instrucciones:

—Tú llámale Moja, dile que eres amigo de Puchi y te lo ganas en nada.

—¿Y quién es Puchi?

—Qué te importa.

—Thais, si voy de parte de Puchi, tengo que saberlo.

Thais duda, se va moviendo, inquieta, sobre sí misma, como una cría que tiene pipí.

—Bueno, mi padre, tío —le dice al fin.

Eloi imagina que Thais se ha puesto nerviosa ante la idea de que él y su padre se conozcan, y eso también le provoca inquietud a él. Están en un cruce de calles de L'Hospitalet. Él dice *molt bé, molt bé,* ella zanja el tema dándole una palmada en la espalda y Eloi se queda sin beso. Thais dice me piro y sale corriendo en dirección opuesta, hacia el *carrer* de la Vía, su casa.

*

Pero en su piso no encuentra los botes de pintura grafitera que le compró la yaya hace dos años, cuando estaba en tercero de la ESO y se apuntó a unos cursos de la Generalitat de arte urbano. No terminó el curso y las pinturas y los botes quedaron abandonados en algún lugar de su habitación.

Eloi le escribe desde la calle:

«tot bé o què»

«muy *maco* el Moja»

«ara esprndo furgo»

Thais contesta:

«has volaaaoo wtf»

«notinc sprays»

Eloi pregunta:

«la teva mare no usa laca?»

Thais murmura ni puta idea de lo que usa mi mama y corre al baño a revolver los frascos que tan bien colocados tiene su padre. Recuerda vagamente que sí había una laca, pequeña, dorada, que arrancó de una revista, pero no está y se enrabia. ¡Buah!, el papa que literal que es un maruja y lo tira todo. Corre hacia la escalera de vecinos y sube hasta el tercero, donde vive la vecina peluquera. Thais le pide un par de botes de laca con toda la tranquilidad que es capaz de fingir y la vecina le pregunta que para qué. Thais miente:

—Que nos vamos al Apolo de fiesta y nos tenemos que arreglar.

—¡A ver! Lo que tú necesitas es un tinte *com Déu mana*[46] —espeta Conchita, impaciente—, pero ¿qué quieres? ¿Un buen cardado? ¡Pues que ya te lo hago yo!

Thais le arranca el bote de las manos y le dice que también es para unas amigas suyas y que se lo tiene que llevar. ¿No tienes más? La vecina responde que con esto que te doy apelmazas a todas las señoras del Apolo y el Molino en su mejor época.

—¡Pues mi papa te la paga luego!

—*Digues-li al teu papa que pugi a veure'm.*[47]

*

Una hora y quince minutos más tarde, Eloi tira el bote de laca al fuego y se desgañita con un ¡¡Vamos, vamooossss!! para que Thais se aleje de los raíles y del montón de neumáticos, papeles y cartones que explotan en fugaces llamaradas. La adolescente brinca por encima de los matorrales espinosos como una atleta de salto de longitud y lo adelanta con facilidad. El CDR se araña las piernas y sube la ladera ayudándose con el tronco de un alcornoque, un retorcido árbol que crece, abandonado a su suerte, a un palmo del asfalto. Thais le espera arriba, al lado de la furgoneta que han dejado en el estrecho arcén de la Carretera Antiga del Prat, la cabeza cubierta con la capucha de una sudadera. Entran en el coche, Eloi mete la primera marcha y arranca con tanta fuerza que el vehículo derrapa.

—¡Qué puto fácil, tío! —grita la adolescente descubriéndose el rostro, sudado y rojo de pura excitación—. ¿Qué hacemos ahora? ¿DÓNDE SE LÍA?

—¿Adónde quieres ir tú, pedazo de CDR?

—¡Contigo al fin del mundo, cerezas!

El vehículo pasa por debajo de las señales azules de preseñalización, Barcelona/Ronda del Litoral/Port - Puerto, y Eloi siente un intenso vaivén en el estómago.

*

Nita siente la barriga vacía, extraña, como si no fuera la suya. La octogenaria hace horas que no come, no tiene hambre ni le duele nada y eso le da una insólita sensación de paz. Observa el rostro crispado de su hijo mayor y solo siente deseos de que sea feliz, de darle la razón. Ramon está aquí. Su hija no. Ramon habla de

Marcel·lina y aflora el viejo resentimiento que no ha resuelto, que no ha querido o no ha podido resolver. Nita afloja.

—*Ja et vaig dir que sí, fill* —le dice—. *Truca ara mateix al notari i que vingui a veure'm*.[48]

*

Manel y Sebastià irrumpen en el salón y se precipitan hacia la televisión. El hermano pequeño sube el volumen y Manel apremia a atender el especial informativo de Betevé.

Un titular corre de lado a lado, sobreimpreso en la pantalla: *ÚLTIMA NOTÍCIA: DIVERSOS SABOTATGES INCOMUNIQUEN PER TREN TOTA CATALUNYA*. La presentadora del programa, una periodista de cejas rectas y sonrisa gingival, ralentiza las palabras a la espera de que los tertulianos que la acompañan comenten algo. Pero estos no lo hacen. Los cuatro hombres sentados junto a ella están exclusivamente pendientes de sus móviles. La periodista arrastra las palabras y dice que todavía no ha trascendido cuáles son los tramos exactos que han sido afectados por los sabotajes. Vuelve a mirar a cámara y explica que pronto conectarán con uno de los cuatro equipos que tienen a pie de calle. Y lo haremos con la misma filosofía de estas tres últimas noches, para explicar y enseñar todo lo que está pasando en Barcelona. Al fin, uno de los tertulianos levanta un dedo, no la cabeza, y explica que por Twitter corren vídeos de una sospechosa humareda más allá del barrio de L'Hospitalet, una densa nube negra que se vislumbra alrededor de la plaza Europa y el puerto logístico.

—*Per on passa l'AVE*[49] —dice Ramon, y pide a sus hermanos que busquen por Twitter, que la tele va tarde.

Manel y Sebastià consultan varias redes sociales y, en cuestión de segundos, leen:

—Afectada Rodalies a Mataró...

—Entre Sant Pol de Mar i Canet de Mar. Vilanova i la Geltrú...

—Valls, Mollerussa...

—Sant Miquel de Fluvià... Flaçà... Reus...

—L'AVE! Entre Figueres, a l'alçada de Girona...

—A Barcelona!

—Talls a l'Ave! A Sants![50]

Manel silba. Sebastià se muerde las uñas. Nita cierra los ojos y entrelaza las manos hasta el mentón. Ramon comenta que esto sí que es una buena noticia, al fin Tsunami ha actuado con firmeza.

La presentadora de las cejas rectas da paso a un joven reportero enfundado en un chaleco reflectante. El joven explica que la estación de Sants, se gira y la señala, está siendo acordonada y desalojada. También cuenta que los bomberos han encontrado travesaños de madera y neumáticos ardiendo en los raíles del AVE a la altura de Bellvitge, a unos tres kilómetros de la estación, exactamente a la salida del primer túnel. El reportero acelera el discurso: las informaciones que nos llegan hablan de unos treinta sabotajes en todo el país, incluida La Jonquera, y destacan la sorprendente sincronización temporal de todos ellos.

La transmisión vuelve al plató de televisión y la presentadora interpela a sus compañeros de mesa. ¿Qué opináis?, les pregunta. Lo más fácil es atribuir los sabotajes a Tsunami Democràtic, aventura, pero la organización permanece en silencio, no había ninguna movilización anunciada. Un tertuliano la interrumpe y dice que no lo ve claro, el *modus operandi* no es el habitual, no ha habido convocatoria abierta ni comunicado previo. Otro tertuliano le lleva la contraria y argumenta que solo una organización compleja como la de Tsunami puede ser capaz de ejecutar tantos actos simultáneos con esa precisión temporal.

—¿Y por qué no han dicho nada? —replica con tranquilidad el primer tertuliano—. Si son los reyes de la comunicación. Si lo que quieren es que se sepa.

*

GRIS: *«Què està passant?»*
BORINOT: *«Vull explicacions»*[51]
POPEYE: *«No te les podem donar»*[52]
POPEYE: *«Tsunami no hi té res a veure»*[53]
KAFKA: *«Companys, el Tsunami no és Déu, cal recordar-ho?»*
ANAÏS: *«Té pinta d'acció de cdr»*
KAFKA: *«Té pinta de @SIFFRA»*
POPEYE: *«SIFFRA?»*

*

Marcel·lina está tumbada en una esterilla, al lado de Tomàs. La matemática observa con cierta apatía cómo su móvil, tirado encima del saco, se va iluminando con cada nuevo mensaje. El hijo del ganadero mira la cubierta de acero del polideportivo con un extraño interés, como si le hiciera gracia. El techo debe de tener una altura de ocho metros y Tomàs se fija en las cerchas metálicas con esa sonrisa de buena persona pegada a los labios que Marcel·lina, ahora, ya es capaz de apreciar.

Desde que Tomàs la ha rescatado de su crisis de ansiedad, de Glòria y de los chistes universitarios, lo mira con otros ojos. Tomàs la ha cogido de la mano y ha cargado con su macuto hasta el rincón donde se encuentran ahora. Aquí no hay rayas de colores pintadas en el suelo y Marcel·lina puede tumbarse al lado de una pared y

bajo una pequeña portería que le da sensación de cobijo, se siente más protegida así que en medio del enorme espacio, sin barreras entre la gente. Tiene el baño cerca y ha podido poner las ciruelas a remojar en un vaso con agua. La matemática se siente inesperadamente segura. El hijo del ganadero le acaba de decir no te voy a molestar, me alejo un poco y ni te hablo si no quieres, y se ha desplazado tres palmos hacia la izquierda.

Marcel·lina piensa que debería ser educada y darle las gracias. Mañana lo hará. Ahora debe contestar a Tsunami y explicarlo todo. Luego se introducirá un Orfidal bajo la lengua, y veinte minutos más tarde, otro, dormir al lado de un hombre de metro noventa lo justifica.

*

Nicolau Berenguer baja por la rampa del parking, sortea la barrera automática y pasa por delante de una pequeña cabina de control, iluminada con fuertes fluorescentes verdes. Con las manos en los bolsillos del ligero blazer, el ingeniero se adentra en la única planta del angosto y largo parking soterrado entre el Passeig de Colom y el Moll de la Fusta. Avanza coche tras coche en busca de la plaza sesenta y siete. El calor es sofocante y el zumbido de la Ronda del Litoral —que discurre paralela al parking— es ensordecedor, pero Nicolau no se agobia. Son pasadas las doce de la noche y el ingeniero se pregunta hasta qué punto fue un error fichar a su hermana. Hace poco menos de media hora que Marcel·lina ha confesado ser la responsable de todos los sabotajes a las vías ferroviarias de Catalunya. Nadie en el chat ha replicado sus palabras y ella ha sido tan parca en explicaciones como acostumbra a ser:

«Tsunami ha de ser més valent i no oblidar els seus objectius inicials».[54]

Nicolau da dos golpecitos con los nudillos a la ventanilla de un pequeño Renault plateado. BORINOT está al volante y abre la puerta del copiloto. El ingeniero entra en el coche del político y durante unos largos segundos permanecen en silencio. A través de una sucia mampara blanca se trasluce el atronador frenesí de vehículos y luces que circulan, de la Barceloneta a Montjuïc, a unos sesenta kilómetros por hora.

La atiplada voz de BORINOT contrasta con el ruido, sordo y mitigado, que les llega del exterior. Dice estar de acuerdo en todo lo que le han planteado Nicolau y POPEYE, en la imperiosa necesidad de poner fin a toda actividad de Tsunami Democràtic hasta nueva orden. Propone ser él mismo quien lo traslade al equipo, es urgente redactar un comunicado y hacerlo llegar a los medios.

—Les *Marxes* y la huelga no se pueden detener —continúa—. Es otra cuestión, *famílies d'arreu,*[55] y quiera Dios que sean pacíficas.

Nicolau asiente y lo corrobora. Si mañana conseguimos que vuelva la calma, reflexiona, tenemos más posibilidades de que el viernes todo se haga con el mismo ánimo y sentido común de siempre.

Se despiden con frialdad, sin compartir un gesto de ánimo. Nicolau se escabulle por las angostas escaleras que lo conducen al exterior. Anda hacia el edificio de Correos y cruza la Via Laietana. No quiere hablar con Marcel·lina sobre lo que ha hecho. Con su insubordinación ha detenido a Tsunami y eso es lo que Nicolau deseaba desde hace bastantes horas. Pero se le ha creado otro problema.

Se adentra en el barrio del Born y escribe a Willy, el director de su empresa tecnológica en Bangalore. Le pide que active el plan Eclipse, tomar el poder de la plataforma de Tsunami y cerrar todos

los accesos a SIFFRA. Acaba de actuar por libre y ya no puede seguir al mando.

Deambula sin ganas de ir a casa. Se siente desvelado, ligero, casi excitado, el fin de Tsunami Democràtic abre otros frentes, complejos, pero de otro tipo. Ahora quiere disfrutar del alivio que siente. Le alegra imaginar que mañana podrá salir a navegar, ya no recuerda la última vez que lo hizo, nada le sienta mejor que zarpar desde la Barceloneta con su patín catalán. Llega a Rera Palau y se anima a entrar en el bar Paradiso. Le agrada encontrarse con el mismo *bartender* que le atendió el pasado verano. Pide un evolution negroni y se deleita en paladear el ligero sabor a vainilla, el toque especiado. A los pocos sorbos se deja llevar por un reconfortante cosquilleo etílico que le desata una cadena de pensamientos cada vez más agradables. El local en el que se encuentra está considerado una de las mejores coctelerías del planeta, premiado y reconocido internacionalmente. Le embarga una sensación de orgullo. De amor a su ciudad. Piensa que Barcelona lo tiene todo para ser una capital referente dentro de Europa y que Catalunya, si se librara del servilismo que la ata a un estado inmovilista, podría ser uno de los países más competitivos del mundo. Mira su reflejo difuso en el espejo, tras las botellas, y se ve bien, atractivo. Recuerda la última vez que estuvo aquí, Virginia se tomaba un margarita y presumía de que el carmín de los labios no se le emborronaba, acababa de comprarse un pintalabios de larga duración, de Chanel, le dijo, a prueba de besos y cócteles. Nicolau siente una incipiente erección. Se levanta de sopetón y le cae el blazer al suelo.

Al ingeniero le resulta más fácil reprimir la borrachera que dejarse llevar por ella. Pide la cuenta. No va a tomarse más negronis con Virginia. No va a volver a dejarse arrastrar por la ilusión de una Catalunya libre, más justa, más feliz.

Sale a la calle y hace caso omiso a la tristeza que lo embarga.

Marcel·lina

Con veintiún años y ningún amigo, Marcel·lina entró en la luminosa galería del principal de Ausiàs Marc y dijo *adeu,he hackejat el compte corrent d'Andorra i me'n vaig a Londres.*[1] Era sábado por la mañana y la familia desayunaba en el espacio acristalado de la fachada posterior. Nicolau dejó de masticar cereales bañados en leche y una displicente Nita preguntó ¿que has hecho qué? Las escuetas explicaciones de la hija bastaron. Marcel·lina enfilaba el largo pasillo hacia el recibidor y Nita atajó de cuajo la reacción visceral de Ramon y Manel con un solo grito, angustioso y agudo. Los dos hermanos mayores se echaban encima de la única hija, la segunda en nacer, la joven y futura matemática era alta y fuerte, pero los dos varones lo eran más.

La madre la dejó marchar. Cuando Marcel·lina cerró la puerta tras de sí, a Nita le invadió un doloroso alivio teñido de culpa. Había deseado cientos de veces que esa hija incomprensible e hiriente se fuera de casa. Pero aún no había comprendido la gravedad de un conflicto que los perseguiría veinte años más. Marcel·lina se había apropiado del patrimonio económico que su marido había ido depositando en un paraíso fiscal, Andorra, el montañoso microestado adonde la madre viajaba de vez en cuando y volvía con tabaco y bombones suizos.

Todo había empezado bien. Marcel·lina fue un bebé gracioso, que no incordiaba, que comía con gusto. Una niña precoz al hablar, leer y aprender, y de cuyas capacidades intelectuales Nita se asombraba y

enorgullecía. Dejó de vestirla de rosa, dejó de comprarle muñecas, corrían los años setenta y Nita se había pasado al *topless,* a los tejanos acampanados y al pelo corto, no pasaba nada si la única hija le había salido casi tan varonil como sus hermanos. Ella misma se consideraba masculina y atractiva. La asombrosa inteligencia de la pequeña Marcel·lina y la voracidad con que leía todo lo que encontraba por la casa —*El nombre de la rosa,* la revista *Serra d'Or,* Isaac Asimov— halagaban a Nita. Pero esa feliz percepción no duró mucho. A medida que Marcel·lina crecía se volvía más extraña. Empezó a hacer cosas raras, inapropiadas, que herían el orgullo materno y dejaba atónitos a quienes la rodeaban. Marcel·lina se encerró en sí misma y en su habitación. Tendía su ropa en el suelo y la colocaba con formas particulares. Si una pernera asomaba por el marco de la habitación, se crispaba; si alguien entraba de improviso y pisaba la ropa, Marcel·lina pataleaba y se metía debajo de la cama. Apenas hablaba cuando había visitas. Balanceaba el cuerpo de improviso, tosía sin motivo. Nita luchó todo lo que su egocentrismo le permitió, hasta que llegó la adolescencia de la hija y la madre tiró la toalla.

En la Universitat Central de Barcelona la respetaron, pero ningún alumno fraternizó con ella. Un profesor con caspa y camisetas negras de AC/DC le dejaba las llaves del aula de ordenadores, una sala llena de fluorescentes y ventiladores con terminales tontos y una docena de PC que a ella le parecían cajas de Pandora. Fue difícil pero divertido acceder a la cuenta bancaria de Andorra y cambiar los datos de los titulares. Empezaba la década de los noventa y las rendijas digitales aún estaban abiertas. Un módem ruidoso. Tecnología Telnet. Servidor central VAX. El grupo *underground* catalán de *phreakers* llamado Els Apòstols fue su inspiración. Transfirió el dinero a una cuenta británica y borró todo rastro de su

intrusión en el sistema. Pagó el billete de ida con British Airways en una agencia de viajes de la Rambla Catalunya. Guardó diez billetes de mil pesetas en una fina riñonera de tela con la que durmió la noche antes de irse.

Le costó años terminar la carrera en la UCL, la prestigiosa University College London. La burocracia inicial, las convalidaciones lentas e incompletas y el ambiente frío y competitivo no se lo pusieron fácil. Se doctoró con una tesis sobre las propiedades algebraicas de la sucesión de Fibonacci y le ofrecieron el cargo de *Senior Lecturer,* uno de los más altos en la jerarquía académica. Ella lo rechazó. La oscuridad del apartamento, la soledad en la imponente Senate House Library, el paso de los años, un incipiente enamoramiento que se truncó en dos semanas. Marcel·lina estaba mal y empeoraba. Escribió a la única persona que podía ayudarla.

Nicolau medió con la familia. Los convenció del tardío arrepentimiento de la hermana y su voluntad de saldar la deuda. Estaba entrando en una profunda depresión y lo recomendable era que regresara a Catalunya para tratarse. Lo discutieron una tarde de tormenta en la misma galería en la que la hija se había despedido. La lluvia y el viento azotaban las palmeras del patio de manzana y Nicolau propuso que Marcel·lina se instalara en la casa de Roda de Ter donde habían pasado los veranos de pequeños. La familia apenas subía a la masía, argumentó, era bueno que alguien cuidara de la casa. Ramon se opuso, sarcástico, rencoroso. La madre dijo sí, enseguida, la vieja culpa que no la abandonaba habló por ella y ganaron las ganas de perdonar, de pasar página.

Marcel·lina fue diagnosticada con un elevado coeficiente intelectual y una forma leve de autismo. Saber que era una superdotada con síndrome de Asperger la tranquilizó; toda su vida, con sus rarezas y sufrimientos, quedaba explicada. Roda de Ter se

convirtió en el lugar donde podía empezar de cero. En un hogar, en su refugio. El día que la deuda económica con su madre disminuyó significativamente se avino a un primer encuentro familiar. Todos subieron a verla menos Ramon. Se recuperó el contacto, ciertas formas, pero la distancia no se redujo, el vínculo emocional seguía dañado. La casa se iba pareciendo más y más al carácter ermitaño y extrañamente metódico de la hija y, poco a poco, la familia dejó de acudir. *La casa ja era de la nena*.[2]

El día que Nicolau le encargó a Marcel·lina la programación de una aplicación para móvil con un alto grado de sofisticación, Nita ya hacía un año y medio que luchaba contra el cáncer. La madre alternaba temporadas buenas y malas, algunas muy buenas, cuando descansaba y se recuperaba del tratamiento y parecía que la vida seguía igual. Nicolau le pidió a su hermana que bajara a Barcelona y visitara a la madre, ahora es el momento de mejorar las cosas, Lina, *si no ho fas ara, te'n penediràs.*[3] Pero la matemática respondía con silencios o excusas inconsistentes, no encontraba la ocasión de hacerlo, la madre no se lo había pedido, tenía trabajo. La palabra cáncer, la idea de la muerte, encararse a una Nita dependiente, distinta a la fuerza, paralizaba a Marcel·lina.

Todo pareció encajar en la curiosa mente de la matemática cuando ideó las *Marxes per la Llibertat,* una llamada a todos los catalanes y catalanas a salir de sus casas para llegar andando hasta Barcelona y manifestarse allí, el viernes, el mismo día de la huelga general. Un recorrido por caminos, carreteras y autopistas de toda Catalunya que colapsaría gran parte de la comunicación terrestre hacia la capital. Tsunami aplaudió la idea al instante, era un acto brillante, puro ADN de Tsunami Democràtic: molesto, festivo, con todo el peso y el simbolismo de la organización independentista que estaban creando. A Nicolau también le pareció muy bien, pero no

que ella quisiera unirse a la larga caminata. Una de las características de su síndrome era la fobia social y los ataques de pánico. Nicolau también le objetó su mayúscula responsabilidad al mando tecnológico de la app, podían surgir problemas durante esos dos días y no estar al nivel exigido. Pero Marcel·lina desbarató ese argumento, era perfectamente capaz de trabajar sin problemas con sus aparatos a cuestas, le razonó, el grueso del trabajo ya estaría hecho, solo se trataría de ir colgando las distintas comunicaciones que le pasara el grupo. La previsible persecución informática por parte del Estado español podía combatirse mano a mano con los colegas de la India.

—*Això és el que jo puc fer per la mare*[4] —sostuvo una Marcel·lina obstinada, contenta como pocas veces estaba.

Él le tuvo que prometer que no revelaría a Nita su alta responsabilidad en el Tsunami hasta que madre e hija se reunieran el día del cumpleaños de la octogenaria. Marcel·lina se empecinó en creer que esa sería la inapelable reconciliación final. Quería reconquistar el corazón de su madre demostrándole su alta valía. Y quería decírselo ella misma.

Su hermano no supo qué más decir, confiaba ciegamente en su inteligencia matemática, no en la emocional. Pero cuando Marcel·lina se enrocaba en una idea, no convenía llevarle la contraria. Su inflexibilidad era inquebrantable, había que esperar, darle tiempo, que las cosas cayeran por sí solas. La conocía demasiado bien.

Nico y Lina habían sido dos niños introvertidos que no entendían por qué las singularidades de ella provocaban burlas y hostilidades. Jugaban juntos para evadirse. Marcel·lina le daba clases de matemáticas, geometría y física en los húmedos prados de Roda de Ter. Le leía *El soñador de números* de Fibonacci y le ayudaba a buscar patrones numéricos en los pétalos de *les flors de rierol.*[5]

Nico la consolaba, eres distinta a los demás porque tienes superpoderes.

Nicolau había sido su amigo cuando Marcel·lina no tenía amigos, el salvador que la rescató de Londres, la única persona que le había proporcionado un lugar donde vivir en paz. Los dos hermanos se querían.

Jamás hubieran imaginado que un día se traicionarían el uno al otro.

4

Jueves o del amor al odio

Virginia pulsa el pequeño mando y la persiana mecánica empieza a subir, lenta, demasiado lenta para el ánimo y la paciencia de la directora del hotel Luna House. Un sordo dolor de cabeza le recuerda que ayer bebió demasiado, el ligero malestar en las piernas también. Acostada como está, los pechos se le deslizan hacia los lados como dos natillas con poca maicena. Tiene ganas de tocarse. Cuando se siente así, con resaca y poca energía, le sienta bien hacerlo, unos minutos de porno en el móvil y lo soluciona rápido. Pero la persiana sigue subiendo y deja entrever, primero, las plantas mustias de su terracita, y luego, enseguida, las tres banderas independentistas del edificio de enfrente. Se le pasan las ganas.

Virginia Bel i Mata es una mujer de voz grave, mandíbula cuadrada y una cicatriz en el labio, se lo partió de pequeña al caerse de un caballo en la hípica del Real Club de Polo de Barcelona. Obtuvo el grado en Dirección de Empresas en la Universitat Abat Oliba, está separada y tiene un hijo de diez años. Esta semana, el niño está con su expareja, y desde el lunes no deja de pensar menuda suerte, con todo este lío y Bruno conmigo.

Virginia salta de una aplicación a otra, perezosa, sin rumbo, hasta que entra en *La Vanguardia*. La edición digital del diario barcelonés titula en portada que Tsunami Democràtic ha anunciado el fin de las movilizaciones. Virginia lee en diagonal la entradilla: «Las más de

cien incidencias que ayer padeció la red ferroviaria de Catalunya pueden haber abocado a la plataforma independentista a tomar esta decisión». La directora del Luna House resopla y suelta el móvil. Se levanta y bebe a morro de una botella Font Vella. La cefalea va a más y ella cree que beber mucha agua ayuda a mitigar el dolor. Eso le dijo una vez Nicolau, y Virginia no puede evitar recordarlo cada vez que tiene resaca, cada vez que le duele la cabeza, como ahora, cuando lo último que quiere es pensar en Nicolau.

En el edificio de enfrente, una señora riega con una regadera metálica de estilo provenzal. Virginia abre el ventanal para que corra el aire y vacía la Font Vella en dos de sus plantas. Ambas mujeres simulan que no se ven. En el barrio donde vive Virginia hay un parque con nenúfares, una iglesia redonda, charcuterías de renombre y estudiantes paseando teckels que chatean sobre bitcoins. La mujer de enfrente tiene una de las banderas independentistas atada a los barrotes de su balcón. En el piso de al lado hay otras dos. En un edificio más lejano se atisban varias. También hay españolas. Virginia cuenta dos rojigualdas, seis *estelades,* y piensa que menos mal que desde la cama solo veo tres.

*

La cafetera italiana borbotea y su hijo la llama desde el coche, el niño está yendo con su padre a la escuela y le pide permiso para no ir a clase al día siguiente.

—¿Por qué? —pregunta Virginia—. ¿Qué pasa mañana?

—¡Mamá! ¡Ya te lo dije! ¡Que no hay *convivències* porque hay *vaga* y yo también quiero hacer *vaga!*

—¿Que qué?

—¡Que hay *vaga,* mamá!

—Bruno, cariño, se dice huelga, no *vaga*.

El hijo de Virginia va a una escuela privada. Virginia escogió una escuela privada porque quería un centro educativo donde se impartiera el máximo posible de clases en español, aunque solo fueran los primeros años. Paga setecientos cincuenta euros al mes sin ayuda del padre ni de nadie, el padre no llega. Su expareja es un romántico de la artesanía y se dedica a reparar barcas de madera, los tradicionales *llaüts,* y en su momento se opuso a esta decisión. Su ex está orgulloso de sus ideas progresistas e intentó convencerla de que escolarizaran a su hijo en el sistema público, por coherencia con su ideología. Lo intentó con poco tesón. El niño sigue en la misma escuela, ya recibe más clases en catalán que en castellano y ahora el padre hace bromas. Dice que su hijo es un niño de derechas que vive en un barrio de derechas. Virginia se pone de mal humor al recordar estos comentarios irónicos. Una presión intermitente le late en ambos lados del cráneo y se promete a sí misma no beber una gota de alcohol en todo el día.

—Pásame a papá, cariño.

—Te escucho, Virginia, tengo el manos libres.

—Creo que los dos estamos de acuerdo en que no hay que secundar esta patochada de huelga.

—Bueno, Virginia —responde el ex—, es que el viernes tengo que subir a Gelida a por unas piezas y no voy a poder llevar a Bruno al cole, no pueden asegurarnos que el servicio de autocares funcione y pensaba llevarme a Bruno conmigo a Gelida, es lo que a él le apetece.

—Ya lo llevo yo al colegio —lo ataja ella.

—¡Mamá!

—Cariño...

—¡Voy a estar solo!

—No es verdad, Guillermo y Nacho seguro que van, ya hablaré con sus mamás.

—¡Estaremos los tres solos!

—No me lo creo, ya me ocupo yo de enterarme de qué otros niños van, pero seguro que todos los Caracoles irán a clase, Bruno.

—Es verdad, Bruno, los Caracoles no son independentistas.

—¡¡Que ya no somos caracoles, papá!!

—¡Bruno, no grites! —le reprende su madre.

—Que desde los seis años que ya no somos caracoles, tío.

—Bruno, cariño, dime adónde ibais de *convivències*.

—¡Mamá! ¡Qué te importa!

—Se iban a la Catalunya Nord, Virginia.

—No existe la Catalunya Nord, Xavi.

—Quiero hacer *vaga,* tío.

—Huelga, amor mío —le corrige Virginia.

—Estrenaba chirucas, ¿recuerdas? —dice Xavi.

—Rosellón, Perpiñán, Pirineos orientales...

—Virginia, lo que no puedes pretender es que el niño no diga Catalunya Nord si en el cole así se lo dicen, no te pases.

—Lo que tampoco puedes pretender tú es que yo no corrija los desvaríos nacionalistas de la escuela, en mi casa y a mi hijo.

—Virginia, que ya estamos llegando. ¡Bruno ya sale del coche!

—Tráemelo esta noche.

—¡Vale! ¡Pues a las ocho! ¡Así voy hoy y ya duermo en Gelida!

—Mamá, te odio.

*

Virginia rasga el envase de plástico de cuatro dónuts glacé con los dientes y coge uno con la boca. Le gustaría saber si su ex ha

reprendido al niño, decir a tu madre que la odias es bastante feo, sobre todo para alguien con la mentalidad cursi y convencional de su expareja. Virginia siempre ha considerado a Xavi un pseudoprogre y un inconsistente. Lo pensaba cuando se acostó con él, cuando se quedó embarazada, cuando se fueron a vivir juntos. Entonces también desaprobaba esa actitud algo moralista y comodona, pero la pasaba por alto. Xavi era demasiado guapo, fuerte, un chico sano con una facilidad extremadamente *sexy* para todos los deportes. Una belleza en la cama que la enamoró durante un tiempo, tampoco mucho.

Se zampa el dónut en pocos bocados y abre el agua de la ducha con los dedos pringosos de azúcar glacé. Siente una punzada de felicidad al darse cuenta de que su ex ya no la puede reñir por desayunar bollería industrial. Está encantada de haberse quitado de encima los peajes insoportables de la vida en pareja.

Cuando se enjabona el pelo, se da cuenta de que hoy, a las ocho, no va a poder esperar a su hijo en casa, estos días están pasando demasiadas cosas en el hotel, no podrá irse tan pronto. No quiere pedir el favor a su madre. Se le ocurre que Xavi deje al niño en el hotel, en su despacho, o casi mejor en el bar. Allí estará el barman. Su hijo conoce a Toño y se caen bien. Toño no puede decirle que no. Toño es un empleado especial que fichó ella misma por pura simpatía, casi por capricho, por darse el gusto de tener a alguien cerca que le alegre el día.

*

—¡Toño, niño, que te llama tu jefa!

La madre de Antonio Clavijo Moreno, el barman del hotel Luna House, despierta a su hijo a gritos y con el cubo de fregar en las

manos. El veinteañero se levanta de la cama en calzoncillos, trastabilla hasta el pequeño salón y se derrumba en el sofá, a dos palmos de una televisión de casi dos metros de ancho donde también se grita: «¡Pues que se vayan de España de una vez por todas!».

Los contertulios de un plató de Telecinco vocean dentro de la pantalla, un plasma enorme pero resquebrajado por varias líneas descoloridas: «¡Que nosotros tampoco los queremos!». Toño abraza un cojín y Ana Rosa Quintana reprende a sus colaboradores, «perdonadme, parece mentira que os tenga que recordar que más de la mitad de la población de Cataluña quiere seguir siendo española y el Estado no los puede abandonar».

Toño es hijo de un cantaor de flamenco y vive en el barrio de La Mina, en Sant Adrià, con sus padres y cinco hermanos. Es gitano, del Real Madrid, y cae bien a todo el mundo: a las profesoras del instituto, que todavía lo saludan por la calle; a las novias de sus hermanos; a los clientes y empleados del hotel. Tiene una gracia innata al hablar y un salero en el trato social propios de la gente de la farándula y del sur, aunque carece del ímpetu propio del mundo del espectáculo. A menudo le invaden una languidez y una apatía que exaspera a los suyos. Es presumido y tiene habilidad para mezclar prendas nuevas con ropa clásica, de segunda mano, que encuentra en el mercadillo donde trabaja parte de su familia, chalecos, camisas con chorreras, trajes de corte estilizado que sabe que le gustan a Virginia.

Pero una tarde, en la barra del Luna, su encanto personal no le sirvió de nada. Una señora, con un lazo amarillo prendido en el ojal, le pidió una copa de cava y él replicó que mejor champán francés, ¿no, señorita?, que sienta mejor que el cava. La señora le pidió al barman que, por favor, le contestara en catalán. A Toño no le gusta

hablar en catalán. *Adeu, plegar* y poco más, que pa qué si no lo necesito. Quiso hacer broma y le dijo que si quieres te hablo en inglés, que con el *English* me espabilo y eso que lo he estudiado poco. Ella le preguntó que si era de aquí, él le respondió que claro, y ella replicó es una vergüenza que trabajes de cara al público y no hables la lengua del país donde vives.

Toño olvida el móvil en el suelo y se vuelve a dormir. La madre, unos pasos más allá, lo mira y murmura:

—Este niño que me ha nacío cansao, sin tensión. Gracias a Dios que no ha salío mujer.

*

Virginia serpentea entre los coches de la avenida Diagonal, el cálido viento le revuelve el vestido, el sol le acaricia la piel y casi se siente feliz. Conduce una Montesa Impala verde carruaje, ya vieja, que no quiere jubilar. Virginia es refractaria a las modas y a lo excesivamente nuevo, como la persiana mecánica de su piso o las tendencias en ropa y muebles. Prefiere lo añejo, las cosas que perduran en el tiempo, con pátina de lo vivido. La vieja caseta del Garraf de sus tíos, el viejo club de caballos del Real Club de Polo de Barcelona, la vieja americana de pana de su padre que mandó entallar a su medida, el viejo bailaor de Alicante al que vio zapatear hace dos días en el Tablao. Los objetos diseñados por Miguel Milá. Sortea los bloques de hormigón que delimitan las obras de la calle Pau Claris y piensa que los nuevos urbanistas municipales no podrán cargarse su ciudad, por mucha movilidad centroeuropea, o táctica, o como la quieran llamar, que se inventen. A la ejecutiva le gusta decir que a Barcelona le va el motor, el ruido, aparcar en doble fila, esta

cosa desordenada e improvisada que la acerca a Nápoles, otra ciudad que le gusta mucho y que es vieja, muy vieja.

Llega a la calle Comtal y aparca la Impala encima de la acera, a pocos metros de la entrada principal del hotel, como hace cada día. El conserje, un hombre flacucho uniformado con cierto postín, la recibe agitando sus largos brazos.

—¡La moto hoy aquí no, señora! —le advierte, atropelladamente —. ¡Aquí mejor que no la deje! —Y señala con las dos manos a un grupo de antidisturbios de la Policía Nacional apostados en la esquina con la Via Laietana—. *Pels aldarulls!*[1] ¡Que esta noche se pueden repetir y a ver si se la queman!

*

Los policías la observan impertérritos. Los cascos puestos, los pulgares metidos en las aberturas laterales del chaleco antibalas. La directora ha franqueado el paso vallado sin titubear, seguida por el flacucho conserje y sus maneras nerviosas. A pesar de ser de complexión mediana, Virginia anda y habla con una resolución que roza lo intimidante. La directora del hotel Luna House se ha presentado con los brazos en jarra y ha pedido por el jefe del grupo, o pelotón, o unidad, o como se llamen ustedes cuando van juntos.

Desde detrás de un furgón aparece un cabo de la Policía Nacional y la atiende con la cara descubierta y manifiesta cautela. Virginia le explica que ella es la principal responsable de un hotel de cinco estrellas y sesenta habitaciones que estos días está completo y, por tanto, lleno de huéspedes.

—Estamos aquí mismo, ¿lo ve? —Virginia señala la marquesina de hierro de la entrada del Luna House y continúa—: Llevamos días

padeciendo, cada noche, estos terribles disturbios, en nuestra puerta, y necesitamos conocer cuál es la situación actual.

El cabo se demora en contestar y Virginia sigue:

—¿Ustedes no se creen lo que ha dicho el grupo ese de independentistas? ¿Es mentira que vayan a detener las revueltas? ¿Por eso siguen ustedes aquí?

El cabo, inexpresivo, la voz firme:

—No podemos relajarnos, señora. Estamos protegiendo la Jefatura Superior, hay que mantener el perímetro seguro. Le aconsejo que se aleje.

Virginia le dice que muy bien, pero que si necesitan algo, lo que sea, ir al baño, comer, solo tienen que personarse en la recepción. Ahora les traerán botellines de agua, *per favor, Octavi, ocupa-te'n,* ordena al conserje. El cabo hace un ademán de alejarse y ella se dirige a los demás policías que permanecen inmóviles en el mismo lugar. Les da las gracias por su trabajo. Les dice que entiende que lo estén pasando mal, pero hay una Catalunya que los apoya, una Catalunya invisible pero que existe y los necesita.

*

Entra en el *lobby* y se encuentra a Bryan. El *controller* mira su reloj dorado de pulsera sin ningún disimulo, al británico le debe de parecer que la directora llega tarde y quiere hacérselo notar. Virginia no va a molestarse en aclararle que la flexibilidad horaria es uno de los privilegios de su cargo. Lo saluda sin detenerse:

—Hola Bryan, *bon dia*.

Pero el inglés le intercepta el paso, balbucea un confundido bueno día y le señala las espardeñas ampurdanesas que decoran la mesa central del espacio. Le pregunta que por qué no se han retirado si lo

lleva reclamando desde el día que llegó, la primera mañana que puso los pies en el Barcelona Luna House. La directora se detiene. Le sobreviene una punzada de dolor en la cabeza. De nada ha servido contarle al inglés que los zapatos son una pieza de artesanía muy arraigada en la cultura catalana, que los llevaba Salvador Dalí, que a los extranjeros les encanta ver cosas así, tan locales, porque preguntan y aprenden. Bryan es impermeable al buen gusto y ella se consuela pensando que en dos semanas, cuando el *controller* se largue de España, ella va a empezar a hacer las cosas a su manera.

Le suena el móvil y Virginia responde, veloz, encantada con la interrupción. Es Susi quien la llama, la matriarca de los llamados Amapola, la familia de artistas flamencos que ha contratado para la fiesta del sábado. Susi, con su voz ronca y salada, le ruge en la oreja:

—Guapa, que estamos mu preocupaos toos aquí, chiquilla, que yo no sé qué hacer.

Virginia intenta tranquilizarla:

—¡Si aún faltan tres días y esto ya se acaba, Susi! ¿No ves las noticias? ¡Si han dicho que se cancelan las manifestaciones! —Pero Susi sigue hablando con su torrente de voz y le brama por el iPhone que en el centro de la ciudad está todo mu raro, que no ven claro lo de actuar en la fiesta, que en la tele sale mucho fuego.

—¡Susi, escúchame! —la interrumpe Virginia—. ¿No queréis que os vean los Ketama? ¡Que me han confirmado su asistencia! ¡Que se juntarán al sarao!

Por fin, la madre Amapola se calla. Virginia aprovecha para coger las espardeñas de la mesa y decirle a Bryan que ya encargará un centro floral, estándar, convencional, él le responde *that's the best solution* y ella piensa qué tonto y predecible eres.

*

Nicolau Berenguer se cuela en el ascensor justo antes de que se cierren las puertas. Llega con el pelo mojado y una bolsa de deporte. Dice hola cómo estás a Virginia, sin mirarla a los ojos, y enseguida saluda al *controller:*

—Good morning, Bryan.

—How are you doing, man!

Bryan hace un *hang loose* con el pulgar y el meñique y Virginia abre mucho los ojos con un gesto de ironía que el *controller* no puede apreciar. En el ascensor Bryan da la espalda a la ejecutiva, pero Nicolau sí la ve. Lo han hablado otras veces, un *controller* o *project manager,* cuanto más fastidia el trabajo de los demás, más se comporta como tu coleguilla de la uni. Nicolau le sonríe con su sonrisa que nada dice, de compromiso, con la que se cree que lo arregla todo, con la que pretende complacer a todo el mundo.

En su despacho de la cuarta planta, Virginia sirve agua y se esfuerza en beber varios sorbos. Nicolau y Bryan se sientan frente a ella y hablan animadamente del delicioso tiempo que está haciendo, de la temperatura del mar, de la navegación a vela ligera en Barcelona. Esa camaradería pone de mal humor a la directora, la descentra. Revisa la lista de temas que lleva preparada para la reunión, la multa, la rueda de prensa, la fiesta, pero no se concentra, le molesta escuchar las simplezas de Bryan. Cuando Nicolau saca sus dos móviles, toda la atención de la directora se desvía hacia ellos. El ingeniero los coloca en su regazo, primero el iPhone plateado y luego el de color negro, con una delicadeza y un tempo que, a Virginia, se le antoja amanerado.

El *controller* habla y pronuncia con detenimiento Bogatell y *patí català* y no advierte que el ingeniero va perdiendo interés en él.

Virginia sí lo advierte. Advierte esa cara que pone Nicolau cuando hay problemas y los disimula tan bien, los ojos se le encogen imperceptiblemente, aprieta la mandíbula y la mirada se vuelve hueca, ausente. Virginia también advierte que Nicolau está más interesado por el móvil negro que por el iPhone plateado y recuerda que el otro día le dijo que lo utilizaba para motorizar diseños, es decir, solo para visualizar. Pero ahora Nicolau está escribiendo. Con cierto disimulo, fingiendo que escucha a Bryan, con su sonrisa vacía. Virginia se acuerda de la última excusa que le dio para dejarla sola, con el gin tónic medio empezado, aquello de que su madre estaba enferma. Sospecha que Nicolau miente. Siente una punzada de dolor en el pecho. Se incorpora y, lenta, mordaz, suelta:

—*How is your mum today,* Nicolás?

*

Nicolau deja de escribir a Willy, el director de la oficina de Bangalore. Las informaciones que le llegan de la India lo desconciertan, le cuesta creer que sean verdad. SIFFRA ha conseguido recuperar el control de la plataforma y el ingeniero, inconscientemente, casi se alegra de la desagradable interrupción de Virginia. Mira a la directora y piensa con frialdad qué cerca estuvimos y qué lejos estás de mí ahora. Bryan se vuelve hacia el ingeniero, sorprendido, los labios entreabiertos. Nicolau deja el Samsung y empieza a hablar despacio, en inglés, valora las consecuencias de dar una respuesta sincera sobre sus problemas personales y decide que le conviene entrar al trapo: su madre está en paliativos. Le quedan pocos días de vida. Están retrasando el momento de darle la sedación final, puede ser hoy o dentro de una semana, pero no se hace ilusiones, es bastante inminente.

Bryan se lleva las manos a la boca y suelta un *oh, my dear, I am so sorry!* y le aconseja abandonar la reunión inmediatamente. El *controller* se dirige al ingeniero con un afecto impropio, le llama Nicky y le apremia a irse, este no es el lugar donde debes estar ahora.

Pero Nicolau discrepa, arguye con serenidad que puede asistir a esta reunión porque la situación en su casa está controlada, afirma tener una red familiar sólida, estable, que le apoya al cien por cien. Acaba señalando que se le ha convocado con carácter de urgencia y que por eso no quería faltar, entiende que es necesario debatir temas como la gran fiesta del sábado o si es oportuno mantener la rueda de prensa el mismo día de una huelga general.

—*So what are we waiting for?* —Bryan mira a Virginia con insolencia—. *Let's talk about the party right away!*[2]

A Nicolau no se le escapa el ligero temblor en la mirada de la directora, imagina que está luchando por controlar la sorpresa, quizá algo de humillación. Lo comprende. Su exabrupto contra él le ha salido mal, muy mal. Él nunca le habló de la enfermedad de su madre, a pesar de que coincidió en el tiempo con su historia sexual. Las pocas horas de intimidad que compartieron no daban para eso.

*

A Virginia le invade una mezcla de rabia y tristeza. Se siente torpe, estúpida. Tenía la intención de hablar de la multa lingüística, pero no quiere soportar una nueva amonestación, está segura de que Nicolau le objetará que no es un asunto urgente ni el momento de discutirlo, y Bryan, sin lugar a dudas, le dará la razón. Baja la mirada y se concentra en mantener a raya el nubarrón emocional que amenaza con alterarla. No puede parecer afectada. No quiere perder

ni un ápice de su capacidad de convicción. Este evento le importa mucho. Tiene que controlar el enfado, la lengua. Lee el encabezamiento del documento que tenía preparado, despacio, fingiendo una tranquila obediencia:

—*The party will be a flamenco party*.

Mira a uno y a otro, a los ojos, con firmeza, simulando tener la situación y las emociones bajo control, y continúa su propuesta en perfecto inglés:

—Los dos sabéis de sobra que soy una fan rendida de mi ciudad natal. Como también sabréis que Barcelona ha destacado por ser una ciudad abierta, de acogida, cuna de diferentes culturas. —Virginia espera un asentimiento por parte de Nicolau, o de Bryan, que no llega, y continúa con más determinación—: Una ciudad que hace un siglo fue más flamenca que la mismísima Sevilla, y que, hoy en día, ya tiene este arte impregnado en su ADN. Carmen Amaya nació en nuestras playas como tantos otros artistas lo siguen haciendo hoy, claro que ni en la arena ni en ninguna chabola, que no estamos en la posguerra, como algunos se empeñan en hacernos creer. —Nicolau cierra los ojos. Bryan parece interesado. Virginia sigue—: Hay muchos casos de figuras relevantes, Rosalía, Miguel Poveda, artistas flamencos, españoles y catalanes.

La directora baja el énfasis de su discurso al confesar su desánimo ante el problema de última hora: Los artistas que iban a actuar están asustados con los disturbios y han empezado a mostrarse reticentes a participar.

—Acabo de hablar con ellos —les cuenta—. A pesar de que les he insistido en que esta guerra callejera parece que ha terminado, soy la primera en no creérmelo, la policía sigue apostada aquí delante porque tampoco se creen nada. A mí no me gusta mentir, pero lo he hecho, lo acabo de hacer por el bien de la empresa.

Bryan cruza los brazos y por primera vez desde que le conocen parece preocupado. Nicolau se da prisa en asegurar que a partir de hoy las cosas estarán más tranquilas, desde ayer hay indicios objetivos de que no se van a producir más disturbios. El ingeniero conjetura que quizá el problema sea la elección de los artistas, unos profesionales serios deberían cumplir con sus compromisos y no asustarse, es bastante tonto asustarse. En el caso de que hubiera problemas, que no los habrá, dentro del hotel siempre estarán seguros.

Virginia le recuerda que desde hace tres días queman contenedores en la puerta del hotel, estos artistas vienen de La Mina, le informa, de San Roque, de Badalona, de aquí al ladito, pero afortunadamente toda esta movida ideológica les queda muy lejos y por eso no entienden nada.

La directora se yergue en su silla, agarra la botella de agua y olvida hablar en inglés y su decisión de mantenerse calmada:

—¿Y sabes qué pasa? Que la *troupe* no se desplaza con dos cantaores y un guitarrista. Para que una juerga flamenca sea auténtica se desplaza la familia entera. Con niños, madres y abuelos, como si estuvieran en su casa o en la boda del primo, y eso es maravilloso y muy difícil de conseguir. Y yo lo he conseguido para Luna House, este sábado.

—Pues creo que es excesivo —discrepa Nicolau.

—Pues yo no. Tenemos invitados internacionales a quienes debemos epatar, ese era el objetivo, ¿te acuerdas? —replica Virginia.

—Tengo serias dudas de que nuestro perfil de cliente aprecie lo del abuelo y los niños.

Virginia ríe, íntimamente desmoralizada, intencionadamente sarcástica:

—¿En serio? ¿Qué decimos en la web? ¡Queremos que nuestro querido huésped conozca y disfrute de un pedazo de cultura genuina y local! Eso es lo que vendemos, no somos una cadena de hoteles que clona la misma fórmula en cada ciudad donde se instala. ¿Quién escribió el *briefing?* ¡Esta es nuestra seña de identidad! Cada hotel es único y se adapta a su entorno. *Espardenyes, castellers,* pan con tomate y todo eso.

—*Guys, switch to English*—les pide Bryan—. *I'm getting lost here.*[3]

Virginia se adelanta a Nicolau y le hace un resumen. Concluye que si los Amapola siguen dudando, buscará una alternativa *last minute,* está pensando en pasarse a la rumba, más fiestera y también muy de Barcelona. Eso es fácil, asegura, hay mucho rumbero de batalla acostumbrado a hacer bolos aunque le caigan bombas encima.

Bryan parpadea, desconcertado:

—Rumba? *Bombs?*

Nicolau sacude la mano como quitándole importancia.

—*Yes,* Rumba —responde Virginia cerrando una carpeta, abriendo otra y olvidando definitivamente su voluntad de controlarse—. *Google it, and you will see*. Barcelona tiene poder *and all that stuff.*

*

A Bryan empieza a molestarle el tono desdeñoso con que le trata Virginia y lo complicado que está siendo entender a esta gente. Si todos son de la misma religión, el problema no puede ser tan grave, se lo dice a sí mismo y a su pareja, cuando hablan por teléfono como casi cada noche mientras cenan, uno desde Bristol, el otro desde la Barceloneta. Para Bryan la causa está clara: el dinero, un fisco mal repartido, una región más rica que paga más impuestos,

un esquema que se repite en otras geografías. Bryan considera que se habla demasiado de otras cosas que solo confunden: los sentimientos, el pan con tomate, los toros, las sardanas. Y esa obsesión por la lengua es cansina, ni él mismo llega a distinguir el catalán del castellano.

Bryan es un hijo de taxista nacido y criado en Bristol que se formó como administrativo en una escuela técnica. Ha heredado las manos gruesas del padre pero el empeño de la madre, una estricta maestra de escuela ascendida a gerente. Bryan es listo y directo y disfruta más de los Excels que de los libros. Le ha costado mucho llegar hasta aquí, trabajar en las oficinas de Londres de un gran *holding* internacional y que le asignaran la supervisión del nuevo Luna House en Barcelona. Va a hacer lo imposible para que todo salga bien. Empieza a creer que los problemas entre Nicolau y Virginia no son circunstanciales y que pueden perjudicar al hotel, al proyecto, a él. Cuando conoció a la directora, pensó que el fichaje había sido un acierto. Virginia es resolutiva, atractiva y da un poco de miedo, y todo eso está bien para el cargo que ocupa. Pero le gusta más Nicolau, con sus impolutos trajes de algodón azul y sus maneras educadas. Siempre correcto, eficiente y bien peinado. Ella es demasiado emocional. Esto empieza a parecer una guerra entre los dos y él ya sabe a quién apoyar.

*

Virginia baja corriendo las escaleras, a estas horas el ascensor acostumbra a estar ocupado, tiene una comida en el barrio del Eixample y ya va tarde. Entre la primera y la segunda planta se cruza con un operario que carga con una caja de herramientas y un cubo negro. A Virginia no le gusta ver a empleados circulando por

áreas que no les están asignadas. Se detiene. El operario es corpulento, el pelo recogido en una escuálida coleta, y sin que ella le pregunte nada él se precipita a dar explicaciones. Le dice que ya ha terminado con la primera planta, que ahora va a por la segunda. Virginia mira dentro del cubo y ve que está lleno de manillas de latón.

—Las estoy quitando, señora —continúa el operario—, si no quieren que se abran las ventanas, pues sacar las manillas es lo más rápido, la verdad. —Ella sigue sin hablar y el empleado balbucea—: Aunque con las vistas que tienen las suites da un poco de pena..., qué quiere que le diga...

—¿Cómo se llama usted?

—Pedro.

—Pedro, a ver, enséñeme cómo lo hace.

*

El corazón le late desbocado cuando sale del hotel, cuando arranca la moto, cuando llega al restaurante Igueldo. Virginia se aferra a esa sensación de adrenalina que tanto le gusta, al placer que le da soltarse y hacer por fin lo que le viene en gana, lo mejor para este hotel que siente tan suyo. La adrenalina le ayuda a olvidar que acaba de cometer una gamberrada y que le acarreará problemas. Aparca la moto en la calle Rosselló esquina con Enric Granados y entra precipitadamente al restaurante. La *maître* la acompaña con paso amable hasta la mesa donde sus amigos la esperan. El abogado, el interiorista, el empresario, la editora, el escritor y el arquitecto quieren saludarla, pero ella no está para preámbulos.

—Moveos —les pide—, quiero sentarme a su lado —y señala al abogado—, hacedlo por mí, que vengo muy acelerada.

El interiorista protesta:

—¡Ay, reina! ¡Qué necesitada estás de llamar la atención!

Virginia le manda un beso al aire y el empresario se levanta y se cambia de sitio, solícito, entre risas, ningún problema, guapa. El abogado, con gruesas gafas de pasta negra, la recibe con dos besos y con un qué honor que hoy me hagas tanto caso.

—Por puro interés.

—Motivo nada despreciable. Pero antes únete al vermut. ¿Rojo o blanco?

Ella observa, dudosa, el vaso medio vacío de su amigo, los cubitos de hielo mezclados con la bebida color cobre, el trozo de piel de naranja y fantasea con el sabor herbáceo y amargo del tradicional Martini. La boca se le hace agua. Decide romper su abstinencia matinal.

—Rojo, siempre.

Todos esperan a que Virginia diga algo, ella rebusca en su bolso de cuero trenzado algo que no encuentra y el interiorista salta, exasperado:

—*A veure Virgi, què et passa!* ¿Que no tiene fondo el viejo Bottega de tu mamá?

Virginia le ríe la gracia y le suelta un vete a la mierda. Saca un sobre, rasgado, con el membrete de la Generalitat impreso y se lo enseña al abogado.

—Multa lingüística.

El abogado lee la notificación en diagonal y suspira:

—Ya, ya, tengo varios casos, claro.

—Y qué. ¿No es inconstitucional?

El interiorista entorna los ojos:

—Cuánto ha tardado en salir la Constitución...

—Es legal dentro de la administración —responde el abogado—, es decir, en las relaciones entre los poderes públicos y los ciudadanos. Pero en lo privado es otro asunto, hay dos sentencias que lo dejaron claro, entre particulares no se puede imponer el uso de una de las lenguas oficiales.

—Pero ellos se lo saltan e insisten.

—Sí.

—Quiero recurrir.

—No te lo aconsejo...

—¿Por qué?

—Hay otras vías. ¿Estás dispuesta a llegar hasta el Tribunal Constitucional? Te vas a meter en un lío infinito.

El interiorista los apremia a relajarse y a tomarse las ostras que acaban de llegar.

—Virgi, reina, mírate la carta o el Igueldo acabará por cerrar la cocina.

La editora interviene:

—Parece que el Govern ofrecerá suplir las multas a empresas por cursos de concienciación lingüística.

—¡Concienciación lingüística! —salta el empresario—. Qué palabrejas se inventan.

—Son unos cursis —opina el arquitecto.

—Yo prefiero pagar a permitir que me conciencien —dice el empresario.

El interiorista suelta unas agudas risotadas, Virginia suspira y deja la carta en la mesa:

—Quiero las pochas de Sangüesa.

—¿Cómo llevas los disturbios, Virginia? —le pregunta la editora.

—Ay, sí, *pobreta* —interviene el interiorista—, si los tienes ahí mismo.

La directora bebe dos largos tragos de vermut y se toma unos segundos. Les cuenta que, en las dos calles que bordean el hotel, la calle Comtal por delante y el *carrer* de les Moles por un lado, cada noche sufren las famosas *corredisses* que salen en la tele, descerebrados que corren arriba y abajo y mantienen al conserje muy distraído. Octavi está a nada de jubilarse y es el momento estelar de su vida, la verdad, defendiéndonos a todos.

—Y además tenéis la Jefatura de la Policía Nacional ahí mismo —añade la editora—. El otro día pasé por delante y está absolutamente blindada.

Virginia asiente y moja un trozo de pan en abundante aceite:

—Cada día se arma. Nosotros rezamos para que no nos quemen los contenedores, los del vecindario ya han ardido casi todos. Da miedo, la verdad.

—¿Tú, miedo? —ironiza el interiorista.

Virginia suspira:

—Pero bueno, parece que ya está. Según lo que dijeron ayer, se acabó.

*

—Y tú vas y te lo crees —comenta el empresario.

—Son unos mentirosos. Unos fanáticos que creen que la causa está por encima de todo —dice el arquitecto.

—Lo que están buscando es que haya un muerto en las calles y mejorar su dramón del Uno de Octubre, que quedó en pura pantomima —interviene el empresario.

—Ya lo escribió Hurtado en el treinta y cuatro —dice el escritor.

—Y nos lo recordaba Jaume Vallcorba —puntualiza la editora.

—Vallcorba publicó su *dietari.* ¿Cómo se llamaba? —pregunta el arquitecto.

—*Abans del sis d'octubre* —responde la editora.

—*«Diríeu que somia deixar a la història el nom gloriós d'un màrtir»*[4] —recita el escritor.

—Qué memoria tenéis los intelectuales —se maravilla el empresario.

—No hay quien os aguante —ironiza el interiorista.

—¿Alguno de nuestros políticos lo ha leído? —pregunta la editora.

—Qué seríamos sin memoria —comenta el escritor.

—*És clar que no!* ¡Ahora preferimos leer el *Quijote* en catalán! —exclama el arquitecto.

—O jugar a montar bandas clandestinas por internet —dice el empresario.

—Ay, sí, tú —dice el interiorista.

—Les están yendo detrás —advierte el abogado.

—¿Quiénes? —pregunta el interiorista.

—El Ministerio del Interior, la policía especializada —responde el abogado.

—Pero estos se las saben todas —dice el empresario.

—Parece que la programación es compleja y el rastreo muy complicado —continúa el abogado.

—¡Pero si está clarísimo quiénes lo han permitido y quiénes lo han liderado! —exclama del empresario.

—No, para nada —replica el abogado.

—¡La aristocracia catalana! ¡Julian Assange! ¡El Kremlin! —salta el interiorista.

—La aristocracia catalana *és de pa sucat amb oli*[5] —dice el arquitecto.

—¡Oh! *Doncs els grans homes de negocis de Catalunya!* —replica el interiorista.

—¡Como dice Mendoza, eso es un oxímoron! —apostilla el arquitecto.

Virginia los interrumpe:

—Vosotros dos, basta ya.

El interiorista se hace el ofendido y el arquitecto, un hombre maduro de barba y profuso pelo blanco, ríe con cara de pillo.

—La policía necesita nombres y apellidos y pruebas —concluye el abogado—. Sin eso, no hay causa que se sostenga.

*

Virginia paga con la Visa Black, de pie, en la barra. Tiene tres llamadas perdidas, todas de Bryan, el *controller,* y un mensaje en el buzón de voz. Son casi las cinco de la tarde y el restaurante está vacío, los amigos ya se han ido, solo queda el empresario, que la espera paciente, sonriendo. Ella escucha el audio del británico con resignación. Bryan le ordena volver de inmediato al hotel, es urgente que se encuentren y hablen, acaba de enterarse de que la directora no solo ha impedido que los trabajos de bloqueo de las ventanas continuaran, sino que ha ordenado que se volvieran a colocar todas las manillas de nuevo. Bryan le exige explicaciones de su comportamiento, que tilda de absolutamente intolerable e impropio del cargo que ostenta. Virginia deja caer el móvil en su bolso trenzado y suspira. Se vuelve hacia el empresario y le pregunta:

—¿Qué planes tienes ahora?

—Quería pasarme por la plaza Artós —responde su amigo consultando el móvil—, pero no voy a poder, me acaban de colar una videoconferencia con Singapur.

—¿Qué pasa en la plaza Artós?

—Pues que los pobres españolitos que aún resistimos vamos a manifestarnos.

—Ah. Estará llena de banderas españolas.

—Seguramente. ¿No tendrás tú un problema con eso?

—Estoy harta de banderas.

—Virginia, a nosotros nadie nos ve, hace años que no decimos nada, calladitos en casa aguantando un chorreo de insultos insoportable, con nuestro silencio hemos permitido que se crecieran. Ya nos toca a nosotros salir a la calle también, ¿no te parece? Por mucha pereza y grima que nos dé esto de exhibirnos felices y contentos en comunidad.

El empresario consulta el móvil y frunce el ceño:

—Pues ahora dicen que se ha convocado una concentración de ultras. Nos han azuzado tanto que sacan lo peor de nosotros, puede haber lío feo, no sé yo si...

Ella le interrumpe:

—Oye, sálvame el día, venga, que me voy a tomar la tarde libre. Pero nada de plaza Artós, ni banderas, ni gente en la calle. Haz lo que tú sabes y en un par de horas me dejas nueva.

El empresario titubea, azorado. Ella le sostiene la mirada, coqueta, desafiante:

—¿Singapur te lo va a impedir?

*

Sujeta la puerta y la deja pasar, caballeroso, la mano en el pecho para detener el vaivén de su impoluta corbata punteada por pequeños veleros, ya caliente, sorprendido por los nervios y la adrenalina que siente. La puerta se cierra tras ellos y *Rolling in the*

Deep suena dentro del bolso de Virginia. El empresario detecta una ansiedad impropia de su amiga. Ella atiende el móvil y no se disculpa, no le dice espera un momento, tampoco mete prisa a su interlocutor. Al empresario le resulta evidente que esa es una llamada especial de alguien especial que tiene asignada una música especial. Virginia se enzarza en una conversación a todas luces intensa, andando arriba y abajo de ese tramo de la calle Rosselló como si el mundo a su alrededor se desvaneciera. Y con el mundo, el empresario.

El amante ocasional de Virginia cambia de planes. Escribe a sus socios que en quince minutos se une a la reunión con Singapur. Dice adiós a Virginia sin esperar respuesta, te llamo luego, susurra, y, con un despreocupado ademán, se da la vuelta y se aleja. Mira su reflejo en los escaparates de la mercería contigua al restaurante, la incipiente barriga, las incipientes entradas, el jersey de Aramis que tanto le gusta. Se esfuerza en ilusionarse con el negocio que quizá consiga en Singapur. Abrirse al mercado asiático y todo eso. Ya no le toca jugar a ser el *toy boy* de una ejecutiva atractivísima pero caprichosa.

*

Virginia se muerde los nudillos de una mano para contener los nervios, para no gritar. Nicolau nunca grita. Él nunca pierde el control. Con su actitud contenida y supuestamente empática la está regañando. Una vez más. En ese tono condescendiente que la saca de quicio.

—Has hecho una tontería, Virginia, y sé que lo sabes. Encabritar a Bryan con un tema del todo intrascendente no nos ayuda en nada, tenemos otros problemas mucho más importantes.

Ella le pregunta que de qué problemas le está hablando. Porque parece que ya no comparten problemas ni comparten nada. Él le ha reprochado ser una exagerada y ella no ha querido escucharle y ha seguido: hemos cambiado demasiado, Nicolás, ya no somos los mismos. Él le dice hazme el favor de ceñirte a lo laboral y ella se arrepiente al instante de haberse puesto ñoña y sentimental con eso de que ya no somos los mismos. Nicolau, entonces, da un giro a la conversación:

—Te estás jugando el puesto.

—¿Es esto una amenaza?

—Qué dices. Al contrario, te estoy previniendo, ¿de verdad no te das cuenta?

—Mira, Nicolás, mañana será otro día. Me voy a la plaza Artós a gritar viva España.

*

Pero cuando llega a la plaza Artós no sabe muy bien qué hacer. Conoce bien estas calles, acompañaba a su madre a hacer recados, a comprar legumbres, había asistido a los partidos de fútbol que jugaba un chico que le gustaba. Siente deseos de desahogarse y gritar sin vergüenza ni complejos lo mucho que le gusta ser española. Catalana y española. Lo mucho que ama esa identidad, sea doble, o no, pero única. Y que nada de eso es casposo ni franquista. Mira a su alrededor. No sabe con quién juntarse. Hay mujeres rubias envueltas en banderas rojigualdas. Hay un grupo de hombres con viseras y escudos con armas impresos en el pecho apostados en el centro. Hay corrillos de jóvenes, contentos, las caras pintadas con la bandera de España, que dan saltos, enarbolan banderas con las cuatro barras y cantan ¡Yo, soy, español, español,

español! Le parece que ese es el tipo de felicidad que busca. Se acerca a ellos y una chica la anima a juntarse, la enlaza con el brazo y Virginia se une al grupo. Canta, ríe, salta y se graba con el móvil.

*

Nicolau recibe el vídeo de Virginia cuando baja del taxi. Hay fuego en el centro de la plaza y ya nadie canta ni salta frente a un móvil. Ahora los jóvenes se persiguen entre ellos, frenéticos, amenazantes, unos gritan: *«Fatxes, foteu el camp»,* otros: «Nazis de mierda, esto es España». Son las llamadas *corredisses* que se han hecho virales estas últimas noches en el centro de la ciudad, pero no aquí, en una de las zonas más tranquilas y aburguesadas de Barcelona. Nicolau se resguarda en un portal y telefonea a Virginia. Una vez, dos, tres. Hasta que, al fin, ella contesta:

—Dime.

—Estoy en Artós y no te veo.

Ella demora unos segundos su respuesta.

—Arriba, en el lado montaña —dice con la voz apagada—, donde está la Cadena de los Tigres.

Nicolau rodea la plaza. Ella lo observa llegar con la barbilla algo levantada, insolente, en actitud defensiva. Él le brinda la mano y la insta a salir de allí. Virginia no corresponde al gesto. Unos hombres con bengalas encendidas corren muy cerca y braman «¡Separatistas, terroristas!». Nicolau la coge por el brazo y tira de ella con fuerza, acercándola a su cuerpo. Corren hacia el Colegio Santa Isabel y, bajo una palmera, ella se suelta y se detiene.

*

—¿Por qué has venido? —pregunta.

—Porque me preocupo por ti y aquí está lleno de tarados, vámonos.

—Son tarados de mi cuerda.

—No es verdad.

—Los que queman contenedores son de la tuya.

—Eso tampoco es exacto.

—Me habéis dado ganas de exiliarme a Madrid.

Nicolau ríe.

—¿Crees que no soy capaz de hacerlo? —dice ella.

—Tú eres capaz de todo.

—Pero es que no me da la gana de que me echéis de mi tierra.

—¿Dónde tienes la moto?

—Habláis en nombre de un país en el cual no tenéis mayoría y menos en Barcelona. Nos habláis con la soberbia del buen catalán y pretendéis hacerme sentir una mala catalana o una catalana de segunda.

—No es momento de eso ahora.

—¡Es el momento ideal para hablar de esto! ¡No te escaquees! ¡Siempre lo haces!

—Virginia, no tergiverses las cosas, el maltrato es a la inversa. Los que queremos una Catalunya distinta hemos sido ninguneados desde hace siglos por un Estado centralista que muy poco tiene que ver con nosotros...

—¡Poco que ver con nosotros!

—... como así lo demuestra nuestra historia. Se nos sigue maltratando, con el fisco, con la lengua...

—Exigís cosas imposibles.

—... y no me identifico nada con ellos...

—¡Ellos! No te gusta ni Madrid, ni Sevilla, ni Galicia.

—Sí me gustan, como me gusta Vietnam.

—Dios mío, Nicolau.

—Virginia, tú vienes de una familia que apoyó a Franco y yo vengo de una familia que tuvo que exiliarse porque los metían en la cárcel.

—¡No me tires en cara el pasado de mis abuelos, yo ya no estoy allí, yo estoy en el siglo veintiuno y no puedo responder por lo que hizo mi tío abuelo en el año treinta y seis cuando se escondió en un armario porque iban a por él y se lo cargaban! Era cura, ¿sabes? Resulta que los republicanos también mataban, ¿o esa parte de la historia no te interesa? Pero es que yo, hoy, paso de mi tío abuelo, era otra España, no me jodas. Y el problema es que tú y los tuyos no queréis pasar página y buscáis un cansino ajuste de cuentas que se va a alargar hasta el infinito y el más allá y es insoportable.

—Quizá sea mucho más simple que todo esto, yo no me siento español y tú sí.

—Yo soy española y catalana como tú, no se trata de sentir o no sentir. Eres un tío brillante y pierdes el sentido común con todo este sentimentalismo.

—¿Te vienes conmigo o te dejo aquí?

—Me voy a correr con los hombres de las bengalas.

—No estás tan loca.

—Impídemelo.

A Nicolau solo se le ocurre una manera.

*

Virginia gime en ese tono grave y sordo que Nicolau conoce bien, que le anuncia que el final está cerca. Ella entreabre los ojos y empieza ese jadeo acompasado que él está esperando. Nicolau se detiene, ella le pide más, él se lo niega y deja caer la cabeza para no

mirarla, un segundo, dos, tres, cuatro. Solo un momento más y un par de sacudidas bastarán para provocarle el primer espasmo a Virginia. Nicolau nota cómo la vagina le oprime su polla con pequeñas contracciones que se aceleran. Le mira los pechos, el balanceo de sus dos yogures, los pezones prietos y duros, el coño que se contrae intermitentemente pidiéndole que se corra, ahora, dentro. Nicolau explota. Y cuando ya no le queda nada, nota que el orgasmo de Virginia se alarga, mucho más que el suyo, hasta que el cuerpo de ella pierde tensión y se reblandece y se deja caer. Nicolau se detiene, el corazón disparado, el sudor de la frente goteándole sobre el rostro de ella, y le sobreviene la certeza —clara, luminosa— de que en todo lo que le queda de vida no va a encontrar a nadie más con quien follar así.

*

Virginia se gira y le da la espalda. Le escuecen los ojos. Ya no le cuesta reprimir las ganas de acariciarlo, de estirarse encima de él y pegarse a su cuerpo cuan larga es. Ya ha aprendido que Nicolau repele cualquier muestra de cariño. Ocho meses de amantes y nunca hablaron de cosas íntimas, verdaderamente personales, inseguridades, miedos, como que la madre de uno tiene cáncer y está en fase terminal. Nunca se saludaron con un beso en los labios en sus cortos encuentros clandestinos. Ella se refriega los ojos con la sábana y no le salen las bromas que querría hacer. Tu sudor me pica. *O Espanya et folla*. Sabe que en cuestión de minutos él querrá irse. Pero Nicolau no hace eso. No le dice el previsible tengo que irme. Nicolau se le acerca, la atrae hacia sí, pone el brazo tras su espalda y le aparta un mechón de la cara. Virginia siente un vahído en el estómago. No quiere que siga, no sabe qué espera de ella, no

sabe cómo actuar. Entonces, una retahíla de tonos de alarma —Bambú, Campana, Dew Drops— suena amortiguada entre la ropa, y ella ríe levemente. Él aparta el brazo y se levanta y a ella le jode que le joda, esos pocos segundos le han bastado para sentirse vencida. El ingeniero busca sus dos móviles y ella le mira el culo y piensa que pocas veces lo ha visto como ahora, con un poco de perspectiva y completamente desnudo. Los glúteos firmes, los gemelos definidos. Cuando Nicolau se da la vuelta su mirada se ha vuelto oscura, pesada. Vuelve a ser el Nicolau de siempre, a pesar de su desnudez, a pesar del pene aún grueso que sigue embutido en un condón que no se cae. En un tono inexpresivo, sin mirarla a los ojos, le pregunta:

—¿Y tú no tienes prisa?

*

Llamadas de casa, mensajes de Tsunami, Willy otra vez. Nicolau deja caer el Samsung en la cama, llama por el iPhone a su hermano Manel y hace señas a Virginia de que se mete en el baño. Ella se calza las botas altas hasta media rodilla y anda unos pasos. Nicolau mira cómo se tensan los muslos de Virginia, cómo se le contraen los glúteos y le incomoda la excitación que vuelve a sentir.

—*Ei, Nico,on ets?* —pregunta Manel.

Nicolau contesta a su hermano con otra pregunta, qué es tan urgente que no me lo puedes contar en un mensaje. Manel le responde que el notario acaba de llegar y que Amàlia está con la madre. Nicolau se enfada: ¿cómo puede ser?, ¿quién lo ha llamado?

—*A mi què m'expliques, tio.*

Nicolau le dice que en diez minutos llega a casa. Se mete en la ducha, apenas tiene tiempo, pero no puede oler a lo que huele.

*

Virginia busca sus bragas entre el revoltijo de sábanas y ropa y escucha el repiqueteo acuoso de Dew Drops, una vez, otra. El Samsung de Nicolau está en la cama, abandonado, desbloqueado, iluminado, tintineando. Lo coge. La sucesión de mensajes entrantes le da acceso directo al chat. POPEYE escribe: *«els CDR estan convocant».*KONDOR: *«la gent va a Urquinaona».*BORINOT: *«no ho hem aturat».*[6] Desliza la cadena hacia arriba y lee al propio Nicolau que escribe bajo el *nickname*GRIS: *«Felicitats a tots per la feina feta, el Tsunami ha assolit els objectius, ara hem de desaperèixer i ser més prudents que mai».*[7] Ella murmura hijo de la gran puta. Levanta la cabeza cuando oye que el chorro del agua deja de correr, Nicolau está colocando la alcachofa de la ducha en el soporte. Virginia busca su móvil y hace varias fotos a la cadena de mensajes de la plataforma ilegal independentista.

*

—¡¡Mireeeeee!!

Thais y su pelo azul se abalanzan sobre la universitaria. La adolescente está exultante, feliz, las mejillas pintadas con las cuatro barras de la bandera catalana, una sudadera que le va grande y una lata de cerveza en la mano.

—¡Te esperábamos! —le grita—. ¡Ven conmigo! ¡Que Eloi Cerezas está en la fuente! ¡Mejor tápate la cara, que aquí todo dios está grabando! ¿Quieres mi buff?[8] ¿Quieres birra?

Mire ríe, abrumada por la inesperada cordialidad de la adolescente. La universitaria ha llegado hasta aquí sola, cargada de

dudas. Ahora que la plataforma independentista ha dejado de ser operativa le está costando saber cómo actuar. Pero Eloi ha respondido a sus mensajes de una forma contundente y clarificadora. Eloi y los suyos siguen adelante, con la misma convicción, ejerciendo su capacidad de liderar, de movilizar. Los CDR continúan con las protestas porque no conciben otra opción. No pueden dar un paso atrás. No ahora. Mire declina la cerveza que le ofrece Thais, pero acepta su buff, le da las gracias, tan educada como siempre. Le parece que la adolescente ha cambiado, sin sus pestañas postizas ni tanto maquillaje parece más niña, casi una chica cualquiera. La adolescente la coge de la mano y arrastra a Mire por la calzada hasta pisar la plaza.

*

Virginia llega al Luna House. No da crédito cuando ve a Toño, el barman, gritar en la puerta del hotel ¡Hijos de puta! a unos chavales que se escabullen por el *carrer* de les Moles, el angosto pasaje del *barri* Gòtic que bordea el Luna House. Hay tres contenedores tirados en el suelo y Toño grita: ¡¡Esto es España, tontos del bote!! y hace un amago de correr tras ellos. Virginia lo alcanza, le propina una colleja en la cabeza y le dice que el tonto del bote es él. ¿Te has vuelto loco o qué te pasa? ¿Dónde están los Mossos? ¿Dónde está el conserje? ¡¿Dónde está Bruno?!

*

Nicolau sube de dos en dos los veintisiete escalones de Ausiàs Marc que hay entre la portería y el principal. Abre la puerta y se precipita

hacia el salón, pero Ramon, el mayor de los hermanos, le intercepta el paso.

—*Què són aquestes presses?*[9]

*

Virginia entra en el bar y se detiene en seco. Hay unas seis o siete personas, algunos son huéspedes a los que saluda con un ademán forzado y el ceño bien marcado. El pianista toca *Let It Be* y Bruno, su hijo, tumbado en el suelo, juega con una tablet.

—Jefa —Toño la sigue y habla en tono mustio, jadeante—, que esos cabrones se llevaban nuestros contenedores, que de verdad te lo cuento, que los querían quemar en nuestra puerta, en serio. Y el Octavi ha salido a buscar a los polis, pero los polis ya no estaban —hace una pausa porque le falta el aire.

Virginia lo mira respirar con fatiga y le dice muy bien, Toño, descansa. Quiere que el barman se tranquilice y se calle. Pero Toño sigue:

—Joer, que sale todo en Twitter, que los antidisturbios han tenido que cargar porque hay barricadas aquí mismo, en Layetana, y que por eso se han ido de aquí y yo me he quedao en la puerta, joer, porque el Octavi no vuelve y ya te vale que te enfades, jefa.

Virginia pide a su hijo que se levante del suelo y Toño, repentinamente aliviado, le cuenta con una suave sonrisa que el Bruno es un crack del *Minecraft,* que me ha ganado todas las batallas.

—¿Has visto a Bryan? —le interrumpe Virginia.

—¿Eh? ¿Al inglés? Pos sí, ha venido hace un montón de rato, el Bryan, a preguntar por ti.

Virginia se muerde el labio, revisa el móvil, pero no tiene mensajes ni más llamadas del *controller*. El barman sigue hablando, le cuenta que su familia, los Clavijo Moreno, vienen el sábado, jefa, si les pagas, vienen, mi papa, mis tíos y los primos, que estos no se asustan como los Amapolas.

—Oye, Toño, ¿tú sabes que la Generalitat da cursos gratis de catalán?

—¿Eh? Sí. Mi primo el Juanma va.

—Pues quiero que hagas como el listo de tu primo, que te apuntes a uno por las mañanas, y así de paso te levantas antes.

—¿Eh? Joer, Virgi...

—¡Qué!

—Pues, ya puestos, mejoro mi inglés, ¿no? Que claro que me apaño, pero tampoco es que sepa mucho.

—¡A ver, Toño, concéntrate! ¿Qué es lo que no entiendes? ¡Que el problema aquí es el catalán, hombre!

*

Bryan, el *controller,* cierra el portátil. Mira las luces de los veleros amarrados en el Port Vell y se reafirma en creer que está haciendo lo debido. Ha escrito un email a la directora, a Virginia, comunicándole que, tras acordarlo con sus superiores, los señores Sanders-Wells, fundadores y presidentes de Luna House International Group, la empresa con sede en Barcelona ha decidido prescindir de sus servicios con efecto inmediato.

Sale al pequeño balcón y la brisa del mar le revuelve el pelo color paja. Apura una cerveza. Esta noche no tiene ganas de llamar a Bristol. Tiene ganas de llamar a Nicky, así se ha atrevido a llamar hoy a Nicolau, y al ingeniero parece haberle caído en gracia. Le

gustaría irse a tomar unas cañas con él, pero sabe que no procede. Al menos por ahora.

*

Nicolau se sienta a los pies de la cama articulada, y su madre, tendida y bien despierta, mira hacia otro lado. Manel empieza a hablar en un parloteo gracioso que alegra los ánimos a cualquiera, y al ingeniero le arde la garganta de tequila. Su madre está distante, apenas lo ha saludado, sin esa actitud cariñosa con la que lo ha tratado en los últimos tiempos.

Cuando Nicolau ha llegado, hace poco más de media hora, el notario, un hombre de traje gris y *foulard* rosa, ya estaba en el salón y había dado órdenes precisas de que debía permanecer a solas con la señora Anna Boix. Así se lo ha dicho su hermano Ramon en el vestíbulo del principal, las pupilas danzantes como le danzan a Marcel·lina. Ahora, ya con su madre, a Nicolau, la ligera borrachera le ayuda a pensar que mejor así, mejor no haber llegado a tiempo.

Mientras el notario ha estado encerrado con la madre, los cuatro hermanos se han ido a la cocina. Sebastià ha sacado una botella de Herradura reposado con la etiqueta despegada. Sal y limón. Manel ha hecho broma con el pañuelo rosa de lunares del señor notario y su hablar afrancesado sin erres. El hermano mediano ha imitado la pronunciación de la consonante rótica como consonante gutural, y Sebastià y Ramon se han reído con él. Nicolau se ha tomado un chupito, luego otro. Ha intentado olvidar a Willy y sus mensajes sobre SIFFRA, pero no lo ha conseguido. Por un momento ha tenido la tentación de contarles a Ramon, a Manel y a Sebastià que su hermana la está armando en el mundo cibernético. Quizá también harían broma con eso. Quizá si supieran que Marcel·lina se ha aliado

con un pelotón de *hackers* del Este, que lleva horas luchando contra Willy y el equipo de Bangalore por mantener el poder de la app de Tsunami, una plataforma que no es suya, que es el resultado de un encargo que se le hizo, quizá entonces se acabarían las bromas. Nicolau ha lamido la sal del dorso de su mano y ha imaginado decirles que todo esto parece un *thriller* digital, un guion con ambición hollywoodiense a lo Tony Scott, una especie de Matrix barcelonés. Aunque igual no daría para tanto. Esto va de catalanes peleándose entre sí y es tan real que parece mentira.

Sus tres hermanos han continuado con las risas, ajenos a los pensamientos de Nicolau, y él ha seguido torturándose unos minutos más. No puede entender por qué la hermana huida, a la que siempre ha defendido, la oveja negra que está a punto de llegar a casa buscando la reconciliación final, sigue tomando decisiones equivocadas, haciendo las cosas mal, las familiares, las emocionales, a pesar de sus consejos, de todo el amor y comprensión que le ha dado. Nicolau ha visto a Ramon contento. Le ha sido fácil imaginar lo que replicaría su hermano mayor si se lo contara, tú te lo has buscado, por tonto, Marcel·lina nos traicionó una vez y lo ha vuelto a hacer. ¿De qué te sorprendes? Nicolau mira el pequeño vaso vacío y se rinde. Abandona la incansable cruzada por defender a su hermana Marcel·lina. Si su madre la echa de la casa de Roda, que así sea, él ya no puede hacer más.

El hombre del pañuelo de lunares apenas ha necesitado media hora para zanjar su reunión con Nita y a los hermanos se les ha hecho corto. Lo han despedido en el rellano, estaban un poco borrachos, con una actitud risueña, rozando lo infantil. El notario no ha dicho nada más con doble erre y se ha ido con su maletín gastado y abultado.

Nicolau ofrece su mano a Nita, y Manel sigue hablando, afanado en aligerar las tristezas de este salón que ya no huele igual, con tubos y medicinas y una palangana debajo de la cama. Mañana cumples ochenta y un años, *mare,* le dice, y venimos todos. *La tieta Neus, la cosineta Eva, tots els teus nets*. *Et portaràs bé, eh que sí, Nita?*[10]

La octogenaria mira a Manel y se le ilumina la cara. Manel se anima:

—*No ens facis quedar malament amb un dels teus estirabots, nena Boix!*[11]

Nita se ablanda del todo y ríe con Manel, con Ramon, con Sebastià. Pero aleja su mano de la mano de Nicolau. Un mensaje enciende el iPhone del ingeniero y él le da la vuelta para no ver la pantalla, confuso, repentinamente abatido. No entiende qué le pasa a su madre. Por qué lo castiga, por qué está disgustada solo con él. Los mensajes son de Virginia. No quiere saber nada de ella.

Virginia

Sus padres usaban los términos *suspensió de pagaments, liquidació* y *reducció de personal* con la misma naturalidad con que decían es hora de ir a la cama o qué notas has sacado. Lo hacían sin aparente sufrimiento, con una ausencia absoluta de drama. Gracias a esa actitud, Virginia y su hermana crecieron como si la ruina económica que se cernía sobre la familia fuera una historia irreal, algo que no podía ser muy grave. El desorden se fue apoderando de la casa, el servicio doméstico se redujo a lo mínimo y las dos niñas a duras penas veían a su madre, pero el desenfado y la ligereza siguió reinando en la casa. La sofisticada madre de Virginia se puso a trabajar como relaciones públicas de clubes de playa o restaurantes que abrían y cerraban, llegaba tarde a casa, achispada y con el rímel corrido. El padre disfrazaba su tristeza dejándose invitar por los amigos, luciendo todas las mañanas, de otoño a primavera, la pana que los había hecho ricos y arruinado después, la pana más longeva del mundo, un algodón grueso y aterciopelado que ya nadie quería por caro y anticuado. El *senyor* Bel i Mata, ese padre suave y tierno que delegó a la madre todas las regañinas, les decía a sus hijas: qué lástima, si fuerais chicos heredaríais mis trajes. No había prestado suficiente atención al carácter pertinaz de su hija mayor, la chica del labio partido, la pequeña Virginia se prometió que algún día mandaría ajustar los trajes a su medida para poder lucirlos. El padre se fue apagando poco a poco, incapaz de volver a trabajar ni dejar de vivir *amb l'esquena dreta.*[1]

Las hermanas Bel i Mata Sunyer eran descendientes de una saga empresarial dedicada al textil, a cuyos abuelos y tíos abuelos no les pareció mal la victoria de Franco. Los republicanos habían matado a un pariente clérigo y quemado y requisado varias de sus casas y les tenían auténtico pavor. Los nacionales protegieron sus intereses económicos y, gracias a la prohibición de Franco de importar tejidos extranjeros, su fortuna aumentó. Los Bel i Mata, entre otras sagas catalanas, financiaron carreras a prometedoras sopranos, promocionaron auditorios modernistas en decadencia, cedieron notables colecciones de arte, e incluso tuvieron cierta influencia política. Pero las huelgas de los sindicatos de los años setenta y la creciente competencia internacional acabaron con su negocio y contribuyeron al declive de buena parte de la industria textil de Catalunya. Y así, la gloria y el ocaso de esos apellidos catalanes pasó a escribir un relevante episodio de la historia de Catalunya.

Virginia ya no montaba a caballo, pero hasta hacía unos años aún visitaba la vieja y descascarillada casa de Sant Gervasi, una mansión de tres plantas y un estanque que tuvieron que vender a toda prisa con los abuelos todavía vivos. Virginia terminó los estudios en el Liceo Francés sin comprender cómo sus padres habían afrontado hasta el final los gastos de la escuela privada. Esa manera indolente de llevar la economía familiar empezó a afectar a la estudiante y a condicionar su futuro. Virginia se convirtió en una joven intensa y decidida. Refractaria al carácter apaciguado del padre y a la alegre despreocupación de la madre, le irritaba sobremanera no decir las cosas por su nombre, dar rodeos, esquivar los problemas. Trabajó para pagarse los estudios y, con la ayuda de un préstamo bancario avalado por su tío, se costeó el grado de Dirección de Empresas en un centro privado. La escuela era demasiado conservadora para su gusto, pero más económica que la que ella hubiera escogido. Estaba

determinada a arreglar las cosas, a devolver alguna holgura a esos padres conformados y perezosos que habían sabido encajar con humor y entereza su decadencia.

Pero los años pasaban y los trabajos se sucedían, uno tras otro, sin que las ambiciones de Virginia se hicieran realidad. No fue hasta su fichaje en el grupo Luna House cuando vio posibilidades reales de optar a un cargo importante. El *holding* internacional era una sociedad estadounidense con hoteles por todo el mundo que seleccionaba ciudades con mucho esmero. Un par de años atrás decidieron asentarse en España y se estaba debatiendo la posibilidad de convertir el Luna House de Barcelona en la sede europea. Virginia se acercaba a los cuarenta y se propuso conseguir el puesto de *Managing Director*, el máximo cargo de la compañía en Europa.

Conoció a Nicolau en el Royal Automobile Club de Londres, en una convención de la empresa. El ingeniero le estrechó la mano con fuerza y, a pesar de que la atendió con la misma premura que al resto del equipo, tuvo tiempo para susurrarle al oído algo en catalán. A ella eso le gustó.

Aquella mirada pausada, casi tierna, con que la recibía, tan contraria a la suya propia, la atrajo desde el primer momento. Ese chico con aspecto nórdico y sano, de ojos claros, que parecía no haber roto un plato, la escuchaba, le cedía la palabra, buscaba sus opiniones más espontáneas, las más valientes. Un hombre inteligente que vestía bien —aunque un punto demasiado relamido para ella—, un profesional que sabía liderar los equipos con entereza sin perder jamás las formas. Y a pesar de sus talantes opuestos, o quizá precisamente debido a ellos, se entendieron muy bien. Pronto llegaron los negronis y las margaritas, los olores, y una química que la abrasaría por dentro.

Al principio fue divertido provocarlo, romper tabúes y convencionalismos, llevárselo a su terreno sexual. Pero Nicolau la siguió más de lo que ella esperaba, más tiempo del debido, y eso la desarmó. Por momentos olvidó que su prioridad en la vida era el trabajo y la libertad económica, que menospreciaba la idea del amor romántico. Acabó convencida de que Nicolau le había hecho un favor cada vez que le negaba el afecto tras el sexo. La colocaba en su sitio.

5

Viernes día o la familia

La cuidadora y la octogenaria ríen. A Magalí, cincuenta y seis años y originaria de Ecuador, las imprevisibles risas de Nita le dan ganas de reír, de llorar, de jubilarse antes de tiempo. Ella sabe que ha llegado el momento que tantas otras veces ha vivido, esa situación que los médicos subestiman alegando que no hay aval científico que la demuestre. El aval de la cuidadora son sus propios ojos, su corazoncito que se resiente. Magalí cuida a abuelos moribundos y se encariña con ellos y con las nuevas rutinas, pero llega un día en que los abuelos se ponen muy contentos, de repente, sin motivo alguno, y parece que ahuyentan a la muerte, cuando en realidad es todo lo contrario. La cuidadora ha leído sobre eso en internet. Lo llaman lucidez terminal y es como una estrella chisporroteando antes de apagarse. Es Dios que los reclama. Es la sabiduría del cuerpo que se pone en alerta y genera adrenalina y hormonas a mansalva para despedirse. La cuidadora escucha y ríe con su paciente y piensa que su trabajo es muy lindo, estar aquí, al pie del cañón, acompañando en las horas que nadie puede con su alma. Pero los años pesan, como le pesa esta entrega y cariño que casi nunca es correspondido. En breve le tocará apuntarse a la lista de la agencia Els nostres Grans, una vez más, a la espera de nuevos pacientes. Magalí se deprime. Echará de menos a la señora gruñona, a ella y a toda esta familia que parece fracturada, pero que a sus ojos no lo está. La

cuidadora ha trabajado con muchas familias de Barcelona y alrededores y está convencida de que los españoles son así, gente con mucho carácter que se ama mal, que no sabe quererse bien.

*

—Maribí.

—Magalí, señora Nita.

—*Això, noia, per què us posen aquests noms tan estranys?*[1]

—Ay, señora Nita, qué graciosa está hoy y aún ni clarea.

—*Mira aquesta foto, au.*[2]

—Magalí es también Magalona, que viene de María Magdalena. ¿Sabe usted? Así me llaman en mi país.

—*Fixa't, aquest és el Ramon, aquí s'acabava de llicenciar.*[3]

—¡Oh, el señorito Ramon ahí sin barba! ¡Qué chibolo!

A Nita le brillan los ojos y se siente ligera, extrañamente eufórica. Aliviada por la decisión que tomó ayer por la noche, aunque ahora lo perciba como un sueño. El notario, Amàlia, un recuerdo difuminado, algo lejano. Tiene prisa, ganas de hablar, una esperanza blanca, ilusoria. Hoy es su cumpleaños y vendrá a verla toda la familia, todos sus nietos.

—Mi hermana Neus, nueve años menor que yo, ¿sabes? —cuenta a la cuidadora con una locuacidad impropia de ella—. ¡La más guapa de las hermanas y que nació de penalti!, y mi sobrina Eva, hija de mi hermano a quien tanto, tanto admiré y quise.

Nita ha pedido a Magalí que la ayude a ordenar por cajas las fotos familiares que andan sueltas, sin álbum, y que son muchísimas, la mayoría. Cada caja con el nombre de un hijo rotulado en la tapa con su enérgica caligrafía, cada día más pequeña y retorcida. Le cuenta a Magalí que Ramon se licenció en Filología Catalana, ¡es el

humanista de la familia!, *un home de lletres*[4] como fue su padre, mi esposo, que en paz descanse.

—Bien seriote es el señor Ramon, se le ve pensando fuerte, bien fuerte, sí.

—Esta es Marcel·lina —dice Nita señalando otra foto—. Fue la siguiente en nacer, aquí sale enfadada *ves a saber per què,*[5] no le gustaba que la fotografiaran. Ha sido todo tan difícil. Pero creo que al final lo he hecho bien, Magalí, me estaba equivocando. Amàlia tiene razón y *la nena* se llevará bien con Sebastià, se entenderán.

—¿Con su hijo pequeño?

—Tantos años sin convivir, si ya no se conocen.

—Las cosas que uno vive de niño, esas no se van, eso se queda clavado aquí adentro, señora Nita.

A Nita se le abre la mirada y la cuidadora sigue:

—Pero usted ya está cansadita, pues..., ahora tiene que dormir, si no, no va a estar bien para recibirlos como se debe.

—*Em trobo bé i vull que m'ajudis a parar la taula.*[6]

—No, señora Nita, que son las cinco de la mañana y ustedes no me pagan para poner la mesa.

—Marubí, *no siguis poca-solta.*[7]

Nita frunce el ceño y aparece la altivez que tan bien conoce su cuidadora. Aparta la sábana que la cubre con determinación, se levanta y cae al suelo.

*

Marcel·lina apaga la alarma y esta se pospone automáticamente veinte minutos. Aún es de noche. Se incorpora, lo justo, para poder teclear en su portátil, que tiene encima de la almohada. La matemática se encuentra en el polideportivo municipal de Sant

Quirze del Vallès, durmiendo con otras doscientas personas más y con Tomàs acostado a su derecha.

Teclea varios comandos. Despliega nuevas capas de cifrado y rota direcciones IP. Está convencida de que tiene a la unidad de ciberdelincuencia de la Policía Nacional encima. O al CNI. Ayer recuperó los accesos que Willy le había usurpado, ella es la única que puede lidiar con la operación de rastreo y desmantelamiento que está padeciendo y que pretende acabar con la app de Tsunami. No quiere hablar con GRIS. Ya lo hará cuando tenga la plataforma segura. Se vuelve a acostar, debe aprovechar los intervalos de veinte minutos para descansar, no puede dejar el sistema solo durante mucho tiempo.

Las tenues luces de seguridad del estadio de balonmano iluminan la espalda de Tomàs, sus rizos enmarañados, y a la matemática se le va la cabeza pensando en el día de ayer. El hijo del ganadero estuvo a su lado en todo momento, sin agobiarla, ella pudo trabajar todo lo que quiso, muy tranquila, y gracias a eso pudo detectar desde el inicio las actividades inusuales que estaba sufriendo la plataforma.

Desde que hacen la caminata juntos, todo ha discurrido con facilidad, ha sido agradable, casi normal. Marcel·lina ha imaginado que podrían ser pareja, él le arreglaría la casa y el jardín y harían excursiones, se besarían al acostarse, al levantarse. Podría invitarle a comer en casa de su madre este mediodía, se lo presentaría y todos pensarían que la hija huida tiene novio al fin, un novio que encaja, un tipo un poco raro, pero menos que ella, un solitario en busca de pareja estable. Pero Marcel·lina sabe que todo esto no es posible. Lo aprendió en Londres, como una verdad irrefutable contra la que no podía hacer nada, cuando le pareció que se enamoraba de un bibliotecario y no supo qué hacer con él. En la vida de Marcel·lina no cabe nadie más. No sabe preocuparse por el otro. No le interesa el

coqueteo. Su fijación es ella misma. Le gusta Tomàs, pero también le gustan Glòria y la doctoranda de gafas *vintage* a la que tutela en la universidad, como le gustará la sobrina impertinente con la que está a punto de reencontrarse. No por eso piensa en ellos como pareja. Marcel·lina está convencida de que no puede tener pareja.

Necesita dormir. Quiere llegar a casa de su madre y acabar con todo lo que le ha hecho sufrir durante tanto tiempo. Ahora sí se ve con fuerzas.

*

Jordi García se despierta en su cama de L'Hospitalet y le llega un olor a azufre, rancio y extrañamente familiar. RAC1 ya está dando los buenos días a Catalunya y el policía se da cuenta de que su hija duerme a su lado, vestida, con mucha más ropa de la habitual. Al padre le parece extraño, con el calor que hace, con lo que le gusta a su hija acostarse casi desnuda. La adolescente lleva una gruesa sudadera que nunca le ha visto y unos pantalones largos. El locutor del *prime time* matinal, en su característico tono atropellado, anuncia un día de muchas emociones: *«Avui arriben les Marxes per la Llibertat al centre de Barcelona i és el dia de la vaga general. I aquesta casa, com no podia ser d'una altra manera, secundarà la vaga».*[8]

El agente García se acerca con cautela a su hija y le husmea el pelo. El locutor de RAC1 explica que hoy está previsto que Barcelona reciba a cien mil catalanes por las principales vías de acceso a la capital de Catalunya y Jordi busca las manos de su hija. Le coge una y se la inspecciona. Tiene las uñas negras. Parecen restos de carbón. Thais se despierta y tira bruscamente del brazo.

—Papa, qué haces, tío.

—¿Dónde estuviste anoche?

—Qué te importa.

—¿Tiene algo que ver con tu madre?

—¡Pero se te va la olla, tío, o qué te pasa!

Thais salta de la cama.

—¿Hablamos o no hablamos? —pregunta Jordi.

—Lo que tú quieres es que no duerma más contigo, eh, pues ya.

—¡Lo que quiero es que no me mientas, eso es lo que quiero!

—¡Pero quién miente! Ayer estuve por ahí, de *skate* con el Eloi, y ya está. ¡Que la mama no me ha dicho nada!

—¿Con quién?

—¡Con mi amigo el del *skate,* papa, el cerezas!

—No sé quién es.

—¡Pero qué te importa! ¡Es un amigo, papa!

—Pues muy bien, Thais.

—¡Que te rayas con la mama!

—Que vale.

Thais lo mira desafiante y su padre insiste:

—¿Nos calmamos?

Ella sacude los hombros y su padre habla de nuevo:

—Estos días no quiero que vayas por Barna de noche, ¿vale? Que las cosas ahí andan mal y nosotros no pintamos nada.

La adolescente vuelve a sacudir los hombros. No le mira. Jordi baja el tono y le pregunta:

—¿Corremos hasta la playa?

—Tú te flipas.

—Creo que el colega está hoy, si te das prisa lo pillamos...

—¡Que no, papa!

*

Amàlia da permiso a su hijo para que juegue a la PlayStation y el niño sale disparado de su habitación hacia el salón, gritando entusiasmado: *No hi ha cole! Visca la vaga!*[9] Amàlia cierra el pestillo y se mete en la cama otra vez. Se pega a su marido por la espalda y le acaricia el pecho, el vientre, busca meter la mano dentro del pijama y le susurra que ahora tienen un rato. Nicolau dice no, no, le saca la mano, que tengo un montón de cosas que hacer. Ella se apretuja un poco más, y él se aparta, áspero. Se sienta en el borde de la cama y busca su móvil. Amàlia se tumba de cara al techo y, tras un suspiro, le dice:

—Tengo que hablar contigo, *amore*.

Nicolau teclea con el móvil y ella insiste:

—*M'escoltes?*[10]

Él le contesta que sí, claro que te escucho, pero ahora no puedo. Tengo que ir al Luna. Ha habido un despido fulminante y se ha cancelado la rueda de prensa. Nicolau murmura con cansancio que todo está siendo un despropósito. Amàlia le acaricia la espalda, comprensiva, y él aprovecha para añadir que después querrá ir a navegar, una horita, antes de recoger a Marcel·lina en la Meridiana. Necesito con urgencia hacer deporte. Lo entiendes, ¿verdad?

*

Nicolau atisba la playa del Bogatell desde su patín de vela y le gustaría continuar un buen rato, para cansarse más, para mitigar la ansiedad que le embarga desde la mañana. Pero debe regresar. Marcel·lina está a punto de llegar y él siente una mezcla de nervios y alivio por verla, la recogerá en Trinitat Nova y así tendrán un buen rato para estar juntos. Debe valorar cómo se encuentra su hermana

antes de llevarla a Ausiàs Marc, a la comida familiar, en qué condiciones llega, calibrar el momento estratégico para hablar del descalabro informático de Tsunami Democràtic.

Consulta su Apple Watch, ha recorrido cuatro millas y está en noventa y cinco pulsaciones por minuto. El ejercicio físico siempre le ayuda a paliar el estrés, pero ahora no consigue sentirse mejor. Se esfuerza en creer que las pocas ganas de hacer el amor con su mujer son transitorias y que, pronto, su deseo sexual por Amàlia volverá a ser el de siempre. Se mueve con agilidad por la ligera embarcación para voltearla y enfilar hacia la playa. La mar está tranquila, adormecida y caliente, casi a veinte grados, pero ya se anuncia un cambio de tiempo. Llega a la costa con rapidez, la proa del patín se hunde con suavidad en la orilla y él desciende dando tres gráciles pasos.

*

Clientes y trabajadores del bar de L'Hospitalet miran la televisión. La pantalla está dividida en varios vídeos que retransmiten en directo la Gran Via, Sant Joan Despí y la Meridiana. Son las principales entradas a la capital catalana, colapsadas por miles de personas que entran a pie, con pancartas, banderas, palmeando y cantando: *No volem ser una regió d'Espanya, no volem ser un país ocupat, volem volem volem, volem la independència, volem volem volem Països Catalans!*[11]

—Es la leche —masculla el yayo, con un palillo entre los dientes—. La leche.

Thais, sentada a la barra junto a su padre, mordisquea un bocadillo de chorizo y, con la boca llena, murmura:

—Lo que es la leche es que abráis en día de huelga.

—¿Qué has dicho? —salta Jordi.

—Nada.

—¡Repítelo, hija, repítelo!

—Ehh, qué te pasa a ti —interviene el yayo, que no ha oído a su nieta, sorprendido por la subida de tono de Jordi.

El agente García no hace caso a su padre y mira fijamente a la adolescente:

—Secundar una huelga es un derecho de todos los trabajadores, pero no secundarla también lo es.

—¡Pues claro! —añade el yayo—. ¿Quién lo pone en duda?

—Eso es la democracia, Thais.

Thais permanece callada y el yayo vuelve a mirar la tele. Jordi se revuelve en el taburete y pregunta a su hija:

—¿Qué pasa con tu mochila de Glovo?

—¿Qué?

—¿La has perdido?

—No.

—¿Pues dónde está?

—¡Pues en casa del Eloi, tío!

—¿Y quién es Eloi, tesoro? —interviene la abuela, con ganas de pacificar el ambiente. Jordi se adelanta:

—Un amigo o un novio, quién sabe.

Los yayos miran a la nieta con cara de alegre sorpresa y Thais resopla y pone los ojos en blanco. Jordi cambia de actitud, se esfuerza en hacer una broma y la broma le sale mal:

—¿Y entonces tú hoy no trabajas porque estás de huelga?

—Pero ¡¿qué coño te pasa?! —grita Thais, agresiva—, ¿a ti te hace gracia que la gente pida un futuro mejor? ¡Los derechos civiles se ganan en la calle! ¡Que a las mujeres no las dejaban votar y las tuvieron que quemar en una puta fábrica, qué puta locura! ¡Como si

tuviéramos dos neuronas! ¡¿Y el 15-M y las primaveras árabes?! ¡O el orgullo gay! ¡Que no es solo un desfile supertop, que así se visibilizan las minorías! ¿Lo pillas, o qué?

Jordi enmudece. El abuelo atina a decir:

—Anda con la nieta. ¿De dónde ha sacado esta manera de hablar?

La nieta sigue:

—... tú lo que defiendes son los porrazos para que la humanidad se calle. ¿Eso es democracia? Yo a eso le llamo ser un facha.

Jordi nota un golpe de calor en la cara.

—Yo soy un demócrata, hija —responde, despacio—, socialista, catalán y funcionario. Un agente ARRO que vela por la seguridad ciudadana, que no da golpes a nadie, que cumple órdenes de sus superiores. Y gracias a eso tú disfrutas de la vida que tienes. Comerte este bocadillo, por ejemplo.

Thais tira el bocata al suelo y se levanta de un salto. Su padre le coge del brazo para retenerla, arrepentido ya de haber sido ofensivo. La sombra de Sole le cae como una losa, la posibilidad de que Thais se vaya a Valencia con su madre, perder a la niña de sus ojos.

—¿Adónde vas, hija?

Thais se suelta de mala manera:

—Qué te importa.

El yayo ve cómo su nieta sale del bar dando un portazo. Ve la cara de derrota de su hijo. Ve los tractores entrando por la Meridiana. El dueño del Rincón de Paco se siente viejo, desplazado.

*

Marcel·lina no sabe qué decir a Tomàs. El hijo del ganadero mira a través de la ventanilla hacia el horizonte, hacia un punto impreciso, callado, sonriente, con su vehículo agrícola detenido en el arcén.

Glòria espera a la matemática unos metros más allá y Nicolau ha escrito hace un par de minutos que ya está llegando. Marcel·lina tiene que irse inmediatamente. Tomàs sale de su breve ensimismamiento y le echa un cable: le zarandea la rodilla con delicadeza y le dice:

—*Vinga.*[12] —Marcel·lina no es capaz de darse cuenta de que él está más nervioso que ella—. *Adeu, Lina, no pateixis. Tot anirà bé.*[13]

Marcel·lina cabecea, aliviada. Salta del tractor, con cuidado, protegiendo el macuto que lleva a cuestas y con una desazón distinta, agradable, instalada en el estómago. Glòria se le acerca enseguida, la coordinadora le confiesa, cariñosa, que le ha gustado mucho pasar esos ratos juntas y que deben quedar en Vic, de vez en cuando, a la salida de la facultad. La abraza con fuerza y le susurra al oído tú eres una superdotada y nosotros unos brutos. Marcel·lina mira la cara pecosa de Glòria, su sonrisa amable, y empieza a disculparse con torpeza, le dice que ella es diferente.

—Lo sé —la interrumpe Glòria—, vales demasiado para ser igual al común de los mortales.

—Es que yo no entiendo las bromas.—confiesa Marcel·lina y Glòria la abraza otra vez.

*

Nicolau no la abraza, le da dos besos, gratamente sorprendido de verla con tan buen aspecto, serena, bronceada, sin la actitud sombría que la caracteriza.

—*Com ha anat?*[14]

—*Bé.*

—*Estàs bé?*

Ella asiente, algo absorta. Él le habla de la madre, de la suerte que sea hoy el día de su encuentro, *la mare avui està increïblement bé,*[15] tan bien que Nita ha querido poner la mesa a las seis de la mañana y se ha caído de la manera más tonta. Marcel·lina deja de mirar los edificios del extrarradio de su ciudad natal para mirar a su hermano. Nicolau le quita importancia, *té molta debilitat, és clar,*[16] pero no ha sido nada, solo la muñeca dolorida, mamá hoy está de suerte. Marcel·lina sigue callada, inexpresiva, y la intuición de Nicolau le recomienda no insistir con más preguntas. La matemática no ha permitido que le guardara el macuto en el maletero del Tesla, se ha apartado de sopetón cuando él ha intentado cogerlo. Entran en el Nus de la Trinitat y él mira cómo su hermana traslada la pesada bolsa de su regazo al suelo del coche, con cuidado, entre sus viejas chirucas. Al ingeniero le sobreviene la certeza de que no hablarán de Willy, ni de accesos, ni de plataformas ni guerras cibernéticas. El silencioso vehículo eléctrico se sumerge en la Ronda del Litoral y Nicolau tiene una idea.

*

Un par de niños abren la puerta del principal de Ausiàs Marc, chillan y saltan y desaparecen a gran velocidad por el largo pasillo. Marcel·lina da un paso atrás ante un estrépito infantil que no esperaba y su hermano se apresura a quitarle importancia: *Són els fills del Manel i estan massa assilvestrats, però jo no t'he dit res,*[17] y le guiña el ojo. Cierran la puerta tras ellos y llega un agradable aroma a carne asada. Se oyen los acordes de un piano que la matemática reconoce enseguida, *Minueto en do mayor* de Bach, una pieza que tocaba su padre y Marcel·lina no imagina quién puede tocarla ahora. Nicolau le vuelve a pedir que le entregue el macuto y

ella vuelve a resistirse. Pues déjalo aquí, en el recibidor. Ella niega con la cabeza y lo abraza con más fuerza. Pues déjalo en la habitación de la *mare*.

—*A l'habitació de la mare* —repite ella.

Nicolau lo corrobora, *és clar,*[18] la hemos preparado para ti, para que te instales, para que tengas un baño para ti sola. Le explica que desde hace unos meses la madre ya no duerme en su habitación, sino en la sala de estar, han instalado una cama articulada de hospital, eléctrica, con mecanismos que permiten cambiar la postura. *La mare* dice que así los días discurren más alegres, tiene más espacio, más luz.

—*Ara dorm a la part de davant de la casa, com jo*[19] —Nicolau le habla con dulzura, pero ya se da cuenta de que Marcel·lina está en otra cosa.

Las voces desordenadas y gritonas que llegan del salón, el *Minueto,* su madre que duerme en el salón donde estaba la biblioteca y sus libros refugio, el olor inconfundible a los canelones de Navidad, la insistencia de Nicolau en coger sus cosas. Su propio reflejo en el perchero modernista que fue de su bisabuelo. Marcel·lina se angustia. Su hermano nunca hace cosas turbias como guiñar un ojo. Todo estaba yendo bien.

De camino a Ausiàs Marc han hablado poco, los silencios con Nico nunca han sido un problema. Marcel·lina lo ha visto como siempre, preocupado, disimulando sus preocupaciones. No ha advertido que está más delgado, más cansado, con menos entusiasmo. La atmósfera se ha vuelto más densa cuando han llegado a la calle, cuando han pasado por delante de la papelería Abacus donde Marcel·lina compraba los estuches y los carpesanos al inicio del colegio, cuando ha subido los veintisiete escalones que separan el portal del principal y que ella saltaba de dos en dos con una cola de

caballo siempre floja y despeinada. El pasado la acecha. Siente miedo y se reprocha haberse distraído, no haberse mentalizado lo suficiente, no haber seguido los consejos de la terapeuta. La tos nerviosa le asalta y solo es capaz de controlarla cuando aparece un torbellino de niña con la trenza más larga que ha visto nunca. Es la niña impertinente.

Marcel·lina conoció a la hija de Nicolau cuando esta era muy pequeña, y solo la ha ido viendo crecer en sus espaciadas visitas a Roda de Ter. Hace más de un año que no coinciden y la niña ha cambiado mucho. Se asombra de sus doce años recién cumplidos, su esbeltez, el mismo andar desgarbado de Amàlia, la misma anteversión pélvica. La tos de la matemática se desvanece ante la intensidad con que la recibe la niña: se le tira encima, con una desvergonzada sonrisa llena de *brackets,* y le da un enloquecido abrazo. *Tieta Lina, tieta Lina, per fi has vingut!*[20] Amàlia va detrás de la niña y con un leve pero severo gesto hace que su hija suelte a Marcel·lina y se esfuerce en calmarse. La niña obedece con un mohín de contrariedad. La esposa de Nicolau da una cordial bienvenida a su cuñada y se ofrece a acompañarla. Marcel·lina se pone a la defensiva. Acompañarla a dónde.

—*A l'habitació de la Nita* —le contesta Amàlia con su plácida sonrisa—. *I així et podràs canviar de roba. I no et ve de gust un bon bany d'aigua calenta abans de veure-la?*[21]

La niña impertinente le brinda su pálida mano y Marcel·lina se la coge, desvalida, vencida.

*

Nicolau se sienta en un taburete de la cocina y bebe un vaso de agua con avidez. A su alrededor, el barullo familiar, que se desplaza

de la cocina al salón y viceversa, va en aumento. Sebastià gratina los canelones y la octogenaria lo supervisa desde su silla de ruedas. Todos ellos, cariñosos, le piden a Nita que vaya a sentarse a la mesa, donde estará más tranquila, pero Nita hace oídos sordos a los consejos y le recuerda a Sebastià que debe vigilar con especial cuidado una pequeña bandeja, la de la niña impertinente, a su nieta mayor le gusta el queso derretido, pero sin tostar.

—*I jo no tinc una safata especial?*[22] —irrumpe Manel, gustoso de interpretar el papel de hijo caprichoso—, *que a mi m'agraden molt torrats i amb poca beixamel! O ja no queden rols en aquesta casa?* [23]

Su madre protesta, divertida:

—*Pallasso.*

—*Aquests camacus de Can Fanga...*[24] —refunfuña Sebastià—. *Plens de manies.*[25]

Manel replica a su hermano menor, con humor y sin malicia, que no presuma de ser un hombre de mar, que, aunque no le guste, él sigue siendo un chico de ciudad, *un nano*[26] *de l'Eixample*. Nita interviene y le pide a Manel que se fije en las manos de su hermano. Sebastià también se las mira, gruesas, curtidas, las uñas roídas llenas de padrastros, y ríe como cuando era un chaval, el hoyuelo marcado en cada mejilla y esa expresión candorosa de niño bueno. El pequeño de la familia se ha convertido en un marinero de metro ochenta que toca el piano con la misma delicadeza que lo hacía su padre.

A Nicolau le embarga una momentánea felicidad que queda interrumpida por la vibración en el bolsillo de su móvil. Revisa el iPhone, los mensajes son de Virginia. Se levanta y se escabulle hasta el recibidor. Esconde el iPhone sobre el viejo perchero de Gaspar Homar. Cuando vuelve a la cocina, el barullo ha ido a más, un niño

llora y alguien comenta que deberían empezar a comer, los pequeños tienen hambre.

Amàlia se acerca a su marido y le murmura, bajito, al oído, que Lina no viene, que si tarda más en presentarse y saludar a la familia, todo se le hará mucho más difícil. Se ofrece a ir a buscarla. Nicolau da un giro tan rápido que está a punto de volcar una bandeja de embutidos que lleva Manel.

—No, no —replica Nicolau apresurado—, *queda't aquí, ja vaig jo*.

*

Marcel·lina está sentada con el portátil en su regazo, a los pies de la vieja cama matrimonial que fue de sus padres. El pelo empapado y ataviada con un fino vestido estampado que no es suyo. No tenía otra ropa que ponerse. Se ha bañado con agua bien caliente, deprisa, porque le ha asaltado la urgencia de seguir trabajando para no perder el dominio de la app. Y porque trabajar la calma. Ha dejado el baño revuelto. La bañera llena. La ropa en el suelo. Se ha encontrado el vestido en un armario con sábanas y toallas y unas bolitas de lavanda. Su camiseta amarilla estaba sucia, los pantalones cargo ya no olían bien.

—*Què fas,*[27] *Lina?*—le pregunta Nicolau, la voz suave.

Ella no levanta la vista del ordenador y responde con voz mecánica que tiene trabajo. Él le dice que la comida ya está lista y que se está mojando el vestido. Nicolau va a buscar una toalla al cuarto de baño y no dice nada del desorden que encuentra. Vuelve a su lado y le seca el pelo con delicadeza.

—*Què passa, germaneta?*[28]

Ella busca algo entre los cachivaches que hay esparcidos encima de la colcha de ganchillo, alrededor del macuto abierto, y murmura

que no sabe qué decirle a su madre. Que hay demasiada gente.

Él le contesta que ahora no tiene que decir nada, que lo que verdaderamente cuenta es que ha venido. Todos lo saben y todos están tranquilos.

—*Ja trobarem el moment adequat més tard.*

Marcel·lina deja el ordenador en la cama y mira el rostro apaciguador de su hermano.

—*Tot anirà bé, Lina*[29] —acaba Nicolau—. *Confia en mi.*

*

Bajo la araña de luces, el mantel bordado de hilo de la abuela paterna Adelina Valls. La vajilla de bodas de Nita y Sebastià padre y una imprecisa y alegre variación de copas, rosas y verdes —para el agua—, bajas y anchas —para el cava—. Como exótica decoración, diablillos, sapos y princesas de latón coloreado, salpicados a lo largo de los tres metros de mesa, artesanía llegada del DF mexicano sesenta años atrás y que han sobrevivido a dos generaciones de criaturas. Diecinueve sillas apretujadas, algunas tapizadas, algunas Thonet, algunas de Ikea, algunas Gaulino de fresno color miel que Amàlia ha bajado de su piso.

Los niños dan precipitados besos a su abuela y le regalan dibujos, Nita los examina y les recrimina no haber firmado ni escrito la fecha. Sus nietos, lejos de intimidarse, la avasallan a preguntas, sobre el antebrazo vendado, sobre el broche que luce en el pecho, una sinuosa ninfa mariposa de Masriera con una perla natural y pequeños diamantes en sus alas.

Poco a poco, adultos y niños van ocupando sus sitios. Las dos nueras aparecen con sendas bandejas de canelones y los hermanos empiezan a diseccionar la tradicional receta catalana, que si son *amb*

cervell de xai o no, que si con vino rancio o brandy. La prima Eva se lamenta ante la idea de comer cerebro de una desvalida oveja, que si es así, *jo no menjo.*[30] Nita lo niega, *jo no cuino amb cervell,*[31] que eso lo hacía la *tieta* Caterina, no mi madre. Lo meloso de la carne viene del asado y la cebolla, no hace falta añadir sesos. Los hijos lo saben muy bien pero les gusta escucharlo de nuevo, sacan a colación el tomate y ella explica que el tomate hay que utilizarlo como si fuera una especia, es decir, poco. Ramon, el hermano mayor, añade *com deia en Pla*.[32] Manel graba a su madre con el móvil sin que esta se dé cuenta.

La niña impertinente se levanta y con un gritito de entusiasmo exclama: *aquí, tieta, tu seus aquí!,*[33] y señala una silla vacía junto a Nita. Marcel·lina entra en el comedor y todos se van callando. Nicolau aparece detrás de su hermana y hace un gesto discreto pero irrebatible para que todos actúen con normalidad, para que sigan hablando. Pero nadie consigue hacerlo. El vestido que lleva Marcel·lina aturde tanto o más que verla a ella, a Lina —la hija, la prima, la hermana, la sobrina—, tras años de ausencia. Es un viejo camisero de algodón que Nita utilizó muchos años, primero para ir a recogerlos al colegio, para ir al parque, tiempo más tarde los domingos en casa. Marcel·lina no se ha dado cuenta. El vestido evidencia el parecido entre hija y madre. La nariz aguileña, el pelo lacio cada vez más blanco, el porte masculino que la floreada prenda, lejos de mitigar, acentúa. Nicolau la acompaña hasta la cabecera de la mesa, lugar que ocupa Nita. La octogenaria señala con un dedo su propia mejilla para que su hija la bese. Luego le pide que se siente a su lado y Marcel·lina obedece, dócil. Marcel·lina mira la muñeca vendada de Nita y el gran hematoma color púrpura que asoma por debajo y se extiende por el antebrazo. *Això no és res,*[34] son las primeras palabras que la madre dirige a su hija. Nicolau

bisbisea una apresurada excusa para ausentarse, tan precipitada que denota ganas de que nadie la oiga.

Nita le explica a Marcel·lina que la muñeca no le duele, que estos moratones se llaman púrpura senil y que le salen porque es muy vieja, *però a que és maco el nom?*[35]

A Marcel·lina le perturba la extensión de la mancha y el nombre del trastorno vascular, pero mucho más la actitud de Nita, tan suave, la facilidad con que la ha recibido, que diga de sí misma que es muy vieja. Se queda callada y la madre le pide que le sirva agua, Nita no espera que Marcel·lina hable.

Manel, desde su sitio, la saluda: Hola, Marcel·lina. Sebastià se levanta, va hacia ella y le da un beso en la mejilla. Ramon ni habla ni se mueve.

La niña impertinente levanta el plato y rompe el silencio. Ella y los niños facilitan la ruidosa y agradable rutina de servir los canelones. Cuántos quieres, yo tres, yo cuatro, yo uno más, yo con queso rallado muy tostado, ¡el trozo con poco queso era para mí! Las madres se quejan por las múltiples demandas de sus hijos, pero las atienden, solícitas; ellas comerán menos, la bechamel que tanto alaban las llena mucho.

Nicolau se reincorpora a la mesa, acalorado, la mandíbula prieta, la camisa remangada. Pregunta qué tal vas a su hermana y ella se fija en los puños mojados, las gotas de agua en los pantalones, las prisas disimuladas. Pero no responde. Marcel·lina está demasiado pendiente del ritual familiar, que la retrotrae a momentos muy lejanos y felices.

Llega el segundo plato y la prima Eva protesta, *tieta, que ja no puc més,*[36] ¡los canelones siempre deberían ser plato único! ¡No me cabe un segundo! Los mayores ríen porque la prima Eva es un poco finolis y cada año dice lo mismo. Ramon, el hermano mayor, bebe

vino, luego cava, y cuando aparece el postre, se sirve un whisky. El pastel, una Sacher de la pastelería Mauri con un par de velas encendidas, sale de la cocina llevado por la nieta mayor. La sobrina impertinente empieza a cantar con un empeño y una alegría reconcentrada que anima y obliga a los demás a seguirla:

—Estas son las mañanitas /que cantaba el rey David, / hoy por ser día de tu santo / te las cantamos aquí. / Despierta, mi bien, despierta, / mira que ya amaneció, / ya los pajaritos cantan, / la Luna ya se metió.

A medida que la canción avanza, la mayoría de los que cantan va callando porque solo sabe los primeros versos. El hermano mayor y la octogenaria siguen cantando y, ante la sorpresa de Marcel·lina, la niña impertinente también. La hija de Nicolau canta con entusiasmo y decisión, con un arrojo diametralmente opuesto al carácter comedido y discreto de sus padres:

—Qué linda está la mañana / en que vengo a saludarte, / venimos todos con gusto / y placer a felicitarte...

Nicolau, incómodo y abrumado por una mezcla de nostalgia y pudor, echa de menos el móvil que ahora no lleva encima, para hacer otra cosa, para disimular su emoción. Amàlia, amorosa, se da cuenta, se arrima a su esposo y le acaricia el brazo.

Los nietos más pequeños interrumpen la canción, impacientes, piden soplar las velas o comer pastel o jugar a videojuegos, y empiezan a dar patadas y a balancearse en sus sillas.

—*Per què canteu en castellà?*[37] —pregunta el menor de Manel en voz alta y gangosa, subido de rodillas a la silla.

La niña impertinente le explica que no cantan en castellano, cantan en mexicano, y que eso es distinto. México fue un país de acogida de todos los catalanes que huyeron de la guerra, los

exiliados como tus bisabuelos. Y que ellos celebran así los cumpleaños.

—*El meu no*[38] —replica el niño, poniéndose de pie en la silla—, *el meu és Per molts anys!Per molts anys!*[39] —Y sus padres ríen.

—Si quieres lo cambiamos —le sugiere Manel, risueño—, y así sigue la tradición. *Però, vinga, Nil, ara baixa d'aquí.*[40]

El niño no quiere bajar de la silla y se pone a dar saltos cantando *Per molts anys!* a voz en grito.

Ramon suelta un seco *nen, para*. Su sobrino de cinco años no se amedrenta con la mirada estrábica de su tío ni con su larga barba de sabio con mal genio. Ramon le pide a Manel que se lleve a sus hijos a otro sitio, al balcón, y que se entretengan mirando la calle, el hermano mediano contesta que ni hablar, que sus hijos son niños y que los niños juegan. Ramon replica que Nita ya no soporta los berrinches infantiles, si ya no le gustaban cuando eran pequeños, ahora mucho menos, ¿o no te has dado cuenta? Manel le contesta que lo mejor que podrías hacer tú es dejar de beber, eso sí molesta a la *mare*.

—*La que dirà què em molesta o no em molesta soc jo* —interrumpe Nita, tajante—. *Que encara no soc morta.*[41]

—*Hòstia, mare!*—protesta Sebastià.

—*Els tens quadrats*[42] —murmura Manel.

Nicolau interviene. Le sugiere a su madre que vaya a descansar, que lleva muchas horas en danza. Nita responde que antes quiere decir unas palabras. A Nicolau le parece que no es el momento: *Ara no, mare,* deberías intentar dormir un rato y recuperarte. Ramon protesta: ¿Y tú por qué te metes? ¡Si quiere hacer un discurso que lo haga!

—*Voleu fer el favor de callar?!*[43]

Nita ha dado un débil golpe en la mesa que sobresalta a las migas de pan y a los adultos que la rodean.

*

La prima Eva escucha la quebrada voz de su tía. Siente la misma aflicción que sus cinco primos. Los observa cabizbajos, casi paralizados, cinco hermanos distintos que se vuelven iguales ante esta mujer arrolladora que les ha tocado de madre. Obligados a compartir y lidiar con el mismo sentimiento de zozobra y amor y asombro y orgullo y miedo por una mujer que, a partir de un momento, se liberó y empezó a decir y a hacer lo que quiso. Como hace ahora.

El porte digno y algo sobreactuado de Nita los mantiene a todos en vilo, y a Eva le dan ganas de soltar *ostres, tieta,* tenías que haberte dedicado al teatro. Pero no lo hace. Ahora nada tiene gracia. A la prima se le encoge el corazón cuando ve a la niña impertinente acercarse a su padre, despacito, apoyarse en su brazo, ahogar un pucherito. Nita comienza su discurso con la mirada algo vidriosa, la nariz altiva. Reconoce que no ha sido una madre fácil. Que le tocó vivir una época oscura y que tuvo que romper muchas barreras. Que se equivocó muchas veces y que ahora que mira a la muerte de cara le toca pedir perdón. Habla de Marcel·lina. Habla de Amàlia. Anuncia a sus cinco hijos que, una vez que ella no esté, es su voluntad que Nicolau asuma el papel de líder familiar, que es él quien se ha ganado el respeto de todos.

Se hace el silencio. La prima Eva observa el mohín sombrío que crispa el rostro de Ramon, cómo sus pupilas se ponen en marcha con cierto frenesí, de un lado a otro, con ese gesto introspectivo tan suyo, tan parecido al de su hermana dos años menor. La prima Eva

espera, como todos esperan, a que Nita se extienda sobre este asunto, que hable de los otros hijos, pero la octogenaria no lo hace.

—*Neboda, no et veig.*[44] —Nita la reclama a ella. La busca entre todas las cabezas. Eva levanta la mano. Su tía la llama *reina* y le pide que no traicione sus raíces, hazlo por mí y por la memoria de mi hermano. Eva baja la cabeza y mira los restos de nata sin azúcar que no comerá, triste e incómoda por sentirse amonestada. La octogenaria exhala e inspira un par de veces y entonces se dirige a Nicolau. Y le pide, severa, que esté a la altura de lo que Catalunya le exige. *Ni un pas enrere, fill.*[45]

Nicolau cierra imperceptiblemente los ojos y todos los presentes creen que la *mare* ha terminado. Pero aún queda más. La voz de Nita flaquea y no todos oyen sus siguientes palabras: y haz el favor de estar al lado de tu mujer, ahora y en todo momento.

*

Amàlia se levanta de su silla, rápida, nerviosa, se va acercando a la cabecera de la mesa, no quiere que su suegra diga lo que va a decir:

—*... ets qui ets també gràcies a ella. No ho oblidis.*[46]

La octogenaria se recuesta de sopetón y pide que la lleven a la cama, ahora sí necesito echarme. Amàlia ya está a su lado y, con la ayuda de Sebastià, conduce a Nita con la silla de ruedas hacia la cama del salón, al otro lado de la puerta vidriada con rosas rojas y blancas que se abre y cierra con su peculiar runrún.

*

Las mujeres se levantan, precipitadas, a recoger los platos y reñir a los niños, para que el silencio se rompa, para recuperar el

despreocupado barullo. Los hombres callan. Marcel·lina también. La matemática se levanta y sale del salón sin recoger nada, sin decir nada. Enfila el largo pasillo que la conduce hasta la habitación de su madre, al lado de la luminosa galería que cierra la casa por el lado noroeste. Cuando entra en la estancia, la siente extraña, vacía, el macuto tirado en el suelo sin nada a su alrededor. No están sus aparatos. La puerta del baño está abierta. Marcel·lina no entiende determinadas cosas, las más superficiales, pero hay otras, más hondas, latentes, que, inesperadamente, puede intuir. Las mangas mojadas de Nicolau, su ausencia precipitada, las prisas por sentarse a comer y fingir que no pasaba nada.

Marcel·lina entra en el baño y se encuentra con todos sus dispositivos sumergidos en la bañera. Los dos portátiles, el Mac, el PC, los cables, las tres baterías, los dos discos duros, la antena portátil. Todo está bajo el agua. La impotencia de Nicolau por no encontrar otra manera de detenerla. Marcel·lina se sienta en la taza del váter y se saca las chirucas que aún tienen algo de barro. Aparta los dispositivos del fondo para hacerse un sitio y, sin desvestirse, se sumerge en la bañera de cerámica rosa con el agua ya fría.

Respira profundamente y repite dos veces *tot ha anat bé,* todo ha ido bien, como le ha prometido su hermano Nicolau. Nita ha hablado de ella en su discurso. Lo sabía todo. Su madre le ha pedido perdón delante de la familia entera, ha lamentado haber sido una madre incomprensiva e impaciente y se ha confesado agradecida y orgullosa por todo el trabajo que su hija ha hecho en favor del país. Y eso es lo único que a Marcel·lina le importa ahora. Imagina que ha sido Nicolau quien ha roto su promesa de no decir nada y ha puesto en antecedentes a su madre, previendo su ataque de pánico, su incapacidad de lidiar con una situación que la arriesgaba a sentirse débil, humillada. Abre el chorro del agua caliente para calentar la

bañera. Hunde una mano y toca el portátil, la antena bajo su muslo, y se dice a sí misma que ahora sí, ahora sí que su huida ha terminado.

*

La sobremesa se alarga toda la tarde. Los más pequeños juegan al parchís con Sebastià y la prima Eva, la tía Neus se adormila. Al otro lado de la puerta vidriada, la madre ha pedido encender la televisión y el canal 24 horas de TV3 anuncia que la ciudad se prepara para otra noche complicada. Miles de personas se están acercando a la Jefatura Superior de la Via Laietana, el órgano territorial de mando de la Policía Nacional en Catalunya, con gritos de *fora les forces d'ocupació.*

Los hermanos no atienden a la televisión, ni a sus móviles, ni al zumbido del helicóptero cuando se acerca al centro de la ciudad y se queda merodeando desde las alturas. Hablan de fútbol, desganados, con poca pasión, hasta que la niña impertinente empieza a hacer preguntas. Cuándo podrá ella viajar a México, cómo huyó su tía bisabuela Caterina por la frontera hasta Francia, cuántos niños llevaba a su cargo *amb una mà davant i l'altra darrere,* quién era la más guapa de las cinco hermanas Boix, cuál la más payasa. Entre una cabezada y otra, la tieta Neus sonríe y apenas participa, la sordera, ese sueño intermitente que la deja aturdida. Las respuestas se van dilatando, sin el contagioso deseo de recordar a los que ya no están. Un nubarrón de malos presentimientos viene y va.

*

El Jack Daniel's se acaba y el hermano mayor se levanta a buscar otra botella. Ha anochecido. Ramon tiene cincuenta y un años, es profesor de Literatura Catalana y es el único de los hermanos que sigue viviendo con su madre. Tuvo un intenso *affaire* con una joven alumna que terminó abruptamente y del que no se ha recuperado del todo. El primogénito de la familia Berenguer luce una barba larga y grisácea que le envejece, usa tirantes para los pantalones y pequeñas gafas de fino metal, le gusta jugar a parecer un intelectual de otro tiempo, aparentar más años de los que tiene.

Manel lo ha seguido hasta el carrito de las bebidas alcohólicas y le pide por segunda vez que deje de beber. Ramon ríe y le contesta que no, tío, que no, que tenemos que celebrar muchas cosas, como que Nicolau se ha convertido en el capo de esta *petita saga familiar,* bien pequeña y con poca épica, *que som catalans*. Ramon da la espalda a su hermano, se sirve más bebida y va subiendo el tono:

—Clar que tu no ho notaràs, en Nicolau és el teu cap... des de quan? Des de sempre?[47]

Nicolau llega justo a tiempo para impedir que Manel se violente con el mayor de sus hermanos. Manel está rojo de furia y al borde de perder el control. Nicolau le coge del brazo y le susurra *no facis tonteries,* por tus hijos que están aquí, por tu mujer. Manel mide un metro ochenta y seis y pesa casi noventa kilos. Es explosivo pero transparente. Desde que tiene hijos se ha ido templando y conformando con la vida que lleva. Le gusta trabajar con Nicolau, no ha imaginado nunca otra manera de ganarse la vida.

Nicolau se acerca a Ramon y murmura, confidente, que no hay motivos para que se preocupe por su futuro, ya encontrarán el momento adecuado para hablar, tienes que confiar en mí y estar tranquilo, todo irá bien. Ramon se aparta con un gesto de desprecio y suelta una retahíla de reproches. Comienza echándole en cara que

le ha faltado tiempo para acercarse a hacerse el santo. Le confiesa estar harto del aire de mandamás que está cogiendo. Lo acusa de mangonearlo todo: A mamá, para que te deje el ático en herencia; a los amigos de papá, para entrar en el Barça, tus negocios con la India. Por mucho que quieras creer que te pareces a papá, él no era un manipulador como tú. De derechas sí que era, solo en eso sois iguales.

—*I tu no ets de dretes?*[48] —salta Manel dando un paso hacia Ramon—. *Que vius al pis de la mare des que vas néixer i no poses ni el rentaplats!*[49]

Ramon hace caso omiso a las ofensivas palabras de Manel y Nicolau se defiende sin perder la calma. Le recuerda a su hermano mayor que, por mucho que le pese, los Berenguer siempre han sido de derechas. O no vivirías en esta casa.

Ramon, con un ligero destello de satisfacción, admite ser más Boix que Berenguer, *afortunadament*. *Jo no soc un mercader*. Le dice que este país necesita pensadores, que no los tiene y así nos va. Estamos en manos de gestores que nos venden al mejor postor.

—*Jo no crec en abocar el país al suïcidi*[50] —arguye Nicolau.

—*Ja ho sé, que no* —replica Ramon, irónico—. *Tu assessores empreses que posen la seu a Castelló a la primera de canvi.*[51]

—*No ens facis riure!*[52] —grita Manel.

—*Has aturat Tsunami perque t'has cagat a les calces.*[53]

—*No em sobrevaloris, Ramon* —replica Nicolau—*, no tinc tant poder.*[54]

—*Això és el que ens fas creure a tots.*[55]

*

El familiar runrún anuncia que la puerta corredera empieza a abrirse, despacio, un runrún suficiente para interrumpir la bronca fraternal. Amàlia asoma tras las rosas vidriadas y busca a Nicolau con la mirada, la mandíbula apretada, los hombros en tensión. Todos se giran hacia ella y esperan que diga algo, pero ella solo mira a su marido y murmura, *la mare,* tu madre. Nicolau aguanta la respiración. Un miedo atroz le invade el cerebro, las entrañas, se le expande por todo el cuerpo, un miedo atávico que le llega de no sabe dónde y lo reduce a la nada. Apenas oye la voz de Amàlia. Su madre ha claudicado, quiere morir, ha pedido el paliativo final y él se convierte en miseria, en nada, porque nada de lo que puede hacer ahora ni mañana ni nunca servirá ya de algo.

*

Un estruendo que viene de la calle los arranca de allí. Los gritos de la niña impertinente, también. La hipersomnia de Neus, la mirada de auxilio de Nicolau a su esposa, la rabia y el rencor de Ramon, todo queda paralizado, en suspenso. Tras el estruendo, se oyen gritos infantiles. Hace un rato que los niños han salido a jugar y ahora chillan y golpean las cristaleras de la balconera. La niña impertinente, pegada al ventanal y con expresión dramática, los lidera:

—*Mare! Mare! Que un coet ha explotat sobre la farmàcia!*[56]

*

Amàlia se va acercando y, con la voz pastosa, replica a su hija: *però què dius..., què dius, filla.*[57] Todos los adultos menos uno se precipitan al balcón corrido y miran hacia donde señala la niña:

Mireu![58] *Mireu!* Un helicóptero permanece suspendido en el aire, bastante quieto, dando unos tumbos erráticos, como no sabiendo qué hacer. Una humareda lo rodea. La niña sigue fuera de sí: ¡un cohete ha salido disparado hacia el helicóptero y ha explotado! *I just després un altre ha anat directe a la farmàcia!*[59]

Ramon le pide que deje de gritar y Manel le advierte que está asustando a los niños. ¿El helicóptero se va a caer?, pregunta uno de ellos. La niña se agarra a la gruesa barandilla de piedra y señala en dirección a una pequeña humareda que se cuela entre los terrados. Pero ¿no os dais cuenta? ¡Seguro que hay fuego en la farmacia!

Ramon le dice que es muy difícil que lo vea desde ahí. Manel explica que el helicóptero no va a caerse de ninguna manera, un aparato de estos es muy grande, vuela muy alto y no se cae así como así. La niña impertinente está a punto de llorar de rabia: ¿Creéis que me lo invento? ¡He dibujado muchas veces los terrados desde aquí y sé muy bien dónde está la farmacia! ¡Y algo ha explotado como una bomba!

Amàlia se arrodilla frente a su hija para calmarla. La sujeta por los brazos y le dice que ahora, más que nunca, necesita que se comporte como una persona mayor. Le dice que confía mucho en ella y que debe ocuparse de su hermano y de los primos pequeños y no asustarlos. La abuela está mal y hay que esperar a los médicos, *ja els hem trucat i no trigaran*.[60] Y añade, cariñosa, no te preocupes, amor, que ahora mismo papá y yo vamos a la farmacia a ver qué pasa.

Amàlia entra en el comedor y busca a Nicolau, pero Nicolau no está.

*

Nicolau se ha ido.

*

Virginia saca la cabeza del portal y se oculta de nuevo al ver a Nicolau cruzar la calle Ausiàs Marc. Nicolau no anda presuroso como acostumbra hacer, anda despacio, demasiado despacio para el gusto de la directora. Entra en el zaguán de la Fundació Vila Casas y ella le recibe con un exasperado ya era hora, tío, desde ayer que te pido audiencia.

—Aquí me tienes.

Ese tono al hablar. Esa mirada de pesar. La directora vacila.

—¿Cómo está tu madre?

—Dime qué quieres, Virginia.

Dos trabajadores salen del interior del museo, a toda prisa, y les piden que abandonen el portal, tienen órdenes de cerrar a cal y canto el zaguán, ha sido una temeridad tenerlo abierto hasta esa hora. Nicolau y Virginia salen a la calle y la puerta principal de madera maciza se cierra tras ellos. Nicolau quiere alejarse de allí, del edificio familiar. Anda por Ausiàs Marc, lado mar, hacia la plaza Urquinaona, y, sin mirar atrás, con la voz agria, repite:

—Dime de una vez qué quieres.

*

Amàlia y Manel corren por Ausiàs Marc lado montaña, ella pegada al móvil para hablar con los empleados de la farmacia, él no ha querido que su cuñada fuera sola a la plaza. Cuando llegan a la esquina con la calle Bruc, Amàlia ralentiza el paso. Manel se detiene unos metros

más allá, *ei, què passa?,* le pregunta. Pero cuando ve lo que mira Amàlia, ya no necesita respuesta.

Al otro lado de la calle, Nicolau discute con una mujer. Ambos la conocen. Salta a la vista que la directora del hotel Luna House está furiosa y que Nicolau no intenta contener esa furia. El marido de Amàlia baja la cabeza, aguanta con sumisión el chorreo de la que se supone que es su empleada, una mujer atractiva, curvilínea, temperamental, que le canta las cuarenta como una amante despechada.

*

—No me vengas con evasivas, Nicolás, hazme el maldito favor de decir las cosas claras, directas, por su nombre, joder, por una vez en tu vida. Eso es lo peor que tienes de ser catalán, los meandros al hablar, el victimismo, no coger el toro por los putos cuernos. Aunque no sé qué es peor, que seas un mentiroso o un terrorista. Pero ¿sabes lo que vas a hacer? Devolverme el puesto de trabajo. Vas a dar la cara por mí para que los Sanders no hagan maldito caso al imbécil de Bryan. ¿Me oyes?

*

Un aparatoso vehículo pasa a toda velocidad frente a ellos, en contra dirección, una especie de camión de lo más insólito, con una gran pala frontal, la parte delantera parecida a un tanque, la trasera a un depósito, sin aristas, redondeada, resbaladiza, proyectada para que nadie se agarre. Le siguen furgones blindados de los antidisturbios. Amàlia deja de mirar a su marido para mirar a la tanqueta de agua

de los Mossos d'Esquadra que se precipita a la plaza Urquinaona como si no hubiera un mañana.

*

Nicolau se vuelve hacia la sirena ensordecedora de la tanqueta policial y ve a su mujer, parada, al otro lado de la calle. Sus miradas no se cruzan por pocos segundos. Amàlia echa a correr y el ingeniero atina a escuchar la amenaza final de Virginia:

—Porque si no me salvas el culo, te delato.

*

Amàlia llega a la calle Roger de Llúria decidida a cruzar la plaza, pero Manel la detiene. Ella mira en dirección a la farmacia y se deja sujetar por los corpulentos brazos de su cuñado.

—*No podem entrar, és massa perillós*.[61]

Son las 23 horas y 12 minutos y Urquinaona los expulsa. La tanqueta sube a las aceras y arrolla con todo lo que encuentra a su paso. De la parte superior del vehículo sale un chorro de agua a una presión de entre diez y dieciséis bares que se dirige a todas partes. A los árboles, al suelo, a las hogueras, a la farmacia Bach. A las paradas de autobús. A todas las personas que corren. A las que están quietas también.

Amàlia

Se le presuponía debilidad de carácter. Pero lo que realmente definía la personalidad de Amàlia era su determinación. Había sobrevivido dos décadas entre los Berenguer Boix sin que el desinterés que profesaban hacia ella la desestabilizara. Los incontrolados caracteres de su familia política la volvían invisible, pero en esa invisibilidad encontró un lugar, más seguro, al que acabaron llegando todos. Con la discreción y la dulzura de Amàlia, las cosas fluían mejor, las tensiones aflojaban. Y acabó por hacerse fuerte. Tampoco era del todo cierto que no anhelara reconocimiento.

El día del último cumpleaños de Nita llegó, al fin, ese reconocimiento. A nadie sorprendió que, en su discurso, la octogenaria empoderara a Nicolau y pasara por alto los sentimientos de los otros hijos, que los relegara a un segundo plano, que ninguneara al mayor. Sí impactó la alusión directa a su mujer, a Amàlia, la esposa devota a quien Nita siempre había desdeñado. ¿Qué había pasado en apenas tres días? El miércoles, Nita se irritaba con la sola presencia de su nuera y el viernes la colocaba en un pedestal frente al resto de los Berenguer.

Amàlia había conocido a Nicolau con dieciséis años. Tendida en el suelo de la plaza Urquinaona. La pálida estudiante había sufrido una lipotimia causada por el calor sofocante del mes de julio y una abundante regla que el flaco cuerpo de la futura farmacéutica no soportó. Se desmayó de camino al metro, en medio de aquella plaza que Nicolau, ya de adulto, esquivaba, la misma que había cruzado a

diario desde niño pero donde apenas había jugado, un espacio que seguiría vertebrando tantos otros encuentros y coincidencias. Cuando Amàlia recuperó el conocimiento, se encontró con ese chico medio rubio de ojos grandes y claros, con sus educadas ganas de ayudarla. Nicolau esperó paciente a que se recuperara, compró una Coca-Cola en el quiosco y fue a buscar a los padres de Amàlia a la farmacia, el negocio de la que sería su familia política años más tarde y que se encontraba a pocos metros de allí.

El vínculo empezó a hilarse.

Coincidieron en bares y en alguna discoteca, pero sobre todo se encontraron por las calles adyacentes a Urquinaona. Se saludaban con timidez, ninguno de los dos sabía muy bien cómo manejarse en el terreno de la seducción. En un concierto celebrado durante las fiestas de la Mercè llegó el primer beso, algo torpe, desorientado. A Nicolau le atraía su serenidad, la mirada luminosa, aquel saber escuchar que tan bien le sentaba. Le gustaba el físico desgarbado y frágil de la estudiante, una espalda con una curva lumbar muy pronunciada que le alargaba las piernas y le levantaba el culo, una pelvis rotada hacia atrás que parecía quebrarse cuando le hacía el amor.

Pasaron unos años y Nicolau quiso ir a Estados Unidos a estudiar un posgrado. Se iba sin romper con Amàlia definitivamente, pero sin promesas. Le había asaltado una imperiosa necesidad de alejarse, aquella era la última oportunidad para volver a estar solo, sin pareja. Quería darse un tiempo. Quizá eran demasiado jóvenes, quizá debían vivir otras experiencias. Quizá la entrega de ella era excesiva.

El futuro ingeniero no quebró la pelvis de Amàlia, pero sí su candidez. Amàlia decidió que, a partir de entonces, no iba a exponerse a corazón abierto otra vez, ni al hombre de su vida. En la basílica de la Puríssima Concepció, donde le gustaba ir con su

madre, con su propia familia, todos ellos católicos practicantes, se propuso recuperarlo. Supo seguir presente en la vida de Nicolau con cautela, sin parecer dependiente. Se esforzó en salir con otros chicos. Aprender otras cosas, otros cuerpos.

Dos años más tarde, su determinación culminó con éxito. Nicolau volvió a buscarla. Le dijo que la necesitaba. Que solo al lado de ella se sentía en paz. Ella le transmitía una seguridad que a solas no encontraba. Era su rescate, una guía, la madre de sus futuros hijos. Se casaron. Por la iglesia, ella de blanco. A partir de entonces, todas las decisiones, pequeñas y grandes, se tomarían entre los dos. La ideología política, Tsunami, el trato con Marcel·lina, los negocios del ingeniero. Iban a una y ella lo sabía todo, Nicolau había necesitado que ella lo supiera todo.

El jueves por la noche, mientras Nita esperaba al notario y Nicolau se encontraba en paradero desconocido, Amàlia estuvo a solas con Nita. El notario no llegaba y ella se deslizó en el salón sin que nadie la viera. La nuera callada y tímida habló con esa suegra antipática que nunca le había demostrado especial respeto. De sus hijos, de las afinidades entre Sebastià y Ramon. De lo bien que le iría a Manel subir los días de fiesta a Roda de Ter y ayudar a su hermana a cuidar y mantener la casa. De lo bonito y trascendente que sería que los hijos de Manel crecieran conociendo a una tía huraña, pero generosa y buena. Amàlia, despacio, con su voz suave, fue dibujando un futuro que Nita ya no vería. Sebastià tendría un lugar donde estar cuando recalara en Barcelona y Ramon seguiría en su sitio, sin necesidad de hacer mudanzas. Al hermano mayor no le gustaban los cambios, como tampoco a Marcel·lina, ambos eran los hermanos más vulnerables y mantendrían su hogar en su sitio. Sebastià cuidaría de Ramon, y Manel de Marcel·lina.

Amàlia se detuvo unos segundos antes de añadir que Nico los cuidaría a todos.

Su suegra la escuchaba, pálida, el rostro tembloroso, buscando palabras que no le venían. Cuando Amàlia le reveló la decisiva involucración de Marcel·lina en Tsunami Democràtic, supo que ya no encontraría palabra alguna. Amàlia siguió hablando de la hija huida y de su particular reto al unirse a las *Marxes,* todo para demostrar a su madre de lo que era capaz, todo con el objetivo de recuperar su cariño. Era la manera de Marcel·lina de hacer las cosas.

A Nita le embargó una mezcla de debilidad y clarividencia que le dolió como si se fustigase por dentro. Siempre había despreciado esa raza de mujeres cuidadoras, que parecen priorizar a los demás, que gustan de mantenerse en un segundo plano, entregándose, dándolo todo sin aparente interés personal. Nita siempre había recelado de las actitudes altruistas. Amàlia era una de esas mujeres. Compasiva, moderada, noble. Tan alejada de los prontos de los Berenguer Boix. Una mujer que había sobrellevado con elegancia las arbitrariedades recurrentes de su familia política. La madre que le había dado su primera nieta, esa niña locuaz e impertinente de quien Nita sentía suyos su descaro y empoderamiento. Hacía más de veinte años que Amàlia formaba parte de la familia y esa era la primera vez que Nita la escuchaba de verdad, con la atención y el respeto que merecía.

Se sintió muy mal. También al darse cuenta de que, solo porque estaba débil, porque desfallecía, era capaz de reconocer la inteligencia de la otra. Por primera vez en muchos meses, Nita mostró su fragilidad y se derrumbó. Se echó a llorar y, con un hilo de voz, alcanzó a decir:

—*Ets un tresor pel Nico.*[1]

Amàlia vaciló. Su rostro sereno, la piel fina que nunca maquillaba, se quebró con un velo de tristeza. A su suegra no se le pasó por alto y quiso saber más.

6

Viernes noche o la batalla de Urquinaona

Dos horas y doce minutos antes de que la tanqueta de agua de los Mossos d'Esquadra entre en la plaza Urquinaona, Jordi cabecea de sueño en el sofá. El móvil tintinea en su regazo y el agente se despierta. Soletat responde al fin a las insistentes llamadas que Jordi le ha hecho durante todo el día.

«k ja stic a valencia»[1]

«q la Thais no esta ab mi»[2]

«que no tngo pasta y a ver como le doy de comer»

«un altre dia»[3]

«se lo dices tu puchi»

«k amb tu no s enfada»[4]

La tele está encendida y la cena enfriándose. Son las nueve de la noche y TV3 ha abierto el *Telenotícies vespre* con imágenes de motos ardiendo, militares persiguiendo a jóvenes, comercios saqueados. Jordi no sabe si hablan de Santiago de Chile, de París o de Barcelona. Todo se parece. Un escenario apocalíptico con jóvenes descontrolados que no tienen nada que perder. Una ira y un sinsentido contra el que Jordi se cree inmunizado.

Suelta el Huawei y se frota los ojos. Ha caído dormido en el sofá esperando a su hija, pero su hija no vuelve y él está inquieto. A Jordi no le importa que el trabajo de Thais como mensajera apenas haya durado veinticuatro horas, que la BMX haya desaparecido, todo esto

era más que predecible. Le preocupan otras cosas, el olor a chamusquina en la cama, la perorata izquierdista de esta mañana en el bar de los abuelos, el novio recién aparecido con apodo de fruta.

Hace dos días, la adolescente le pedía formarse como policía, seguir su ejemplo, y esta mañana lo ha tildado de facha con aquello de que tú defiendes los porrazos para que la gente se calle. Thais ha tirado el bocata al suelo, delante de su yaya, y no han vuelto a saber nada de ella. No le coge las llamadas, no le contesta los mensajes. Acaba de enterarse de que ni está en Valencia ni lo va a estar. Maldita Sole.

Hasta ahora, Thais ha sido una chica transparente, sin mentiras, sin filtros, una locuela adorable que siempre ha dicho todo lo que se le pasaba por la cabeza con esa sinceridad rasposa, salvaje, tan suya. Pero ahora Jordi sospecha que le miente, no sabe qué hace su hija en todo el día, ahora parece que esconda a un chico con el que quizá sale. Algo pasa con la adolescente y él ya va tarde, como el padre crédulo y tonto en el que se ha convertido. Jordi querría ver una foto del chaval que hace *skate* con su hija, si le viera la cara sabría de qué pie calza el amigo, el agente García siempre se ha enorgullecido de saber leer las caras de la gente.

Se levanta decidido a rebuscar en la habitación de Thais, a por algún indicio, pero el móvil tintinea otra vez y se abalanza a cogerlo. No es su hija quien le escribe. Es un SMS de la Sala Central de Comandament. Código 71. Operación Ícaro. Sube el volumen de la televisión y escucha al locutor del programa nocturno explicar que en la manifestación que ha empezado frente a la Jefatura Superior de la Policía Nacional las cosas se están poniendo peor que nunca.

Dos wasaps de Fede, el compañero de patrulla, le recuerdan que debe darse prisa:

«nos llaman a filas, Puchi»

«la cosa está que arde»

«que en bcn les faltan manos»

Jordi siente telarañas en la cabeza, pero un incipiente cosquilleo le empuja a salir a la calle a currar de noche.

*

—¿Cómo está la Thais? Hace tiempo que no la veo.

Al agente García le disgusta la pregunta. Jordi mira el perfil de Fede, su colega habitual de patrullaje, mientras este se ciñe el chaleco antitrauma. Observa la nariz chata del treintañero, la línea cortada en la ceja que le sigue en el pelo, al estilo de los futbolistas de élite que su pareja de la unidad ARRO idolatra. Fede es un tipo extrovertido. Guapo. Amigable. Hace más de tres años que patrullan juntos y se llevan bien. Pero Fede a veces hace comentarios sobre su hija que a Jordi le incomodan. Nunca se ha pasado de la raya, pero a Jordi le incomodan igualmente. Hablar de su hija adolescente en los vestuarios de la comisaría, rodeados de otros ARRO a medio vestir, no hace sino alimentar sus recelos de padre confuso. Jordi responde con mal tono:

—¿Y cómo está la Nerea?

El compañero cierra la taquilla, entorna los ojos y responde con tranquilidad:

—Pues mi novia bien, gracias, currando en el Corte, como siempre. Fastidiada con la jefa de planta que tiene, ya sabes, ya te conté, no se soportan. Pero enamorada está. De mí, claro. Como yo de ella.

Jordi se siente ridículo y los celos se esfuman. Enfilan la salida hacia la calle, junto al resto de los agentes, y en voz baja,

confidente, decide compartir su desasosiego paternal con su compañero de patrullaje:

—La Thais no ha vuelto a casa desde ayer y ni contesta mis mensajes.

—Entiendo.

—Pues eso. Que me tiene mosca.

—¿La Thais tiene novio?

—Eso parece.

Fede suelta una carcajada:

—¡Que la Thais ya no es una niña, Puchi, que es una mujer! ¿Qué quieres que haga un viernes por la noche? ¿Con noviete? ¡Pues salir y olvidarse del papa! ¿O tú no hacías eso a su edad? ¡Anda!

Jordi acelera el paso. Fede le pisa los talones y se embala:

—¿Tú no eras un golfo, Puchi, a los dieciocho? ¡Venga! ¿No te ibas de bares a beber y a lo que saliera?

Jordi se detiene y bloquea el paso al resto de los compañeros de su unidad. Se encara a Fede y todos le oyen gritar:

—¡Pero no se quemaban contenedores en el Paseo de Gracia, joder! ¡Y encima sale con un tal Ciruelas y vuelve con la ropa quemada, hostias!

*

El Volkswagen Crafter policial deja atrás plazas duras, rascacielos bajos, edificios de oficinas, centros comerciales y ferias. Las luces de la Ciutat de la Justícia dan paso a las de plaza Europa, y la furgoneta de los ARRO cruza la frontera que separa L'Hospitalet de Barcelona. Una frontera invisible que casi todo el mundo ignora. Cuando Jordi era niño, la separación entre las dos ciudades era bien clara, quedaba marcada por los descampados y los restos de las fábricas.

Al dejar la urbanizada Barna se entraba en los terrenos yermos de Hospi, un margen que se iba poblando de autóctonos e inmigrantes y que nada tenía que ver con el Eixample barcelonés o el barrio acomodado de Sarrià. Una clara e irrefutable división que se perdió hace años.

El sargento enciende el equipo de transmisiones y coloca una pequeña radio en el salpicadero. Escudriña por el retrovisor al agente García, sentado en el asiento de atrás del furgón. El conductor, Fede y cuatro agentes más completan el grupo.

El conductor se desvía a la derecha, luego a la izquierda y se mete en una calle empinada que los llevará a recorrer la montaña de Montjuic, un camino intrincado que Jordi y Fede conocen muy bien. La cogen a menudo para evitar el tráfico de la Gran Via o de la Avinguda del Paral·lel. Pero ahora no hay tráfico. Ni patrullan solos con su Seat León de la unidad ARRO. Ni hay luz para disfrutar de los pinos. Ni tiempo para tomarse una birra y asimilar lo que está pasando. El sargento silencia el ronroneo del equipo de transmisiones y enciende la pequeña radio digital. Navega por un menú hasta dar con Alfa-2 y lo activa con un toque del pulgar.

«JAGUAR 12 a base: subgrupo fijado en esquina Trafalgar con Jonqueres, doce hombres. Solicitamos apoyo.»

«Recibido, JAGUAR 12. Negativo apoyo ahora. Mantengan esquina y contengan.»

A Jordi le invade una irritación confusa y suelta un comentario del todo improcedente:

—Sargento, estos no son de los nuestros.

El sargento tuerce su robusto pescuezo para buscar la cara del agente García:

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho, agente García?

—¿Y nuestra emisora? —contesta Jordi—. Que estos que hablan son los de la UIP.

El sargento vuelve a mirar al frente y se toma unos segundos para responder. Empieza con tono grave, medido:

—Agente García. Nosotros formamos parte del Cuerpo Policial del Estado español, igual que la UIP, la BRIMO, la Guardia Civil o la Guardia Urbana. ¿Necesita que se lo recuerde? —El sargento se va crispando—: ¡Lo que pasó el Uno de Octubre del 2017 no se va a volver a repetir! ¡Esta vez, hay cooperación! ¿Se entiende?

Nadie abre la boca, el sargento no lo espera y los seis agentes lo saben. Jordi desvía la mirada por la ventanilla y observa la antigua muralla gótica iluminada de color violeta. Recuerda que, a Thais, de pequeña, le gustaba ese color, se lo decía comiendo churros cuando volvían de pasear por el centro en vísperas de Navidad. El Volkswagen cruza la Avinguda del Paral·lel y el sargento vuelve a retomar el tono imperativo, esta vez esforzándose en que suene más motivacional:

—¡Agentes! ¡La Operación Minerva y la Operación Ícaro son la misma cosa! ¡Madrid, Barcelona, hoy somos los mismos! ¿Se entiende? Porque el objetivo nos une y no es otro que restablecer el orden en las calles por el bien de todos los ciudadanos de esta ciudad. ¡Y la actitud es de máxima colaboración entre los diferentes cuerpos! ¡Este es nuestro trabajo y mi responsabilidad es que se cumpla! ¿Estamos?

—¡Estamos! —contestan, con ímpetu, cinco agentes.

Aparece el mar tras el Passeig de Colom y Jordi gira la cara para no ser visto desde el retrovisor delantero. Él no se ha sumado al grito.

*

Los seis efectivos siguen las instrucciones del sargento y cargan con los bártulos necesarios para montar un retén. El objetivo de la misión es dispersar a los grupos de manifestantes que se acerquen a esta zona, muy próxima a la plaza Urquinaona. Fede y Jordi se encargan de pedir a los transeúntes que rondan por ahí que se alejen. Hay tres mujeres que no obedecen. Quietas en una esquina, a un par de metros del furgón, miran y graban con el móvil. Una viste con una bata rosa de boatiné, otra lleva un chihuahua añoso a cuestas, y la tercera, con la boca torcida en un mohín de desprecio, lleva un gran moño sujeto por un pincel. Jordi se les acerca y les explica que la zona es peligrosa y que, por favor, se vayan a casa. La mujer que sostiene el perro, sin levantar mucho la voz, replica:

—*Vergonya us hauria de fer, malparits.*[5]

El agente García hace lo que tiene que hacer, poner cara de póker, callarse. Sabe que el uniforme antitrauma que viste ahora provoca más rechazo del habitual; con su traje rutinario —el mono azul marino con bandas rojas— lo miran con menos recelo. Ahora, a pesar de que lleva la cara descubierta y no parece un guerrero ninja a punto de entrar en combate, como sí parecen los antidisturbios, tiene que comprender que la ciudadanía los confunda. Repite el gesto con los brazos, con más determinación y evitando el contacto visual, palmas abiertas y adelante y atrás, un gesto inequívoco de que las mujeres deben marcharse de ahí. Pero ellas no se mueven. Una de ellas sonríe con cierta insolencia y Jordi se acuerda de la vecina. Piensa en lo mucho que se parecen esas mujeres a Conchita, la peluquera del barrio, la mujer a la que tanta gracia parece hacerle y que le regaló rosas rojas el día del referéndum catalán de hace dos años. Ese maldito día en que los Mossos no impidieron un plebiscito prohibido desde Madrid y que los ha llevado a esta mierda. La

señora de la bata rosa se arrima a la cinta y le escupe, con tan poco brío y saliva que apenas mancha el dobladillo de su pantalón azul marino.

Las mujeres se alejan, con calma, sin prisa, subiendo a Twitter lo que han grabado. Fede corre a su lado y, cuando lo alcanza, Jordi masculla, amargo:

—Qué quieres. La misma historia de siempre. Ayer flores, hoy escupitajos.

*

Pasan los minutos y apenas hay movimiento en la encrucijada en la que se encuentran, no hay tráfico y ya nadie se acerca. Los agentes se relajan y hablan entre sí, un compañero señala al sargento que sigue dentro de la furgoneta, pegado a la radio, y bromea, esto parece la Champions, dice. Nadie le ríe la gracia. Fede se lleva a Jordi unos pasos más allá y le enseña la pantalla de su móvil:

—Ni cerezas ni *prunes,*[6] Puchi, el pavo de tu hija se llama Eloi el *Cirera* y va a ser una joya de yerno.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunta el cuarentón al treintañero en un momento de pasmo.

—¡Papá Google, Puchi! ¿Qué te pasa hoy?

El agente García coge el móvil de Fede y puede ver la cara a Eloi, el CDR apodado el *Cirera*. Un chico guapetón, con el pelo rapado en las sienes y tatuajes en el cuello, es protagonista de una noticia del diario digital *El Español*. El artículo explica que el joven es un activista antisistema y uno de los cabecillas más destacados de los CDR en Catalunya.

Pero el sargento los llama desde el furgón y Jordi García no puede seguir leyendo que Eloi Olm Grau nació en Arenys de Munt, una

población del Maresme catalán conocida como la zona cero del Procés, tampoco que su familia se dedica al cultivo de las cerezas y que de ahí le viene el mote. Jordi devuelve el móvil a Fede y obedece al sargento.

Desmontan el retén a toda prisa, media hora después de haberlo desplegado. Con las sirenas y las señales luminosas enfilan un Passeig de Sant Joan desierto y la calle Trafalgar con un par de focos de fuego. El agente García no se inmuta ante las llamas ni frente a la desesperación vecinal, que desde los balcones lanza escasos litros de agua en pequeños cubos de fregar. Tampoco con las explicaciones ansiosas del sargento, cuyo habitual tono autoritario ha bajado de intensidad:

—Vamos a primera línea, señores, al cierre sur de Urquinaona. ¡A dar apoyo! JAGUAR lleva demasiadas horas recibiendo palos y siguen solos. Ya les he dicho que se ha acabado esto de darnos la espalda.

*

Jordi sigue con la cara de Eloi en la retina cuando el Volkswagen Crafter se sube a la estrecha acera de la calle de les Jonqueres. El sargento les ordena aprovisionarse de munición y colocarse la equipación de emergencia. Los ARRO son recibidos por el conductor que custodia la furgoneta de JAGUAR, un subgrupo de la segunda Unidad de Intervención Policial apostado a unos diez metros de donde se encuentran. Todos dirigen la mirada hacia allá. Al otro lado de la calle Trafalgar, frente al teatro Borràs, una escuadra de hombres resiste, envuelta en humo y ceniza y con visible dificultad, la furia de unos embates constantes y sordos.

Jordi masculla a media voz esta orden no puede haber llegado por la vía ordinaria. Se ajusta las espinilleras. No entiende la decisión de

mandarlos a ellos, unos insignificantes ARRO de la vecina ciudad de L'Hospitalet que se dedican a desviar el tráfico, a dar un soporte semejante. Un refuerzo de alto riesgo a un cuerpo nacional de élite. Pero cuando el sargento se gira hacia ellos y grita ¡Ahí que nos vamos!, a Jordi se le acelera el ritmo cardiaco, abandona sus dudas y deja de pensar en Eloi.

*

Eloi Olm Grau golpea el suelo con la tapa de hierro de una alcantarilla. Una, dos, tres veces. Al octavo golpe, el pavimento cede. Grita con furia. Varios chicos se acercan y acaban de arrancar los adoquines con las manos. Otros llenan un carrito de supermercado. Eloi los jalea y mira cómo algunos desaparecen entre la humareda. Él se queda donde está. El CDR de Arenys de Munt busca a Thais, hace rato que la ha perdido de vista.

*

—*VENI!*

A la adolescente del pelo azul le sangra el vientre y el humo la ahoga. Alguien tira de ella. Thais se ha acercado demasiado a la barricada. Corría con tanto ímpetu que ha resbalado y se ha estrellado sobre la amalgama de vallas, señales de tráfico, parasoles y contenedores chamuscados. Un tubo punzante le ha rasgado la camiseta y la piel de la barriga. Alguien con un casco de moto en la cabeza la coge por el pescuezo y la arrastra fuera del tumulto. Llegan a un portal con dos escalones y Thais se deja caer bajo un gran cartel que reza EL MÉTODO GRÖNHOLM. Al lado del chaval que la ha socorrido hay otro chaval, también menudo y con casco. Ambos

empiezan a manipular un par de mochilas. Thais vomita a pocos centímetros.

—*Eeh, attenta!*

—*I petardi!*

La melodía del hablar italiano reconforta a la adolescente, también que los chavales sean chavalas. Les dice perdón, perdón. Se limpia las babas con la manga y se embadurna la cara de una suciedad negra e indefinida. Observa a las chicas con la mirada desenfocada. Por debajo del casco de una de ellas asoma un largo mechón de color rosa. Junto a las mochilas hay desparramadas cadenas de bicicleta, martillos, tirachinas, bolas de hierro. Botes con líquidos. Aparecen más cabezas cubiertas con cascos. Se saludan, se dan prisa. Qué hacéis, pregunta Thais con la voz tomada. La del mechón rosa le señala el cielo y hace: ¡bum!

*

—*De veritat et preocupes per ella?*[7] —la universitaria busca los ojos de Eloi para que la escuche bien—. *Però si té més recursos que nosaltres dos junts!*[8]

El CDR no la mira, no la escucha y Mire se sienta tras un OPI publicitario. Saca el móvil del bolsillo de su cazadora tejana y abre la app Notas. Hace días que escribe sobre lo que está pasando. Textea que esto es un infierno, que se encuentra en medio de una guerra. Que ni el miércoles, ni el martes, ni tan siquiera la noche del aeropuerto, las cosas se pusieron tan violentas como hoy. Delante de ella vuelan vallas, parasoles de bar, tiestos, cócteles molotov. Se oyen balazos, explosiones, hay fuego por doquier. Tienen un helicóptero encima todo el rato, que vuela bajo, muy cerca. Hay punkies con crestas, chicos con cascos de moto, con guantes, con

máscaras de gas. Con latas y bidones usados como escudos. Mucho perroflauta de fuera de Barcelona, mucho *cupaire,*[9] chandaleros, también hay gente que habla italiano. Eloi se acerca y ella sigue tecleando, atropellada, escribiendo una crónica frenética que la hace sentir un poco útil. Una notificación de Instagram le salta en la pantalla y detiene su relato.

Es un directo de Thais. Mire entra en la red social. La adolescente está subiendo contenido para los quince mil *followers* que siguen su cuenta. Mire se sonríe cuando lee el *hashtag* #ArdeURKINAONA y murmura, *quina tia*. Cuando Thais invierte la cámara a modo selfi, Mire puede ver, encima del pelo azul de la adolescente, un cartel horizontal con cuatro personajes en traje de oficina. La universitaria grita a Eloi:

—*Que està al Borràs!!*

Ambos dirigen la vista hacia el teatro.

Desde los bajos de la sala de espectáculos, un pequeño proyectil sale disparado hacia el cielo y se dirige al helicóptero que sobrevuela la plaza. Un segundo cohete sale con menos fuerza, vuela bajo y estalla en las ventanas de la farmacia Bach.

*

La niña impertinente chilla desde la calle Ausiàs Marc y la familia Berenguer se precipita hacia los balcones.

*

Jordi y el sargento, apretujados entre escudos y cascos, apenas distinguen una colisión de la otra. El segundo cohete les ha dado

muy cerca, apenas a unos metros de donde se encuentran. Uno de los JAGUAR grita con marcado acento andaluz:

—¡Que los terroristas están aquí delante, joder! ¡Que han articulado el proyectil desde allí! ¡Veo tres cabezas! ¡Que solo son tres! ¡Dos con casco de moto! ¡Una cabeza descubierta, pelo azul! ¿Hacemos algo? ¡ESTAMOS A VEINTE PUTOS METROS!

El pelotón se mueve hacia delante. ¡JUNTOS, JUNTOS, JUNTOS! sigue bramando el JAGUAR. Jordi siente una punzada de dolor en las sienes, en la cabeza, en la cara. Necesita contrastar lo que acaba de oír. Lo de las tres cabezas. Lo de los terroristas. Lo de una cabeza con el pelo azul. Tiene al sargento bastante cerca, pero él busca a su compañero Fede y no puede verlo, no puede llamarlo, no puede salir de ahí ni moverse de otro modo que no sea avanzar, encajado entre otros hombres, formando un bloque compacto.

*

En su frenética carrera hacia el teatro Borràs, el CDR pide ayuda a todos aquellos con los que se cruza, colegas, conocidos, desconocidos: *UNA COL·LEGA ESTÀ A PUNT DE SER ASSETJADA PER LES FORCES DE REPRESSIÓ!*[10] Los colegas responden. Los desconocidos también. Son muchos los que se precipitan al lado suroeste de la plaza Urquinaona cargados con objetos hasta las cejas.

Eloi ve a Thais y la llama, exultante, feliz, le abre los brazos y espera que la adolescente le salte encima al grito de ¡Loi Loi machine!, que se le agarre como un koala, las piernas cruzadas a su cintura, como siempre hace. Eloi espera eso y su risa deliciosa, un beso, un gracias. Pero Thais no lo hace. Los recibe, a él y a Mire, con un simple ¡ey, gente! y sigue con lo suyo. Parlotear con dos

chicas que llevan la cabeza cubierta con cascos de moto y manipulan sendas mochilas.

*

Mire se queda rezagada, observa la mancha oscura y húmeda en la camiseta de Thais, su cara sucia, el parloteo italiano, el mechón color rosa. El suelo con botes, cadenas metálicas y un tirachinas modificado con bolas de acero. La universitaria quiere irse de allí, llevarse a Eloi. Pero ve la expresión del CDR y se siente impotente. Tras unos segundos de desconcierto, Eloi reacciona y coge las piedras de las manos de otros chicos, se olvida de cubrirse media cara con el buff, suelta un alarido y se precipita hacia la barrera policial que queda frente a ellos. Mire murmura, tío, *nosiguis tonto, no facis això,*[11] pero Eloi sigue adelante y se acerca al pelotón policial, demasiado, mucho más de lo necesario, mucho más que cualquiera de los otros encapuchados que también lanzan adoquines.

*

El pelotón de policías se estremece y frena en seco su avance. Una nube de piedra y granito vuela hacia ellos y, tras la nube, lo que parece una jauría de agresores enloquecidos.

—¡Que nadie se mueva! —grita el JAGUAR con acento andaluz—. ¡Ni adelante ni atrás! ¡MANTENER POSICIÓN O SE NOS COMEN!

*

Jordi empieza a ver puntitos negros y un dolor pulsátil le presiona las sienes. Son doce hombres acorralados en una esquina infernal abandonados de la mano de Dios. La ansiedad y el estrés del agente García amenazaban con vencerlo. Tres cabezas. Una con el pelo azul. Jordi está a punto de entrar en la temida visión de túnel. Empieza a perder la visión periférica, pero es consciente de ello y eso le ayuda. Sabe que su cerebro lo está engañando, sabe que está entrenado para combatir la limitante respuesta psicofisiológica de su cuerpo. Sacude la cabeza de un lado a otro y empieza a ejercitar la respiración de combate. Aguantar el aire cuatro segundos, exhalar otros cuatro segundos. El sargento está cerca, dos hombres más hacia la izquierda, en diagonal. Es él quien los ha metido allí. No ha llegado ninguna orden de arriba. Jordi no cree que lleguen órdenes de arriba. Que haya vías ordinarias. El sargento siempre ha sido un defensor de la patria, del Reino de España, y hoy se ha saltado las putas normas. Jordi mira a su jefe, más bajo y pesado que el resto de los agentes, rozando el sobrepeso, y lo ve soportar con estoicismo la lamentable situación en la que se encuentran. Al igual que cualquier otro efectivo raso. Al agente García se le disipa la rabia. Siente empatía. Orgullo por su trabajo. Solidaridad de compañero. Sigue respirando, uno, dos, tres, cuatro, y la presión en la cabeza empieza a remitir.

*

—¡EL MATERIAL SE HA FUNDIDO OTRA VEZ!

—¡Pues ellos siguen fabricando munición de no se sabe dónde, cojones!

—¡A reciclar pelotas, compañeros! ¡A la española!

A Jordi le parece que la virulencia de los ataques con objetos aminora y no da crédito a que, tras el último grito, uno de los JAGUAR suelte su escudo y se ponga a andar, al frente, desmarcándose del grupo. El agente de la UIP avanza con cierta lentitud, con su bocacha en la mano derecha, la escopeta que lanza pelotas de caucho y que ellos, los Mossos d'Esquadra, tienen prohibido usar por una estricta ley catalana. El JAGUAR busca pelotas perdidas en medio de un suelo devastado y queda a merced de las embestidas de los chavales ocultos tras capuchas y pasamontañas. A Jordi le invade una profunda admiración. Decide seguirle por lealtad profesional, pero también para romper del todo su ahogo y claustrofobia. Se desmarca del pelotón. Alcanza al agente JAGUAR y lo cubre con su escudo.

Jordi se coloca de espaldas al compañero que protege y, al mirar hacia atrás, hacia los suyos, ve que, desde arriba del edificio donde se apoya y resguarda el grupo de policías y *mossos,* caen cosas, en una clara trayectoria vertical. Las farolas deslumbran a los policías y ellos no pueden verlo, pero desde la nueva posición de Jordi, ahora bien adelantada, se ve claramente. Bártulos y piedras caen desde una azotea. Jordi los avisa a voz en grito: ¡DE ARRIBA, QUE CAEN DE ARRIBA! El sargento de la unidad ARRO, su sargento, no puede hacer nada para protegerse y un cachivache blanco de más de veinte kilos le cae en el hombro y le rompe la clavícula. Una lesión que lo invalidará de por vida.

*

Eloi ve caer una lavadora encima del grupo de policías. Le asalta una duda del todo inesperada y durante unos segundos se queda paralizado. No ve venir a un policía decidido a abalanzarse sobre él.

El *mosso* lo pilla desprevenido y lo golpea con la porra en las piernas una y otra vez hasta que lo tira al suelo. La universitaria aparece chillando *DEIXA'L!*[12] y el policía hace un ademán violento para que la estudiante no se acerque. Eloi le pide a Mire que se vaya. El CDR, con la cara pegada al asfalto y la bota del *mosso* en la nuca, va diciendo a la universitaria que siga a Thais. *A la Thais, segueix a la Thais!*

*

Jordi se deja caer de rodillas encima de la espalda de Eloi y le retuerce un brazo hasta dejarlo inmovilizado. Acerca su cara a la cara del CDR y, bien cerca del oído, le susurra con toda la mala leche de la que es capaz:

—Quiero que te alejes de la Thais, lo entiendes. Sé quién eres, dónde vives, lo sé todo de ti. Aléjate de ella o te busco y te rompo algo más que las piernas.

*

Rápida como una gacela, la adolescente del pelo azul se mete en la calle Fontanella y gira por el primer callejón que encuentra a la izquierda. Le siguen las dos italianas y Mire. Las tres no pueden seguir el ritmo de Thais y empiezan a quedarse atrás. El *carrer* de les Moles es una callecita angosta, estrecha y larga, y en los números doce y catorce están localizadas las salidas de servicio del hotel Luna House. El grupo sigue corriendo callejón abajo hasta que una de las chicas grita no puedo más. Es Mire. La universitaria tiene la cara congestionada, la piel enrojecida y con ronchas blancas. Un dolor agudo en el costado propio del flato la dobla por la cintura. Le

falta el resuello. Se apoya en la pared cerca de tres pequeños contenedores. Las chicas italianas se paran unos metros más allá. Se sacan los cascos y aparece la melena color rosa, larga hasta la cintura, y dos caras empapadas en sudor. Thais necesita unos metros más para darse cuenta de que está corriendo sola. Se detiene de golpe. La cara sucia, la camiseta rasgada a la altura de la barriga que destapa una herida roja y húmeda. A ella no le falla el resuello. No le duele nada. Da varias zancadas hacia el grupo y grita en un italiano inventado: *Prou di capitalismo! Abajo il faxismo!* Cuando alcanza los contenedores, da un salto, limpio, las piernas juntas, y se sube a uno.

Una puertecita negra se abre y aparece un chico con un tupé excesivo y repeinado. Viste con una camiseta negra y unas bambas relucientes. Cuando ve al grupo alrededor de los contenedores se pone a gritar:

—¡Eeeh, ehhhh, hijos de putaa! ¡No toquéis mis contenedores!

La adolescente del pelo azul se gira a mirarlo.

—¡¿Y a este qué le pasa?!

El chico se acerca, no muy deprisa, pero sigue gritando ¡Que esto es España, maricones! La adolescente, burlona, le increpa:

—¡Ahhh, que eres un facha de mierda! ¡Un puto facha de mierda!

—*Thais, deixa'l* —le pide Mire.

Pero Thais no escucha. Thais no piensa. La adrenalina la domina y su nervudo cuerpo recuerda todo lo aprendido del krav magá con su padre, pocas lecciones fueron suficientes para interiorizarlo. El instinto y la memoria inconsciente se ponen en marcha. Canalizar la propia fuerza, dar una única patada, alta, en un movimiento corto, rápido, el otro pie enraizado al suelo y en equilibrio.

El chico se detiene a un par de metros. Thais salta del contenedor y, desde el suelo, levanta una pierna y asesta un golpe seco y

certero en el frágil pecho del chico. Antonio Clavijo Moreno, el barman del hotel Barcelona Luna House, el simpático gitano del barrio de La Mina, cae a plomo.

La adolescente del pelo azul olvida las recomendaciones del padre sobre las reglas morales que sí tiene la arriesgada técnica de defensa personal. Y patea al chico una vez, dos, tres.

*

—¡THAIS!

La universitaria se abalanza sobre ella, le asesta varios sopapos en la cabeza y chilla llena de rabia:

—*Que paris, idiota!Que ets una animal! Una gamberra! Que aquest no és el teu lloc!*[13]

Thais se protege de los tortazos de Mire levantando un brazo con displicencia, *deixa'm, nena,*[14] y ni siquiera vuelve la vista hacia ella. La universitaria la empuja con fuerza, para que le haga caso, para que la mire a los ojos.

—*Que no tens un puto dit de front!! Que engarjolaran l'Eloi per culpa teva!!*[15]

Thais se vuelve, irritada.

—¡Ey, la pija esta que se me pone valiente!

La universitaria poco puede hacer contra la fuerza física de la adolescente. Thais le da un seco puñetazo en la nariz, la agarra por la cintura y la tira al suelo con una facilidad humillante. Se sienta encima del blando cuerpo de Mire y le cruza los brazos por encima del pecho. Ríe. La universitaria habla con una voz rara, ahogada, empezando a tragar un espeso líquido caliente:

—*No et vull veure mai més.*[16]

La adolescente no la suelta. No responde. La mira fijamente. Mire sigue hablando con la voz tomada por la hemorragia nasal que le fluye hacia la garganta:

—*Ets una cateta que no farà res amb la seva vida.*[17]

Los músculos de Thais ceden y sujeta a la universitaria con menos fuerza.

—*Una inútil que fa pena*[18] —sigue Mire.

Las italianas se colocan de nuevo los cascos y Thais parece despertar de un momento de ensimismamiento. La adolescente les pregunta si se van, ellas contestan que sí. Thais se levanta, sortea el cuerpo de Toño y echa a correr tras ellas.

Mire llama al chico. *Ei, tu. Estàs bé?* Pero el chico no responde. Apenas respira. La universitaria se arrastra hacia él, intenta tomarle el pulso pero no consigue encontrarlo. Lo pone boca arriba con cuidado y empieza a practicarle una reanimación cardiopulmonar. La universitaria hizo un curso de primeros auxilios en unos campamentos de verano y recuerda bastante bien lo que tiene que hacer. Con las dos manos presiona el pecho del chico con firmeza, a un ritmo constante, contando en voz alta, uno, dos, tres..., hasta que el cuerpo de Toño responde. El chico se estremece con un espasmo y empieza a toser abruptamente. Mire lo gira hacia su lado derecho. Toño babea y ella lo tranquiliza, ansiosa, asustada, la nariz goteando sangre. *Ja està, tio, ja està.*

*

Thais y las italianas entran en la plaza Urquinaona por Via Laietana y se dirigen hacia las dos islas del centro. Son las 23 horas y 12 minutos y un chorro de agua a presión impacta de lleno encima de las tres chicas y las propulsa varios metros hacia atrás. Es la

tanqueta de agua de los Mossos d'Esquadra. La adolescente se estrella contra las bicicletas municipales bloqueadas a cal y canto en una parada de Bicing. Se clava varios manillares y pedales. Cuando el chorro se desplaza cae al suelo y queda tendida en un charco de cristales.

*

Amàlia llega a Roger de Llúria decidida a cruzar la plaza, pero Manel la detiene. Amàlia siente como un vahído y se agarra a los brazos de Manel y a la reconfortante certeza de que su hija llegará lejos en la vida. La niña impertinente tenía razón. Hay fuego en las ventanas de la farmacia.

*

Jordi observa cómo la tanqueta de agua aplasta la plaza y termina el asedio. Llegan ambulancias. Aparecen pelotones de antidisturbios de los Mossos d'Esquadra y más unidades de la UIP. Se llevan al sargento. Con inusitada facilidad se toma Urquinaona.

*

La universitaria deja a Toño en manos de un auxiliar de enfermería de los Sanitaris per la República, un colectivo de profesionales médicos, autoorganizados y voluntarios, a quien Mire ha llamado. El gitano de Sant Adrià sigue muy mareado y tiene la presión por los suelos. Mire se ha ofrecido a escribir a su madre y ha proporcionado a la familia todos los datos para que lo localicen. Toño le ha dado las gracias varias veces y se ha atrevido a ponerse coqueto, a decirle no

me dejes solo ahora, que tengo una cardiopatía y tú me has salvado la vida, no has escuchado lo que *han dit, aquests?*[19] Ella reprime unas insospechadas ganas de sonreír y le contesta:

—*Aquí et cuidaran molt bé.*[20]

—Pero qué prisas son estas.

—*M'esperen a casa.*

Pero cuando se queda sola, no quiere ir a casa. Anda sin rumbo y llora.

*

Jordi bebe agua de un botellín. Luego se la tira por la cara y por el pelo. El chaleco, ya empapado de sudor, se le pega más y le agobia. Pero no se lo quita. Se sienta en un bolardo y el abatimiento puede con él. Alguien le ofrece un cigarrillo y él dice no gracias, ¿no tendrás un chicle? Después de las múltiples tentaciones para volver a fumar, ni con esta sucumbe. A su alrededor la adrenalina sigue disparada y Jordi siente una profunda sensación de derrota. Ha conocido al *Cirera*. A Eloi Olm Grau. Al CDR de Arenys que ha introducido a su hija en este mundo de protestas callejeras. Al tío que imagina que se ha acostado con su hija. Al idealista que ha encontrado el caldo de cultivo necesario para envalentonarse y creer que podía cambiar el mundo. El chico, mientras se levantaba del suelo, lo miraba como si viera un fantasma. Le ha dicho no se preocupe, *senyor,* desaparezco del mapa porque a su hija ya no le intereso, Thais ha hecho un viaje conmigo que le ha sabido a poco, ya está por otras cosas. Jordi no ha querido escuchar más y lo ha soltado.

Se levanta con impaciencia y se le cae el botellín de las manos, se agacha a cogerlo y el hombro le pinza, la vieja tendinitis que

empeora. Los Mossos Antidisturbios, ARRO y JAGUAR que se arremolinan a su alrededor siguen hablando atropelladamente y Jordi piensa que de nada ha servido lo que ha sucedido. Más tarde llegarán las cifras. Los 3,1 millones de euros en daños materiales. Los 1.044 contenedores quemados, los 6.400 metros cuadrados de pavimento levantados, los 358 cubos de basura chamuscados y las 290 jardineras destrozadas. Jordi está convencido de que mañana la gente volverá a Urquinaona porque no les corresponde a ellos, a la policía, solucionar un asunto de este calibre. Quiere subir al furgón y salir de allí lo antes posible, pero los otros agentes siguen hablando por los codos.

*

—Los de arriba nos han tenido a los pies de los caballos hasta que les ha dado la gana.

—Algo ha cambiado a partir de la tanqueta.

—La tanqueta ha llegado por el destrozo de vuestro sargento.

—Vuestro sargento no vuelve a trabajar, eso os lo digo yo.

—Espero que le den una medalla. Qué lealtad para con nosotros.

—Con su baja se cruzaba una línea.

—No sabemos si ha sido una decisión operativa o política...

—Ni lo sabremos.

—... pero después de eso, por fin, se ha decidido algo.

—Lo del sargento ha sido el punto de inflexión y por eso han mandado la tanqueta y los refuerzos y san se acabó.

—Y vosotros sin bocacha. Con el cuerpo a cuerpo a ver cómo los parabais.

—Se nos comían.

—No querían repetir la foto del Uno de Octubre. Esta vez la foto éramos nosotros recibiendo palos.

—Piedras.

—Sierras, lavadoras.

—Hay que irse. Se agradece la ayuda, compañeros.

*

Los agentes se van retirando excepto uno, de la UIP, quien, con un bonito acento andaluz, se dirige a Jordi:

—Agente García, Puchi, me dicen, ¿verdad?

—Verdad —responde el de L'Hospitalet.

—Gracias, compañero. Soy JAGUAR 32, el kamikaze que buscaba pelotas de caucho en el suelo y al que has protegido. Todos mis respetos. Me gustaría ofrecerte esto.

Le brinda el pequeño escudo de la UIP que se ha arrancado del uniforme. Un parche de goma PVC con el borde cosido, un león rampante coronado, rodeado de once flores de lis doradas. Jordi no duda en arrancarse el suyo del hombro. Su escudo de la ARRO muestra el perfil de la cabeza de un león sobre las cuatro barras. Ambos agentes se los intercambian y se dan un escueto abrazo.

—En el salón de mi casa lo voy a guardar —sonríe el policía nacional yéndose hacia su furgoneta—, por cierto, soy de Sevilla.

Fede llama a Jordi desde el interior de la Volkswagen: ¡Hay que salir por patas de aquí, Puchi! ¡Que se viene gente! El agente García sube al furgón y, antes de cerrar la puerta, un tipo se abalanza sobre la furgoneta, golpea la carrocería y le increpa:

—*No et mereixes la senyera que portes, traïdor!*[21]

Jordi

Si le llamaban Jorge, no se giraba. No se daba por aludido ni cuando visitaba el pueblo, allá en León, cosa que hacía cada vez menos. No encontraba nada suyo en el humilde lugar donde nacieron sus padres, tan vacío de niños, la fuente sin agua, el bar sin jolgorio, un paisaje ajeno.

Había sido bautizado con el nombre del santo patrón de Catalunya por agradecimiento a la tierra que los había acogido. Un empeño de la madre para hacer del hijo un catalán de Castilla. O un castellano de Catalunya. Para ellos era lo mismo. Para Jordi no. Él era hospitalense hasta la médula y Hospi estaba en Catalunya, eso estaba claro, por tanto, según una lógica aplastante, él era catalán hasta la médula. Pero Jordi no quería llevar la contraria a sus padres en estos asuntos. No iba a confesarles que había justificado el nacionalismo catalán, que creía que un referéndum bien organizado, que preguntara a los catalanes si querían o no quedarse en España, podía solucionar las cosas. Consideraba que la Constitución debía ser flexible y debía permitir ser actualizada. El agente García estaba convencido de que ganaría el «no» y, por esta razón, estaba convencido de que un referéndum pactado y legal supondría un gran paso para resolver los problemas identitarios de Catalunya.

Jordi recuerda muy bien el día que en el colegio apareció un póster colgado al lado de la pizarra, el dibujo de una muchacha con un peto azul y una carpeta amarilla. Era la Norma y llegaba para quedarse, *per normalitzar el català* y que fuera cosa *de tots,* decía la

muchacha en un simpático bocadillo de cómic. Eran los años de su infancia, cuando la frontera entre L'Hospitalet y Barcelona era física e irrefutable, cuando la vía del tren del Carrilet no estaba cubierta ni protegida y los niños jugaban en los raíles. Todo era más salvaje y la pedagogía no salía de las aulas. Los chicos enganchaban con chicle una moneda en el raíl y, cuando pasaba el tren, el metal quedaba afilado como un cuchillo. El abuelo de un amigo les ayudaba a hacer navajas con palos. Los niños se perdían durante horas por las calles y no se sufría por eso, ni las madres ni las abuelas, que ya tenían bastante con lo suyo.

Las clases de catalán se daban como si fueran clases de inglés, una asignatura impartida tres días a la semana, y su madre estaba muy contenta, porque decía que esa era la verdadera integración. Ella y su Paco se avergonzaban de no saber hablar la lengua del lugar donde vivían, no quería que a su hijo le sucediera lo mismo. Pero Jordi no lo llegó a integrar lo suficiente para hablarlo con fluidez. En esos años de escolarización todos los profesores eran castellanohablantes, todo el material pedagógico estaba en español y en el patio del colegio, en casa, en la calle, todo seguía igual, catalán más bien poco. Jordi defendía la política lingüística del gobierno autonómico catalán con una mezcla de culpabilidad y agradecimiento. Culpabilidad por no haber conseguido ser un auténtico bilingüe, agradecimiento porque su hija Thais sí lo era.

Cuando el joven Jordi ingresó en la Academia de Policía, se lo dejaron bien claro, *això és l'Escola de Policia de Catalunya*[1] y aquí se canta *Els Segadors,* se besa la *senyera* y se habla catalán. Y ningún problema para Jordi. Cada cuerpo policial hace lo que tiene que hacer, le argumentaba a su padre, y si le hubiera tocado trabajar en la Policía Nacional, pues haría lo mismo, formaría con el himno español y besaría la bandera española. A Jordi le gustaba

seguir las reglas, era un hombre disciplinado, y si no creía en lo que hacía, pues no se metía.

La exigencia del nivel C de catalán para graduarse en la Academia lo obligó a tomar clases extra. Empezaba a salir con Sole y le gustaba practicar con ella. Le pirraba aprender palabras nuevas de la boca de su novia. Cuanto más difíciles, mejor. *Goig, llufa, jutjat, enlluernadora, porta'ls-hi.*[2] Ella pintaba lagartijas en unos papeles inmensos deshilachados por los bordes y accedía a repetir *llangardaix*[3] varias veces, muchas veces, hasta que perdía la paciencia y lo mandaba a la mierda.

Así se enamoró. No solo por esas piernas que coqueteaban sin descanso en el bar Mudanzas y le quitaban el hipo. No solo por su sonrisa y su desparpajo y por cómo se desenvolvía en la cama. También por el vínculo con una identidad que él deseaba consolidar, que se le escurría, que ella podía estrechar.

Jordi no era un hombre nostálgico, pero tenía la certeza de que esa etapa, los dos primeros años con Sole, fue la más feliz de su vida. En su lucha por no demonizar a la madre de Thais, durante un tiempo, se dejaba asaltar por recuerdos muy concretos. Con una nitidez que dolía. Las horas pasadas en la cama donde se crio y donde apenas cabían. La desacomplejada mezcla de catalán y castellano que tan bien le sentaba al joven García. Aquella vez que Sole pronunció una palabra que se volvería recurrente, que repetirían sin venir a cuento y que siempre les haría reír. Ella tenía diecinueve años y jugaba a hacerse la hippie. Corría el mes de septiembre y Sole acababa de volver de un viaje a Ibiza con sus compañeros de la escuela de arte Massana, donde estudiaba moda. Sole se quejó de que la isla ya estaba vacía y de que solo disfrutaron de los restos del verano. No dijo restos. Dijo *escorrialles.*[4] Jordi, ya caliente, sintió que una deliciosa felicidad le embargaba:

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—A ver. Repítemelo.

—Que no, tío.

—Que me lo repitas, tesoro, que me mondo.

—Pues para que te mondes de mí, como que no.

—Así aprendo cosas, preciosa, el muchacho con sangre de León aprende cosas de *la nena de la ceba,*[5] ¿entiendes? Venga dímelo con este acento precioso que tienes.

—Que te vayas a cagar.

—¡Eh! Esa no es mi chica.

—¡No soy tu chica ni soy *de la ceba!*

—Mi chica no habla así.

—Que no soy tu chica.

—Ah, ¿no? Pues me partes el corazón, *nena,* me lo dejas hecho pedazos, en jirones, ¿entiendes? Hecho migajas, un despojo, como... ¿escurridillas? ¿Cómo era?

—*Escorrialles*.

Jordi dejó caer la cabeza en la espalda de Sole y no podía parar de reír. A ella se le contagió la risa tonta, él la abrazaba fuerte, la besaba, a ver si así se calmaban, pero la hilaridad de ambos iba a más.

—Es que no lo he oído en mi vida, bombón —atinó a decir un hombre exultante, rendido a su mujer.

Ennoviarse de una chavala de Manresa con ocho apellidos catalanes no debería hacerle sentir más catalán. Pero durante ese enamoramiento, el único verdaderamente importante en su vida, a Jordi le pareció que sí. Le hizo vivir su lengua, la otra, la no materna, esa lengua que quería conquistar y se le resistía —con su compleja fonología, sus eles geminadas, sus es abiertas y ese acento

ensalivado que parecía salir de una gruta— de otro modo. Que en la cama todo se aprende mejor y no es lo mismo follar en castellano que en catalán, le había susurrado alguna vez.

Pero todo eso duró poco. El amor de su vida se fundió en veinticuatro meses y él se fue convirtiendo en un hombre dolido, triste, cuya tabla de salvación emocional pivotaba entre la hija y el trabajo.

El cuerpo policial al que pertenecía se convirtió en un refugio. La actuación de los Mossos d'Esquadra en el referéndum del Uno de Octubre abrió una profunda herida interna. Una herida que se enquistó el día de la proclamación de una república catalana efímera e incomprensible. Jordi se sintió engañado. Acabó por considerar que el llamado Procés catalán, ese proceso sociopolítico que debía concederles el derecho a decidir qué tipo de país querían, había sido un cuento, un mero relato, una fábula. Una ficción impuesta hasta la saciedad que había hecho oídos sordos a la realidad.

En el cuerpo policial seguían las heridas. Problemas internos, expedientes abiertos al más alto cargo de los Mossos d'Esquadra, frialdades, desconfianzas y trifulcas entre compañeros. Todo eso le dolía como los insultos callejeros que recibía a bocajarro. Como la mirada desdeñosa que presentía y lo convertía en un hombre amb *la cua de palla,*[6] susceptible, obligado, una vez y otra, a cuestionar su identidad.

7

Sábado o Nicolau Berenguer

Nicolau se angustia desde la litera en la que lleva tumbado varias horas, muchas más de las que su aturdimiento le hace creer. En su cabeza resuena esa voz rasgada que lo mantiene en vilo, que se dirige a él, *ni un pas enrere, fill.*[1] Abre los ojos y le parece que hace solo un momento paseaba por Urquinaona, ya clareaba y no había un alma. La plaza estaba cubierta por una pasta cenicienta, el pavimento levantado, chamuscado, expuesto a la brava. Frente a la fuente del niño con los botijos, la culpa lo ha paralizado. Esa plaza que Nicolau ha ninguneado durante años le ha hablado con una claridad aplastante, como lo que es: parte del paisaje de su vida, un vínculo más, otro sujeto familiar a quien querer, otro viejo allegado con capacidad para herir. De la fuente no manaba agua y Urquinaona le ha echado en cara su devastación.

No sabe si ha dormido mucho o nada. Sí sabe que la miseria de Urquinaona es su misma miseria. Esa plaza que no ha sabido ejercer de plaza, utilizada a diario por miles de barceloneses como un gran *lobby* de aeropuerto, ese espacio feo e imposibilitado de ganarse la estima de sus vecinos, le ha recriminado su responsabilidad en todo este sinsentido. El encargo de BORINOT, la insistencia de POPEYE. La creación digital de Tsunami. La inestabilidad de su hermana, su propio y férreo compromiso con el pasado familiar.

Se da la vuelta con dificultad y el viejo somier cruje. La cabeza le pesa como si tuviera resaca o *jet lag,* y el *ni un pas enrere, fill* le martillea de nuevo. La voz imperativa de Nita acabando un discurso lúcido y doloroso.

No sabe qué hora es. No quiere despertar aquí donde se encuentra. En su habitación de infancia que permanece intacta por estricta voluntad de su madre. La litera de madera pintada de azul marino, a trozos desconchado, el póster amarillento de Michael Jordan colgado en un corcho con chinchetas oxidadas, los pequeños trofeos de tenis. La ventanita que da a un *cel obert,* un patio de luces por el que, muchos años atrás, tiró aviones de papel. Este aroma que viaja del pasado y se enquista en el presente, una mezcla de colcha vieja, de polvo, de juguetes infantiles entumecidos. El brillo fosilizado de un barniz que sigue reluciendo tres décadas más tarde.

El discurso de su madre lo persigue de una forma obsesiva, sus palabras no lo sueltan. De madrugada ha necesitado salir de la casa, escaparse. Pisar la plaza y ver el resultado del descalabro de la noche anterior. Una excusa para despejarse de una noche en vela, dolorosamente quieto, sentado, esperando lo inesperable. A su vuelta, los zapatos sucios de un gris turbio cenizo lo han conducido hasta la cama donde dormía de pequeño.

Cierra los ojos y se ve aquí mismo con ocho, diez años. Cuando su padre aún vivía. Cuando tiraba aviones de papel y estos diez metros cuadrados lo mantenían a salvo. Cuando era el niño observador y callado que lidiaba con el desbarajuste familiar con templanza y alegría. El principal de Ausiàs Marc, sumido ahora en la espera y el silencio, era entonces un bullicio de comidas, cenas, amigos, familiares, risas y discusiones. Siempre lideradas por Nita. Se gritaba, se fumaba, se bailaba. Se rompían picaportes en plena

frustración adolescente, se desbarataban lámparas centenarias al descorchar botellas de cava. El padre lo soportaba con estoicismo y el pequeño Nico seguía su ejemplo. Le gustaba escuchar lo mucho que se parecían padre e hijo. Moderados, buenos, conciliadores. Sebastià Berenguer padre había sido un catalanista conservador que se enamoró de una chica republicana del Vallès y que poco pudo hacer ante la ferocidad de sus ideas.

Nicolau se empeña en mantener los ojos cerrados y seguir recordando aquellos años, media vida suya, en que su familia se fue volviendo más Boix que Berenguer, cada vez más de la *rauxa* que del *seny,* más del arrebato que del sentido común, los polos opuestos que, según el saber popular, definen el carácter catalán. La moderación de los Berenguer no se infiltró en la sangre de los hermanos de Nicolau, y con la muerte prematura de Sebastià padre, la *rauxa,* el arrebato y la intensidad propios de los Boix, tomaron definitivamente el poder. También las ideas políticas. Nicolau y sus pupilas pardas eran la excepción.

Pero ahora la casa es otra y se imponen la oscuridad y el silencio. Un silencio que ata a Nicolau al catre donde apenas cabe. En esa habitación que ya no es suya porque él ya no es el mismo, un espacio que pretende seguir igual pero no lo consigue, por eso le duele, porque la habitación está muerta como todas las cosas que pasaron y fueron y ya no están.

Las ganas de llorar le hierven por dentro, pero el llanto no aflora. Escucha el andar regular y medido de quien tan bien conoce. Las baldosas del suelo que bailan. Se incorpora y aparece Marcel·lina. Su hermana mayor no le dice hola, le cuenta directamente que han llegado dos hombres a montar unas cortinas y que ella no quiere estar ahí, responder a sus preguntas, verlos. Empieza a toser.

Carraspea una vez, dos, tres. A Nicolau esa tos le devuelve una reconfortante sensación de afecto:

—*No passa res, Lina.*[2]

—*El teu quarto està igual.*[3] —Marcel·lina cambia de tema con ingenua sorpresa, sin transmitir un ápice de celos a pesar de que su habitación de adolescente quedó desmontada hace más de veinte años y nada queda de ella.

Nicolau observa a su hermana y un agradable alivio le recorre el cuerpo. Marcel·lina está bien, ha aceptado con inusitada serenidad el fin de su trabajo en Tsunami Democràtic, el destrozo de sus aparatos electrónicos. Entonces imagina la vuelta a Roda de Ter de Marcel·lina y se acuerda del testamento de su madre, de la visita del jueves del notario. Vuelve a sentirse mal. Algo tendrá que hacer cuando su hermana se vea obligada a dejar la casa de Roda. Tendrá que buscarle un piso cerca de la Universitat de Vic, planta baja, con jardín. Marcel·lina ya no puede vivir sin jardín, aunque no lo cuide, le gusta pasar tiempo entre las plantas, frente a la vieja higuera.

—*Què fas aquí?*[4] —Marcel·lina interrumpe sus pensamientos. No le gusta ver a su hermano preferido, al hermano que siempre tiene cosas que hacer, que solucionar, tan apático.

—*Dormir.*

—*Però tot el dia, Nico.*

Nicolau siente una punzada de vergüenza, pero ella, inmediatamente, vuelve a cambiar de tema:

—*Per què no es mor la mare?*[5] —Esas preguntas descarnadas que su hermana, tan pudorosa en las cosas más triviales, es capaz de soltar como si nada—. *Tu creus que es morirà avui?*[6]

—*No ho sé, Lina.*

—*La mare deia que a vegades costa morir-se.*[7]

—*Això deia?*[8]

—Sí. Ho va dir de l'àvia Berenguer. Que a l'àvia li costava morir-se. No te'n recordes?[9]

—No.

—Ara li costa a ella morir-se.[10]

A Nicolau le embarga otra oleada de esa nueva tristeza que lo inmoviliza. Marcel·lina señala la pila de *Cavall Fort,* la colorista revista catalana que distrajo sus infancias y cultivó su primera lengua, la materna, tan desprovista en esa época de publicaciones parecidas. *Cavall Fort* y los años en que los cinco hermanos iban a la escuela privada catalana con nombre poético de planta, donde no había sitio asignado en las mesas, se estudiaba a los pájaros de la comarca y se hacía requesón. Nicolau se acuerda de que Ramon contaba que las clases se impartían en catalán y que cuando llegaba el señor inspector se pasaban al castellano, como había hecho la tía abuela Caterina, maestra en la República, al estallar la guerra, cuatro décadas atrás.

Un irritante sonido le recuerda que tiene el móvil cerca. Es la alarma que le avisa de una reunión virtual a la que no puede faltar. Los Ángeles, los Sanders, Virginia. Se percata, sin asombro, de que son las seis de la tarde. Es el trabajo el que lo auxilia y lo arranca de allí. Le explica a su hermana que tiene que subir a su piso, por una urgencia del hotel. Ella le pregunta si se puede quedar aquí, y él le quiere besar la frente, pero se reprime, se levanta y responde *ets a casa teva, Lina.*[11]

Nicolau enfila el largo pasillo y pasa por delante de la habitación de Ramon. A través de la puerta semiabierta, ve a su hermano mayor pegado a su ordenador, tecleando, absorto. Nicolau se pregunta qué debe de estar escribiendo, si lo que escribe le ilusiona. Echa de menos aquella ambición humanista que de alguna forma iluminaba al mayor de los hermanos. Ramon siempre fue el hijo más

leído de Nita, el referente intelectual para todos ellos. Ahora se ha convertido en alguien opaco. Un funcionario con poca vocación docente cuyo carácter se ha ido agriando. La actitud arisca, su constante crispación, cada vez más manifiestamente celoso y contrario a él. La evidente falta de empatía de Ramon hacia Marcel·lina nace de la rabia. La rabia por verse reflejado en ella, por reconocer similitudes que los acercaban, y, sin embargo, condenado a carecer de la incuestionable brillantez e inteligencia de su hermana. Hoy, Nicolau está seguro de que la idea de sacar a Marcel·lina de la casa de Roda fue de Ramon, no de su madre.

Ramon se da cuenta de la presencia de su hermano y a Nicolau le viene a la memoria el Instituto Balmes. Cuando Nita vivió un intenso acercamiento a la política de izquierdas catalana y pasó a promulgar a los cuatro vientos que lo realmente progresista era la escuela pública, mezclarse con la sociedad real y no aislarse en pequeñas burbujas catalanas. Sacó a los dos mayores del colegio privado y los metió en la educación pública. El Instituto Balmes y esa profesora que señalaba a Ramon frente al resto de la clase: «¡Eh, el separatista del fondo!». Luego lo perseguían por los pasillos y lo zurraban por las escaleras. Ramon lo distrae de su momentáneo ensimismamiento:

—*Hi ha novetats?*[12]

Nicolau niega con la cabeza. El hermano mayor vuelve a lo suyo, a teclear, abstraído. Ramon es el hermano más intransigente en sus ideas políticas, el más cercano a Nita, el que no acepta acuerdos.

Nicolau llega al comedor y se encuentra con Manel. El hermano mediano está ayudando a colocar las cortinas nuevas, no translúcidas, malvas, que Nita encargó hace un mes y medio. Cuando nadie se atrevió a verbalizar que quizá llegarían demasiado tarde. Subido a una larga escalera, Manel bromea con los operarios

y se empeña en ayudar, en colaborar en el trabajo más físico. De niño, a Nicolau le encantaba compartir su pequeña habitación con él, cuando Manel era un adolescente e irrumpía como un vendaval henchido de felicidad o de rabia. Manel saltaba a la cama de arriba con toda la fuerza de su cuerpo, contento o furioso, haciendo crujir la litera, para devorar tebeos y cruasanes o para zanjar una discusión con la madre, *deixa'm en pau, que et creus la reina de Saba.*[13]

Nicolau sonríe ante su hermano más fiel, el más amigo. Sabe que aferrarse a lo físico es su manera de distraer el dolor. Con los años, los arranques temperamentales de Manel han ido a menos. Posee la maravillosa virtud de aligerar todas las cosas, con él a su lado se respira mejor. Es el hermano más guapo, el más varonil, capaz de hacer reír a quien sea en los momentos más difíciles.

A través de los cristales emplomados de la puerta corredera, Nicolau ve a Sebastià, mordiéndose las uñas, sentado al lado de su madre dormida. La tele encendida. El hermano pequeño, el aventurero, el más bohemio. El hombre libre y sin agenda fija dispuesto a dejarlo todo por los demás. Sus hermanos mayores siguen creyendo que él cubrió la plaza vacante de la hija amorosa y cuidadora que Nita siempre deseó.

Nicolau no abre la puerta, no entra en el salón. Las palabras de ayer de su madre le caen como una losa, aquello de que él debía tomar el relevo y convertirse en el líder de la familia y que escuchó entre escéptico y abotargado. Con embarazo. Unas palabras altisonantes propias de Nita Boix Rajadell. Tan alejadas del carácter de su hijo menos carismático. Nicolau es un hombre avezado a desenvolverse desde la discreción, un niño que creció y se supo espabilar y que nunca necesitó que nadie reparara en su evolución como adulto.

El reloj del comedor suena y le recuerda que tiene la reunión con Los Ángeles en menos de media hora. Da marcha atrás y sale del principal. Sube a la tercera planta, a su casa, abre la puerta de su habitación y la dorada luz de la tarde lo deslumbra. Los tres ventanales, las persianas verdes de librillo, el sol oblicuo que ilumina la fachada de enfrente. Es su vida presente, es oxígeno para el alma, una felicidad buscada, ganada, merecida. Un precioso ático que ya es suyo.

Hace años, Nicolau convenció a la familia para que Nita le diera en donación, tras un complejo cálculo fiscal, el piso superior de la finca —vivienda que, junto al principal, era todavía propiedad de los Berenguer—, a cambio de ir pagando, a plazos, la parte equitativa a sus hermanos. Nicolau ya era un profesional de éxito que empezaba a salir en la prensa. Los hermanos aceptaron, descuidados, perezosos, motivados por un ingreso mensual que les caía del cielo. Nicolau reformó la planta entera a su gusto, cubriendo el suelo con parqué en las habitaciones principales y baldosas hidráulicas que reproducían diseños modernistas en las zonas comunes. Una reforma austera, moderna y respetuosa con su pasado, pero que, por comparación, convertía el principal de su madre en un hogar anticuado y deslucido. En un mundo que parecía tambalearse sobre un pavimento que se desajustaba, antaño precioso, ahora con sus pequeñas piezas de cerámica cada vez más sueltas, más frágiles, un bailoteo bajo los pies que la familia Berenguer ya no percibía.

Nicolau busca a Amàlia. El último mensaje de texto de su mujer es de hace casi veinticuatro horas. Desde entonces apenas han estado solos. Se han ido cruzando, en el salón de Nita, de noche, haciendo turnos, con prisas, sueño, malos humores. Nicolau sigue con ese peso en la cabeza que le aturde el raciocinio. La culpa, el miedo, la impotencia. Hace días que su mujer quiere hablar y hace días que él

la evita. Ella corría hacia Urquinaona porque un helicóptero en llamas daba tumbos encima de la farmacia y él estaba al lado de otra mujer. Amàlia organizaba un paliativo final y él se convertía en lo que no es, un hombre débil, un inútil.

Se quita la ropa que lleva desde hace demasiadas horas y se ducha a toda prisa. Se viste con una camisa blanca, con las iniciales NA bordadas a diez centímetros del extremo inferior. Se sienta a su escritorio, a la espera de que le manden el *link* para la videoconferencia con Los Ángeles. Sabrá disimular su estado. De hecho, es lo que desea. Disimular su estado es una forma de mitigarlo.

«pon el manos libres, Nicolás»

Es Virginia quien le escribe.

«Quiero escucharte»

Nicolau obedece. Deja el iPhone en la mesa con la llamada en marcha. En la pantalla de su iMac de escritorio aparecen los jefes norteamericanos. Los Sanders-Wells, una pareja de jóvenes emprendedores que lideran el Luna House International Group desde Los Ángeles. Las palmeras se mueven al son del viento californiano tras dos rostros bronceados con blancas sonrisas de ortodoncia impoluta. Nicolau inicia su discurso con prudencia. Conoce la mentalidad norteamericana y debe enfocarse en las soluciones, no en el problema. Habla del ambiente hostigador que se ha vivido en el centro de Barcelona los últimos días, y los Sanders sorben sendas tazas de alguna bebida vitaminada. El ingeniero describe con celeridad, y la dosis justa de drama, los disturbios frente a la puerta del hotel, habla de una ciudadanía alterada y de unos medios de comunicación obsesionados con magnificar el problema. Fin de la primera parte del discurso. Se enfoca en lo positivo. Alaba al personal. Todo el equipo ha estado a la altura de las circunstancias.

Especialmente la directora. La entrega de Virginia Bel i Mata las veinticuatro horas del día, su ilusión por el proyecto y fidelidad a la empresa han quedado demostradas, con creces, estos días tan difíciles. Todo buen empresario sabe que es en los momentos de crisis cuando un empleado demuestra su valía. Los huéspedes han permanecido tranquilos y apenas ha habido bajas en las reservas. El episodio de las manijas de las ventanas es una anécdota menor que no se debe sobredimensionar. Nicolau les explica que la directora tiene un carácter enérgico e impulsivo, muy español —y al decir esto se sonríe—, que ha demostrado ser fiable en los momentos decisivos. Les pide que renueven su confianza en ella. Virginia demostrará su gratitud manteniendo la entrega y eficiencia y agradeciendo, con más motivación si cabe, la revocación de un despido a todas luces improcedente.

Los hermanos Sanders hablan unos minutos entre ellos y asienten rápidamente. *Yeah, dear, we really trust on you, Nicola.*[14] Y subrayan que, inmediatamente, ellos mismos, informarán a Bryan de que la directora mantiene su puesto. Los fundadores vuelven a sonreír, a hacer bromas, a enseñar sus blancos dientes, *hey, man, next time in Europe we hang out in your amazing town.*[15]

Nicolau esboza otra de sus calculadas sonrisas y responde que por supuesto, que aquí los espera. Un breve chisporroteo de orgullo lo reconforta, la agradable sensación de conseguir los objetivos trazados que tanto le motiva, de resolver, de convencer. Se despide de California y acto seguido cuelga la llamada con Virginia. No tiene ninguna intención de comentar la conversación. Le escribe «bienvenida de nuevo» para no comportarse con excesiva brusquedad. El recuerdo del chantaje le perturba. La directora le responde con otros dos escuetos mensajes:

«qué ganas de verle la cara a Bryan»

«cómo estás tú»

Nicolau deja caer el móvil y sale a uno de los tres balcones. La brisa de este cálido octubre le sienta bien, también la bonita vista de las azoteas del Eixample que lindan con las del casco antiguo. Levanta la cabeza y mira las molduras de piedra que adornan la cornisa del edificio, erosionadas por el paso del tiempo, la mala hierba que crece en una grieta y no puede arrancar porque no la alcanza. Hace años que espera que se le conceda una subvención pública que ayude a pagar la rehabilitación de la fachada. La vivienda lo merece. La construyó el bisabuelo Berenguer a principios del siglo pasado y Nicolau está empeñado en mantenerla, en dignificarla. A pesar de que las dos plantas centrales se vendieron al poco de morir su padre y de que el destino del principal es incierto. Oye a alguien decir su nombre y el desasosiego que tanto detesta le asalta de nuevo. *Ni un pas enrere, fill,* le dijo su madre, imperativa pero fatigada, floja, soltándose ya de la vida.

—Nico.

Se da la vuelta y es Amàlia quien lo llama desde dentro de la habitación, tras el blanco visillo que la brisa mece. Los brazos cruzados, el rostro grave.

—*Com estàs?* —pregunta ella.

Nicolau entra y responde que bien. Su mujer le pregunta que por qué no está abajo, con su madre. Él murmura que tenía una reunión por un tema muy delicado, ya sabes, los Estados Unidos y la inseguridad de los disturbios de aquí, empiezan a estar preocupados. Nicolau sigue mintiendo, asqueado de mentir, deseoso de que llegue el momento en que dejará de hacerlo.

Amàlia se sienta en la cama. Nicolau la imita y le pregunta por la farmacia, ávido de hablar de cosas tangibles, solucionables. Hay que llamar al seguro, propone, presuroso, precipitado, debes hablar con

el gestor sobre qué tipo de baja tendrán los empleados, sobre cuándo podréis abrir de nuevo, y, por supuesto, puedes contar con los operarios de confianza, los que todavía trabajan en el hotel, les daré prisa. Amàlia lo ataja con suavidad, la mirada baja, sin ganas de extenderse en este tema. Le dice que no se preocupe, que lleva todo el día solucionando los estragos del ataque a la farmacia, él dormía y ella no ha querido molestarlo.

Nicolau se avergüenza de sí mismo como se ha avergonzado delante de su hermana hace un rato.

—*Però abans que tornis a baixar hem de parlar*[16] —le pide ella.

Él vuelve a buscarle los ojos, temeroso, pero extrañamente agradecido de que sea su mujer la que afronte uno de los temas que lo atormentan. El desagradable encuentro con la directora en la calle que Amàlia debió presenciar. Ella corría a salvar la farmacia y él no estaba a su lado.

—*Fa dos dies que intento parlar amb tu, Nico.*[17]

Nicolau sabe que su mujer no va a enfadarse, no va a gritar ni a insultarle, no va a recriminarle la falta de atención que padece desde hace meses, de expresar a bocajarro el dolor que le producen sus mentiras, sus ausencias, su deshonestidad, haberle sido infiel. Pero Amàlia empieza a hablar y no menciona a Virginia y sí a su madre y a Marcel·lina y al notario. A Nicolau le cuesta concentrarse en el sentido de las palabras de su mujer. Amàlia le cuenta que Nita ha dejado en herencia la casa de Roda de Ter a Marcel·lina y a Manel. Y el principal de Ausiàs Marc, a Ramon y a Sebastià. Amàlia habló con su madre. Su mujer consiguió convencer a Nita de que no debía dar la orden de vender la casa de Roda y, como consecuencia, expulsar a Marcel·lina de allí. El mejor testamento siempre fue el que tú pensaste, Nico, le dice Amàlia, dividir las dos propiedades

entre los dos grupos de hermanos cuyas necesidades son complementarias y sus caracteres compatibles.

Nicolau tarda segundos en reaccionar. Casi balbucea cuando le pregunta que cómo lo has hecho, cómo conseguiste que Nita cambiara de opinión con lo decidida que estaba a sacar a Marcel·lina de la casa.

Amàlia sacude los hombros. Nico, no lo sé, responde, a veces va bien estar un poco lejos para que te escuchen.

—*Lluny? Tu mai estàs lluny.*[18]

Ella pierde la mirada por la habitación y Nicolau reprime el impulso de abrazarla. No se atreve, ella está demasiado tensa y sigue sin mirarle a los ojos. Le susurra eres increíble, *amore,* tu generosidad y capacidad para que las cosas se arreglen es infinita.

Y cuando a él le parece que han superado un grave escollo, que no hará falta hablar de lo otro, de su infidelidad con Virginia, porque él ya la da por finiquitada, cuando siente que el alivio le inunda el cuerpo por primera vez en mucho tiempo, Amàlia le pregunta:

—*Tu m'estimes?*[19]

Él contesta como un autómata, para ganar tiempo, como hace en las reuniones que tan bien le salen. ¿A qué te refieres?, le pregunta. La lánguida mirada de decepción de Amàlia le hace cambiar, inmediatamente, de estrategia. Le responde que claro que la quiere y añade que imagina que también habló con Nita de ellos dos, el mismo día del notario, por lo que dijo ayer su madre.

Ella le pregunta ¿Qué dijo ayer tu madre?, y él le responde que ya lo escuchaste. Amàlia baja la cabeza y desvía la mirada con un deje de resignación. Nicolau se da cuenta de que ha vuelto a fallar, de que debe repetirlo:

—*Va dir que soc qui soc gràcies a tu.*[20]

Amàlia no se mueve.

—*Creus que no ho sé?* —añade Nicolau.

Ella sacude los hombros y se levanta, se queda quieta, girada tres cuartos hacia la puerta. La cabeza de Nicolau a la altura de su cintura. Los dos en suspenso, sin saber qué decir, qué hacer. Ella busca indicios para reafirmar su rol, el papel de su vida, una señal de que el amor que Nicolau siente por su esposa permanece. Un amor menos intenso que el suyo, pero noble y leal. Él busca desesperadamente un deseo sexual que se le escabulle, una caricia, un beso, un contacto físico que lo devuelva a su sitio, que calme su irracional ansiedad, que le permita andar por esta casa, por su precioso ático, de nuevo tranquilo, acostarse y levantarse cada día con moderada felicidad.

Los segundos pasan y ambos se ven suspendidos en un bloqueo que no son capaces de romper. Y es entonces cuando aparece su hija, el ser vivo que los vinculó para siempre doce años atrás. La niña impertinente, vital y desmedida, abre la puerta como un vendaval.

—*Mare! Pare!*

A Amàlia apenas le sale un hilo de voz cuando le recuerda a su hija que tiene que llamar antes de entrar, un conato de reprimenda que a duras penas camufla lo que considera que es una bendita interrupción. Siempre te lo pido, que los papás estamos hablando.

—*Ah. Genial. Els papàs estan parlant i no volen saber que la plaça està petada de manifestants i literal que tot torna a començar una altra vegada, eh!*[21]

La niña sale dando un portazo. A Nicolau le parece que el oxígeno ha vuelto a la habitación, a su cuerpo. Mira a su mujer y su mujer le brinda esa confortable dulzura que lo atrapó hace tantos años. El bálsamo que traspasa todas las cosas y convierte su mundo en un

lugar seguro. Amàlia se sienta a su lado y le pide que detenga esta pesadilla. Tienes que pararlo, Nicolau, tú puedes hacerlo.

Él busca su validación:

—*Un pas al costat no és un pas enrere.*[22]

—*No, no ho és.*[23]

Su marido asiente. Escribe por Telegram al chat de Tsunami. Llama a BORINOT, a POPEYE, pero nadie contesta los mensajes ni atiende a sus llamadas. Corren hacia la sala de estar, la hija les señala la televisión y les cuenta que se está montando una barricada muy grande al final de la Via Laietana y que la policía ya está parapetada frente a ellos. ¡Míralos! ¿Qué hacíais ahí encerrados en estos momentos? ¿Se puede saber? ¿Estabais en plan romántico, o qué?

La llamada de POPEYE interrumpe las preguntas impertinentes de la hija. Nicolau atiende al teléfono y busca las llaves de casa. Su conversación con la comunicadora política y líder de la plataforma clandestina es breve y no admite réplica: *Ja n'hi ha prou d'amagar-se. Ha arribat l'hora de donar la cara.*[24]

Amàlia prohíbe a su hija seguir a Nicolau, la niña impertinente protesta, melodramática, no hay derecho, es injusto. El ingeniero baja a toda prisa por las escaleras y deja varios audios: a un íntimo amigo, a dos colaboradores de confianza, a una alta funcionaria del Parlamento catalán que conoce muy bien. También al equipo de Tsunami. Les insta a hacer lo único que pueden hacer ahora mismo como ciudadanos y como figuras medianamente relevantes de la sociedad catalana.

Sale a la calle y se siente lúcido por primera vez en muchas horas. Ya no va a quedarse parado, en esta actitud pasiva que detesta y lo anula. Ya no va a esconderse ni a disimular más las dudas que

siempre tuvo con una estrategia, a sus ojos, extrema, demasiado arriesgada, de consecuencias insospechadas.

Llega hasta la plaza Urquinaona. Tal y como ha contado la espabilada de su hija, lo peor se concentra en la gran barricada que hay en la confluencia con Via Laietana. Pero la niña impertinente se equivoca en algo importante. Nicolau avanza a paso lento a través de la plaza y detecta menos beligerancia. Más cansancio. Menos gente. Llega hasta la Via Laietana y a pocos metros de la barricada se detiene. Los policías antidisturbios a un lado, un bullicio de encapuchados al otro. En medio, un espacio vacío que parece ser tierra de nadie. Nicolau observa y espera. No puede seguir solo, asumir sin ninguna ayuda el riesgo de lo que se ha propuesto hacer. Mira a su alrededor. Pasa un minuto. Pasan dos minutos. El corazón le late con fuerza.

Un hombre y una mujer llegan corriendo por la derecha. Es su amigo íntimo que viene acompañado por alguien que Nicolau no conoce. Llega otra mujer por la izquierda, que Nicolau sí conoce, la colaboradora de confianza que, como los otros dos, acude a su llamada. Esta da unos pasos y Nicolau la sigue y entran en esa zona vacía, intermedia, que queda entre los dos bandos. El amigo íntimo y su acompañante se unen. Los cuatro avanzan. A su alrededor cae una botella, varias latas. A pocos metros de la barrera policial los cuatro se dan la vuelta y quedan frente a la algarada, un enjambre de cuerpos oscuros que revolotea frente a un muro de vallas, humo y contenedores. Nicolau levanta las manos y los otros tres lo imitan. Tras ellos, un *mosso d'esquadra* grita: ¡Señores! ¿Qué hacen? ¡SALGAN DE AQUÍ! Pero ellos no se mueven. Llega otro colaborador de confianza. Cae un trozo de plástico con poca fuerza a varios metros de sus pies. Aparecen Manel y Amàlia, su mujer sonríe a Nicolau y se posiciona a su lado, los brazos en alto, decidida,

emocionada. Llegan tres personas más que nadie conoce para sumarse a la pequeña cadena humana que se está creando. Llega BORINOT. El político sortea con profesionalidad a los fotógrafos y periodistas que empiezan a arremolinarse muy cerca. La barrera humana crece. Gente anónima que se posiciona como un cortafuegos, una defensa para proteger a los policías, al quedar estos a sus espaldas. BORINOT se acerca a Nicolau y le comunica, con su voz aflautada, que hay dos heridos graves, uno ha tenido una parada cardiaca, el otro es un policía autonómico, *un sergent d'Hospitalet*. Al político le tiembla el labio superior cuando añade:

—*Hem estat a punt de sobrepassar el límit del que és tolerable*.[25]

Un chico furioso, el cuello tatuado, un *piercing* en la nariz, se desmarca de la nube de encapuchados, se acerca y vocifera: *BOTIFLERS!*[26] Nicolau lo reconoce, es el CDR que socorrió en el aeropuerto porque tenía prisa por citarse con una pava, el ingeniero recuerda muy bien la palabra pava. Detrás del CDR aparece una chica con el pelo vaporoso y la tez de porcelana que lo agarra por el brazo y lo obliga a sentarse frente a la barrera donde se encuentra Nicolau. El chico obedece, inseguro, mira a su alrededor y se da cuenta de que otros chicos y chicas también se están sentando, agrupándose, las manos en alto.

Una adolescente con el pelo teñido de azul quiebra ese inicio de paz. Enarbola una cadena de eslabones de bicicleta con una mano y grita con todas sus fuerzas. Llega más lejos que Eloi y se planta frente a Nicolau. La adolescente ve a un hombre pulcro con camisa blanca y cara de pijo, alguien con dinero, poderoso, que mangonea a todos a su voluntad. Mira los ojos claros del ingeniero y le escupe a la cara.

—¡THAIS!

Un *mosso d'esquadra* se abalanza hacia la chica. La agarra por el brazo y ella chilla y lo amenaza con la cadena metálica. El policía se saca el casco y descubre el rostro:

—¡Que soy el papa, joder!

Thais se queda inmóvil unos segundos hasta que le da por reír. Jordi la levanta en volandas, la carga al hombro y se la lleva de allí.

Nicolau sigue con la mirada al *mosso*, ve cómo un padre descorazonado ya no intenta razonar con su hija, una chavala arrolladora que lo lleva de la mano ante otra chica con una larga melena de color rosa. Las dos hablan por los codos y el padre escucha, dócil, cabizbajo, hasta que la hija abraza al padre y el padre se deja abrazar.

El cordón policial mantiene su posición tras el grupo de Nicolau y permanece inmóvil, sin saber qué hacer. A su alrededor la sentada pacifista crece y se va imponiendo. En pocos minutos no se ve a nadie con la cara tapada, nadie que corra, nadie que quiera tirar nada. La barrera de personas se deshace. Los periodistas se acercan, empiezan las preguntas.

—*És hora de marxar*[27] —murmura Nicolau. Empuja a Amàlia con suavidad por la cintura y le pregunta si ha recibido noticias de casa. Ella le responde que sí, Sebastià le ha escrito que todo sigue igual. Cuando Amàlia le dice que quizá le convenga pasar por el Luna House, él se aturde. Ella se justifica, desconoce el nivel de problemas que puede tener en el hotel. Nicolau la corta:

—*És a casa on haig de ser.*[28]

El ingeniero y socio del Barcelona Luna House sabrá más tarde que la directora del hotel tiró adelante con la fiesta de inauguración sin sus invitados VIP. Esa misma mañana, cuando retomó su cargo, Virginia propuso a los directivos del Luna House International dedicar la fiesta a sus huéspedes, un acto generoso para

compensarlos de esa insufrible semana. Una manera de aprovechar los gastos de *catering* y del espectáculo que debían pagar igual y, por qué no, una estrategia más de márketing.

Nicolau no sabrá que la directora bailó rumba en el *lobby* del hotel hasta el amanecer, entre una mezcla variopinta de extranjeros, gitanos del Poble Sec y algunos empleados. Tampoco que brindó a la salud de Toño, uno de los heridos graves en los disturbios de Barcelona de octubre del 2019. El convaleciente barman le había mandado un saleroso audio desde una cama en el Hospital del Mar: «que estoy bien, jefa, pero que mi corazón está debilucho y me cojo una baja larga».

Nicolau anda hacia la casa familiar con su mujer. Al llegar al portal se encuentran con Ramon, el mayor de los hermanos que también llega de Urquinaona. Los dos Berenguer Boix se quedan parados, uno frente al otro. A Nicolau no le pesa la mirada reprobadora del primogénito. Tampoco sus palabras:

—*Com explicaràs el que has fet, Nicolau*—le recrimina—. *Defensar els repressors dels nostres. Això que acaba de passar és el principi de la fi.*[29]

Nicolau no sonríe. Nicolau no va a justificarse. Su mujer le tiene cogido de la mano, con fuerza, y, antes de cruzar el portal, solo dice:

—*Ara toca refer-se*.[30]

*

A poco más de un kilómetro del salón de Ausiàs Marc, Virginia sube a su despacho, introduce el tacón de sus *stilettos* en un cuadradillo del marco de la ventana y la desbloquea. Sentada en el alféizar de la cuarta planta, la ventana abierta, enciende un cigarrillo rubio y escribe a Nicolau:

«Quiero verte»

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a Salvador Achondo por su apoyo y entusiasmo en este largo y complejo proyecto llamado *Urkinaona;* a Josep Maria Urgell, Joan Blanch y Oscar Tusquets por sus lecturas, comentarios y aportaciones; y a Juan Cerezo por seguir alentándome a escribir.

Notas

1. Lunes o caos en el aeropuerto

1. «Son las seis y tres minutos y, con otoño o sin él, el 14 de octubre ha llegado.»

2. «Si no hay ninguna novedad, dentro de tres horas, los magistrados de la sala segunda del Tribunal Supremo firmarán la sentencia del juicio a los líderes del Procés.»

3. «¿Acaso crees que alguno de estos jueces franquistas va a salir a dar la cara?»

4. «Ya saldrá.»

5. «Trece, once y medio, nueve, nueve, diez y medio, doce.»

6. «Buenos días, mamá, ¿cómo te encuentras?»

7. Embutido muy local y específico de Cataluña.

8. «¡Que Mire me está acribillando por Telegram y se me acumula el trabajo, hostia!»

9. «Vaciemos las aulas, llenemos las calles.»

10. «¡Todos al aeropuerto! ¡En metro hasta plaza Espanya o a pie desde aquí! ¡No contéis con los autobuses! ¡Tenemos que parar toda actividad del aeropuerto! ¡Tenemos que ser pacíficos pero contundentes! ¡Intentarán impedir que lo hagamos, pero no podrán con nosotros! ¡Empieza la protesta! ¡LIBERTAD PRESOS POLÍTICOS!»

11. «No es nada, mujer, ayer, haciendo el tonto con unos colegas y el *skate*. Demasiadas birras y tonterías.»

12. «¡Fuera las fuerzas de ocupación!»

13. «Bien, bien, nada grave.»

14. «Haberse despistado.»

15. «¿No querías caldo, hermanito? ¡Pues toma dos tazas!» / «Tú lo has dicho.» / «Venga, ánimo, que ya te veo.» / «Pues yo todavía no.» / «Sigue la riera y verás

un puente.»

16. «¿Qué haces, tío?»

17. «Me he caído de bruces.»

18. «¿Por qué es tan fea Urquinaona?»

19. «Porque pasan demasiadas cosas y no es exactamente una plaza.»

20. «Un mal proyecto urbanístico. A ver, Manel, escúchame. Necesito una hora. Dile a Amàlia que llegaré casi a las diez.»

21. «He tardado diecisiete horas en volver. Ella y todos vosotros podéis esperar una hora más.»

22. «¿¡Dónde coño te has metido!?»

23. «Con los chicos del Tsunami.»

24. «Felicítalos de nuestra parte. No podían haber sido más contundentes.»

25. «Te tiene que resultar fácil saber cosas.»

26. «Ramon, no sé nada de todo esto.»

27. «Ya me entiendes. Tus amigos de las altas esferas tienen que estar metidos.»

28. «En el caso de que fuera así, seguro que tiene que permanecer callado.»

29. «No quiero que la niña vuelva.»

30. «Mañana tenemos que decidir si la volvemos a ingresar y no podíamos hacerlo sin ti.»

31. POPEYE: «Felicidades a todos por el trabajo».

32. POPEYE: «Está claro que hemos construido una herramienta muy poderosa».

33. SIFFRA: «Mañana más, compañeros».

34. BORINOT: «El pueblo ha dicho basta».

35. KAFKA: «Europa es testigo del estado represor en el que nos obligan a vivir».

36. KAFKA: «¡La revolución ha empezado!».

37. KAFKA: «¡Bloqueo al AVE, ya!».

38. «Se nos está yendo de las manos.»

Gris

1. «¡Nos tienes que ayudar!»

2. «Las redes reales, de confianza, ya existen, ya se han creado en todos los pueblos, barrios y villas de este país, hace años que nos autoorganizamos de forma ejemplar. Ahora nos hace falta una herramienta que nos permita dar un paso decisivo en la revuelta catalana.»

3. «Y tú eres la persona idónea para hacerlo realidad.»

4. «Piensa en los represaliados, en los encarcelados, en los exiliados. En las familias. Cada día cuenta.»

5. «Ahora solo nos falta hacer de CDR.»

6. «Tenemos que aprender de los CDR, pero nosotros somos otra cosa.»

7. «Nosotros no somos nadie, no nos llamamos de ninguna manera porque no tenemos nombre, no tenemos cara. Nosotros somos la herramienta. No habrá líderes visibles, ningún político ni personaje público. Nosotros damos la herramienta a la ciudadanía para que la ciudadanía diga lo que tiene que decir.»

8. «Me tienes que decir sí o no. Ahora.»

9. «No me gusta perder el tiempo.»

10. «¿Te estoy haciendo perder el tiempo?»

11. «Lo ganaríamos si me plantearas tus dudas, seguro que te ayudo a resolverlas.»

12. «Y cuánto he tardado en valorarlo.»

13. «Aquellos sueños de libertad.»

14. «Abuelo.»

15. «Al final, serás tú el que me salve la vida.»

16. «La independencia, hijo, la semana que viene es 1 de octubre y como me llamo Anna Boix Rajadell que votaremos.»

2. Martes o el desapego

1. «Todos sabemos que el Parlament las prohibió en Cataluña.»

2. «Y también sabemos que, ayer, como consecuencia, un ciudadano perdió un ojo.»

3. «¡Escribo al grupo y decidimos dónde quedamos! ¡Propongo Sants! ¡Al lado del AVE!»

4. «¿Quién se está desviando?»

5. «Pero si quieren dar un paso atrás, ¡aquí estamos los CDR para que quede claro que esto solo acaba de empezar! ¡No tenemos más tiempo que perder!»

6. «¡Todos a la plaza de toros de la Monumental! ¡A llenarla de papel de váter porque hay mucha mierda que limpiar! ¡Un día más demostraremos que #lafuerzadelagente es imparable!»

7. «Dame un beso, venga.»

8. «¿Has almorzado?»

9. «Qué dices.»
10. «Lo sabes.»
11. «No le digas al papa que te he dado pasta.».
12. «Escucha.»
13. «Tú te has hecho mayor, pero yo también.»
14. «¡Mucha mierda por limpiar!»
15. «¿Sabes?, ¿no has oído hablar de la revolución de las sonrisas?»
16. «¡Por favor! ¡Que tengo que volver a la mani!»
17. «¡Uno de Octubre, ni olvido ni perdón!»
18. «¡Las calles serán siempre nuestras!»
19. «No olvidemos hacer una desconvocatoria clara y a tiempo.»
20. «No llegues tarde, Nico, ahora Nita solo te hace caso a ti.»
21. «¡Esta gente no nos representa!»
22. «¡No nos lo podemos permitir!»
23. «¿Dónde está el Cereza?»
24. «¡Eloi! ¿Quién va a ser?»
25. «Todo el mundo lo conoce por ese nombre.»
26. «Acciones cortas y rápidas, llegar e irse. ¿Lo estamos haciendo?»
27. «Por favor, ¿nos pones una caña y un gin tónic?»
28. «¿Quién es esta gente, padre?»
29. «Sé perfectamente dónde está cada uno de mis libros.»
30. «Pues a ver...»
31. «¡Cierra los ojos!»
32. «Dónde está...»
33. «¡Pues es que yo no aguanto con un libro en la mano..., ni una página!»
34. «Es un hábito que se adquiere.»
35. «¡No digas eso!»
36. «A mí solo se me da bien hacer burradas.»
37. «Lo que tienes que hacer es dejar Glovo.»
38. «¿Es bueno este Lluís Llach?»
39. «Muy bueno.»
40. «El flamenco habla del dolor de los gitanos andaluces y Lluís Llach habla del sentimiento de los catalanes.»
41. «¿Por qué has venido a las manis?»
42. «Yo creo que te gusta.»
43. «¡Mire, Mire, ven, hay fuego en la calle, corre!»
44. «Ey, Mire, me voy.»

3. Miércoles o una determinada forma de autismo

1. «Nico, nosotros no somos así.»
2. «Los catalanes y las catalanas somos gente de paz. Nuestra causa es la de la razón sin violencia. Hagamos que continúe así siempre.»
3. «Madre, ¿qué es eso de que te quieres ir? ¿No estábamos todos de acuerdo ayer en que te quedabas en casa?»
4. «Vete.»
5. «Pero tú no quieres» / «No quiero ir tan drogada.» / «Pero tienes que dormir.» / «¿Y esta chica qué os cuenta? Si no me oye cuando la llamo.»
6. «¡No es verdad, madre, claro que te oye!»
7. «Madre, si no nos haces caso, nos obligarás a internarte en el hospital otra vez.»
8. «Lo que quiero es que venga el notario.»
9. «La casa se tiene que vender y la niña tendrá que irse de Roda.»
10. «Soy SIFFRA y SIFFRA no tiene miedo.»
11. «¿Qué es eso de que Nita quiere un notario?»
12. «Se lo tengo que sacar de la cabeza.»
13. «¿Y tú por qué siempre tienes llamadas importantes?»
14. «Que nos lleve mamá o llegaremos tarde.»
15. «Dios mío, ¿de dónde has salido tan melodramática?»
16. «¡De la abuela!»
17. «Te llamo en cinco minutos por Signal.»
18. «Eres una crack, hermanita.»
19. «No podemos hablar por teléfono.»
20. «Mamá está empeorando.»
21. «¿Y te ha hablado de mí?»
22. «Por supuesto.»
23. «Con la estación y los grupos de élite.»
24. «Es lo que os prometí que haría.»
25. «¡Lina! ¿Te llevo hasta la Marcha?»
26. «todo lo contrario @gris» / «¿de qué bando estáis los del Barça?» / «es la situación ideal para jugar el clásico».
27. «¿Dónde estabais, tíos? ¡Que no os encontraba!»
28. «Hemos oído hablar mucho de ti.»

29. «¿No era así @SIFFRA?»
30. «¿No vienes, Marcel·lina?»
31. «¿Va todo bien?»
32. «Que quiero que cenemos juntas esta noche.»
33. «¡Si nos hemos dado de hostias a la mínima!»
34. «En Madrid se han cagado de miedo y nosotros detrás.»
35. Término utilizado, especialmente en la provincia de Girona, para referirse de forma despectiva a los barceloneses. Proviene de la expresión catalana *«que maco»* («qué bonito»).
36. «¡Los del Tsunami son unos *camacus* que solo saben hablar con la aaa! ¿Qué esperáis? ¡Son unos blandengues, unos niños bien de Barcelona!»
37. «Pero ¡¿qué estáis diciendo?!»
38. «Y tenemos que sentirnos muy orgullosos de todo esto.»
39. «Que aquí ya fueron bastante efectivas contra Napoleón y Olivares.»
40. «Una vez más, solo nos queda la rebelión.»
41. «¿Y tú qué piensas de esto, Marcel·lina?»
42. «Nico siempre ha querido cuadrar el círculo, pero ahora no es el momento de la diplomacia. Ahora hay que tirar por la vía rápida.»
43. «Yo no bebo a morro de una cantimplora que no es mía.»
44. «Alcornoque.»
45. «Que se nos acumula el trabajo.»
46. «Como Dios manda.»
47. «Dile a tu papa que suba a verme.»
48. «Ya te dije que sí, hijo. Llama ahora mismo al notario y que venga a verme.»
49. «Por donde pasa el AVE.»
50. «¡Cortes en el AVE! ¡En Sants!
51. BORINOT: «Quiero explicaciones».
52. POPEYE: «No te las podemos dar».
53. POPEYE: «Tsunami no tiene nada que ver».
54. «Tsunami debe ser más valiente y no olvidar sus objetivos iniciales.»
55. «Familias de todas partes.»

Marcel·lina

1. «Adiós, he hackeado la cuenta corriente de Andorra y me voy a Londres.»

2. «La casa ya era de la niña.»
3. «Si no lo haces ahora, te arrepentirás.»
4. «Esto es lo que yo puedo hacer por mamá.»
5. «Las flores de ribera.»

4. Jueves o del amor al odio

1. «¡Por los disturbios!»
2. «Entonces, ¿a qué estamos esperando? ¡Hablemos de la fiesta ahora mismo!»
3. «Chicos, cambiad al inglés, que me estoy perdiendo.»
4. «Diríais que sueña con dejar en la historia el nombre glorioso de un mártir.»
5. Traducción literal: «Es de pan mojado con aceite». Significa que algo tiene poca importancia.
6. «No lo hemos detenido.»
7. «Felicidades a todos por el trabajo. Tsunami ha logrado los objetivos, ahora tenemos que desaparecer y ser más prudentes que nunca.»
8. Buff es una marca de pañuelo tubular –o braga de cuello– que en Catalunya se usa como nombre común.
9. «¿A qué vienen estas prisas?»
10. «La tía Neus, la prima Eva, todos tus nietos. Te vas a portar bien, ¿verdad, Nita?»
11. «¡No nos hagas quedar mal con una de tus salidas, niña Boix!»

Virginia

1. Vivir sin doblar la espalda, sin dar un palo al agua.

5. Viernes día o la familia

1. «Esto, chica, ¿por qué os ponen estos nombres tan extraños?»
2. «Mira esta foto, venga.»
3. «Fíjate, este es Ramon, aquí se acababa de licenciar.»
4. «Un hombre de letras.»
5. «Vete a saber por qué.»
6. «Me encuentro bien y quiero que me ayudes a poner la mesa.»

7. «No seas deslenguada.»

8. «Hoy llegan las Marchas por la Libertad al centro de Barcelona y es el día de la huelga general. Y esta casa, como no podía ser de otra forma, secundará la huelga.»

9. «¡No hay cole! ¡Viva la huelga!»

10. «¿Me escuchas?»

11. «¡No queremos ser una región de España, no queremos ser un país ocupado, queremos queremos queremos, queremos la independencia, queremos queremos queremos Países Catalanes!»

12. «Venga.»

13. «Adiós, Lina, no sufras. Todo irá bien.»

14. «¿Cómo ha ido?»

15. «Mamá hoy está increíblemente bien.»

16. «Está muy débil, claro.»

17. «Son los hijos de Manel y están demasiado asilvestrados, pero yo no te he dicho nada.»

18. «Por supuesto.»

19. «Ahora duerme en la parte delantera de la casa, como yo.»

20. «¡Tía Lina, tía Lina, por fin has llegado!»

21. «Así podrás cambiarte de ropa. ¿Y no te apetece un buen baño de agua caliente antes de verla?»

22. «¿Y yo no tengo una bandeja especial?»

23. «¡Que a mí me gustan muy tostados y con poca bechamel! ¿O ya no se respetan los roles en esta casa?»

24. Apodo coloquial para Barcelona, usado con cierta sorna.

25. «Llenos de manías.»

26. «Chaval.»

27. «¿Qué haces?»

28. «¿Qué pasa, hermanita?»

29. «Todo irá bien, Lina.»

30. «Yo no como.»

31. «Yo no cocino con sesos.»

32. «Como decía Pla.»

33. «¡Aquí, tía, tú te sientas aquí!»

34. «Esto no es nada.»

35. «Pero ¿a que es bonito el nombre?»

36. «Tía, que ya no puedo más.»

37. «¿Por qué cantáis en castellano?»

38. «El mío no.»

39. «¡El mío es *Per molts anys!*» La canción catalana *Per molts anys* (Por muchos años) es el equivalente al *Cumpleaños feliz*.

40. «Ahora baja de aquí.»

41. «Que todavía no estoy muerta.»

42. «Los tienes cuadrados.»

43. «¡¿Queréis hacer el favor de callar?!»

44. «Sobrina, no te veo.»

45. «Ni un paso atrás, hijo.»

46. «Eres quien eres también gracias a ella. No lo olvides.»

47. «Claro que tú no lo notarás, Nicolau es tu jefe... ¿desde cuándo? ¿Desde siempre?»

48. «¿Y tú no eres de derechas?»

49. «¡Que vives en casa de mamá desde que naciste y no pones ni el lavaplatos!»

50. «Yo no creo en abocar el país al suicidio.»

51. «Tú asesoras a empresas que trasladan la sede a Castellón a la primera de cambio.»

52. «¡No nos hagas reír!»

53. «Has detenido el Tsunami porque te has cagado de miedo.»

54. «No me sobrevalores, Ramon, no tengo tanto poder.»

55. «Eso es lo que nos haces creer a todos.»

56. «¡Mamá! ¡Mamá! ¡Que un cohete ha explotado encima de la farmacia!»

57. «Qué dices, hija.»

58. «¡Mirad!»

59. «¡Y justo después otro ha ido directo a la farmacia!»

60. «Ya los hemos llamado y no van a tardar.»

61. «No podemos entrar. Es demasiado peligroso.»

Amàlia

1. «Eres un tesoro para Nico.»

6. Viernes noche o la batalla de Urquinaona

1. «Que ya estoy en Valencia.»
2. «Que la Thais no está conmigo.»
3. «Otro día.»
4. «Que contigo no se enfada.»
5. «Os debería dar vergüenza, malnacidos.»
6. «Ciruelas.»
7. «¿De verdad te preocupas por ella?»
8. «¡Pero si tiene más recursos que nosotros dos juntos!»
9. Miembro de la CUP.
10. «¡Una colega está a punto de ser asediada por las fuerzas de represión!»
11. «No seas tonto, no hagas eso.»
12. «¡Déjalo!»
13. «¡Que pares, idiota! ¡Eres una animal! ¡Una gamberra! ¡Que este no es tu sitio!»
14. «Déjame, niña.»
15. «¡¡Que no tienes un puto dedo de frente!! ¡¡Que encarcelarán a Eloi por tu culpa!!»
16. «No te quiero ver nunca más.»
17. «Eres una cateta que no hará nada con su vida.»
18. «Una inútil que da pena.»
19. «¿Lo que han dicho estos?»
20. «Aquí te cuidarán muy bien.»
21. «¡No te mereces la bandera que llevas, traidor!»

Jordi

1. «Esto es la Escuela de Policía de Catalunya.»
2. «Gozo, pedo, juzgado, deslumbradora, llévalos allí.»
3. «Lagartija.»
4. «Restos, migajas.»
5. Expresión que significa «ser muy catalán, de pura cepa».
6. Expresión que significa «ser susceptible, estar a la defensiva».

7. Sábado o Nicolau Berenguer

1. «Ni un paso atrás, hijo.»

2. «No pasa nada, Lina.»
3. «Tu cuarto está igual.»
4. «¿Qué haces aquí?»
5. «¿Por qué no se muere mamá?»
6. «¿Tú crees que se morirá hoy?»
7. «Mamá decía que a veces cuesta morirse.»
8. «¿Eso decía?»
9. «Sí. Lo dijo de la abuela Berenguer. Que a la abuela le costaba morirse. ¿No te acuerdas?»
10. «Ahora le cuesta a ella morirse.»
11. «Estás en tu casa, Lina.»
12. «¿Hay novedades?»
13. «Déjame en paz, que te crees la reina de Saba.»
14. «Oh, sí, querido, confiamos plenamente en ti, Nicola.»
15. «Ey, tío, la próxima vez que estemos por Europa salimos por tu increíble ciudad.»
16. «Pero antes de que vuelvas a bajar tenemos que hablar.»
17. «Hace dos días que intento hablar contigo, Nico.»
18. «¿Lejos? Tú nunca estás lejos.»
19. «¿Tú me quieres?»
20. «Dijo que soy quien soy gracias a ti.»
21. «Ah. Genial. Los papás están hablando y no quieren saber que la plaza está petada de manifestantes y literal que todo vuelve a empezar otra vez, ¡eh!»
22. «Un paso al lado no es un paso atrás.»
23. «No, no lo es.»
24. «Ya basta de esconderse. Ha llegado la hora de dar la cara.»
25. «Hemos estado a punto de sobrepasar el límite tolerable.»
26. Insulto que significa «traidores a la causa catalana».
27. «Es el momento de irnos.»
28. «Es en mi casa donde tengo que estar.»
29. «Cómo vas a explicar lo que has hecho, Nicolau. Defender a los represores de los nuestros. Esto que acaba de pasar es el principio del fin.»
30. «Ahora toca recuperarse.»

Urkinaona
Eva Blanch

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Ilustración de la cubierta: © Javier Aznarez

© Eva Blanch, 2026

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-1107-848-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta